

JAMES PIMENTELLE

LA SAGA DEL JOMSVIKINGO



REINO VIKINGO II

REINO VIKINGO II
LA SAGA DEL JOMSVIKINGO

JAMES PIMENTELLE

Derechos de autor © 2024 James Pimentelle

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

Contacto: jamespimentelle@gmail.com
Instagram: @jamespimentelle & @reinovikingo_
YouTube: Reino Vikingo

ISBN-13: 9798325592850
Sello: Independently published

Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2018675309
Impreso en los Estados Unidos de América

Contenido

[REINO VIKINGO II](#)

[Derechos de autor](#)

[PRÓLOGO](#)

[MEMORIAS DE VAGN](#)

[I](#)

[II](#)

[EL SECUESTRO DE THORGUNNA](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[MEMORIAS DE VAGN II](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[LOS HEREDEROS DE THOR](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[MEMORIAS DE VAGN III](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[EL BASTIÓN DE IVAR VIDFAMNE](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[MEMORIAS DE VAGN IV](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[HOMBRES DE HONOR](#)

[I](#)

[II](#)

[MEMORIAS DE VAGN V](#)

[I](#)

[II](#)

[LA BATALLA DE BILSKÍRNIR](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[RECONCILIACIÓN](#)

[I](#)

[II](#)

[Libros en esta serie](#)

PRÓLOGO

Los vikingos siempre se han visto como guerreros intrépidos que luchaban con honor hasta morir para ganarse su lugar en Valhalla. Así que la idea de una hermandad guerrera, cuyos miembros se guiaban por un código, y que éstos vendieran su espada y fueran contratados para realizar labores bélicas es bastante impresionante. Estos guerreros no eran como otros vikingos — que su trabajo consistía en saquear durante la temporada de verano y cuando regresaban a casa continuaban su trabajo en las granjas—, el oficio jomsvikingo era completamente dedicado a la guerra, eran soldados profesionales regidos por un código.

Pero claro, todo tiene un origen. ¿De dónde salieron los Jomsvikingos? ¿Por qué se llaman así? Pues bien, la palabra jomsvikingo es la combinación de los términos “vikingo” y “Jomsborg”, fortaleza que supuestamente estaba situada en el Mar Báltico y dónde se estableció esta hermandad; por lo que fueron conocidos como los Vikingos de Jomsborg, simplificado Jomsvikingos.

A rasgos generales, los Jomsvikingos fueron una orden legendaria de mercenarios vikingos que estuvieron activos entre los siglos X y XI. En una Escandinavia ya mayormente cristianizada, su fama se extendía por estar firmemente dedicados a la adoración de los antiguos dioses nórdicos; aunque venderían su espada y lucharían por cualquier señor que pudiera pagar sus honorarios, incluso si fueran cristianos.

Como pasa en el mundo nórdico —donde muchos personajes, eventos o batallas deambulan entre la verdad y el mito— el caso de los Jomsvikingos no es la excepción, y no existe una contundencia histórica sobre su veracidad; sin embargo, recopilando todas las fuentes existentes sobre la presencia de esta hermandad guerrera, podemos destacar su historia, hazañas y sus códigos.

Entre las fuentes más importantes donde se mencionan a los Jomsvikingos tenemos su propia saga, la saga Jomsvikinga; también los encontramos en la saga de Olaf Tryggvason, la saga Knýtlinga, el Codex Flateyjarbók, la Gesta Danorum —de carácter más fiable porque tiene cierto enfoque histórico— y también son mencionados en tres piedras rúnicas: la de Högby, Hällestad y Sjörup.

El origen de los Jomsvikingos se le asume a Palnatoke, que era como se conocía popularmente a Tord Palnason, un héroe danés, caudillo de la isla de Fyn. Siendo tutor del príncipe Sveinn de Dinamarca, lo convenció para que se alzase en armas contra su padre, el famoso rey Harald Bluetooth, para así restaurar la antigua fe nórdica debido a que el rey Harald había cristianizado Dinamarca. Anteriormente Palnatoke y Harald habían tenido su propia confronta, pues el rey le

obligó a Palnatoke disparar una flecha contra una manzana colocada en la cabeza de su hijo mientras el niño tenía que correr una ladera abajo.

Según algunas fuentes, fue el propio Palnatoke quién mató al rey Harald, y, al ver que el cristianismo era irrevocable, fundó la hermandad de los Jomsvikings, siendo como pilar la antigua fe nórdica en el culto y adoración a Odín y Thor. Sin embargo, aunque la hermandad fuera pagana y mantuviera el culto a los dioses nórdicos, se podrían admitir guerreros de otros credos.

Palnatoke y sus hombres se establecieron en la fortaleza de Jomsborg. Se desconoce su localización exacta, probablemente estaba en las inmediaciones de la actual Pomerania, en la isla de Wolin, y generalmente se mantiene la teoría de que Jomsborg se encontraba cerca del estuario del Óder, al oeste de Polonia.

Se describe a Jomsborg como una fortaleza con puerto, que estaba vigilado por una torre de piedra con catapultas; la muralla exterior, construida sobre un arco que atravesaban las dársenas, podía cerrarse con una gran puerta de hierro. Según los registros más antiguos, el puerto tenía espacio para treinta drakkar, pero datos posteriores —posiblemente producto de la poesía escáldica— hablan de hasta 360 buques; ello conllevaría a que Jomsborg tenía una capacidad para albergar entre dos mil y diez mil guerreros.

Los jomsvikings cumplían contratos vendiendo su espada como mercenarios. Lo primero era el negocio y por ello no tuvieron problema en ponerse al servicio incluso de señores cristianos. Sin embargo, lo más sobresaliente de estos guerreros era su estricto código y su filtro de ingreso de nuevos miembros a la hermandad.

El proceso de selección de candidatos era minucioso, exigiéndose tener entre dieciocho y cincuenta años; debían demostrar valentía y honor, además de someterse a un holmgang, que era un duelo de iniciación y prueba con un jomsvikingo veterano. Siendo esto una clara alegoría a la prueba de ingreso de los guerreros al Valhalla, donde tenían que probarse en un duelo con el dios Tyr para ser aceptados.

Una vez admitido, el nuevo miembro debía jurar el código jomsvikingo, entre los que se encontraban: no pelear con los demás hermanos ni física ni verbalmente —siendo un superior el que mediaba en las discusiones y conflictos—, tenían que defender a sus hermanos de escudo y vengarlos en caso de que perecieran en combate, no debían mostrar miedo en la batalla y retirarse sólo ante un enemigo superior, además de no dejarse capturar y que los tomaran como prisioneros; tenían que repartir el botín entre todos, no debían ausentarse más de tres días de la fortaleza sin autorización y no podían tener familiares viviendo en ella —aunque se desconoce si podían tener familia fuera—. Cualquier miembro de la hermandad Jomsvikinga que rompiera los preceptos del código era sancionado con la expulsión definitiva de la orden.

Las hazañas de los jomsvikings se desarrollaron a lo largo de los siglos X y XI, con intervenciones en las guerras que enfrentaron a Noruega y Suecia por disputas dinásticas entre los años 984 y 986. La época dorada de esta hermandad fue renombrada bajo el liderazgo de Palnatoke, Styrbjörn el Fuerte, Svend de Dinamarca, Sigvaldi Strut-Haraldsson y Thorkell el Alto, quienes, llevando en su filosofía de batalla la antigua fe nórdica, cumplían sus contratos sin

falla alguna. Tras la muerte de éstos, y que la orden Jomsvikinga pasara a ser dirigida por otros caudillos, las cosas cambiaron; la incursión del cristianismo también debilitó a la hermandad.

Los jomsvikingos sufrieron graves derrotas en las batallas de Fýrisvellir y Hjörungavágr. En la primera, Styrbjörn el Fuerte cayó ante su tío Eric el Victorioso al intentar arrebatarle la corona; según la saga, Eric se benefició de un pacto *ad hoc* que firmó con Odín. En la otra batalla, un año después, los jomsvikingos fueron vencidos por Håkon Sigurdsson de Noruega, que los desmoralizó, para después, en la batalla de Svolder del año 1000, dirigidos por Sigvaldi Strut-Haraldsson, dejaron solo a Olaf de Noruega provocando el desastre de su flota, presuntamente por el cristianismo de éste.

En los años siguientes, los restantes jomsvikingos realizaron expediciones por Inglaterra, Normandía y otros territorios nórdicos a principios del siglo XI, pasando a constituir posiblemente la base del Tinglith, la guardia personal de Canuto el Grande. Sin embargo, su caída definitiva vino en el año 1043, cuando el rey noruego Magnus I decidió acabar con ellos en su totalidad y atacó Jomsborg, saqueando la fortaleza, demoliendo los muros hasta no dejar rastro y ejecutando a los supervivientes.

El final de la prestigiosa hermandad de los Jomsvikingos no es la más gloriosa; sin embargo, sus hazañas, su gran destreza en el combate, la manera estricta del ingreso de nuevos miembros y su importante código, los convierte en una de las hermandades de guerreros más emblemáticas y significativas de la Era Vikinga. Inclusive, siendo la institución de los Jomsvikingos una antesala a las órdenes caballerescas posteriores de la Edad Media, que tomarían gran renombre y fama en la historia.

Esta novela continúa los eventos de “La Saga del Varego”, y narra las vivencias de Vagn Åkesson, conocido como “el jomsvikingo más intrépido”, a través de sus memorias leídas por su hijo Ragnar, quien tendrá que seguir su propio camino y mirar hacia el pasado de su padre para resolver un conflicto que inició muchos años atrás.

MEMORIAS DE VAGN

I

Bornholm, Dinamarca. Finales del siglo X.

En mi vida hice cosas bien, pero otras mal; cometí muchos aciertos y muchos errores, pero el haberme unido a la hermandad de los Jomsvikingos no fue uno de ellos. Ahora ya estoy viejo y quiero dejarte mis memorias, pues tú, Ragnar, tú, entre todos mis hijos, eres el único que tomó la senda guerrera, el único que siguió mis pasos dentro de la hermandad. Haberte encontrado y conocido fue el culmen de mi vida, mi último gran logro; y por fin, puedo decir que descansaré en paz. Espero que las palabras de este viejo no te aburran, pero siempre es importante conocer de dónde venimos, para saber hacia dónde vamos, y, sobre todo, para que no cometas mis mismos errores. Mi pasado es tu pasado, pero tu futuro no será como el mío, pues solo tú tienes decisión sobre él. Mi nombre es Vagn Åkesson, y esta es mi saga.

Mi historia no comienza cuando me uní a la hermandad de los Jomsvikingos, ni siquiera empieza cuando nací, comienza mucho antes, cuando el rey Harald Blåtand hizo que mi abuelo Palnatoke le disparara una flecha a mi padre, Áki. Afortunadamente mi padre no murió, pues la puntería de mi abuelo Palnatoke fue certera y su flecha atravesó la manzana depositada sobre la cabeza de mi padre. Suena como un juego macabro, lo sé, pero al parecer así fue como el rey Harald quiso desquitarse de mi abuelo por ser un fiel seguidor y defensor de la antigua fe; otros rumores apuntaban a que Palnatoke, quien fue mentor de Sveinn, hijo del rey Harald, lo mal aconsejaba y era una mala influencia para él, sobre todo en temas religiosos.

No sé si lo sabías, pero no tiene mucho que Dinamarca es un reino cristiano; todo comenzó con el rey Harald y su perseverancia en la conversión del pueblo, lo que provocó, por supuesto, que muchos fieles en la antigua fe, los llamados paganos, se pusieran en su contra, siendo mi abuelo Palnatoke, así como otros tantos jarls, los abanderados en esta confrontación.

Después de que mi padre Áki saliera ileso de aquel flechazo, mi abuelo Palnatoke supo que su presencia allí resultaría peligrosa para la familia, por lo que, para que estuviéramos a salvo de la ira del rey Harald, nos abandonó y se fue con sus fieles guerreros, los jomsvikingos. Durante mi infancia no volví a saber de mi abuelo hasta que se supo que el rey Harald había sido asesinado; los rumores, como no podía ser de otra manera, apuntaban a mi abuelo.

El rey Harald había muerto por un flechazo certero, así que eso acrecentó el rumor de que mi abuelo Palnatoke, vengándose por lo que el fallecido rey le había hecho hacer a mi padre, lo matara. Convenientemente el resultado de la riña entre mi abuelo y el rey Harald benefició a que Sveinn Barba Partida, primogénito de Harald, ascendiera al trono. Y no estuvo del todo mal, pues durante su reinado hubo un poco de más tranquilidad.

Sin embargo, yo pensaba que, tras la muerte de Harald, mi abuelo Palnatoke regresaría a casa, pero no, continuó liderando a los jomsvikingos desde su base, la oculta fortaleza de Jomsborg.

Siempre me habían encantado las historias que me contaba, y yo siempre soñaba con ser un gran guerrero como él, pero estaba encerrado en esta isla; mi madre me sobreprotegía demasiado y no tenía muchas opciones para salir.

Hay que ser sinceros, no me quejaba de mi vida; mi familia era de la nobleza. Mi abuelo Vesete, por parte de mi madre Thorgunna, era Jarl de Bornholm, por lo que nunca me faltó nada ahí. Desde que tenía uso de la razón, ya con cuatro años, los mejores maestros de espada y de hacha me enseñaron a combatir, convirtiéndome en alguien muy diestro para el combate a muy temprana edad. Era todo lo que sabía hacer y era todo lo que quería hacer. Siempre fui un muchacho difícil de controlar; indomable como un lobo. Me metía en todo tipo de problemas y salía de ellos con la misma facilidad. Recuerdo que cuando tenía nueve años me vi en un altercado con tres niños, me enfrenté yo solo a ellos y resultaron muy gravemente heridos. Cuando tenía once, un muchacho mayor que yo, gordo y grande, molestó a mi hermana; yo lo confronté y lo hice caer, su cuerpo retumbó contra el suelo y fue cuando supe que, mientras más grandes son, peor es la caída.

Acababa de cumplir los doce inviernos, y ese día lo recuerdo bien, pues fue el día que me cambió la vida. Había una horrible tormenta afuera, pero eso no detuvo a un barco que había arribado al puerto. Yo estaba comiendo una costilla de cerdo cuando las puertas del salón azotaron.

—¡Mi jarl, mi jarl! —era uno de los hombres de confianza de mi abuelo.

—¿Qué sucede? —rápidamente preguntó mi abuelo Vesete—, ¿dime qué pasa?

—Es Búi. Está muy mal herido.

En cuanto escuché ese nombre, solté mi costilla. Se trataba de mi tío, que se había unido a los jomsvikings algunos años atrás junto a su hermano Sigurd, mi otro tío.

Mi abuelo saltó de su silla y corrió hacia las puertas del salón, pero antes de llegar, dos hombres empapados en agua de mar trajeron en camilla a mi tío Búi, que se agarraba su pecho, pues allí había clavada una flecha.

—Pónganlo sobre la mesa —ordenó mi abuelo.

Todo lo que había sobre la mesa, incluida mi costilla de cerdo, fue arrojado al suelo cuando pusieron a mi tío allí; salía tanta sangre de la herida que se podría llenar un cuerno entero.

—¡Que venga el sanador! —volvió a gritar mi abuelo.

Por el alboroto formado, mi madre Thorgunna salió corriendo. Al ver lo que sucedía, se tapó la boca con las manos debido a la impresión.

—Por Dios. Hermano mío, ¿qué ha pasado? —preguntó, pero nadie respondió.

Detrás de ella salió mi hermana Hildegunna, que era un año menor que yo.

—Vagn. Es nuestro tío Búi. ¿Se pondrá bien? —me preguntó.

—Por supuesto que sí —le respondí, aunque eso no lo sabía y solo lo dije para tranquilizarla—. Búi es fuerte como un oso, Hilda —así es como yo la llamaba.

El sanador había llegado, y la multitud de gente que había alrededor de mi tío era tal, que no podía ver nada de lo que estaba pasando ahí.

—¡La he sacado! —anunció el sanador—. Ahora cauterizaré la herida para frenar el sangrado.

Yo solo vi cómo un fierro candente ardió sobre la piel de mi tío Búi, el cual gritó de dolor; nunca había visto a una persona abrir tanto los ojos, parecía que se le iban a salir de las cuencas. Pero como le había dicho a mi hermana, mi tío era fuerte como un oso, y ni siquiera se desmayó por el dolor. Apretó los dientes y sonrió.

—¿Cómo una pequeña flecha puede causar tanto tumulto? —mi tío Búi dijo con una voz seca

y cansada.

—Hijo mío. Vivirás —mi abuelo Vesete le habló—. ¿Qué ha pasado? ¿Quién los ha atacado?

—No lo sé. La oscuridad los tapaba —con voz débil respondió mi tío Búi—. Supongo que eran piratas, pues atacaron por sorpresa.

—Y tu hermano Sigurd, ¿dónde está?

—Seguramente ya habrá llegado a Jomsborg; su barco zarpó antes que el mío. Ya sabes que no puedo hablar de temas de la hermandad, padre, así que reposaré unos días aquí y partiré. Tengo que informar a los míos.

—Sí, a los jomsvikings. Bastante ya he tenido de ellos, que me han quitado a mis dos hijos varones —al aire dijo mi abuelo mientras veía cómo se llevaban en camilla a mi tío Búi.

Mi madre Thorgunna se acercó a mí y a mi hermana para mandarnos a dormir.

—Vamos, niños. Se ha acabado el espectáculo, es hora de ir a la cama.

Con todo lo que había ocurrido yo no tenía nada de sueño, además, me había quedado a media cena, así que tenía un poco de hambre; pero cuando mi madre ordena algo hay que hacerle caso, pues de lo contrario... es mejor no saberlo.

Al día siguiente hice lo que más amaba hacer, entrenar con mi espada. Mi instructor, que era un hombre grande y robusto, siempre me decía que yo era bastante intrépido, y que mi mayor habilidad era la agilidad. Nunca me gustó entrenar con espadas de madera, pues ni el peso es el mismo ni el peligro tampoco, por lo que entrenábamos con espadas de acero, sin filo, por supuesto. Recuerdo una vez que, en uno de mis rápidos ataques, le di una estocada a mi instructor; por suerte no fue muy profunda, pues el sanador dijo que, de haberla hundido con más fuerza, habría atravesado su hígado. Pero de eso ya fue un tiempo atrás y mi instructor ya estaba sano y fuerte. Ahora entrenábamos todos los días.

—Mueve los pies. Bien, bien —me indicaba.

Yo me movía de un lado a otro y evadía los ataques de su enorme hacha. Era lento, muy lento, pero eso no significaba que no fuera peligroso, pues, si me agarraba, podría romperme el cráneo con sus anchas manos.

—Recuerda, Vagn. No reveles tus movimientos, ni tampoco fijas tu mirada en donde vas a atacar; no le des esa ventaja al enemigo. Tu mirada siempre debe estar puesta en los ojos de tu oponente.

Yo di un paso hacia atrás, mi objetivo era atraerlo para contrarrestarlo con un ataque fulminante, pero al parecer calculé mal, le di la ventaja y mi equilibrio tambaleó, lo que provocó que mi peso se fuera de espaldas ante su patada que recibí en todo mi pecho. Mi trasero se incrustó en el lodazal y yo quedé lleno de suciedad.

Unas risas escuché detrás de mí, era mi hermana Hilda; por alguna extraña razón ella siempre me veía entrenar. Era como si también quisiera hacerlo, pero madre no la dejaba; decía que las doncellas escuderas eran cosa del pasado, y que ahora la mujer cristiana debía poseer otro tipo de habilidades, sobre todo en el hogar.

—Levántate joven Vagn. Recuerda, cada caída es una enseñanza, y cada vez que te levantas, significa que la lección fue aprendida.

El instructor me ayudó a levantarme dándome la base de su hacha, la cual agarré con mi mano para que me jalara y me pusiera de pie, después me asintió con la cabeza y se marchó; el entrenamiento había terminado. Yo estaba lleno de lodo, así que debía bañarme antes de que mi madre me viera, sino me mataría.

—Vaya lección la de hoy, Vagn —mi hermana se acercó.

—Y tú dices querer esto. No aguantarías ni un minuto en el lodo.

—Tú no sabes ni lo que aguantaría. Dame una espada en la mano y te demostraré que soy como Brunilda —me replicó.

—¿Brunilda?, ¿la valkiria que nuestro abuelo Palnatoke mencionaba en sus historias? —me reí—, esas historias de los héroes antiguos son puras leyendas. La vida real es diferente, y una mujer jamás podría vencer a un hombre en combate.

Mi hermana entrecerró los ojos y no me respondió. Ya la conocía, se había molestado por lo que le dije. Se dio la media vuelta y antes de irse me dijo:

—Por cierto, el tío Búi ya despertó. Si quieres ir a verlo hazlo ya, porque lo escuché discutir con mi abuelo de que quería zarpar hoy.

—¿Se va ya? —pregunté sorprendido.

—Eso escuché.

Sin tiempo que perder, salí de las cuadras de entrenamiento y corrí hacia el salón.

—Una noche más, solo me quedará una noche más.

Cuando entré en el salón, al parecer mi tío y mi abuelo seguían discutiendo. Mi abuelo Vesete quería que reposara más tiempo de sus heridas, pero mi tío Búi tenía que ir con los jomsvikings a darles un importante mensaje o algo así, y no podía demorarse más.

—Está bien, hijo. Ya que no puedo hacer que te quedes más tiempo, esta noche habrá una gran cena para despedirte.

—¡Una cena! —exclamé emocionado—, que bien, porque anoche no dejaron terminarme mi costilla.

—Vagn, mi sobrino —Búi me dio un abrazo—. No había podido verte. ¿Cómo estás pequeño guerrero?

—Cada vez mejoro más mi técnica con la espada. Deberías ver como lucho.

—Por supuesto que sí. Lo llevas en la sangre familiar, sobrino mío —me felicitó—. Y dime, ¿qué planes tienes? ¿Qué quieres hacer?

—Quiero tener grandes batallas, ser un gran guerrero y que mi nombre quede escrito en las sagas —le respondí con orgullo—. Quiero unirme a la hermandad de los Jomsvikings.

En cuanto dije eso, mi abuelo Vesete nos interrumpió:

—¡Basta de tonterías! Estoy cansado de los jomsvikings. Vagn, tú tienes apenas doce inviernos, no sabes ni lo que quieres en la vida; así que deja de hablar de eso. Ahora ve a darte un baño que estás lleno de tierra. Recuerda que eres un noble, no un campesino cualquiera. Anda ve.

Mi abuelo era aún más molesto que mi madre, así que simplemente agaché la cabeza y le asentí.

—Nos vemos en la cena, pequeño Vagn —me dijo mi tío antes de irme.

Durante el baño estuve muy pensativo. Pensaba en mi madre y mi abuelo, pues siempre que intentaba sacar el tema de los jomsvikings me cortaban, como si no quisieran que hablara de ello; como si creyeran que la hermandad fuera culpable de todos los males familiares. Pero yo no lo veía así, yo veía a los jomsvikings como un prestigioso grupo de guerreros, y mientras más tiempo pasaba en esta isla, más tiempo creía que mi destino era quedarme aquí para siempre. Por lo que tenía que salir ya, y solo mi tío Búi podría ayudarme a hacerlo.

Después del baño me decidí en ir a buscar a mi tío; no estaba en el salón ni en los alrededores, pero yo sabía dónde estaba. Hacia el sur, bordeando la costa, hay un acantilado desde donde se

pueden ver a las olas chocar con las rocas; mi tío Búi y su hermano, mi otro tío Sigurd, jugaban y entrenaban allí cuando eran niños. Así que me subí a mi caballo y galopé hacia allá.

Cuando llegué vi hasta arriba de la meseta a mi tío de espaldas, contemplando el mar. Él me escuchó llegar, y sin voltear me dijo:

—Vagn. Pensé que te vería hasta la cena.

—Y yo pensé que debías descansar por tu herida.

Mi tío se volteó hacia mí sonriendo —Dime sobrino, ¿qué necesitas?

—Sé que zarparás mañana hacia Jomsborg. Seré directo... quiero ir contigo, quiero unirme a los Jomsvikings.

Mi tío no hizo ningún gesto de burla como habría hecho otra persona, más bien me miró con orgullo.

—Eres un joven valiente y vivaz. Hace falta mucho coraje para querer unirse a la hermandad; y sé que lo conseguirás, Vagn, pero no ahora. No tienes la edad suficiente, pues solo se admiten nuevos reclutas a partir de los dieciocho inviernos, y a ti te faltan seis todavía.

—Ya escuchaste a mi abuelo, no quiere saber nada de los jomsvikings. Y mi madre piensa lo mismo. El tiempo pasa, y siento que la vida se me va en esta aburrida isla —le repliqué.

—¿Y qué dice tu padre, Áki?

—Padre siempre está en Noruega haciendo sus viajes de comercio. Casi nunca lo veo —le respondí y seguí insistiendo—. Pero por favor, tío Búi, déjame intentarlo. Mi abuelo es el líder, tal vez exista una manera de hacerme entrar.

—El código jomsvikingo es muy claro, y ni siquiera el Maestre puede cambiarlo. Eres un joven precoz, Vagn, y eres diestro con la espada. Solo son seis inviernos más; sigue entrenando aquí y sé que, con tu destreza, pasarás las pruebas de admisión en un pestañeo. Cuando menos lo pienses ya serás un guerrero de la hermandad.

—Pero...

—Nos vemos en la cena de la noche, sobrino. Por ahora quiero disfrutar de la vista —me interrumpió y se dio la media vuelta.

Mi tío había zanjado la conversación y yo no tuve más opción que montar en mi caballo y regresar a casa.

Desde las fiestas de Yule, ahora llamadas fiestas navideñas, no había visto el interior del salón tan decorado y tan lleno de vida; sin mencionar la comida, que la mesa estaba a rebosar de carne, postres, hidromiel y cerveza. Entre las personas que estaban allí, además de la familia, también se encontraban los hombres de confianza de mi abuelo, los tripulantes del barco de mi tío y su compañero jomsvikingo de nombre Hávard el Herrador, el cual no hablaba mucho.

Realmente la cena fue aburrida, yo estaba sentado a un lado de mi hermana, después de mí seguía mi madre, después mi tío y en medio mi abuelo. La plática que tenían eran de puras cuestiones políticas que no entendía, pero parecía tener cierta importancia.

—Ya que no puedes hablar de lo que pasa dentro de Jomsborg, ¿puedes hablar de lo que sucede en el reino? —con algo de ironía preguntó mi abuelo Vesete.

—Sé que lo dices porque estuviste en la corte del rey Sveinn hace algunas lunas —rio mi tío.

—Al parecer están bien informados en tu hermandad.

—Lo estamos —afirmó mi tío—. Aunque nos preocupa que Sveinn quiera retomar incursiones en Inglaterra.

—No lo creo —respondió mi abuelo dándole un sorbo a su sopa—. El rey Sveinn tiene buenas relaciones con Etelredo de Inglaterra; por ahora hay paz, y en la corte inglesa hay muchos daneses con buenos puestos. No hay tensión alguna entre ambos reinos.

—¿Eso te dijo Sveinn? —con sospecha preguntó mi tío Búi.

Mi abuelo entrecerró los ojos —Algo sabes.

—Tenemos informantes dentro de la corte inglesa, y nos han llegado rumores de que a Etelredo se le está sobrepasando la situación con los daneses en su reino, y que la nobleza conservadora quiere que ponga su atención en el asunto.

—¿Y qué puede hacer? ¿Matarlos a todos y hacer una masacre? Tonterías, desataría una guerra con Dinamarca. No le conviene —negó mi abuelo.

—Yo no estoy en la mente de los reyes. Solo sé lo que se cuenta.

—Puros rumores... pero cambiemos de tema —mi abuelo pidió que le rellenaran su tarro y continuó hablando—. ¿Qué me cuentas de tu hermano Sigurd? ¿Por qué el desgraciado no pasó ni siquiera a saludar?

—No había intenciones de venir aquí, padre. Como te dije, teníamos un encargo urgente y mi hermano zarpó antes que yo. Venir aquí fue por el infortunado ataque de aquellos bandidos —respondió mi tío Búi.

—¿Entonces ya no iban a venir a visitarme? Había pasado mucho tiempo.

—No te pongas melancólico, padre —sonrió mi tío—. Teníamos pensado venir a visitar a la familia en las festividades, pero han sido días difíciles. Prometo que vendré con mi hermano pronto.

—Más te vale —mi abuelo le dio un sorbo a su tarro—. Ahora cuéntame de este acompañante tuyo, este jomsvikingo.

—Mi nombre es Hávard el Herrador —se presentó.

—¡Por fin habló! —mi abuelo Vesete alzó los brazos—. Pensé que eras mudo.

—No, señor. Simplemente no tenía nada que decir.

—Y ahora sí. Cuéntanos sobre ti, guerrero —apuntó mi abuelo.

Se notaba cierta incomodidad en el rostro de Hávard; al parecer, no tenía otra opción más que hablar sobre él.

—Nací y crecí en Lolland, y desde muy temprana edad me uní a varias expediciones en el Mar del Norte; en la última de ellas, cuando tenía veinte inviernos, mi barco naufragó, pero afortunadamente fui rescatado por un buque de los jomsvikingos, quienes vieron mi potencial. Realicé las pruebas y me aceptaron en la hermandad. Allí conocí a Búi y a Sigurd, y desde entonces hemos sido buenos amigos.

—Interesante historia. ¿De qué parte de Lolland eres? —preguntó mi abuelo Vesete.

—De las afueras de Nakskov.

—Bah. No conozco a nadie de ahí —mi abuelo se levantó y tambaleó un poco—. Parece ser que la bebida está haciendo su efecto; ya no tengo el mismo aguante de antes. Creo que iré a descansar —se dirigió hacia mi tío—. Hijo mío, sé que partes a primera hora, así que te deseo un buen viaje; me saludas a tu hermano y dile que vengan más a menudo. Los quiero a ambos —mi abuelo abrazó a mi tío, después se apartó y dijo antes de partir—: Ah, tus hombres pueden descansar aquí, pues dormirán en el mar los próximos días. Buen viaje a todos.

Tras la partida de mi abuelo, la cena continuó por poco tiempo más; mi tío y sus hombres partirían en unas horas, así que debían descansar. Mi tío Búi se despidió de mi madre, de mi hermana y de mí; en mi caso, me dio un abrazo y puso su mano en mi hombro, recordándome lo que habíamos hablado.

La noche transcurrió y yo no podía dormir; al parecer era el único, pues podía escuchar los ronquidos de una docena de hombres. Mi cabeza daba vueltas; había formulado un plan que me daba miedo llevarlo a cabo, pero tal vez era la única oportunidad que tenía; o era ahora, o era esperar seis largos inviernos. Tenía que intentarlo, nada tenía que perder. ¿Qué podría pasarme? Que me regresen, que me griten, que me regañen y castiguen. Eran consecuencias que estaba dispuesto a aceptar. El que no arriesga no gana, y yo tenía mucho que ganar.

Así que me levanté de la cama y a hurtadillas caminé entre la oscuridad del salón, sorteé a todos los hombres allí dormidos hasta que logré salir. Cuando iba a dar un paso escuché una voz detrás de mí, era una voz que conocía bien.

—¿A dónde vas? —era mi hermana Hilda.

Yo volteé de inmediato —¿Qué haces despierta?

—Lo mismo te pregunto.

Entrecerré los ojos —¿Cómo no te vi ni te escuché seguirme?

—Soy buena para el sigilo. Aprendí de los gatos —me respondió.

—Ah sí claro, los gatos —alcé los ojos irónicamente—. Bueno, pues buenas noches. Vete a dormir.

—¿A dónde ibas?

—No es de tu incumbencia —le di la espalda para irme.

—¿Es de la incumbencia de madre? La puedo llamar si quieres.

Apreté los dientes —Está bien, te diré. Pero promete que me dejarás ir en paz y sin avisarle a nadie.

—Lo prometo.

— Me voy de aquí, ya no quiero saber nada de esta isla. Me iré en el barco de mi tío para unirme a los Jomsvikings —le revelé.

—¿Qué? —se sorprendió—, ¿el tío Búi lo sabe?

—Por supuesto que no. Me escabulliré en su barco y me esconderé en la carga —le respondí—. Mi fortuna es que todos sus hombres están durmiendo aquí y no hay nadie en el barco.

—Estás demente, Vagn. ¿Puedo ir contigo?

—Sabes que los jomsvikings no aceptan mujeres —le negué.

—Tampoco aceptan menores de dieciocho años —me replicó.

—Ya pensaré en algo cuando esté ahí.

—Es un código estricto, Vagn. No puedes pensar en cambiarlo estando ahí —volvió a decirme.

—Lo sé. No tengo nada que perder; tal vez me vuelvas a ver en poco tiempo, significando eso que fracasé; o tal vez no me veas en un largo tiempo, significando que lo logré. Solo yendo lo averiguaremos.

—No diré nada solo porque quiero ver cómo te regañarán y te castigarán de por vida —sonrió—. Pero sabes bien que me obligarán a hablar; así que es probable que vayan por ti de inmediato.

—Una vez que haya entrado en la hermandad no podrán sacarme —con confianza le dije—. Extrañaré tu presencia molesta y tus cabellos rojos —me despedí.

—Y yo extrañaré tu altanería y tus cabellos rubios.

Una vez que me despedí de mi hermana, me dirigí hacia el puerto. Había muy poca luz en los muelles, solo se escuchaba el mar y sentía el rocío marino en mi cara. Jamás había viajado en barco, era mi primera vez, así que estaba un poco nervioso. Vi el barco de mi tío, era un pequeño långskip, muy diferente a los grandes drakkar que tenían los jomsvikings. Me metí en él y

busqué en donde esconderme para que no me vieran. Al fondo había unas cajas y barriles amarrados; abrí las cajas y estaban repletas de telas y herramientas. No iba a caber ahí. Abrí uno de los barriles y estaba lleno de líquido, pero afortunadamente el otro barril estaba por la mitad.

—Espero que no piensen en llenarlo. Sino mi aventura será muy corta —me dije a mí mismo y me metí en el barril.

La mitad de mi cuerpo quedó sumergida, pero de mi cintura hacia arriba estaba libre y podía respirar bien. Iba a ser un poco incomodo estar así durante el viaje, pero tenía que aguantar hasta tocar tierra. Según mi abuelo, la fortaleza de Jomsborg se encontraba a un día de aquí hacia el sur, así que podría aguantar sin comer hasta llegar; afortunadamente había quedado bastante repleto durante la cena. Hasta ese momento mi mayor preocupación era mear o cagar... pero no era algo que no pudiera hacer en el barril.

No sabía cuánto tiempo había pasado ya, pero escuché voces, pisadas y movimiento por todo el barco. Había gritos por doquier, risas y órdenes; y yo solo pedía que no abrieran el barril. Al parecer mis súplicas fueron escuchadas, pues sentí un meneo extraño; era el barco, por fin se movía. Poco a poco sentí cómo nos alejábamos más y más de esa isla donde nací y crecí, donde había pasado toda mi vida sin salir. Ahora era lo más lejos que había estado de allí, y no podía estar más feliz.

El tiempo pasó, pasó y pasó. No lo voy a negar, estaba mal, muy mal; llevaba ya un tiempo sin poder respirar bien, y el meneo del barco tenía mi estómago revuelto; sentía cómo el vómito viajaba de mi estómago a mi boca, pero yo lo regresaba, pues no podía hacer ruido. Tenía ganas de salir de allí, por un momento me arrepentí de esta estupidez que estaba haciendo, pero no, tenía que seguir adelante, eso es lo que haría un verdadero jomsvikingo. Sin embargo, tras unos cuantos meneos del barco, no pude sostenerlo más y vomité.

—Búi. ¿Escuchaste eso? —Hávard preguntó.

—¿Escuchar qué? —mi tío Búi no entendía.

—Por allá en el barril —las pisadas de Hávard sonaron cerca—. Se escucha como si alguien estuviera... —abrió la tapa del barril—... vomitando.

Yo lo vi a los ojos, y después sentí sus enormes manos sujetarme y sacarme todo empapado de allí.

—¡Vagn! —me gritó mi tío Búi—, por los antiguos dioses. ¿Qué has hecho?

—Tomar las riendas de mi vida —le respondí medio mareado; me sentía bastante mal.

—Tenemos que volver —ordenó mi tío Búi.

Hávard lo detuvo —Estamos muy cerca de Jomsborg; no podemos volver, nos retrasaríamos demasiado.

—No puedo llegar a Jomsborg con un niño —replicó Búi.

—Es peor llegar con retraso. Ya conoces a Palnatoke —argumentó Hávard—. Además, no es cualquier niño, es su nieto. Él lo entenderá.

—Por supuesto que lo entenderá cuando le diga que me quiero unir a la hermandad —ya sintiéndome un poco mejor, les dije.

—¿Quieres ser un jomsvikingo, Vagn? —con fuerza en la voz me preguntó mi tío—, pues lo que hiciste es lo menos jomsvikingo que he visto. No mediste el riesgo de tu acción; ¿sabías que esos barriles pueden caerse y trabarse de la tapa? Te pudiste haber ahogado.

Yo solo bajé la cabeza.

—Vamos, Búi. No seas tan duro con el muchacho —Hávard me defendió—. Demostró

valentía. Vagn es intrépido, lo lleva en la sangre.

—Intrépido, sí, sí... y también precoz. Pronto sabrá lo que es la dureza —mi tío me vio a los ojos y después ordenó—: Continuemos hacia Jomsborg.

Por ahora mi plan no iba por mal camino.

II

Jomsborg, Isla de Wolin, Pomerania. Finales del siglo X.

Mis ojos estaban maravillados ante lo que se presentaba frente a mí. El barco se acercó a unos muros que sobresalían sobre el mar; el sonido de un cuerno retumbó con fuerza y una gruesa reja elevadiza se alzó. El navío pasó justo por debajo de un enorme arco de piedra; sobre este había una gran torre donde guarnecían catapultas. Al ingresar en el puerto de la fortaleza mis ojos se abrieron aún más al ver el tamaño de ese lugar; ya había escuchado por las historias que el puerto de Jomsborg podía albergar decenas de drakkar, pero al verlo con mis propios ojos, era algo increíble el presenciar cerca de cincuenta barcos atracados en los muelles. Nunca en el puerto de Rønne llegue a ver esa cantidad de buques de guerra.

El långskip atracó en el muelle y los hombres comenzaron a desembarcar; mi tío Búi me ayudó a salir del barco y después los seguí a él y a Hávard. Caminamos por los muelles de madera hasta que por fin tocamos tierra. El interior de la fortaleza era amplio; había muchas construcciones y grandes salones por doquier, pero nosotros nos dirigíamos a una que estaba en el medio y se veía claramente su importancia, pues su tamaño imponía. Su construcción tenía varios niveles, y tenía distintas decoraciones en las paredes y en los techos; nunca había visto nada igual, ya que en Bornholm no existía algo que se le pareciera.

El lugar estaba repleto de guerreros, algunos sin armaduras y otros pertrechados hasta los dientes; también se podían ver a algunos entrenar con sus espadas y hachas, algunos otros bebían y reían; si habláramos de la nueva fe cristiana, Jomsborg era como el paraíso de los guerreros, y si hablamos de la antigua fe, Jomsborg era como Valhalla en vida. Y hablando de la antigua fe, no pasé por alto el templo, pues afuera de las puertas se veían claramente dos figuras de los antiguos dioses: Odín y Thor. Recuerdo que los últimos monumentos a los dioses de la antigua fe en Bornholm fueron quemados por los hombres del rey Harald, imponiendo la cruz en su lugar. Aquellos fueron tiempos violentos; la gente se rebeló, pero ahora las cosas se han aplacado, y poco a poco han aceptado al nuevo dios: Cristo. Sin embargo, es sabido que los jomsvikings se han mantenido fieles a la antigua fe; eso no me generaba conflicto, pues siempre he tenido presente que los dioses de mis ancestros bendicen a los guerreros honorables, y si ese es mi destino, estoy dispuesto a adorarlos.

Mientras caminábamos algunos de los hombres me volteaban a ver con recelo y extrañez; supongo que era raro el ver a un menor de edad en la fortaleza. Pronto se tendrían que acostumbrar.

Por fin habíamos llegado al salón principal, y lo vi, allí estaba mi abuelo, tal y como lo recordaba; mantenía ese vigor, esa fortaleza y esa presencia que atemorizaba. Estaba hablando con otros hombres y no se había percatado de nuestra llegada; cuando caminamos hacia él, mi tío Sigurd nos interceptó. Mientras que Búi era una persona robusta y muy fuerte, de rudas facciones, pero diestro con la espada, su hermano Sigurd era delgado pero apuesto, era alguien

orgullosa y muy ágil para luchar.

—Hermano. Por fin llegas —abrazó a mi tío Búi—. Había pensado lo peor.

—Nos atacaron en el camino y tuve que parar en Bornholm, con nuestro padre—. Explicó mi tío Búi—. Un pequeño percance se ha presentado...

—¿Vagn? ¿Qué estás haciendo aquí? —mi tío Sigurd se sorprendió de verme—, ¿todo está bien?

En cuanto se escuchó mi nombre en el salón, mi abuelo Palnatoke volteó enseguida y se acercó a nosotros.

—Búi. Tu retraso me tenía preocupado; pero ya veo el por qué —mi abuelo se acercó a mí—. Vagn, has crecido muchacho. Me da gusto verte. ¿Qué ha sucedido?, ¿qué haces aquí?

—Igual me da mucho gusto verte de nuevo, abuelo. Estoy aquí porque...

—Porque se ha metido de polizón en el barco —me interrumpió Búi—. Ya sabes que Vagn siempre ha sido intrépido y aventurero; cosas de niños que toman acciones sin pensar. Yo asumo la responsabilidad de su acto y mañana mismo lo regresaré a Bornholm.

—Muy bien. ¿Acaso me extrañabas tanto muchacho? —con una sonrisa me preguntó mi abuelo Palnatoke.

—Todas las noches sueño con las historias que me contabas abuelo. Pero esa no es la razón por la que he venido —le respondí, y después seriamente dije—: He venido porque quiero unirme a los Jomsvikings.

Varias risas se escucharon; provenían de dos hombres que en ese momento no sabía quiénes eran, pero eran de gran importancia en la hermandad y el futuro de la misma. Los dos eran hermanos, hijos de Strut-Harald, jarl de Escania y tío del rey Sveinn. El mayor era Sigvaldi Strut-Haraldsson, un hombre con mirada odiosa y embustera, tenía una nariz horrible y grandes entradas en su frente, así que en un futuro le esperaba la calvicie; el otro hermano era Thorkell el Alto, su nombre iba acompañado de su tamaño, pues era el hombre más grande que había visto hasta el momento. Hace algunos años atrás, ambos hermanos habían tenido una confronta con mis tíos Búi y Sigurd, así como con mi abuelo Vesete. El rey Sveinn tuvo que mediar en la situación y ambos jarls, Strut-Harald y mi abuelo Vesete, llegaron a un acuerdo de paz.

—¿De qué se ríen? Lo que dije es en serio —los confronté.

—Debes llegarme por lo menos a la cintura para poder entrar a la hermandad —con burla me dijo Sigvaldi.

Tenía ganas de reventarle la cabeza ahí mismo al burlón ese; yo tenía doce inviernos cumplidos y ya le llegaba a los hombros, en pocos años seguro sería más alto que él.

Mi abuelo Palnatoke intercedió:

—Cualquier guerrero puede solicitar la admisión a la hermandad jomsvikinga. Pero por ley solo aceptamos jóvenes mayores de dieciocho años, Vagn. A ti te faltan seis. A tu corta edad veo tu buen porte y ya te ves como todo un hombre; regresa cuando tengas la edad solicitada y podrás hacer las pruebas de ingreso.

—¿Qué prueba? —pregunté.

—Probarte en combate contra un miembro destacado de la hermandad —me respondió mi abuelo Palnatoke.

Sigvaldi volvió a reír —Ni contra un miembro nuevo durarías un minuto —dijo.

—Espero que el alcance de tu lengua se asemeje al alcance de tu espada —le confronté—. ¿Acaso tú eres un miembro destacado o solo eres un hablador?

—¿Qué dijiste, niño? Soy Sigvaldi Strut-Haraldsson, uno de los comandantes de Jomsborg.

—Entonces si dices ser quién eres no tendrías problemas en enfrentarme en un combate —

hablé con la cabeza caliente y sin pensar.

—¿Estás convocando un Holmgang? Aquí el duelo es sagrado, y una vez que lo convocas no se puede deshacer —Sigvaldi parecía confiado.

—Vagn. Aquí el Holmgang no es un juego, es algo serio. Si haces esto no puedo ayudarte de ninguna manera; son golpes y heridas serias, incluso podría provocarte la muerte por el fragor del enfrentamiento —mi abuelo Palnatoke trató de disuadirme—. Sigvaldi te lleva diez años y es alguien probado en batalla; que no se te caliente la cabeza, como te dije, ya tendrás tu oportunidad cuando tengas la edad propicia.

Por un momento pensé en agachar la cabeza y retirarme, pero después vi que tenía la oportunidad perfecta de probarme en valía para ser admitido. Tenía la prueba ahí mismo, fui más astuto y me había saltado la ley. Ahora solo tenía que vencerlo.

—Desafío a Sigvaldi Strut-Haraldsson a un Holmgang. Y que este sea el acuerdo: si gano me deberán aceptar en la hermandad, y si pierdo aceptaré cualquier castigo que se me imponga. Que Sigvaldi peleé contra mí y demuestre que es un guerrero de verdad y no un hablador.

—¡Maldito niño! —Sigvaldi, con el puño cerrado, se dirigió hacia mí para pegarme; pero fue detenido por mi abuelo Palnatoke.

—Te han desafiado a un Holmgang, Sigvaldi. ¿Aceptas? —le preguntó.

—Por supuesto que acepto. Haré añicos a ese infante —con seguridad respondió Sigvaldi.

—Declaro este Holmgang oficial. Se llevará a cabo mañana con los primeros rayos del sol —anunció Palnatoke.

—Cavaste tu propia tumba, niño —me dijo Sigvaldi antes de salir del salón junto a su hermano.

Un silencio se apoderó de la sala; mis dos tíos, Búi y Sigurd, se veían entre sí con sorpresa. Hárvard miraba hacia otro lado sin decir una palabra. Solo mi abuelo Palnatoke rompió el silencio.

—Debes de descansar, Vagn. Yo tengo unos temas importantes que atender con Búi, así que te dejo en manos de Bjorn; él te llevará a tu lugar de descanso. Después iré a verte.

Me quedé un poco sorprendido de que no mencionara nada sobre mis actos, después de todo yo corría el riesgo de morir en el duelo. Supongo que esa era la frialdad jomsvikinga de la que tanto se hablaba. Bjorn se acercó a mí; era un hombre fornido, con una barba roja ahorquillada y cejas pronunciadas.

—Soy Bjorn el Galés. Sígueme, muchacho —me indicó.

—Imagino que vienes de ese lugar, por eso el nombre —le dije mientras caminábamos.

—Así es; vengo de Bretland. Tengo algunas tierras allá —me respondió—. Fue algo inusual lo que acabas de hacer. A cualquier otro lo habrían tomado como un infante que jugaba, pero a ti no, te tomaron en serio y ahora enfrentas un verdadero Holmgang. Un niño contra un adulto... que desastre.

—¿No crees que pueda ganar?

—No me interpretes mal. Sé que eres nieto de Palnatoke, sé que eres nieto del Jarl Vesete; sé que tiene sangre guerrera y que seguro has tenido un buen maestro de espada, inclusive tu físico se ve más fuerte que el de otro niño de tu edad. Pero no has alcanzado tu desarrollo pleno, y Sigvaldi sí; eso es una desventaja para ti.

—¿Algún consejo que puedas darme?

—Sigvaldi es astuto, pero desesperado. Juega con su paciencia y puede que haga algún movimiento tonto —me respondió y nos detuvimos—. Hemos llegado. Que los dioses te acompañen mañana.

Me dejó en una pequeña habitación que tenía una cama igual de pequeña; parecía más un lugar donde dejaban a los prisioneros. La verdad me daba igual donde iba a dormir; hasta el momento mi plan iba agarrando buena forma.

Ya había pasado un buen rato, era bastante entrada la noche; casi la madrugada diría yo. Mi estómago crujía del hambre, pero afortunadamente escuché unos pasos acercarse a la habitación; era mi abuelo Palnatoke. Traía una bandeja con lo que parecía ser unos muslos de pollo y una jarra de agua.

—Llegas en el momento justo, abuelo. Moría de hambre —le dije y rápidamente agarré la bandeja.

—Los crujidos de tu tripa se escuchaban por todo Jomsborg —sonrió.

—Te noto tranquilo. Pensé que venías a regañarme —hablé mientras me comía el pollo.

—Realmente pensé que harías caso a lo que te dije, pues era por tu seguridad. Pero, cuando hiciste lo contrario y desafiaste a Sigvaldi, mostraste valentía; y la valentía es algo que no castigo. Fuiste imprudente, sí; pero ahora tienes tu objetivo en las manos. Me recordaste a mí cuando era un joven impaciente.

—¿Crees que pueda ganarle? —dejé el pollo a un lado y le pregunté con preocupación.

—He visto de todo en esta vida; que un niño pueda ganarle a un joven adulto no es algo que se afirme imposible. Los antiguos dioses están contigo, Vagn. Lo sé —se levantó y antes de irse volvió a decirme—: Sigvaldi tienen el tobillo izquierdo lastimado debido a una práctica de ayer. Descansa.

Cuando mi abuelo Palnatoke salió, sonreí. Parecía ser que la balanza se había equilibrado.

A la mañana siguiente, los primeros rayos de sol alumbraban el patio de Jomsborg. Un grupo de jomsvikings habían formado un círculo dejando un gran espacio en medio; los guerreros chocaban sus hachas y espadas contra sus escudos, ocasionando un gran estruendo rítmico. Posados encima de una estructura de madera pude ver a mis dos tíos, Búi y Sigurd; y junto a ellos estaba Hárvard. Todos estaban expectantes para verme triunfar o para verme fracasar.

Entré en el medio del círculo acompañado de Bjorn el Galés; allí ya se encontraba Sigvaldi y mi abuelo Palnatoke. Sigvaldi portaba una enorme hacha danesa, la agarraba con sus dos manos, y vestía con una cota de malla. En mi caso, yo no pude pertrecharme tanto, pues no había armaduras de mi medida, por lo que improvisé con algunas protecciones de cuero; la ventaja era que podría moverme rápido. A diferencia de Sigvaldi, yo estaba armado con una espada que me prestaron y un escudo.

Una vez que Sigvaldi y yo estuvimos frente con frente, mi abuelo Palnatoke empezó a hablar:

—Estamos aquí hoy en suelo sagrado de Jomsborg para presenciar un Holmgang entre Sigvaldi Strut-Haraldsson y Vagn Åkesson. El combate durará hasta que algún contrincante esté gravemente herido, se rinda por voluntad propia o yo mismo decida detenerlo. ¿Están de acuerdo?

Ambos asentimos.

—Que los dioses den su favor al mejor guerrero. ¡Qué el Holmgang comience! —mi abuelo se apartó; los guerreros que formaban el círculo gritaron y chocaron con más fuerzas sus escudos.

Sigvaldi me vio a los ojos —No vas a enfrentarte a alguno de tus instructores que ni siquiera te

rozan cuando atacan.

—No tienes idea de quién era mi instructor. Era alguien más grande y fuerte que tú.

En cuanto dije eso, Sigvaldi alzó su hacha y me atacó; yo logré esquivar su primera acometida. La verdad es que, a pesar de que mi instructor me atacaba con fuerza, pocas veces tuvo la intención de partirme en dos con la hoja de un hacha danesa. Sigvaldi continuó atacándome y yo seguí evadiéndolo; no veía por donde podía atacarlo, su furia y energía eran imparables. Traté de ver su tobillo izquierdo; según mi abuelo lo tenía lastimado, pero la verdad lo disimulaba bastante bien, porque en ningún momento vi que cojeara o que no pudiera moverse correctamente. O simplemente no era cuestión de ver, sino de saber; así que quise probarlo. Tenía que arriesgar, por lo que en uno de los ataques de Sigvaldi, me acerqué lo suficiente a él como para darle un puntillazo con mi pie en su tobillo izquierdo; Sigvaldi tambaleó un poco, pero no lo suficiente, y aprovechó mi cercanía para agarrarme y soltarme un puñetazo en la boca. Sentí que me había roto todos los dientes, pero afortunadamente cuando escupí, solo salió sangre.

En mi mareo por el golpe que recibí Sigvaldi me volvió a agarrar, pero esta vez le di una patada tan fuerte con la planta de mi bota en su tobillo izquierdo que tuvo que soltarme; aulló del dolor, gritó de rabia y trató de correr hacia mí. Pero ahora sí lo vi, pues cuando quiso dar el paso tambaleó hacia el frente; no podía pisar bien. Quiso atacarme de nuevo, pero esta vez lo evadía con más facilidad, no se movía tan rápido; cojeaba y gruñía cada vez que pisaba con el pie izquierdo.

Sigvaldi era astuto, sabía que iba a continuar atacando por su lado lastimado, así que se detuvo por un momento y sus ataques fueron más cautelosos. En una de sus acometidas, logró clavar la hoja de su hacha en el filo de mi escudo, casi partiéndolo en dos; su hacha quedó incrustada tan fuertemente en mi escudo que, cuando la volvió a alzar, me alzó a mí también; yo azoté en el suelo con la mitad de mi escudo en la mano, y, cuando Sigvaldi me iba a rematar, usé esa parte de mi escudo para darle un fuerte golpe en su tobillo. Escuché un crujir, como si su hueso se hubiera partido; Sigvaldi gritó y cayó de picado en el suelo, pero antes de hacerlo había puesto la hoja de su hacha en mi cuello, pero él no se dio cuenta que yo tenía la punta de mi espada sobre su corazón.

—¡Alto! —gritó mi abuelo Palnatoke—, ¡declaro este Holmgang finalizado!

—¿Qué? ¿Un empate? —preguntó mi tío Búi.

—No puede ser un empate —replicó mi tío Sigurd—. Vagn es diez años menor que Sigvaldi y aun así quedaron tablas; eso debe de contar como una victoria para Vagn.

—Es un empate. Por lo tanto, el muchacho no ganó. Debe de marcharse de aquí —Thorkell el Alto defendió el honor de su hermano.

—¡Silencio todos! —ordenó Palnatoke—. Vagn, levántate —me miró y dijo—: Has probado tu valía contra uno de los comandantes de los jomsvikingos. A pesar de tener doce inviernos, tienes todas las cualidades que un jomsvikingo debe poseer. Eres un gran prospecto para la hermandad y necesitamos a guerreros como tú para el futuro de la misma. Vagn Åkesson, declaro que eres admitido en la hermandad guerrera de los Jomsvikingos.

Todos los guerreros aullaron y chocaron sus escudos. Mis dos tíos gritaron de la emoción, y yo, que sentía que mi quijada se me iba desprender, solté una sonrisa de felicidad. Lo había conseguido; la verdad nunca dudé de mí.

En la noche del mismo día me mandaron a llamar al salón principal. Mi cuerpo ya se había enfriado y el dolor de los golpes lo sentía aún más; nunca antes había estado tan adolorido; sin embargo, era un dolor placentero. Al entrar al salón todo estaba oscuro, a excepción de unas antorchas que formaban un pasillo por donde tenía que pasar. A lo largo del pasillo estaban posados varios hombres con armadura y yelmo; al final de todos estaba mi abuelo Palnatoke con una espada en su mano. Al pararme frente a él, me indicó que me arrodillara; entonces comenzó a hablar:

—Vagn Åkesson. Has sido admitido en la hermandad de los Jomsvikingos. Por lo que ahora debes jurarle tu vida a la orden y debes de aceptar el código. Los preceptos inquebrantables son los siguientes: El jomsvikingo está obligado a defender a sus hermanos y vengar su muerte si era necesario. El jomsvikingo tiene prohibido hablar mal de sus hermanos o pelearse con ellos. Cualquier enemistad entre los miembros está sujeta a la intermediación de los comandantes y deberás acatar su juicio. El jomsvikingo tiene prohibido mostrar miedo o debilidad frente al enemigo de igual fuerza o inferior. Todo beneficio de los saqueos resultantes de las batallas se repartirá en partes iguales entre la hermandad. El jomsvikingo no puede ausentarse más de tres días de Jomsborg sin permiso de un comandante. El jomsvikingo no debe permitirse ser cautivo. Y, por último, no se aceptaba la presencia de mujeres dentro de la fortaleza. Cualquier violación a estas normas supone la expulsión de la orden. ¿Aceptas el código jomsvikingo?

—Lo acepto —fije con firmeza.

—La palabra de un hombre va ligada a su sangre —Palnatoke me tomó la mano y me hizo un pequeño corte con su espada—. Ahora prométeselo a tus ancestros.

Palnatoke se apartó y dejó ver detrás suyo una enorme piedra rúnica que estaba manchada de sangre; esa era la sangre de todos los jomsvikingos de la hermandad. Yo toqué la piedra con mi mano e impregné mi sangre en ella. Mi sangre quedaría grabada como una promesa.

—Ahora eres oficialmente un jomsvikingo —anunció Palnatoke.

Bjorn el Galés se acercó a mí y me felicitó; lo mismo hicieron mis tíos, Búi y Sigurd. Después vi cómo Sigvaldi y Thorkell el Alto abandonaron la habitación. Al parecer tenían que estar por obligación en la ceremonia.

—Vagn —mi abuelo Palnatoke me volvió a hablar—. He designado a Bjorn como tu mentor. Te enseñará todo lo que tienes que saber de la hermandad y te instruirá para convertirte en un guerrero jomsvikingo. Tienes que hacer caso a todo lo que te diga. Él será como un padre para ti.

—Así será —afirmé—. Solo tengo una pregunta. ¿Qué sucede si mi abuelo Vesete, mi madre o mi padre vienen por mí?

—Ahora eres un jomsvikingo. Nadie puede sacarte de aquí; cada guerrero de la fortaleza daría su vida para defenderte, así como tu darías la tuya por ellos. Tendrían que venir con un ejército.

Cuando escuché la respuesta de mi abuelo Palnatoke sonreí. Ahora que mi objetivo de ser un jomsvikingo estaba cumplido, quedaba el cumplir mi destino de ser el mejor guerrero de todos.

EL SECUESTRO DE THORGUNNA

I

Kristiansand, Ducado de Oddernes, Noruega. Mayo de 1079 d.C.

Un año había pasado desde que Halfdan Hacha de Tiburón regresara a Noruega como un guerrero consagrado; durante una década viajó a los confines del mundo, hasta Constantinopla, donde sirvió en la prestigiosa Guardia Varega. Durante su viaje hubo éxitos y fracasos, hubo felicidad y pérdida, pero lo cierto es que ahora Halfdan vivía la mejor etapa de su vida; junto a su esposa Eyra gobernaba desde la pequeña ciudad de Kristiansand en el Ducado de Oddernes. Durante ese año la ciudad había florecido, pues la sombra dejada por el fallecido Conde Rognvald desapareció.

Halfdan no tenía problemas de saqueos u otras violaciones a sus tierras pues, de los mil varegos que se unieron a él en Constantinopla, le restaban setecientos que cuidaban el ducado; los otros trescientos habían partido a buscarse su vida en otras aventuras y expediciones. Sus mejores amigos y compañeros de la antigua tripulación: Orvar, Pallig, Asbjorn, los gemelos Hjalmar y Hodur, Helgi, Sigurd y Ragnar se mantenían muy unidos a él, aconsejándole en todo lo que podían y ayudándole en la administración del ducado; el jomsvikingo Ragnar, en especial, era el más grande amigo de Halfdan y su consejero más fiel, considerándolo como un hermano de sangre. Pocos jarls o duques rivales se atrevían a confrontar a Halfdan, pues no solo sabían que él y sus compañeros eran los mejores guerreros de Noruega, sino que cada uno de sus varegos eran soldados experimentados que valían por tres hombres.

Todo ese año fue tranquilo para Halfdan hasta que, apenas hacía unas semanas atrás, había recibido en su salón a un mensajero real. Era claro que las acciones de Halfdan no iban a pasar desapercibidas; un exiliado de Noruega regresa con mil guerreros, mata al conde del lugar, toma a su esposa, se casa con ella y gobierna en su lugar. Obviamente un rey no ve algo así con buenos ojos; y, aunque el rey de Noruega Olaf Haraldsson era un hombre razonable y pacífico, en su mensaje enviado fue bastante claro: quería conocer a Halfdan en persona y que éste le diera explicaciones. Básicamente un rey no quiere tener un ducado en rebeldía, y quería que Halfdan le rindiera vasallaje.

En cualquier otro caso, o con cualquier otro rey, Halfdan ya habría sido declarado enemigo del reino por invadir un ducado, matar a su conde y tomar sus tierras; pero afortunadamente, Halfdan contaba con dos personas en la corte cercanas al rey que le habían ayudado hablando bien de él. Uno de ellos era Svend, un antiguo huscarle del fallecido Harald Hardrada, el padre del rey Olaf; y la otra persona era su media hermana Tora, amante del rey Olaf y con la cual tenía a su único hijo, Magnus. Por lo que, por decirlo de alguna forma, Halfdan era cuñado del rey Olaf y tío del heredero al trono. Y, por si fuera poco, Halfdan era el único hijo viviente del Berserker de Stanford Bridge, el famoso héroe de Noruega; por lo que el rey Olaf no tenía intenciones de enemistarse con él, y más bien, quería hablar en persona de sus intenciones y probables alianzas futuras. O por lo menos eso es lo que Halfdan creía por otra carta que había recibido de su

hermana Tora y de Svend para tranquilizarlo, ya que el mensaje del rey Olaf fue un citatorio muy contundente. Pero los consejeros de Halfdan supusieron que así es como debía hablar un rey, con intimidación.

Fuera de una forma u otra, Halfdan y su esposa Eyra, la cual estaba embarazada con cuatro meses de gestación, tuvieron que suspender sus planes de ir a Dinamarca a visitar a Astrid, la madre de Eyra, y poner toda su atención en el delicado tema de la visita a Nidaros, a la corte del rey Olaf. Por lo que esta noche iba a ser la última que pasarían en Kristiansand, y Halfdan estaba dando un banquete de despedida en el Salón del Jarl. Todos sus amigos y consejeros iban a ir con él a Nidaros, a excepción de Pallig y Asbjorn; el primero porque era el mejor administrador y político que Halfdan tenía, y se quedaría al cuidado del ducado; y el segundo porque, muchos años atrás, había tenido un altercado en Nidaros y era probable que, si lo llegaran a reconocer, lo meterían en los calabozos; por lo que era mejor que se quedara.

Había un escándalo en el salón; hombres bebiendo, cantado y riendo. Halfdan se encontraba sentado junto a su esposa Eyra, la cual notó que su esposo miraba por todas partes.

—¿Qué sucede, amor mío? —preguntó.

—No he visto a Ragnar en un buen tiempo. Es raro de él; siempre está en la competencia de bebida junto a Orvar y Helgi —respondió Halfdan.

—Lo he visto pensativo los últimos días. Me ha dicho que ha estado soñando con su padre, y que eso lo tiene distraído —Eyra contó.

—¿Ha estado soñando con su padre Vagn? Que extraño —Halfdan indagó—. Iré a buscarlo y ver si puedo ayudarlo con sus pensamientos. Mañana partiremos hacia Nidaros y no quiero que esté así de distraído.

Antes de irse, Halfdan tocó la pequeña panza que ya se le estaba formando a Eyra y la besó.

Halfdan salió del salón y se dirigió a las habitaciones interiores, donde tenía lugar el consejo y se encontraba el despacho de Ragnar. Al entrar, vio a su amigo sentado y leyendo atentamente unos manuscritos.

—Ragnar, ¿qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

—Releyendo las memorias de mi padre Vagn —respondió Ragnar.

Halfdan se acercó a él —Eyra me contó sobre tus sueños. ¿Está todo bien?

—Sí, es solo que he soñado últimamente mucho con él. Eso me ha hecho sobre pensar demasiado y por eso releo sus memorias. Es solo para despejar la mente —Ragnar guardó los manuscritos en un baúl—. Volvamos al banquete. No me quiero perder la competencia de bebida.

Halfdan sonrió —Ese es el jomsvikingo que conozco —le dijo dándole unos golpecitos en la espalda.

El banquete continuó; los hombres derramaban el hidromiel de sus tarros al caminar y al cantar; otros se insultaban y seguidamente se reían y abrazaban; pero no había otro sitio con más diversión que en la competencia de bebida. Ragnar era el mediador, y esta vez se enfrentarían Orvar y Helgi. Todos los ojos estaban puestos en ellos. Orvar, quien tenía un ancho de estómago más grande que el de cualquiera ahí, había tomado quince tarros de cerveza; mientras que Helgi, el cual no tenía ni la mitad del ancho de Orvar, había tomado trece tarros de cerveza, lo cual era bastante sorprendente.

—¿Una más Helgi? —Ragnar preguntó relleno de otro tarro.

Helgi tambaleaba, inclusive se podría decir que veía doble.

—Si no continuas tomando, habré ganado —dijo Orvar, que se acaba de secar la cerveza escurrida en su abundante barba.

—¡Vamos Helgi! Si pudiste con la posadera en Nóvgorod, puedes con ese tarro —a modo de burla le alentó Asbjorn.

Claramente solo los que fueron compañeros en la antigua tripulación entendieron la broma, aunque todos allí rieron de lo ebrios que estaban.

—¿A qué se refirió Asbjorn? —preguntó Eyra sin entender.

—Hace ya muchos años, antes de llegar a Constantinopla, pasamos el invierno en Nóvgorod. Nos quedamos en una posada donde la dueña nos hizo un buen descuento en el precio a cambio de... llamémosle favores que Helgi le proporcionó. La posadera era una anciana, así que ya te imaginarás —sonriendo le explicó Halfdan—. Ah qué tiempos aquellos. Recuerdo cómo Thorkell nos regañaba por todo.

Eyra, que sabía quién era Thorkell y lo que había significado para Halfdan, le dijo poniéndole su mano en el hombro:

—Y ahora está orgulloso de tus logros. Te observa desde Valhalla.

—O desde su Cielo cristiano. Nunca me quedó del todo claro a dónde prefería ir.

La competencia de bebida estaba a punto de terminarse, pues Helgi, que casi vomitándose se había tomado el catorceavo tarro de cerveza, cayó desplomado sobre la mesa tirando los tarros vacíos que allí se encontraban.

—¡Gané! —Orvar alzó los brazos y celebró.

Todos los hombres rieron y festejaron. Los gemelos Hjalmar y Hodur alzaron a Helgi para darle aire y que recuperara la conciencia.

Pallig se acercó y frotó la abultada panza de Orvar —No tienes rival en esta competencia, amigo mío.

—No lo sé, Pallig —negó Sigurd—. Esta vez Orvar ganó solo por un tarro de diferencia; ya se le están acercando.

—¿Acercando? —con enfado refutó Orvar—, podría haber tomado otros diez tarros. Apenas estaba calentando.

—Si tú lo dices —Sigurd se cruzó de brazos—. Yo te veo bastante mareado.

—Yo te diré lo que es estar mareado...

Las palabras de Orvar fueron interrumpidas ante un abrupto silencio, pues un hombre extraño y encapuchado había entrado en el salón.

Rápidamente Halfdan se levantó de su silla y habló en voz alta:

—Quítate la capucha y dinos quién eres, desconocido. Aquí hay fuego y comida para cualquier viajero cuyas intenciones sean nobles.

El extraño se quitó la capucha y reveló su rostro; se trataba de un hombre que rondaba los cuarenta años de edad, era corpulento, con una barba negra y perfilada y un cabello descuidado.

—Vengo en paz. Mi nombre es Thrugot y estoy buscando a Rag...

—¡Thrugot! —Ragnar rápidamente salió de entre la multitud—, ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Conoces a esta persona? —preguntó Halfdan.

—Es mi cuñado —respondió Ragnar, que se acercó a Thrugot y le preguntó—: ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Thorgunna?

—Ragnar. He viajado desde Dinamarca sin descansar. Tengo que decirte algo urgente, pero en privado.

Ragnar notó el estado en el que venía su cuñado, el cuál normalmente era alguien recio y duro

de carácter, y ahora parecía preocupado.

—Vayamos adentro —indicó Ragnar.

Halfdan lo miró y le asintió, después anunció:

—Vamos, que son asuntos familiares. Aquí no ha pasado nada; que el banquete continúe.

Ragnar llevó a Thrugot a su despacho, donde podrían hablar con tranquilidad y claridad, pues, por el semblante que traía su cuñado, el tema a tratar parecía ser bastante serio.

—¿Qué sucede Thrugot? —preguntó Ragnar—, hasta me sorprende verte así. ¿Dónde está Thorgunna? Es extraño verte sin ella.

—Se trata de ella, Ragnar. La han secuestrado —Thrugot reveló las fatídicas noticias.

Ragnar palideció —¿Qué me has dicho? Pero si le escribí hace unas lunas atrás, y acababa de recibir su respuesta diciéndome que todo estaba bien. Es más, tenía planes de ir a visitarlos pronto.

—Al parecer las cartas son más lentas que las calamidades —dijo Thrugot—. Sucedió apenas hace dos semanas.

—¿Qué piden los secuestradores? ¿Quieren algo que yo tenga y por eso estás aquí? —Ragnar preguntó sin parar—. Eres de familia noble al igual que Thorgunna; deben de pedir una fortuna por el rescate. ¿Es así?

—No, Ragnar. Ese es el problema; nadie ha pedido nada, no hay condiciones ni demandas de rescate. Es el puro silencio absoluto —explicó Thrugot—. Lo he hecho de todo, Ragnar; la he buscado por todos lados. Fui hasta con tus hermanos...

—¿Qué hicieron Håkon y Bjorn? —interrumpió Ragnar.

—Ya los conoces, Ragnar. Håkon puso una sustanciosa recompensa a quien supiera de su paradero o la entregara sana y salva, y Bjorn le siguió los pasos. Ya sabes que están muy metidos en la política y tienen muchas influencias, pero no son hombres de acción como tú. Ellos no moverán un dedo para encontrarla. Tú eres un jomsvikingo, tienes experiencia en esto y tuviste algunos contratos de secuestros; inclusive fuiste hasta Constantinopla. Tu experiencia es innegable —Thrugot se movía de un lado a otro de la habitación mientras hablaba—. Debes de ayudarme a encontrarla, Ragnar. Por favor, estoy desesperado, no sé a quién más pedirle ayuda.

Ragnar lo tomó de los hombros y le dijo: —No pierdas la cordura. Concéntrate, Thrugot. Te ayudaré, pero necesito que me cuentes todo lo ocurrido a detalle.

Thrugot tomó aire y relató:

—Era de noche, Thorgunna y yo estábamos cenando en la propiedad como siempre. Los trabajadores ya se habían retirado a sus hogares y en la casa solo nos encontrábamos nosotros y la servidumbre. Yo simplemente escuché a los perros ladrar, después gritaron los guardias, pero callaron a la brevedad por las flechas que los atravesaron. Unos diez jinetes rodearon la casa y cinco hombres bien armados atravesaron las puertas. Para ese entonces yo ya había tomado mi hacha; le grité a Thorgunna que corriera, pero dos de ellos la agarraron. Logré herir a uno, pero después me rodearon y me golpearon en la cabeza. Caí inconsciente, y cuando desperté, Thorgunna ya no estaba. Ellos se la habían llevado. Los asaltantes podrían haberme matado, Ragnar, pero no lo hicieron; ellos querían que viviera por alguna razón.

—Pues al parecer para que pagaras su rescate no fue —analizó Ragnar.

—Eso mismo pensé, pero no han exigido nada —Thrugot bajó la cabeza—. Puede que me hayan dejado vivir para sufrir esta humillación de no haber podido ayudar a mi esposa.

—No podías hacer nada; llegaron por sorpresa y te superaban en número. Ni yo mismo habría podido con ellos —animó Ragnar—. ¿Lograste ver algún rostro? ¿Alguna seña en particular, algún blasón?

—Iban completamente cubiertos. Ni siquiera una cicatriz logré ver —respondió Thrugot.

—¿Hablaste con tus trabajadores, con las personas que viven cerca de tu propiedad? Puede que alguien haya visto algo específico que nos pueda ayudar a dar con los secuestradores.

—Lo ves. Tú estás hecho para estas cosas, Ragnar. Yo simplemente salí a Odense a dar el aviso a Håkon y pedirle hombres para la búsqueda —contestó Thrugot—. Pero heme aquí. Ya sabes cual fue la propuesta de tu hermano. ¿Qué vas a hacer? ¿Partirás conmigo ya? Traigo mi propia tripulación.

—Tengo que hablar con Halfdan. Mañana lo iba a acompañar a Nidaros, a la corte del rey Olaf; pero supongo que lo entenderá. Este asunto es muy delicado, la vida de mi hermana está en riesgo —Ragnar caminó hacia la puerta—. Duerme aquí esta noche, Thrugot. Puedes beber y comer lo que quieras; en la mañana partiremos hacia Dinamarca —le dijo antes de salir.

En el salón principal el banquete había finalizado; la mayoría ya se retiraba, con alto estado de embriaguez, hacia sus hogares. Ragnar miraba por todos lados y no lograba ver a Halfdan por ningún sitio.

—Iver —Ragnar se acercó al joven danés—. ¿Halfdan ya se retiró?

—Lady Eyra se sintió mal del estómago y Halfdan la acompañó a sus aposentos —le respondió.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Lo que sea —asintió.

—Reúne a los miembros del consejo. Diles que los veré ahí.

—¿A todos ellos? —preguntó Iver—, porque vi que Helgi no podía ni ponerse en pie.

—A los que estén en condiciones de escuchar —dijo Ragnar y partió con rapidez.

Ragnar caminó hacia las habitaciones interiores y se dirigió a los aposentos del jarl. Una vez allí, tocó la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Halfdan desde el interior.

—Ragnar.

—Ah. Dame un momento.

Ragnar escuchó cómo en el interior de la habitación Halfdan se apresuraba a vestirse mientras le decía a Eyra que se metiera en la cama y se tapara.

—¿Qué Sucede? ¿Todo bien? —Halfdan salió dejando la puerta entre abierta.

—Reuní a todos en el consejo para hablarles sobre el tema.

—¿Es importante? —preguntó.

—Es bastante delicado —enfaticó Ragnar.

Halfdan se volteó y le habló a Eyra: —Regreso en un momento. No te duermas —después se dirigió hacia Ragnar—. Vamos.

Mientras caminaban, Ragnar le dijo sonriendo: —Así que tenía dolor de estómago.

—Es la última noche antes de estar las próximas semanas de viaje. Tenemos que aprovechar —rio Halfdan.

En la puerta de la habitación del consejo se encontraba Iver, el cual se acercó a Halfdan y Ragnar en cuanto los vio.

—Ya todos están adentro. Hasta Helgi, que se ha recuperado un poco—informó.

—Gracias, Iver —dijo Ragnar.

—Estaré aquí en la puerta por si me necesitan.

Tanto Ragnar como Halfdan entraron y se reunieron con Sigurd, Pallig, Asbjorn, Helgi, Orvar, Hjalmar y Hodur.

—¿Está todo bien? —preguntó Pallig.

—Nos tienes muy intrigados, Ragnar —comentó Sigurd.

Ragnar se colocó en medio de todos y habló: —Iré al grano. Mi cuñado Thrugot vino porque necesita mi ayuda. Mi hermana Thorgunna ha sido secuestrada; no ha habido demandas de rescate. Así que se tiene que actuar ya.

Todos en la habitación se sorprendieron. Orvar, que comía un trozo de pan, casi se atragantó con la mala noticia.

—¿Quién se atrevería a hacerle eso a la hija de Vagn? —al aire preguntó Hjalmar.

—Algunos dementes que no saben con quién se meten —dijo Hodur.

—¿Qué hay de tus hermanos? —preguntó Halfdan—. Ellos tienen mucho poder e influencia en Dinamarca. ¿Acaso no saben nada?

—Pusieron una gran recompensa; pero más allá de eso, no moverán un dedo. Ellos son de los que les hagan las cosas, no de hacerlas —respondió Ragnar, que miró fijamente a Halfdan—. Sé que mañana iríamos a Nidaros. Pero tengo que hacer esto.

—Por supuesto, mi hermano. Y yo voy a ir contigo —seriamente dijo Halfdan—. Este asunto es de suma importancia.

—Halfdan, no. No puedes dejar plantado al rey Olaf —aconsejó Pallig—. Esta situación también es muy delicada.

—Pallig tiene razón, Halfdan. Tú más que nadie, que conviviste muy de cerca con el hombre más poderoso del mundo, el emperador de Constantinopla, sabes que no se puede dejar plantado a un monarca. Los nobles se ofenden fácilmente —argumentó Ragnar—. Sabes a la perfección cómo funcionan estos temas con la realeza. No debes buscar su enemistad.

—Tú has estado para mí en los momentos más difíciles. Y yo tengo que estar para ti; eres mi hermano, Ragnar. —siguió insistiendo Halfdan—. La vida de Thorgunna está en riesgo, no puedes ir tú solo.

—Yo iré con él —anunció Sigurd—. La verdad no tenía muchas ganas de ir a Nidaros. Sabes que los temas políticos me fastidian, Halfdan. Recuerda cómo vivía de fastidiado en el Palacio Imperial en Miklagård.

—Vivías mejor de lo que podría aspirar cualquier nórdico, Sigurd —bromeó Asbjorn.

—Gracias, Sigurd —dijo Ragnar.

Halfdan se cruzó de brazos —Aún no estoy muy conforme de que vayan ustedes dos solos. Debe acompañarte uno más. ¿Asbjorn?

—Me encantaría ir y ayudar a Ragnar. Pero no sé si sea buena idea... tuve algunos conflictos en Odense —explicó Asbjorn.

—¿Acaso tuviste conflictos en todas las ciudades de Escandinavia? —preguntó Orvar.

Asbjorn se encogió de hombros.

Halfdan echó una mirada al resto y dijo: —Hjalmar y Hodur son inseparables; el físico de Orvar no está para andar explorando los campos daneses; Pallig y Asbjorn se quedarán a administrar el ducado. Solo nos queda...

Todas las miradas se dirigieron hacia Helgi, el cual estaba dormido y casi roncando sobre una silla de la esquina.

—El infeliz está tan ebrio que no se ha enterado de nada. ¿Qué dices de Iver? —preguntó Sigurd.

Halfdan iba a asentir cuando fue detenido por Ragnar, que le dijo:

—Iver es uno de tus mejores guerreros; daría la vida por ti, Halfdan. Necesitas a alguien así en Nidaros. Me llevaré a Helgi; le explicaré la situación mañana cuando esté consciente.

Halfdan movió los labios en señal de disconformidad —No estoy muy de acuerdo con esto. Tendría que ir yo contigo, hermano.

—Lo sé. Pero te prometo que si necesito tu ayuda te lo haré saber de inmediato —dijo Ragnar—. Reúnete con el rey Olaf, hónralo y queda en buenos términos con él. Recuerda que nuestra vida aquí en Noruega también depende de eso.

—Cualquier cosa que necesites. Acudiré enseguida
Ragnar le asintió.

—Bien. Entonces así quedamos. Sigurd y Helgi irán con Ragnar a Dinamarca; Pallig y Asbjorn se quedarán cuidando el ducado; Hjalmar, Hodur, Orvar e Iver vendrán conmigo a Nidaros. ¿Están todos de acuerdo?

—¡Aye! —afirmaron.

La sesión del consejo se levantó y los miembros salieron uno por uno, a excepción de Helgi, al cual se lo llevaron cargado entre Hjalmar y Hodur. Antes de que Halfdan partiera, Ragnar le preguntó sonriendo:

—Vas terminar lo que dejaste pendiente.

—Tengo que aprovechar ahora, pues cuando la panza crezca más no voy a poder —Halfdan respondió riendo.

A la mañana siguiente los vientos soplaban con fuerza, lo cual era favorable para el zarpar de los barcos. Las dos comitivas caminaban hacia los muelles mientras eran despedidos por la gente del poblado. Por un lado, iban Halfdan, Eyra, Orvar, Hjalmar, Hodur, Iver y unos cien varegos; y por el otro lado iban Ragnar, Sigurd, Helgi, Thrugot y sus hombres; y, aunque no iban a abordar, también los acompañaban Pallig y Asbjorn para despedirlos.

—Déjame ver si entendí —dijo Helgi, que tenía resaca—. Entonces nosotros en vez de ir con Halfdan a Nidaros iremos con Ragnar a Dinamarca para encontrar a su hermana, ¿es así?

—No lo pudiste haber explicado mejor, Helgi —respondió Sigurd—. Siempre me sorprendes con tu inteligencia.

Ambas comitivas se detuvieron en los muelles, pues atracado en un lado estaba el drakkar de Halfdan y en el otro el barco de Thrugot, algo más pequeño.

—¿Estás seguro que no quieres llevarte un drakkar y a algunos varegos? —preguntó Halfdan al ver el barco de Thrugot.

—Voy a rescatar a mi hermana, no a invadir un país —rio Ragnar—. No necesitaré tantos hombres. Me sorprende que tú lleves tantos.

—Es solo para impresionar —argumentó Halfdan—. Eyra insistió.

Eyra, que estaba a un lado, habló: —Vamos humildemente a ganarnos el favor del rey Olaf, pero el rey también debe de ver con sus ojos que somos un ducado fuerte e importante, y que puede contar con nuestra ayuda si la necesita.

—De política usted es la más sabia, mi lady —Ragnar aduló y después se despidió—: Es hora de partir.

—Recuerda, Ragnar. Lo que necesites, cuenta conmigo —recalcó Halfdan.

—Así será —Ragnar lo estrechó del antebrazo y se dieron un abrazo—. Por fin conocerás a tu media hermana. Salúdame al viejo Svend.

—Lo haré.

Halfdan se despidió también de Sigurd y Helgi, al igual que los demás compañeros.

—Helgi, no te estés metiendo con ancianas danesas —bromeando se despidió Asbjorn.

—Y tú no te metas en problemas raros aquí, que, así como vas, no vas a poder entrar en ninguna ciudad de Escandinavia —entre risas le replicó Helgi.

Ragnar, antes de subirse al barco, se dirigió a Iver:

—Cuídalo, Iver.

—Con mi vida —respondió el joven danés.

Entonces tanto Ragnar, como Sigurd y Helgi, embarcaron y se unieron a Thrugot y sus hombres, que ya estaban dentro.

Antes de que Halfdan embarcara, Pallig y Asbjorn se le acercaron.

—Cuidaremos del ducado. Ve con toda la tranquilidad —le dijo Pallig.

—Lo sé, amigo mío. Nos vemos pronto —se despidió Halfdan y embarcó en el drakkar junto a su esposa.

Adentro ya estaban Hjalmar, Hodur, Orvar e Iver alistando todo junto a los pertrechados varegos.

Ambos barcos desplegaron los remos y se alejaron del puerto en la misma dirección hasta que, una vez izada la vela, el drakkar de Halfdan agarró rumbo hacia el norte y el barco de Ragnar hacia el sur.

II

Fionia, Dinamarca. Mayo de 1079 d.C.

Después de un corto trayecto en altamar, la embarcación de Thrugot ya divisaba las costas danesas de la isla de Fionia. Ragnar se acercó a Thrugot, que estaba en la proa mirando hacia el frente.

—Ese no es el puerto de Odense —le apuntó Ragnar.

—No, es el puerto de Boknæs —respondió Thrugot—. Desde aquí llegaremos más rápido a la propiedad.

Ragnar entrecerró los ojos con sospecha, pero no dijo nada. Era extraño que no desembarcaran en el puerto de Odense, la ciudad principal de Fionia, pues allí, su medio hermano Håkon gobernaba el lugar y les podría facilitar caballos e información actualizada.

—¿Conoces a alguien ahí? ¿Nos dará caballos para movernos con rapidez? —preguntó Ragnar.

—Sí. Iremos tú y tus hombres. Los míos se quedarán atrás y nos alcanzarán después —contestó Thrugot—. Solo hay un inconveniente.

—¿Cuál?

—Contaba con que vendrías tú solo y solo me dará dos caballos. Así que tendremos que ir de a dos por caballo —informó Thrugot.

—No es problema para mí —dijo Ragnar.

Helgi, que estaba muy cerca, se acercó a Sigurd y le dijo:

—¿Escuchaste eso, Sigurd? Iremos juntos en un caballo.

—Sabes qué yo voy a dirigirlo, ¿verdad? Tú eres un pésimo jinete.

—Lo que quieres es que vaya detrás abrazado de ti —rio Helgi.

—Cállate, perverso —en broma lo empujó Sigurd.

El barco arribó al puerto de Boknæs. Allí desembarcaron Thrugot, Ragnar, Sigurd y Helgi; los demás hombres se quedaron en el barco. Los cuatro caminaron por el pequeño puerto y se vieron con el conocido de Thrugot, quien les dio dos caballos; Thrugot y Ragnar se subieron a uno mientras que Sigurd y Helgi a otro, para después, partir a paso rápido hacia las tierras de Thrugot.

—¿Es verdad que eres hijo de Ulf el Gallego? —preguntó Helgi, mientras iban a caballo por el sendero.

—Lo soy —respondió Thrugot.

—Dicen que Ulf saqueó por toda la costa de Galicia —se unió Sigurd—. Y que aún a día de hoy temen al escuchar mencionar al Lobo de Galicia, sobrenombre que le pusieron.

—Cuántas veces no habré escuchado las historias de mi padre —sonrió Thrugot.

—Él era el Jarl de Odense, ¿no es así? —preguntó Helgi—, pero en el barco escuché que el hermano de Ragnar, Håkon, es el jarl ahora. ¿Por qué no seguiste la línea de tu padre?

—Ah, yo soy terrible para la política; mientras que mi cuñado Håkon fue educado toda su vida para ello —respondió Thrugot—. Nunca tuve interés en ser jarl.

—También tuvo que ver el que mi padre Vagn les heredara a ti y a Thorgunna toda su tierra y propiedad, con todo y ganado —recalcó Ragnar.

—Bah... tuvo algo que ver. Pero de verdad, yo nunca tuve interés en regir Odense —enfaticó Thrugot—. Además, Håkon lo hace muy bien.

El camino continuó hasta que horas después llegaron a una colina, del otro lado se hallaba un valle grande y bello con varias divisiones cercadas y numerosas construcciones; se veían cabezas de ganado bien organizadas y un gran grupo de campesinos trabajando. En el medio se erguía la construcción principal, una larga casa que era la residencia de Thrugot y Thorgunna.

—La propiedad de Vagn —contempló Ragnar.

—¿Te trae buenos recuerdos volver a verla? —preguntó Thrugot.

—Por supuesto. Recuerdo bien cuando conocí a mi padre, cuando me regaló su espada Høfuð; y también recuerdo que tú me trajiste aquí por primera vez y las cosas que hiciste con mi hermana sin yo saber aún que lo era...

—Bueno, bueno. No tienes que ser tan detallista —interrumpió Thrugot, que cambió de tema—. ¿Por dónde quieres empezar a investigar?

—La residencia principal —indicó Ragnar.

Hacia allí se dirigieron en los dos caballos, desmontaron y le echaron una ojeada a la entrada de madera, la cual estaba finamente tallada y decorada.

—Dudo que aquí puedas encontrar algo —dijo Thrugot.

Ragnar entró a la casa sin decir nada. Dentro estaba oscuro y lleno de polvo, como si no hubiera estado habitada en algún tiempo.

—Hace falta una limpiadita aquí —comentó Helgi.

—Está tal cual la dejé cuando se llevaron a Thorgunna. Nadie ha entrado aquí —explicó Thrugot—. Los ayudantes hacen su trabajo afuera.

Ragnar comenzó a inspeccionar el salón principal; vio los estantes de madera, las sillas y las mesas. Notó que había sangre seca en el piso y golpes en la mesa y los burós; la madera estaba astillada, como si un espadazo o un hachazo hubiera impactado allí.

—Al parecer tu historia concuerda —dijo Ragnar.

—Por supuesto que concuerda; aquí me defendí de esos bastardos hasta que me dejaron inconsciente —replicó Thrugot.

Ragnar salió de la casa y miró la tierra de los alrededores.

—Esto estaba lleno de pisadas de caballo, pero las lluvias han borrado todo rastro —se acercó Thrugot—. Imposible rastrear a dónde fueron.

—Tengo que hablar con los trabajadores —pidió Ragnar.

—¿Con todos ellos? —preguntó Thrugot.

—Sí —afirmó Ragnar—. Pero si lo hago yo solo me tomará todo el día. Helgi, Sigurd —los llamó—. Ayúdenme; saben qué hacer.

Ambos asintieron y tomaron diferentes direcciones. Helgi fue hacia los establos; Sigurd hacia los arados; y Ragnar se quedó a hablar con los trabajadores que estaban allí.

—Compañeros, ¿puedo hacerles unas preguntas? —se acercó Ragnar a ellos.

Eran tres hombres que clavaban un poste en la tierra, los cuales asintieron a la pregunta de Ragnar.

—La noche que secuestraron a su señora Thorgunna, ¿dónde estaban? ¿Escucharon o vieron algo? —preguntó Ragnar.

—Yo ya estaba dormido, mi señor. Me desperté por el alboroto, pero ya era demasiado tarde; se habían ido —respondió uno.

—Yo estaba cenando en la casa de alojamiento; salí de inmediato al igual que los demás. Los guardias estaban muertos, y, cuando corrimos hacia la casa, los malhechores salieron a todo galope en sus caballos y se perdieron en la oscuridad del bosque —respondió otro.

—Yo estaba meando afuera. Los vi llegar en sus caballos y vi cómo dispararon sus flechas a los guardias. Estaba desarmado y no pude hacer nada más que dar aviso —respondió el tercero.

—¿Viste de dónde venían los bandidos? —le preguntó Ragnar al tercer trabajador.

—De esa dirección —apuntó hacia el este.

Ragnar se dirigió al segundo trabajador —Y tú, ¿viste hacia qué dirección se fueron?

—Hacia el mismo lugar —respondió.

—Vinieron y se fueron por la misma dirección, el este —indagó Ragnar—. ¿Alguno vio algún estandarte? ¿Algo distintivo?

Los tres negaron.

—Venían completamente cubiertos de negro —dijo uno de ellos.

—Gracias por su tiempo —Ragnar se despidió y fue con Thrugot.

—Que hayan venido del este no nos dice nada, Ragnar —comentó Thrugot—. Es un terreno muy amplio de explorar.

—Esperemos a que vengan Sigurd y Helgi para sacar las conclusiones.

Helgi entró en los establos; era un cobertizo lleno de paja y suciedad, las tablas estaban medio podridas y había varios huecos por toda la madera. Allí se encontraba un trabajador apilando los bultos de paja.

—Este lugar sí que huele mal, camarada —le dijo Helgi al trabajador.

—Lo estoy limpiando. Dentro de poco comenzaremos a repararlo —comentó el trabajador.

Helgi se acercó más a él —¿Te puedo hacer unas preguntas sobre la noche que los bandidos asaltaron la propiedad?

—Claro, pero no tengo mucho que decir. Poco fue lo que vi.

—Cuéntame lo que viste —pidió Helgi.

El trabajador dejó su horquilla y relató: —Estaba del otro lado de la granja. Había terminado tarde de hacer unos cercos de madera cuando escuché una gran cantidad de pisadas de caballos provenir del este. Se me hizo extraño, pues creo que no se esperaban visitas, además era muy tarde; cuando me acerqué a la casa comunal, escuché gritos y relinchidos de caballo. Se trataban de una docena de hombres completamente vestidos de negro, se llevaron a nuestra señora Thorgunna a rastras y regresaron a toda velocidad por donde vinieron.

—¿Viste algo que te llamara la atención además de que venían de negro?

—Estaba todo muy oscuro y fue demasiado rápido. Lo siento —respondió.

Helgi le agradeció por su tiempo y se despidió.

Sigurd se aproximó a la zona de arado; era un campo amplio que se extendía hasta la colina. Allí se encontraban dos hombres secándose el sudor ocasionado por el arduo trabajo bajo el sol.

—¿Va bien la siembra? —les preguntó Sigurd.

—Este año hay buenas lluvias. Eso ayuda bastante —dijo uno de ellos.

—El año pasado sí que fue más malo por la sequía —comentó el otro.

Sigurd se acercó más —Espero que siga así. Fue una tragedia lo que le sucedió a su señora Thorgunna, ¿no es así?

—La peor de las tragedias —respondió uno.

—Mi señora Thorgunna siempre fue muy amable con nosotros. Todas las noches rezo por su salvo retorno —dijo el otro.

—¿Alguno de ustedes estaba cerca o vio cuando llegaron los bandidos? —preguntó Sigurd.

—Yo estaba comiendo en la casa de alojamiento con otros compañeros; salimos cuando empezó el alboroto. Pero no pudimos hacer nada, solo vi un montón de sombras negras sobre caballos irse a todo galope —respondió uno de ellos.

—Yo no vi nada. Estaba dentro de las letrinas; cuando salí ya todo había pasado y me enteré de la terrible tragedia —respondió el otro.

—¿Viste hacia dónde se fueron?

—En esa dirección —el trabajador apuntó hacia el este.

—Muchas gracias. Que tengan buena siembra —Sigurd se despidió.

Frente a la residencia principal, Ragnar vio llegar a Sigurd y Helgi, que regresaban de hacer sus preguntas a los trabajadores. Desafortunadamente, las versiones no cambiaban mucho, pero todos coincidían en una cosa: los bandidos vinieron del este.

—Nadie distinguió nada en los rufianes; estaban vestidos de negro y se camuflaban bien en la oscuridad —analizó Ragnar—. La única pista que tenemos es de la dirección de donde vinieron y a dónde se fueron... al este.

—Si esa es tu pista, entonces estamos perdidos —Thrugot miró hacia arriba.

—¿Cuántas residencias hay hacia el este? —preguntó Ragnar.

—Muchas —respondió Thrugot.

—¿Qué tan separadas están entre sí? —volvió a preguntar.

—A varias decenas de kilómetros.

—¿Cuál es la más cercana? —continuó preguntando.

—La del viejo Harbard.

Ragnar caminó hacia el caballo —Entonces iremos a hablar con el viejo Harbard —dijo.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Thrugot—, él no sabe nada sobre esto si quiera.

—Una comitiva de jinetes no pasa desapercibida, alguien tuvo que verla. Venían del este, ¿no? Si el viejo Harbard no vio nada, entonces iremos a la siguiente residencia, y a la siguiente y a la siguiente —Ragnar montó en el caballo—. El este no es infinito, acaba en el otro extremo de la isla. Alguien tuvo que verlos; así que debemos darnos prisa, tenemos bastante recorrido por delante.

—Sabía que eras el mejor en esto, Ragnar —Thrugot montó—. A mí no se me hubiera ocurrido.

Sigurd y Helgi hicieron lo mismo, montaron en su caballo y cabalaron hacia el este, a las tierras del viejo Harbard.

La propiedad del viejo Harbard estaba a un par de kilómetros al este; se encontraba justo después de un pequeño lago que era rodeado por un bosque. Cruzando el camino principal se hallaba una casa de madera medianamente grande; alrededor de ésta había puras cabras y gallinas en cercos de madera. Precisamente uno de los cercos estaba siendo reparado por una persona mayor, de abundante barba blanca, pero que mantenía un físico fuerte; ese era el viejo Harbard.

Ragnar, Thrugot, Sigurd y Helgi se acercaron a él en sus respectivos caballos y desmontaron.

—Harbard, ¿qué le pasó al cerco? —preguntó Thrugot.

—Thrugot, bribón. Hacía algún tiempo que no te veía —saludó Harbard—. Ah, una cabra loca quiso saltarse y derribó estas tablas.

—Las cabras siempre hacen cosas raras, por eso soy más de vacas —dijo Thrugot, que fue

directo al grano—. No queremos quitarte más el tiempo; venimos solamente a saber si viste algo.

—¿Ver qué? ¿Quiénes son ellos? —preguntó Harbard.

—Él es mi cuñado, Ragnar; y ellos son sus compañeros, Sigurd y Helgi —los presentó—. Simplemente queremos saber si hace algunos días atrás viste una comitiva de jinetes pasar por aquí; iban hacia el este.

Harbard entrecerró los ojos —Es extraño que me preguntes eso, porque sí, sí que la vi.

Rápidamente Ragnar puso atención.

—Pero no los vi ir hacia el este, sino en dirección contraria —continuó Harbard—. Hacia tu propiedad, de hecho.

—¿Qué hora del día era? —preguntó Ragnar.

—Era ya tarde, un poco antes del anochecer. Yo venía de pescar en el lago con mi hijo cuando los vi.

Sigurd se acercó y comentó: —Eso significa que los vio cuando iban y no cuando regresaban.

Ragnar asintió.

—¿Por qué están buscando a esos hombres, Thrugot? —preguntó Harbard.

Thrugot iba a responder cuando Ragnar lo interrumpió preguntando:

—¿Hubo algo diferente que pudiera notar en ellos? ¿Un estandarte, algún rostro con alguna seña en particular?

Tratando de recordar, Harbard respondió:

—Estandarte no, y todos venían bien cubiertos de negro. Pero se detuvieron en el lago para darle de beber a los caballos, incluso algunos de ellos desmontaron y orinaron en los árboles. Si mi vista no me falló, juraría que uno de esos sujetos tenía las manos quemadas; él se quitó los guantes y se echó agua en las manos. Parecía como si sus quemaduras fueran recientes y se estaba haciendo una curación.

Ragnar se quedó pensativo y no dijo más.

—Muchas gracias por su tiempo, Harbard —agradeció Thrugot—. Nos has sido de gran ayuda.

—¿Pasa algo con esos jinetes? ¿Debo preocuparme? —preguntó Harbard.

Thrugot negó —Solo son rufianes que andan por allí. Nosotros nos haremos cargo de ellos.

—Qué bueno que sea así. Estaré estos días resguardado en la casa por si acaso —dijo Harbard—. Ojalá hubiera podido ver más.

—Nos dio valiosa información —agradeció Ragnar, que se despidió y montó en el caballo.

Thrugot hizo lo mismo, al igual que Sigurd y Helgi. Montados en los caballos partieron hacia el camino principal.

—Tenemos una gran pista. ¿No es así, Ragnar? —preguntó Thrugot.

Ragnar asintió —Lo de las manos quemadas nos puede ser de ayuda para hallar a alguno de esos sujetos.

—¿Hacia dónde ahora? —preguntó Helgi.

—Tenemos que seguir preguntando en las propiedades cercanas. Debemos tener la información completa —respondió Ragnar—. Sigamos hacia el este.

Continuaron hacia el este con paso ligero cuando escucharon por detrás suyo el trueno de los cascos de varios caballos que se acercaban a ellos a gran velocidad. Los cinco jinetes, que estaban bien pertrechados con cotas de malla, los rodearon.

—Llevábamos un rato buscándolos —habló uno de ellos, al parecer el líder, pues su armadura tenía mejores acabados.

—¿Qué significa esto? ¿Quiénes son ustedes? —los confrontó Ragnar.

—Somos hombres del jarl Håkon. Yo soy el capitán Aren —respondió—. Los escoltaremos a Odense. El jarl quiere hablar con ustedes.

—Estamos en medio de una investigación para encontrar a la hermana del jarl; no podemos abandonarla ahora. Tenemos una pista importante —replicó Ragnar.

—Tu medio hermano, el jarl, solicita tu inmediata presencia —insistió el capitán Aren.

—Tenemos que ir, Ragnar —Thrugot habló.

Ragnar entrecerró los ojos —¿Qué me estás ocultando?

Thrugot guardó silencio.

—Vamos. Hacia Odense —indicó el capitán.

Ragnar, sin más remedio, siguió a los hombres del jarl.

Odense se erigía como una de las ciudades más importantes y grandes del reino danés; no era la ciudad capital ni residencia del rey Harald, pues esa era Roskilde, sin embargo, en Odense se tomaban grandes decisiones para el reino y era gobernada por uno de los hombres con más riqueza e influencia de Dinamarca, el jarl Håkon Vagnsson, un político extraordinario. Era medio hermano de Ragnar, pero jamás tuvieron una relación estrecha.

Ragnar, Thrugot, Sigurd y Helgi, que eran escoltados por los cinco guardias, entraron en la ciudad y anduvieron por sus calles con dirección a la Residencia del Jarl, una antigua construcción de madera que estaba siendo remodelada con una sólida base de piedra.

—Recuerdo la primera vez que vine a este lugar. No era más que un pueblo grande —comentó Ragnar—. Y ahora lo tiene todo para ser una ciudad importante.

—Venías de cumplir el contrato de mi padre. Lo recuerdo bien —dijo Thrugot—. Y es verdad, si algo le debo de reconocer a tu hermano, es su gran administración.

—Oye tú. Capitán Aren —se acercó Helgi—. ¿Conoces a un sujeto llamado Asbjorn? Es de espesa barba trenzada y tiene una cicatriz en la nariz; cuando respira suena como un cerdo.

El capitán negó —No me suena.

—Según él, tiene problemas aquí.

—Reconocería a alguien con cicatriz en la nariz y problemas para respirar. Pero nadie así me suena —volvió a negar el capitán.

—Yo creo que ese bastardo nos mintió para no venir —le dijo Helgi a Sigurd—. Quería quedarse en Kristiansand con todas las comodidades.

—¿Lo dudabas? —sonrió Sigurd—. Seguramente ni siquiera tiene problemas en Nidaros ni en ningún lugar que nos dijo. El flojo ya se cansó de embarcarse en largos viajes.

—Hemos llegado. Desmonten —el capitán bajó de su caballo—. Los acompañaré hasta el jarl.

Los demás hicieron lo mismo y fueron detrás del capitán; los otros cuatro guardias se quedaron en la entrada.

Después de subir unas amplias escaleras de piedra y atravesar por dos grandes portones de madera, el capitán hizo que Ragnar y compañía esperaran en el salón principal. Al cabo de unos pocos minutos, un hombre alto que rondaba los sesenta años, pero robusto y de pequeña panza cervecera se presentó en el salón; su cabello era canoso y corto, sus ojos azules y su mirada tenían un familiar parecido a la de Ragnar.

—Gracias, capitán Aren. Ya puedes retirarte —ordenó el jarl Håkon.

El capitán golpeó su puño en su pecho y se retiró.

—Ragnar —el jarl Håkon se acercó a él—. Más de una década tenía que no te veía. Incluso llegué a pensar que habías muerto. Fue gracias a la carta que le enviaste a Thorgunna que supe de tus andanzas en Constantinopla. Seguro nuestro padre estaría orgulloso de saber que serviste en la Guardia Varega... que desperdicio.

—Jarl Håkon. Espero no haberte causado desvelos cuando pensaste que había muerto, pero de repente te enteraste que regresé del mundo de los muertos y tu felicidad disminuyó —replicó Ragnar.

—No fue así. De hecho, me alegré —dijo Håkon, que miró hacia la vaina de Ragnar—. Pero no por ti, sino porque eso significaba que la legendaria espada de Vagn estaba a salvo.

—Conmigo Hqfuð siempre estará a salvo. Es por ello que él me la heredó a mí —Ragnar sobrepuso los dedos en la empuñadura de la espada.

—Jamás te he preguntado cuál es tu precio. Dímelo y te llenaré de oro —apuntó Håkon.

Ragnar entre sonrió —No existe joya en este mundo que equipare el valor de Hqfuð. Quien la quiera, tendrá que arrancarla de mi frío cadáver. Y tendrá que cuidarse en las noches, porque vendré en forma de draugr para atormentarlo.

Håkon rio —El mismo Ragnar que recuerdo.

Sigurd y Helgi, que estaban frente a ellos a una distancia considerable, se miraron entre sí al presenciar el tenso momento de hermanos.

—Prefiero tener mil enemigos a tener un hermano así —en voz baja le dijo Helgi a Sigurd.

—Ya veo porque Ragnar nunca habla de él —le comentó Sigurd.

Ragnar extendió los brazos y preguntó: —¿Por qué nos trajiste aquí? Estamos en búsqueda de Thorgunna; tenemos una buena pista, y si no vas a hacer nada para ayudar, es mejor que no nos retrases.

—Los traje aquí porque le ordené específicamente a Thrugot que no te fuera a buscar —Håkon miró a Thrugot—. Pero hizo exactamente lo que le dije que no hiciera. Y no me señales diciendo que no estoy haciendo nada para encontrar a mi hermana. Estoy haciendo todo lo que está a mi alcance.

—Ahora entiendo por qué estabas tan misterioso y no querías que desembarcáramos en Odense —Ragnar le habló a Thrugot.

—Lo siento, Ragnar —dijo Thrugot, que después le preguntó a Håkon—: ¿Cómo supiste que había ido por él?

—Porque a mí no se me escapa nada. Después de que desapareciste supuse que habías ido a buscarlo. Puse informantes en cada puerto de Fionia, y en cuanto te vieron desembarcar con él, en seguida me dieron aviso —respondió Håkon.

—¿Por qué no querías que fuera a buscarme? —preguntó Ragnar.

—Porque esto es una situación familiar —contestó Håkon.

—Yo soy familia.

—¡Tú eres un bastardo!

Ragnar apretó los puños y se lanzó a golpear a Håkon, pero rápidamente fue sujetado tanto por Sigurd como por Helgi, que previeron su reacción.

—Tranquilo, Ragnar —calmó Helgi.

—¿Qué? ¿Ahora eres Halfdan golpeando nobles? Aunque sea tu hermano, te meterán al calabozo por golpear al jarl —Sigurd lo hizo entrar en razón—. Eso no ayudará a Thorgunna.

Ragnar se zafó de ser sujetado y respiró profundamente —¿Qué harás entonces? No puedes detenernos por estar buscando a mi hermana —se dirigió a Håkon.

—No, no puedo. Así que, ya que estás aquí, aprovecharé tu ayuda —respondió Håkon—.

Dijiste que tenían una pista. ¿Cuál es?

Ragnar y Thrugot se miraron, este último respondió:

—Los secuestradores venían completamente cubiertos de negro, no tenían ningún distintivo ni algo que pudiera identificarlos. Sin embargo, un vecino los vio cerca de un lago; uno de ellos se destapó y lavó sus manos, estaban llenas de quemaduras recientes. Es lo único que tenemos.

—Eso no ayuda demasiado —dijo Håkon.

Ragnar intervino: —Estos rufianes son hombres experimentados, mercenarios que seguro llevan un tiempo en el negocio. Alguien debe de saber algo sobre algún trabajo que involucró fuego, algún incendio reciente o que alguien haya resultado herido por quemaduras.

—En ese caso le diré al capitán Aren que pregunte por ahí —dijo Håkon.

—Gracias, jarl —agradeció Thrugot.

—¿Nos dejarás ir entonces? —preguntó Ragnar.

El jarl Håkon asintió —Sí, pero esta noche se quedarán a cenar. Podrán irse en la mañana.

Tanto Ragnar como Thrugot se miraron.

—¿Por qué la generosa oferta? —extrañado preguntó Ragnar.

—Los veo en la noche. Por ahora tengo asuntos que resolver —Håkon se despidió y partió sin responder la pregunta.

Helgi se acercó a Sigurd y le comentó: —Te diste cuenta que ni siquiera nos presentaron. Se fue sin saber nuestro nombre.

—No creo que al jarl le importe mucho nuestro nombre —contestó Sigurd, que se dirigió a Ragnar—. Bonita reunión familiar. ¿Siempre fue así?

—Antes era peor. Lo ha asimilado con el tiempo —Ragnar respondió riendo—. Si te contara cómo se puso cuando se enteró de que su padre Vagn le heredó a su hijo bastardo, que recién había conocido, su legendaria espada, te echarías a reír toda la noche.

—Yo estuve ahí. Y risa no dio, más bien un poco de vergüenza ajena —comentó Thrugot—. Por cierto, Ragnar. Te pido una disculpa por no haber sido sincero contigo.

—No pasa nada, Thrugot. Entiendo la posición en la que estabas.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Helgi.

Ragnar respondió: —Descansar y después cenar. Mañana temprano continuaremos con la investigación.

El banquete estaba servido, la larga mesa se encontraba a rebosar de comida y cerveza. Sentado a la cabeza comía el jarl Håkon y su esposa Aneka Kalfdatter, una mujer de porte fino, cabello rubio, pero ya canoso, bien trenzado y voz delicada; por el otro lado se hallaban Ragnar, Sigurd y Helgi; y en el otro Thrugot y el capitán Aren, quien, al estar sentado ahí, contaba con la absoluta confianza del jarl.

—Me alegra que nos hayas visitado, Ragnar —le dijo Aneka.

—El sentir es mutuo —respondió Ragnar—. Espero que en otra visita no sea en una situación similar.

—No, por supuesto que no. La pobre Thorgunna, no me imagino lo que estará pasando —se lamentó Aneka—. Espero la encuentres pronto.

—La encontremos —corrigió Håkon, que limpió con su lengua un hueso de costilla.

—¿Y tu hermano Bjorn? —preguntó Thrugot—, ¿dónde está?

—Es verdad. No lo he visto desde que llegamos —comentó Ragnar—. Tampoco he visto a tus hijos, Agne y Gunhilda.

Håkon respondió: —Bjorn está en Roskilde, lo mandé a resolver unos asuntos en la corte del

rey Harald; Agne lo acompañó. Y Gunhilda una vez a la semana pasa la noche en el convento; está aprendiendo sobre Dios y a ser una buena mujer cristiana para un futuro matrimonio.

—Ya veo, pobre Gunhilda —Ragnar apretó los labios—. Así que Bjorn y Agne están en la corte de Harald el Suave. ¿Es verdad que lo llaman así? —preguntó.

Håkon rio y soltó su costilla —Odia que lo llamen así. Pero es la verdad.

—Nunca he sabido el porqué de su apodo —dijo Aneka.

—Desde siempre ha sido flojo de carácter y suave a la hora de tomar decisiones. Se deja influenciar por todos los demás gobernantes, incluyéndome —explicó Håkon—. Ah, pero su hermano Canuto no lo es, y está al asecho del trono; es por eso que envié a Bjorn y a Agne, para que vigilaran y vieran de cerca la situación.

—Política, intriga y conspiraciones. Es exactamente lo mismo en todas partes del mundo —comentó Ragnar.

—¿Es igual en Constantinopla, Ragnar? —preguntó Aneka—. Dicen que es la mejor ciudad del mundo.

—Miklagård es el centro de la conspiración; allí todos quieren el poder, allí todos pisan al de abajo para subir... todos quieren ser el emperador —respondió Ragnar—. Pero sí, es la ciudad más grande que existe, dónde hay más riquezas, lujos y donde se vive mejor, si estás dispuesto a trabajar, claro, porque trabajo sí hay mucho.

—Qué fascinante. Yo tengo unos vestidos con decoraciones de seda traídas de ahí. No fueron baratas, pero mi amado Håkon me las compró —comentó Aneka.

Sigurd y Helgi se miraron entre sí con una sonrisa, pues ellos en Constantinopla vistieron en su totalidad de seda, no con simples decoraciones, algo que estaba fuera del alcance de cualquier noble nórdico.

—¿Entonces estás viviendo ahora en Noruega? —preguntó Håkon.

Ragnar afirmó —Sí. En Kristiansand.

—El rey Olaf estuvo a punto de entrar en conflicto con Dinamarca, con los hermanos de Harald, pero fue disuadido por el Papa —comentó Håkon—. Creo que Olaf es un buen rey. Desde que tengo memoria, Noruega siempre ha estado en guerra, y ahora con Olaf por fin ha habido una época de paz.

—En ese caso a Halfdan le irá bien con él —Ragnar habló al aire.

—¿Quién es Halfdan? —extrañado preguntó Håkon.

—Es el jarl de Kristiansand, que justamente va de camino a ver al rey. Halfdan es como un hermano para mí.

Håkon le dio un sorbo a su tarro —Bah, me da igual eso. Mejor cuéntanos de tus andanzas con los griegos, anda.

Ragnar le dio un buen trago a su tarro de cerveza y comenzó a relatar.

Mientras tanto, Helgi se le acercó al oído a Sigurd y le dijo:

—Siguen sin presentarnos.

—Ya cállate y sigue comiendo —le replicó Sigurd.

III

Nidaros, Noruega. Mayo de 1079 d.C.

El drakkar de Halfdan había arribado al puerto de Nidaros, la capital de Noruega; una ciudad prospera que ha sido, desde tiempos inmemoriales, la residencia de antiguos reyes vikingos. Su ubicación frente al Mar del Norte la convertía en un destino perfecto para embarcarse al oeste, hacia Inglaterra, creando así una ruta de comercio que fortaleció el crecimiento de la ciudad.

El barco atracó en los muelles y los hombres se dispusieron a salir. Allí los recibió una comitiva de bienvenida; a la cabeza estaba Svend, el viejo guerrero que Halfdan conoció en la Guardia Varega de Constantinopla.

—Espero que Ragnar esté bien —dijo Halfdan antes de salir.

—Ahora debemos de preocuparnos por nosotros, amor mío —le respondió Eyra.

Halfdan y Eyra salieron del drakkar, seguidos por Iver, Orvar, Hjalmar y Hodur, así como de sus demás varegos, quiénes fueron bien recibidos por la comitiva de bienvenida del rey.

—Halfdan. Que alegría me da verte —Svend lo abrazó con emoción.

—Svend, viejo guerrero. No has envejecido nada —sonriendo dijo Halfdan.

Svend rio —La vida de retiro me trata bien —dijo mientras echaba un ojo al frente—. Veo que traes bastantes varegos contigo; hay varios rostros que reconozco.

—¿No crees que el rey Olaf se sienta amenazado? —preguntó Halfdan.

—No lo creo. Un rey siempre respeta la fuerza.

Halfdan tomó la mano de su esposa Eyra y la presentó.

—Svend. Ella es mi esposa, Eyra.

—Así que tú eras la doncella en la que Halfdan pensaba todo el tiempo en Miklagård —Svend le besó la mano—. Miles de kilómetros de distancia y él nunca te olvidó.

—Un amor destinado a ser jamás se rompe, ni siquiera en la lejana Constantinopla —comentó Eyra.

Halfdan presentó a los demás: —Creo que recuerdas a los hombres de la tripulación de Thorkell. Hjalmar, Hodur y Orvar. Y él es Iver, un danés de la Guardia; se convirtió en un compañero leal.

—Sí, los recuerdo. Pero faltan algunos si la memoria no me falla —Svend entrecerró los ojos—. No veo al hijo de Hastein, Sigurd me parece que se llamaba; ni al sacerdote... pero más importante, no veo al jomsvikingo. ¿Dónde está mi buen amigo Ragnar?

—Ragnar tuvo que ir a Dinamarca de improviso; es una situación familiar y precisamente Sigurd lo acompañó. Pallig se quedó cuidando el ducado —explicó Halfdan—. Pero todos te mandaron fraternales saludos.

—Ya veo. Bueno, ya habrá tiempo para que todos nos reunamos —Svend caminó—. Sígueme, les daré un recorrido antes de llevarlos al palacio.

—¿Mi hermana está ahí? —preguntó Halfdan.

—¿Estás emocionado por conocerla? —sonrió Svend.

—Más bien nervioso.

Svend rio —No tienes por qué estarlo. Ella ansía conocerte desde hace tiempo.

Caminaron por las calles de la ciudad; Svend les mostró los lugares más transitados de Nidaros, los mejores negocios y tabernas. No había demasiado que conocer, y después de haber estado en Constantinopla, ninguna construcción sorprendería a Halfdan y sus hombres. Por el camino, Svend se detuvo en una edificación de piedra que estaba en construcción.

—Esta sin duda será la joya de la ciudad —señaló Svend.

—¿Una iglesia? —preguntó Halfdan.

—Ahora lo es. Hace poco que se comenzó a construir, sirviendo como cimientos la tumba del antiguo rey Olaf el Santo. Cuando la construcción finalice, esta iglesia será una gran catedral, tenlo por seguro —respondió Svend.

—¿Y ese de ahí quién es? —Halfdan señaló a una estatua de piedra de un hombre con armadura y una espada en sus manos.

—Ah, ese es el rey Olaf Tryggvason, el fundador de la ciudad. Combatió y murió en la Batalla de Svolder, o eso es lo que se dice, porque su cuerpo nunca fue encontrado. Cuando vio la batalla perdida, se lanzó al mar desde su enorme drakkar, el Ormen Lange, y nunca más se supo de él —relató Svend—. Pero se acabaron las clases de historia. Vengan, vayamos al palacio.

—¿Acaso todos los reyes de este lugar se han llamado Olaf? —Hjalmar le preguntó en voz baja a su hermano.

Hodur simplemente se encogió de hombros.

El palacio de Nidaros era una construcción simple, hecha de madera y piedra, aunque era bastante amplio y tenía numerosas habitaciones. Al entrar, había un gran patio con un jardín central y varias columnas alrededor que sostenían otro piso. Svend le indicó a Halfdan que sus hombres aguardaran ahí, y lo llevó a él y a Eyra al salón del trono, que se encontraba al pasar uno de los pasillos exteriores.

—¿Cuál es el papel de mi hermana en este lugar? —preguntó Halfdan mientras caminaban.

—Es complicado —resopló Svend—. Sabes bien cómo es el tema de las cónyuges de los monarcas. Pero con Tora es diferente, con ella tiene a su único hijo y por ahora heredero. Así que tu hermana tiene una posición privilegiada.

—¿Qué hay de la esposa de Olaf? —volvió a preguntar.

—La pobre Ingerid, lamento su situación. Creo que ahora están un poco peleados —respondió Svend—. Ella está en Bergen.

—¿La esposa del rey no vive con el rey? —se sorprendió Halfdan.

Svend negó —Olaf siempre amó más a tu hermana que a su propia esposa.

—¿Por qué no se casó con ella?

—Creo que sabes bien la respuesta a esa pregunta —vaticinó Svend.

Halfdan resopló: —No viene de familia noble.

Svend asintió con la cabeza —Además de que Ingerid es de la nobleza danesa, y en ese entonces Olaf quería tener influencias ahí —explicó.

Eyra, que estaba a un lado escuchando la plática, comentó:

—Casarse por conveniencia política y no por amor. Ya he visto el resultado de eso.

Pararon frente a un portón cerrado, y en ese momento, Halfdan sintió que lo tocaron por la espalda; al voltear, tuvo que bajar la vista, pues se trataba de un niño de unos seis años de edad.

—Jamás había visto un hacha como la tuya —dijo el niño, de cabellos rubios y con actitud bastante avispada.

—Es porque no existe un hacha como la mía. ¿Cuál es tu nombre? —preguntó Halfdan.

—Magnus.

—¿Magnus? —Halfdan supo inmediatamente que se trataba del hijo del rey Olaf y de su hermana Tora, por lo tanto, era su sobrino—. ¿Quieres verla, Magnus?

El niño asintió. Halfdan retiró su enorme hacha de su espalda y se la dio a Magnus, ayudándolo a que la cargara, pues éste no podía con el peso solo.

—Es magnífica. Los grabados y decorados que tiene... es verdad, no hay hacha como esta —contempló Magnus.

—Su nombre es Fauces. Fue hecha en Kiev por el mejor armero y artesano del mundo —explicó Halfdan.

—Magnus —una mujer, de cabello castaño claro, alta y de ojos azules, se acercó.

—Madre. Ven a ver el hacha de este hombre. Es magnífica —dijo el niño.

La mujer, que se trataba de Tora, rio —Ese hombre es tu tío, Magnus.

—¿En serio? —Magnus preguntó sorprendido.

Halfdan asintió.

—Svend tenía razón. Eres la viva imagen de nuestro padre —Tora tomó del rostro a Halfdan—. A excepción de...

—La altura, lo sé. Dicen que él medía más de dos metros —sonrió Halfdan.

Tora afirmó —Así lo era. Me alegra conocerte, Halfdan. Svend me ha contado todo sobre ti.

—El sentir es mutuo —Halfdan, que tenía los ojos humedecidos, tomó la mano de su esposa y la presentó—. Ella es mi esposa, Eyra.

—Un placer —saludó Eyra.

Tora la tomó de las manos —El placer es mío.

—Es un momento muy lindo, no lo niego. Pero el rey Olaf espera —intervino Svend.

—Yo los llevaré con él, Svend —dijo Tora.

Svend asintió y dijo: —Halfdan, no puedes entrar armado al salón del trono. Resguardaré tu hacha.

Halfdan volteó a ver a su sobrino Magnus —¿Cuidarías a Fauces un rato?

—Por supuesto que sí —afirmó Magnus—. Pero pesa demasiado, y no puedo sostenerla yo solo.

—Svend te ayudará —dijo Halfdan, que miró a Svend, y éste le asintió con complicidad.

—Entremos —indicó Tora—. Conozcan al rey y a su corte de serpientes.

Las puertas del salón del trono se abrieron y Halfdan entró junto a Eyra.

Los interiores del salón eran medianamente amplios, había columnas que sostenían el techo y pequeñas bancas en los extremos; al fondo se encontraba un trono de piedra donde se hallaba sentado el rey Olaf, el tercero de su nombre. Dentro del salón del trono también se encontraban varios nobles cercanos al rey, algunos incluso habían venido de condados lejanos para atender a la situación de Halfdan.

Entre los nobles más importantes que estaban presentes allí destacaban Tore Tordsson, el jarl de Oppland, el cual había sido primo del antiguo rey Olaf el Santo y del propio rey Harald, el padre del actual rey; inclusive se decía que fue el propio Tore, cuando era un niño, quién le había puesto el sobrenombre Hardrada a Harald. Tore era uno de los caudillos con más influencia de Noruega, posiblemente solo por debajo del propio rey Olaf. Se trataba de un hombre que estaba cercano a los cincuenta años, esbelto y de rostro autoritario.

Otro de los nobles que destacaban era Egil Askjellsson, el lendmann del condado de Sogn; los

lendmenn eran el rango más alto dentro del séquito del rey, tenían tierras y poder de administración dentro de las mismas. Egil, a pesar de ser joven, pues rondaba la misma edad de Halfdan, los treinta años, tenía mucha influencia en la corte; era descendiente de Erling Skjalgsson, gobernante del antiguo reino de Rogaland. Egil no solo tenía poder, sino que era de los hombres más ricos de Noruega. Tenía el favor del jarl Tore Tordsson, con el que compartía una buena relación de amistad.

Otro noble destacado, pero que palidecía en poder e influencia frente a los dos anteriores, era el hauld Rorik Dericksson; los haulder eran terratenientes propietarios de la tierra suficiente como para velar por sus propios trabajadores, arrendar y tener una limitada jurisdicción sobre su tierra. Rorik era solo un poco mayor que Halfdan y regía su propiedad cerca de Nidaros; era de cuna humilde y todo lo que tenía se lo había ganado con su propio esfuerzo; no heredó nada de nadie y escaló desde abajo hasta tener una posición en la corte del rey.

Los otros dos hombres a destacar cercanos al rey Olaf, pero que no eran nobles como tal ni terratenientes, eran Borg el Roble y Hans Escudo de Hierro. El primero, Borg, era un hersir, el comandante de los ejércitos del rey; su sobrenombre provenía de su gran complexión y musculatura. El segundo, Hans, era el huscarle personal del rey, su protector más fiel y aquel que estaba a su lado en todo momento; su sobrenombre venía por el hecho de que, en vez de usar tradicionales escudos de madera, usaba uno de hierro grueso y pesado, prácticamente irrompible.

El rey Olaf le dio la bienvenida a Halfdan; era un hombre que estaba en su plenitud física, pues era alto, rasgo heredado de su padre Harald, tenía el cabello rubio oscuro que sobresalía de su corona y caía por su cuello; su barba frondosa y cuadrada imponía respeto.

—Bienvenidos a Nidaros.

—Su majestad —Tanto Halfdan como Eyra se inclinaron.

—La última vez que la vi, lady Eyra, estaba casada con otro hombre —le dijo el rey.

Eyra alzó la mirada —No era un hombre, su majestad, sino una bestia —contestó como de costumbre, sin importarle que se dirigía al rey.

Tore Tordsson alzó la voz: —Rognvald era un buen hombre y un buen amigo. Un aliado de los nobles de Noruega. No vamos a manchar la imagen de un hombre muerto.

—Rognvald manchó su imagen en vida y con sus acciones. No me obligue a enlistar cada una de ellas, jarl Tordsson —replicó Eyra.

El rey Olaf puso orden: —Sé que Rognvald era tu amigo, jarl Tore, pero venimos a discutir otros temas. Halfdan, tus actos han causado cierta incertidumbre en el reino; has creado enemistades entre condados que antes no existía. Un influyente noble murió por tus manos, trajiste contigo un pequeño ejército de varegos de Miklagård y algunos jarls creen que tus intenciones no son buenas, y que buscas aprovecharte de la situación pacífica del reino para invadir y conquistar otros ducados. ¿Tienes algo que decir al respecto?

—Jarl Halfdan, su majestad —respondió.

—¿Disculpa?

—Escuché que a Tore lo llamó por su título. Le pido que a mí me trate en igualdad —volvió a responder.

Esta vez fue Egil Askjellsson quien habló: —Que falta de respeto dirigirse así ante tu rey. Nadie te ha dado el título de jarl, por lo que no se te debe nombrar así.

Eyra salió en defensa:

—Mi familia ha regido Kristiansand por generaciones; mi bisabuelo fue jarl, mi abuelo fue

jarl, mi padre fue jarl, Rognvald se apoderó del título cuando falleció mi padre. Así que cuando Rognvald murió yo heredé el título. Halfdan se casó conmigo y fue mi decisión otorgarle el título de jarl, por lo que se le debe nombrar así.

La sala se quedó por un momento en silencio y todos los presentes se miraron entre sí. Tanto Egil como Tore alzaron los ojos fastidiados; solo el hault Rorik sonrió un poco en señal de aceptación.

—Jarl Halfdan —continuó el rey Olaf—. Sobre lo que dije anteriormente. ¿Tienes algo que decir al respecto?

—Su majestad. Yo soy nórdico de sangre y corazón; mi padre es héroe de esta tierra, luchó codo con codo junto a su padre Harald, murió defendiendo el puente de Stanford Bridge salvando a muchos compatriotas. No habría más honor para mí que dar la vida por mi patria, así como mi padre lo hizo —Halfdan, que era hábil en palabra, inició su defensa—. En mi juventud cometí muchos errores, pero ninguno de ellos fue el amar a una mujer y defender su honor, lo que me llevó al exilio. Diez años estuve lejos de mi tierra, serví al emperador de Constantinopla y fue él, el propio emperador, quien me aconsejó regresar a mi país y cumplir con mi destino, regresar a los brazos de mi amada. Yo no he cometido ninguna ilegalidad, los varegos que traje se unieron a mí porque los inspiraba, querían regresar a casa, jamás tocaron esta tierra para invadirla. Rognvald murió legalmente bajo las leyes del holmgang; nuestro duelo fue legal y él acepto los términos. No fue un asesinato, él perdió y yo gané. Mi intención ahora no es ninguna otra más que servirle a usted y a Noruega. Mi hacha está a su servicio, mis varegos están a su servicio y mi ducado está a su servicio.

El rey Olaf meditó las palabras de Halfdan y se recargó en su respaldar. Fue el jarl Tore Tordsson quien interrumpió el silencio:

—Vienes con bonitas palabras de patriotismo, amor y viajes a lugares lejanos... ¿crees que con eso ablandarás la decisión del rey? Tus actos tienen que ser pagados.

—No sabía que estaba siendo juzgado en un tribunal —replicó Halfdan.

—Salgan todos —ordenó el rey.

—¿Su majestad? —se preguntó Tore.

—Me quedaré a solas con el jarl Halfdan. Salgan todos —volvió a ordenar.

El salón del trono rápidamente fue despejado y todos los miembros de la corte salieron. Eyra tomó a Halfdan de la mano, le sonrió asinténdole con la cabeza y también salió. En la sala solo quedaron tres personas: el propio Halfdan, el rey Olaf y el huscarle Hans, su inseparable guardián.

—No estás siendo juzgado —el rey Olaf se levantó del trono y le habló—: Soy un rey que valora la paz. Durante generaciones Noruega ha sido azotada por la guerra, las conquistas y los saqueos, pero eso se ha acabado con mi reinado. He logrado una época de paz como nunca antes había existido en el país. Inclusive recibí una carta del propio Papa felicitándome por eso. Hasta realicé una reorganización del ejército, pero no para invadir, sino para la protección del propio reino. Has de entender que, cuando me enteré de un varego que retornó de Miklagård mató con sus propios puños a un influyente noble, me alarmé. Después Tora me dijo quién eras, su hermano perdido, único hijo del Berserker del Puente; Svend también me habló de ti, de tus valores, tu honor y que serías de gran valía para el reino. Y ahora que te conozco en persona veo algo en ti que me dice que tienen razón. Ahora dime, jarl Halfdan, ¿puedo confiar en ti?

—Lo puede hacer, su majestad. Mis palabras no son vacías. Todo lo que dije fue cierto; estoy a su servicio, al igual que mis hombres —respondió.

—Por suerte para ti, el holmgang aún no ha sido abolido como tal. Los que aceptan el duelo y

mueren bajo dicha ley no son acreedores del delito de asesinato. Así que estás libre de cualquier condena —dijo el rey—. Pero debes de saber que te has ganado muchos enemigos; algunos de ellos con gran influencia política en Noruega. Y harán lo que sea para destrozarte.

—No es la primera vez que estoy rodeado de enemigos, su majestad. De hecho, estoy acostumbrado a eso —contó Halfdan—. En Constantinopla yo fui Akolouthos de la Guardia Varega, fui mano derecha del mismo emperador. Los enemigos estaban a la orden del día. Aprendí mucho de asuntos políticos; así que puedo hacer que esos enemigos se vuelvan aliados, o simplemente hacerme respetar para que no se atrevan a moverse en mi contra.

—Me gusta tu actitud, Halfdan —el rey sonrió—. Siempre que escucho sobre la Guardia Varega recuerdo las historias que me contaba mi padre Harald; noches completas nos relató a mí y a mi fallecido hermano sobre sus batallas en Anatolia y Sicilia. Espero que su legado aún se recuerde en esas regiones.

—Boklgara brennir, el devastador de búlgaros. El nombre Harald Hardrada aún sigue siendo recordado con temor y respeto en el Oriente, se lo aseguro su majestad. Su padre ha sido el más grande de todos los varegos; sus hazañas fueron una fuerte inspiración para mí y todos mis compañeros —con admiración comentó Halfdan.

—Svend me contó que tus proezas no se quedan atrás —el rey Olaf le puso su mano en el hombro—. Pero ya habrá tiempo para que me las cuentes. Por ahora ve con Tora para que te muestre en dónde te alojarás; sé que tu esposa está en cinta, que se ponga cómoda.

—Gracias, su majestad. ¿Dónde pueden descansar mis varegos? —preguntó.

—En las barracas, con mis hombres. Svend o Borg te pueden ayudar con eso —respondió el rey Olaf—. Ah, y una última cosa. En los próximos días saldremos de cacería. El deporte ayuda tranquilizar las tensiones y puede que sea una buena oportunidad para que te relaciones y hagas amistades con la nobleza noruega.

—Así será, su majestad —Halfdan agradeció y reverenció antes de salir.

En cuanto Halfdan salió del salón del trono, inmediatamente Eyra, que estaba acompañada de Tora, acudió a él para enterarse de lo que había sucedido. La situación dentro se había tornado tensa cuando el rey pidió que salieran, así que estaba preocupada.

—¿Cómo te fue? —preguntó.

—Mejor de lo que esperaba —Halfdan resopló—. Te lo contaré todo en privado, por ahora debes saber que la situación está tranquila.

Eyra lo abrazó. En ese momento llegó corriendo Magnus, que era acompañado por Svend, el cual portaba el hacha Fauces.

—Tío Halfdan. Me he decidido —dijo con emoción—. Le pediré a mi padre que me mande a forjar un hacha como la tuya; que venga el mejor maestro armero de Noruega. Quiero salir de aventuras, quiero pelear y conquistar. Ser como mis ancestros vikingos.

—Vaya, eres un niño muy sagaz, Magnus —rio Halfdan—. ¿Quién lo diría? Eres completamente lo opuesto a tu padre; él es pacifista y tú buscas revivir las antiguas glorias vikingas.

—¿Me enseñarás a blandir el hacha? —preguntó Magnus.

Halfdan asintió —Por supuesto que sí, sobrino mío.

Tora notó como Eyra veía con alegría y sentimiento a Magnus, se acercó y le comentó:

—El tiempo pasa muy rápido cuando nacen. Debes aprovecharlos, porque en un pestaño ya crecieron. ¿Cuánto tiempo tienes?

—Cuatro meses —respondió Eyra.

—La primera mitad del embarazo es la más fácil; la segunda mitad es cuando la panza más

crece y vas a querer estar sentada todo el tiempo —riendo dijo Tora, que después les anunció—: Vamos, los llevaré a su habitación. Está a un lado de la mía.

—Espérenme unos minutos —dijo Halfdan, que caminó hacia el patio, donde estaban esperando sus compañeros.

Halfdan fue hacia Orvar, Hjalmar, Hodur e Iver.

—Espero que nuestra estadía en Nidaros no haya terminado —le dijo Orvar en cuanto lo vio llegar.

—Apenas comienza. Todo está resultando bien —les informó—. Necesito que vayan con Svend; él los llevará a las barracas. Allí acomoden a los varegos y los iré a ver en cuánto pueda.

—Así será —asintió Orvar.

Después Halfdan se acercó a Iver y le dijo de cerca:

—Iver, ¿ves a esos dos hombres de ahí? —apuntó hacia la esquina del patio.

—¿El larguirucho y el rubio?

—Sí —afirmó Halfdan—. Es el jarl Tore Tordsson y el lendmann Egil Askjellsson. Dos nobles con mucho poder e influencias. Quiero que no les quites el ojo de encima; es mejor estar prevenidos.

—Por supuesto —asintió Iver—. Sabrás hasta lo que comen.

Antes de partir, Halfdan les habló a todos:

—Descansen, pues en unos días iremos de caza con el rey.

MEMORIAS DE VAGN II

I

Koniewo. Pomerania. Finales del siglo X.

Ya era oficialmente un jomsvikingo; hice el juramento, me aprendí el código, vivía en Jomsborg, me vestía como uno, entrenaba como uno y ahora solo me faltaba realizar un contrato como uno. Mi abuelo Palnatoke me dijo que a mi edad no podía mandarme a hacer contratos que involucraran batallas, proteger a alguien o realizar alguna investigación, pues para eso necesitaba experiencia; afortunadamente, un pequeño contrato se había presentado y era perfecto para mí.

Resultaba ser que en un pueblo a unos kilómetros al sur de Jomsborg, llamado Koniewo, un enorme y feroz oso, el más grande que jamás se había visto, había estado matando el ganado de los granjeros; inclusive, cuando éstos se armaron de valor y acudieron al bosque para darle caza al oso, la bestia mató a dos de ellos, arrancó la pierna de uno y se comió el brazo del otro. Los campesinos no tuvieron otra opción que acudir a los jomsvikingos, y pagando un módico precio, se firmó el contrato: matar al feroz oso.

¿Había otros jomsvikingos disponibles para realizar la enmienda? Por supuesto que sí, pero mi abuelo Palnatoke pensó que este contrato era excelente para que yo fuera ganando experiencia y que me fuera familiarizando con el modo de trabajar de los jomsvikingos. ¿Me mandaría a mí solo a matar a un oso que se comió a dos granjeros? Por supuesto que no; mi tutor Bjorn el Galés me iba a acompañar. En los últimos meses, Bjorn me había estado entrenando y enseñando sobre la vida del jomsvikingo; se había convertido en un padre para mí.

Pues ahí estábamos, habíamos llegado a ese pueblo que probablemente tendría unas diez casas, y, aunque no eran muchas, lo que realmente abundaba era la tierra para que el ganado pastara. Me pareció haber oído que la leche era su principal fuente de ingresos, por lo que era de suma importancia acabar con ese oso para que dejara en paz a las vacas y sus terneros.

—Me siento emocionado. Esta es mi primera misión como jomsvikingo —le dije a Bjorn, una vez que habíamos entrado en el pueblo.

—Recuerdo cuando realicé mi primera misión; pero no como jomsvikingo, sino como un guerrero principiante —contó Bjorn—. Fue durante un saqueo al este de Gales. Estaba igual de emocionado a como lo estás tú ahora.

—¿Y salió todo bien en tu primer saqueo? —pregunté.

—No. Casi muero ahogado.

—Vaya, eso me tranquiliza —dije sarcásticamente mientras me rascaba la cabeza—. ¿Qué prosigue ahora?

—Ir a casa del campesino que nos contrató. Debemos saber un poco más sobre ese oso y dónde está su guarida.

Cuando tocamos en la puerta de aquel campesino, un hombre ya mayor nos abrió y nos indicó que pasáramos; éste cojeaba de su pierna, se sentó y nosotros hicimos lo mismo.

—Pensaba que los jomsvikings no admitían niños —fue lo primero que dijo el hombre.

—Usted límitese a contarnos sobre este oso y la hermandad decidirá cómo gestionar a sus miembros —le replicó Bjorn.

—Muy bien, señor. No lo dije con el afán de molestar —el campesino se intimidó—. Sobre el oso, sí. Todo comenzó hace unas semanas; cuando salimos a ordeñar, la cerca de madera estaba destrozada y una de las pobres vacas tenía todo el vientre abierto con las tripas de fuera.

—Que descriptivo —me dije a mí mismo.

El hombre continuó: —Pasó una semana y pasó otra; seguía sucediendo lo mismo. Los perros ladraban, pero fueron silenciados, y fue entonces cuando lo vimos; era un monstruo enorme y peludo, su rugido te dejaba paralizado. Los demás hombres y yo agarramos hachas y picas, seguimos a la bestia hasta el bosque, pero allí nos atacó. Descuartizó a dos de mis amigos, después fue hacia mí, se paró en dos patas y les juro que medía más de dos metros; esquivé uno de sus zarpazos, pero caí de espaldas en un hueco y me fracturé la pierna. Los demás lograron escapar y yo apenas pude salir con vida.

—Nunca había escuchado de un oso tan grande y violento —comentó Bjorn—. Dices que lo siguieron al bosque, ¿fue en su guarida donde lo atacaron?

—No, él nos atacó a nosotros. Es una bestia astuta —respondió el hombre—. Uno de los exploradores dijo que vio al oso meterse en una cueva; esa podría ser su guarida.

—¿Sabes dónde está esa cueva? —preguntó Bjorn.

El campesino afirmó —Una vez que entras en el bosque, y después de caminar un tramo recto, hay una gran roca con un tronco caído. Allí está la cueva.

Bjorn se levantó y me dijo: —No hay tiempo que perder. Es temprano y puede que el oso esté descansando en su guarida; lo quiero sorprender. Vamos, Vagn. Quiero que cuando sea de noche ya estemos de vuelta en Jomsborg cenando.

—¿De verdad solo irán ustedes dos? —sorprendido preguntó el campesino.

Bjorn solo se rio y salió por la puerta; yo le seguí.

Entramos en el bosque y caminamos en la dirección que nos dijo el granjero; todo el alrededor estaba tranquilo, bueno, se escuchaban los típicos sonidos de un bosque, pero en lo que se refería al oso gigante, no había señales de él.

Continuamos hasta que dimos con la gran roca y el tronco caído, justo como nos lo describió el campesino. En la tierra, Bjorn logró ver unas pisadas; y de verdad que eran enormes. También en los árboles de los alrededores había rasguños en la madera, igualmente grandes. Al parecer allí el oso se rascaba las garras. Frente a nosotros, debajo de la gran roca, había una entrada a la cueva; el interior era oscuro y de allí espiraba un aire helado.

—¿Cómo vamos a ver allí dentro? —le pregunté.

Bjorn sacó dos antorchas de su bolsa y las prendió con un pedernal. Agarró una y la otra me la dio a mí.

—¿No nos verá el oso? —volví a preguntar.

—Y también nosotros lo veremos a él. Lo osos tienen un olfato superior al de nosotros; nos puede detectar sin tener que usar la vista. Nosotros allí dentro dependemos de la vista y de nuestro oído. Así que las probabilidades están equilibradas —me respondió—. Además, los animales le temen al fuego. No existe uno solo en este mundo que no le tema. Andando.

A la oscura cueva entramos; cada paso que dábamos era como si nos introdujéramos en el mismísimo infierno, en el gélido reino de Hel, pero allí no nos aguardaría Gram, el perro

protector, sino un frenético oso. A nuestras espaldas ya no nos calentaba la luz exterior, todo era oscuridad en los alrededores salvo lo poco que podíamos ver con las antorchas. Dentro era húmedo y goteaba agua por doquier.

—Percibo un olor familiar aquí —dijo Bjorn.

—¿Qué es? —le pregunté.

—No recuerdo bien en dónde lo he oído... en un brebaje quizás —trató de rememorar.

Frente a nosotros se abría una salida, yo iba a dar un paso cuando fui detenido por Bjorn. Por fortuna logró verlo, si no, habría caído a un gran vacío. Dentro se escuchaba el sonido de una cascada subterránea.

—Me salvaste la vida —le agradecí.

—Ven, creo que es por acá —me indicó—. El olor es más fuerte.

Yo la verdad que no sabía lo que él olía; simplemente percibía olor a hierbas y humedad, pero lo seguí. Nos introdujimos por otro túnel y fue entonces cuando lo escuchamos; era el sonido de un grave ronquido que hacía eco y resonaba por toda la cámara.

—Está dormido —Bjorn me susurró en voz baja.

Por la oscuridad aún no lográbamos verlo, y no queríamos acercarnos demasiado con las antorchas para que el oso no nos percibiera. Caminamos lentamente por el interior de la espaciosa cámara. Entonces pudimos distinguirlo, vimos su pelaje; estaba acostado, completamente rendido y roncando; el suelo debajo de su nariz vibraba con cada soplo. Yo jamás había visto un oso frente a mí, pero no creo que fueran así de grandes; la robustez de este era prácticamente lo de dos caballos adultos.

Bjorn me entregó su antorcha y sacó su hacha de guerra para tomarla con las dos manos; la apretó fuertemente y me dijo:

—Un tajó fuerte en medio del cráneo y en un pestañeo ya estaremos de vuelta.

Cuando Bjorn alzó el hacha para dar el fulminante golpe, vi cómo el oso abrió uno de sus ojos, y de un momento a otro soltó un fuerte gruñido y se levantó. Bjorn logró darle el hachazo, pero por el movimiento del oso no lo dio en su cabeza, sino por debajo del grueso cuello; el hacha se quedó incrustada ahí y Bjorn se quedó desarmado. El oso le soltó un fuerte zarpazo que hizo que cayera unos cinco metros adelante.

Yo me quedé ahí frente a ese monstruo, con una antorcha en cada mano. Lo único que se me ocurrió hacer fue agitarlas de un lado a otro y gritar como un loco. El oso ni se inmutó.

—¿No decías que todos los animales le tenían miedo al fuego? Pues este no —le grité a Bjorn.

—¡Corre! —me ordenó.

Por supuesto que no iba a correr. Arrojé ambas antorchas en el suelo, lo que hizo que tuviera buena iluminación frente a mí. Desenvainé mi espada y me planté frente a la bestia; el oso se paró en dos patas, gruñendo furiosamente; era tres veces más alto que yo, pero tres veces más lento. Empezó a dar zarpazos a lo loco, yo los lograba evadir todos, y cada que podía le daba estocadas con la punta de mi espada.

Ese tiempo en el que tuve distraído al oso sirvió para que Bjorn sacara dos seaxs de su cinto y se escabullera por detrás; saltó sobre el lomo de la bestia y comenzó a acuchillarlo una y otra vez en la cabeza y el cuello. El oso estaba completamente lleno de sangre, pero no cedía, no se rendía. Era como uno de los guerreros berserkers que son tan famosos y de los que tanto me hablan; pero este estaba en su forma animal.

Yo quería dar el golpe final. Retrocedí unos pasos, y, colocando mi espada recta como si de una lanza se tratase, corrí a mi máxima velocidad y me arrojé clavando la punta en el corazón del

oso, atravesándolo completamente. El monstruo soltó un rugir de dolor y cayó; pero desafortunadamente cayó sobre mí, casi asfixiándome con su peso.

—¡Vagn, Vagn! —me gritó Bjorn mientras trataba de mover el cuerpo muerto del oso.

El cuerpo del oso era tan pesado que Bjorn no logró moverlo. Sin embargo, yo saqué una de mis manos por debajo de su peluda panza y fue cuando él la tomó y me pudo sacar de allí abajo. Sentí el aire como una bendición y logré respirar de nuevo.

—Eres un temerario, Vagn; pero un guerrero valiente y astuto. Te dije que corrieras y no lo hiciste, te plantaste frente a este enorme oso y fuiste tú quien le dio muerte. Todos los jomsvikings de Jomsborg oirán esta proeza.

—Simplemente actué. Mi honor no me dictaba a huir y dejarte solo contra el oso —le dije, ya recuperado—. El campesino no exageraba. Reamente estaba grande el maldito este.

Bjorn asintió —Muy grande, pero también muy violento y frenético. Eso no es normal —se acercó al oso—. Mira lo que tiene alrededor de su boca —lo tomó con sus dedos y lo olió—. Esto es amanita. Sabía que reconocía el olor.

—¿Qué es eso? —le pregunté extrañado.

—La amanita es un hongo. Es uno de los componentes del brebaje que usan los berserkers para inducirse en trance frenético —Bjorn observó todo el alrededor—. Mira, crece en esta cueva por montones, y el oso ha estado consumiéndola. Es por eso que se volvió tan violento y atacaba con tanto frenesí a todo lo que se le acercaba.

—¿Estaba drogado?

—Algo así —me respondió.

—Entonces el oso no destripó a las vacas de los granjeros por alimento, sino porque estaba enloquecido, como un berserker.

—Más bien al revés; los berserkers, cuando se inducen en su estado animal, actúan y pelean como un oso. Si alguna vez te llegas a enfrentar a uno de verdad, recuerda, Vagn, jamás le ganarás a un berserker empleando la fuerza bruta; ese es su terreno, ellos tienen más fuerza, más brutalidad y no sienten dolor. A un berserker se le gana con esto —Bjorn apuntó a su cabeza—, no con esto —después apuntó a su brazo—. Mientras están en trance frenético los berserker no piensan, solo aplastan a quien tienen en frente. Recuerda eso.

Yo le asentí.

Después Bjorn me dijo: —Vamos, cortémosle la cabeza al oso como prueba. Y llévatela para que la exhibas como trofeo en Jomsborg. Esta fue tu primera hazaña como jomsvikingo.

Esa noche Bjorn y yo llegamos Jomsborg. Yo llevaba la enorme cabeza del oso colgada sobre mis hombros, exhibiéndola como un trofeo de batalla. En el salón de los guerreros, Bjorn, con bastante hidromiel en sus haberes, relató nuestro encuentro con el frenético animal. Todos allí se enteraron de mi hazaña; tanto mis tíos Búi como Sigurd me felicitaron; también estaba mi abuelo Palnatoke, quien se acercó y me felicitó de frente. Solamente recelaron de mí Sigvaldi y su hermano Thorkell, pero poco me importaba, este era mi momento y todos allí descubrían mi valía como jomsvikingo. Desde ese momento se me conoció como Vagn el Intrépido.

II

Pomerania. Finales del siglo X.

Tras mi exitosa misión contra el oso drogado, pasó casi un año para que mi abuelo Palnatoke me asignará otro contrato. Pero esta vez no se trataba de encargarse de animales rabiosos, sino de personas, mejor dicho, bandidos.

Habían llegado informes de que, en uno de los caminos comerciales más importantes de la región, un grupo de rufianes tomaron el control de un torreón y cobraban peaje a los mercaderes que pasaban por ahí. Por supuesto que los mercaderes se quejaron, pues ya pagaban un impuesto por comerciar en las ciudades; sin embargo, de acuerdo con las declaraciones, aquellos malhechores se ponían bastante hostiles si no pagabas, inclusive, uno de los testigos manifestó que lo despojaron de sus pertenencias y mercancías por negarse a pagar, casi matándolo en el acto. Así que el asunto era bastante serio.

Las autoridades locales no tenían tiempo ni efectivos para atender la situación, ya que tenían problemas contra las tribus salvajes del este, quienes los estaban atacando constantemente. Por lo que acudieron a nosotros, los jomsvikings, y, por un buen precio, acordamos hacernos cargo de la situación.

Pues hacia allá íbamos Bjorn y yo, pero esta vez nos acompañaba un tercer integrante, de nombre Áslákr Hólmskalli, el cuál era un nuevo miembro que había entrado unas semanas atrás a la hermandad; era mayor que yo, tenía veinte inviernos. No se le veía nada especial, pero tampoco lo conocía mucho; este era su primer encargo, así que dentro de poco tiempo íbamos a saber de qué madera estaba hecho.

Íbamos sentados en una carreta tirada por un caballo; Áslákr y yo estábamos atrás y Bjorn tiraba de las riendas. La hermandad estaba corta de caballos y el coste de manutención era alto, pues se tenía que comprar el heno de las granjas cercanas. Así que los caballos de monta eran exclusivos para viajes de contratos mayores; pero no me quejaba, ir sentado en la carreta era mucho más cómodo que haber caminado todo el trayecto.

El sol comenzaba a ponerse en el oeste, dando paso a la oscuridad; de acuerdo con Bjorn, aún nos faltaba un tramo para llegar al torreón, e ir a resolver cualquier situación de noche no era lo más recomendable. Por lo que nos detuvimos en una posada del camino para descansar; ya continuaríamos el camino en la mañana.

Allí cenamos y dormimos en una de las habitaciones, pero lo interesante iba a venir al siguiente día, pues, cuando estábamos desayunado un pan duro como la piedra, un grupo de cinco sujetos de aspecto desagradable entraron en la posada y comenzaron a molestar a los caseros.

—Espero que ya tengan el pago. Ha pasado una semana entera —dijo uno de los sujetos; al

parecer era el líder por su aspecto. Su cabeza era calva, pero su barba le llegaba hasta el pecho; tenía los brazos descubiertos, los cuales eran bastante grandes y musculosos.

—Aún no lo hemos reunido, señor. Han sido semanas bajas sin muchos clientes; dennos una semana más, por favor —le rogó la posadera.

—¿Y a la semana siguiente me pedirás una más? No —negó con contundencia—. O me lo das ahora o comenzaré a destrozar el lugar.

Yo solo observaba cómo Bjorn terminaba de desayunar sin inmutarse y sin prestar ningún tipo de atención a la situación. Al finalizar, Bjorn soltó un eructo que resonó en toda la posada; por supuesto captando la atención de aquellos rufianes.

—Oye tú, el de barba roja —se dirigió a Bjorn—. Les recomiendo que se vayan de aquí antes de que esto se ponga feo.

—Si continúas asustando a mis clientes menos podré reunir el pago —temblorosa habló la posadera.

—Cállese antes de que... —el rufián alzó su brazo con intención de golpear a la posadera, pero se detuvo ante las palabras de Bjorn.

—El pago que exigen. ¿Por qué motivo es?

—Y a ti que te importa, rojo. ¡Lárgate de aquí antes de que tengas problemas! —contestó el sujeto.

—Responde a mi pregunta y te pagaré lo que la posadera te debe —volvió a decir.

—¿Por qué harías eso?

—Soy una buena persona —respondió Bjorn—. ¿Cómo te llamas?

—Gunnar Brazo Grande —se cruzó de brazos—. El pago es por protección.

Bjorn miró alrededor —¿Protección? Este camino es seguro, nunca ha habido altercados por esta región. ¿De qué los proteges?

—Ha habido avistamientos de tribus salvajes. Es un pago justo.

—¿Eres parte de la autoridad local? —Bjorn volvió a preguntar.

Gunnar entrecerró los ojos —La autoridad no vigila esta zona, está enfocada en el este. No hay nadie que proteja este camino, y como somos... buenas personas, lo hacemos. Solo cobramos una pequeña suma por nuestro trabajo.

—La autoridad está enfocada en el este porque allá es donde están las tribus salvajes; por lo tanto, esta región está segura y no hay nada que proteger. Lo que ustedes hacen es extorsión —Bjorn fue contundente y se acercó más a Gunnar mientras hablaba.

Áslákr y yo nos miramos de reojo. Yo tenía las yemas de los dedos sobrepuestas en el pomo de mi espada, listo ante cualquier reacción.

Bjorn continuó: —He escuchado que unos sujetos de mal aspecto han tomado un abandonado torreón que está al lado del camino, cerca de aquí, y que cobran peaje a los mercaderes que pasan diciéndoles que el cobro es por protección de las tribus salvajes. Informaron que su líder era un hombre calvo de brazos grandes, con un aliento a pescado muerto. No habría sabido que eras tú hasta que me llegó tu fétido olor bucal.

—Estás muerto, rojo —Gunnar, con tono amenazante, le habló frente con frente.

—Me alegra que vinieras. Me ahorraste ir hasta el torreón... tus extorsiones terminan aquí — cuando terminó de hablar, Bjorn le soltó un cabezazo en la nariz. En ese instante, los otros cuatro rufianes desenvainaron sus armas al mismo tiempo que lo hicimos Áslákr y yo.

Agarrándose su ensangrentada nariz, Gunnar dio dos pasos hacia atrás; agarró su hacha ancha y gritó:

—¡Mátenlos!

Áslákr pateó una de las mesas hacia uno de ellos, pero otro saltó hacia él y lo atacó; el tercer malhechor trató de embestirme a mí, logré evadirlo y, cuando me di la vuelta, el filo del hacha de otro de los rufianes pasó muy cerca de mi rostro. Cuando levanté la cabeza ya tenía a dos de ellos sobre mí; lo que hice fue girar por el suelo hasta posicionarme por detrás de ellos, solté un espadazo que dio en la pierna de uno y después solté otro que dio en su mano, cortándole dos dedos. El segundo bandido me atacó con un martillo; era tan lento que anticipaba sus movimientos siquiera antes de que él lo pensara. Su martillo rompió una silla, después una mesa y por último se clavó en el piso de madera; yo salté y le di un rodillazo en la cabeza, lo que hizo que cayera noqueado.

Cuando volteé a ver a mis compañeros, Áslákr acababa de dejar tirado al rufián con el que luchaba, pero Bjorn mantenía un frenético combate contra Gunnar. El cuarto bandido, al que le había caído la mesa encima, trató de atacar a Bjorn por la espalda, pero yo arremetí contra él y lo empujé sobre la barra de bebidas, allí lo golpeé con los tarros de madera hasta que agarré un cuerno de beber y le incrusté la punta en el brazo, dejándolo clavado en la barra.

Ya solo quedaba en pie su líder, Gunnar, al cual Bjorn había desarmado, y, en un táctico movimiento, cortó con su seax parte de su rodilla, lo que provocó que cayera arrodillado. Bjorn lo tomó de la barba y le soltó tres fuertes puñetazos. Después le amenazó:

—Tú y tus rufianes volverán al estiércol de donde salieron y dejarán en paz este camino, a su gente y a quien pase por aquí. En nombre de los jomsvikings, sus extorsiones se acabaron; y si volvemos a escuchar de ustedes, esta vez no habrá piedad.

Gunnar y sus cuatro heridos hombres se levantaron como pudieron y salieron casi que arrastrándose de la posada. Tuve que ayudar al rufián que clavé en la barra a quitarse el cuerno incrustado de su brazo, pero igual se fue con la cabeza agachada y con la cola entre las patas.

—Buen trabajo —nos felicitó Bjorn.

La posadera se acercó a Bjorn atónita por lo sucedido y le agradeció con las pocas palabras que salían de su temblorosa boca.

—Jomsvikings, he escuchado de ustedes. ¿Cómo les puedo pagar por su servicio? Tomen, esto es todo lo que tengo —extendió su mano con un puñado de monedas.

—Nuestros servicios ya fueron pagados por la autoridad local. Agradézcales a ellos —Bjorn le dijo y salió de la posada. Áslákr y yo le seguimos.

—El oso me dio más batalla que esos pseudo bandidos —comenté una vez que estábamos afuera.

Bjorn rio —El único que estaba medianamente entrenado en combate era el tal Gunnar. Los demás eran muertos de hambre y necesitados.

—Solamente aprovecharon la situación de los ataques de las tribus del este y que los soldados y guardias están enfocados allá para beneficiarse —dijo Áslákr.

Bjorn asintió —Así es —después tomó las riendas y se subió a la carreta—. Súbanse. Regresemos a Jomsborg.

III

Jomsborg, Isla de Wolin, Pomerania. Finales del siglo X.

Acababa de cumplir los quince inviernos, lo que significaba que ya llevaba tres años aquí, tres años siendo un jomsvikingo; tres años en los que había aprendido a ser un guerrero de verdad, tanto en el físico como en lo mental. Había realizado numerosos contratos menores, pero todos llevados a cabo con éxito. A pesar de mi corta edad, ya tenía la envergadura de un hombre; había crecido tanto que ya alcanzaba en estatura a mis tíos; mis brazos eran más fuertes, inclusive, me había salido barba, aunque no tan abundante, por supuesto.

Ya estaba listo para afrontar un contrato mayor, y al parecer, mi abuelo Palnatoke también lo pensaba así; me había mandado a llamar a sus aposentos para hablarme personalmente de este contrato. Aunque estos tres últimos años me beneficiaron a mí, desfavorecieron a mi abuelo, el cual había caído enfermo, su semblante no era el mismo y casi no salía de sus aposentos. Nadie quería pensar lo peor, pues los Jomsvikingos sin la guía de Palnatoke era algo inimaginable; pero por ahora, aún seguía liderando la hermandad con las fuerzas que le quedaban.

La habitación estaba oscura cuando entré y solamente escuché unos tosidos provenientes de la cama.

—Vagn, acércate —me indicó mi abuelo; tenía la voz cansada—. Cómo has crecido, Vagn; eres ya un hombre. Recuerdo cuando llegaste aquí siendo un niño, y mírate, has sido forjado por la hermandad de los Jomsvikingos.

—Y honraré a la hermandad con mi vida —le dije—. ¿Qué necesitas, abuelo?

—Tengo un contrato para ti, uno importante —al decirme eso yo sonreí; mi abuelo continuó—: Escúchame con atención, Vagn. No me queda mucho de vida y tienes que hacerte de un nombre aquí. Tienes que ser imprescindible para la hermandad; sé que te has ganado muchos aliados aquí, te respetan, pero necesitas un título de alto rango que solo te puedo conceder si cumples este contrato, y es por eso que te lo daré a ti. Tu futuro depende de ello; si lo resuelves con éxito, te nombraré capitán, y con ello, ya estarás en el círculo interno de los maestros. Serás intocable y nadie podrá sacarte de aquí.

No comprendía lo que quería decir con eso. Mi abuelo notó mi incógnita, así que fue directo conmigo.

—Cuando muera lo más seguro es que Sigvaldi ocupe mi lugar como Gran Maestro y Comandante General de los Jomsvikingos. No solo tiene la experiencia, sino el apoyo de su familia; hay muchos intereses de por medio. Su esposa Ástrid es hija del rey de los wendos, Burisleif. ¿Sabes quién es él y por qué es tan importante?

Sabía la respuesta, así que le respondí:

—Burisleif fue quien te cedió las tierras para construir Jomsborg, a cambio tú le brindarías protección en su reino.

—Así es. Sigvaldi fue astuto y se las ingenió para que Burisleif le diera la mano de su hija mayor, y con eso no solo se ganó una esposa, sino un fuerte aliado con influencia sobre estas

tierras —mi abuelo fue más directo aún—. Sé que Sigvaldi no te ve con buenos ojos, nunca lo ha hecho. Una vez que yo ya no esté y él sea comandante, podrá sacarte de aquí si quiere, al menos que tengas un título de alto rango y estés en el círculo interno de la hermandad. Un Gran Maestre no puede deshacer los títulos otorgados por su antecesor, es por eso que, una vez que cumplas este contrato y te nombre capitán, Sigvaldi no podrá hacer nada. Tú posición en Jomsborg y con los Jomsvikings estará asegurada. Tu futuro depende de este contrato, Vagn. ¿Comprendes?

Yo estaba paralizado, no pensé que me fuera a caer tanta responsabilidad tan rápido. Pero no vacilé y pregunté:

—¿Cuál es el contrato?

—Dinamarca se está alzando como un reino cristiano en toda regla; eso nos puede gustar más o menos a nosotros, los seguidores de la antigua fe, pero el rumbo está escrito y no se puede cambiar. Sin embargo, hay mucha gente que no piensa así y siguen estando atada a la antigua religión —mi abuelo tosió, tomó un poco de agua y continuó—: Cerca de la ciudad de Odense, en la isla de Fionia, han estado apareciendo mujeres asesinadas de una manera brutal; sus cuerpos aparecieron colgados de sogas y mostrando formas macabras, junto con ofrendas y otro tipo de cosas que recuerdan a los sacrificios de los antiguos dioses. Este contrato viene a petición exclusiva del jarl de Odense, y es por eso que es tan importante. No han podido encontrar al culpable, y lo que tienes que hacer es encontrar a este asesino y llevarlo ante la justicia vivo o muerto.

—Lo encontraré —no titubeé.

—Esta vez no te acompañará Bjorn, pues fue junto a Sigvaldi a una enmienda diplomática con el rey Burisleif. Podrás elegir al acompañante que quieras, al que creas que mejor se adapta a esta misión.

—Me llevaré a Áslákr. Es un hábil guerrero y confío en él —le dije.

—Bien. Y una última cosa —se recostó en el respaldo—. Tengo una propiedad allí, al sur de Odense; son unas bastas tierras. Hace años que no voy y me gustaría que las visitaras para que me digas cómo está el lugar.

—Así lo haré, abuelo.

—Ahora ve, Vagn. No hay tiempo que perder. Cumple este contrato y serás capitán de los jomsvikings... serás intocable dentro de la hermandad.

Salí de la habitación casi paralizado, la responsabilidad que caía sobre mis hombros era la más grande que nunca había tenido; esta vez no tendría la ayuda de Bjorn, esta vez todas las decisiones las tomaría yo. Pero no estaba preocupado por este contrato, pues confiaba en mis capacidades, lo estaba por el estado de salud de mi abuelo. ¿Cómo sería Jomsborg sin él? Por ahora no debía pensar en eso, no había tiempo que perder. Así que fui por Áslákr, quien sería mi compañero de viaje; en los últimos años se había vuelto un buen amigo mío, confiaba en él como hermano de escudo, lo había demostrado muchas veces; era un buen guerrero.

Una vez que nos equipamos lo mejor que pudimos, partimos de inmediato. Desde que me había unido a los jomsvikings no había vuelto a mi hogar, a Dinamarca. Así que iba a aprovechar para pasar a visitar a mi madre, hermana y abuelo. Sé que el contrato era de suma importancia, pero no iba a demorar mucho; Bornholm me quedaba de paso, y de allí, Fionia estaba a unos pocos kilómetros hacia el oeste.

Bornholm, Dinamarca. Finales del siglo X.

El barco había arribado al puerto de Rønne, mi ciudad natal. Todo estaba exactamente igual a como lo recordaba; lo único diferente era que la gente no me recordaba a mí. Hacía no muchos años atrás yo corría y jugaba por estos muelles, todos me conocían y saludaban; era lo normal, pues siendo el nieto del jarl, me trataban con respeto. Pero ahora parecía ser que mi rostro había madurado demasiado y nadie me reconocía; me volteaban a ver, eso sí, pues no solo mi armadura impresionaba, sino que la llegada de guerreros extraños siempre era llamativa.

Áslákr y yo caminamos hacia la residencia de mi abuelo Vesete, el Salón del Jarl; en la entrada dos guardias nos detuvieron. Los conocía a ambos, pero les seguí el juego.

—¿Qué asuntos traen en el salón del jarl Vesete?

—Somos jomsvikings. Venimos buscando cobijo —le respondí sonriendo.

—¿Cobijo? Esto no es una posada —dijo el guardia—. Regresen al pueblo, allí encontrarán una.

—¿Crees que quiero dormir ahí? —continué insistiendo, mi objetivo era desesperarlo—. O duermo con el jarl, o dormiré en tu casa.

—¿Dormir con el jarl? —al aire preguntó Áslákr.

—Bueno, no me refería a dormir con él en su cama... pero ahora que lo dices...

El guardia me interrumpió con desespero: —¡Largo de aquí! Encuentren otro lugar donde descansar. Además, el jarl no confía en los jomsvikings.

—¿Por qué no confía en ellos? —pregunté—. Sus dos hijos y su nieto son miembros de la hermandad.

Ambos guardias se miraron entre sí.

—Eso ya será asunto entre él y su familia —dijo—. Pero ustedes no pueden quedarse aquí; si no tienen un asunto que resolver, regresen al pueblo.

—¿Entonces no me dejarás pasar? —pregunté.

El guardia, ya desesperado, negó.

—¿Ni siquiera si te digo quién soy? —volví a preguntar.

Áslákr se aguantaba la risa.

El guardia casi estallaba del enojo cuando una hermosa mujer de cabello rojo vio lo que estaba sucediendo y corrió hacia mí.

—¿Vagn? No lo puedo creer, eres tú —me abrazó.

—Hilda —me sorprendí de ver a mi hermana—. Estás hecha una mujer. ¿Cómo me reconociste?

—Podría reconocer tu cara de taimado aunque pasen cien años —me apretó la nariz—. Vayamos adentro; madre se pondrá como loca cuando te vea.

—Joven Vagn, no lo reconocí —el guardia abrió los ojos.

—Tranquilo. Solo bromeaba contigo —reí y entré. Áslákr me siguió.

Una vez que entramos, Hilda no paraba de hablar; quería que le contara sobre todo lo que había vivido en la hermandad y sobre cómo era mi vida. Yo le aclaré que no me quedaría mucho tiempo, pero fue como si no le importara; seguía hablando y hablando, la verdad ya había olvidado cómo era, y hasta a veces lo extrañaba.

—Madre, madre. Mira quién está aquí —Hilda llamó sin parar.

—Pero qué es este escándalo, Hilda. ¿Quién está aquí...? —mi madre Thorgunna, que traía unas mantas en sus manos, las dejó caer cuando me vio; al parecer le había causado mucha impresión.

—Hola, madre —la saludé.

Ella corrió hacia mí y me abrazó. Después me tomó de las mejillas y me dijo:

—Eres un hombre. Pensé que ya no volvería a verte, pensé que nos habías olvidado.

—Eso nunca, madre —le respondí—. ¿Dónde está mi abuelo? Quiero saludarlo.

—No está ahora. Vendrá para la cena —respondió.

Yo miré al techo —Maldición. No podré verlo entonces.

—¿Por qué dices eso, Vagn? —me preguntó mi hermana—. Acabas de llegar. ¿A dónde vas?

—En realidad no debería estar aquí. Estoy en una misión de la hermandad; es un contrato mayor, así que es algo importante —le respondí.

—Hace muchos años que no te vemos y solo sabíamos de ti gracias a Búi y Sigurd, que no vienen a menudo tampoco. No creo que porque te quedes esta noche a cenar y partas en la mañana afecte en tu misión —mi madre trató de convencerme.

Dudando, voltee a ver a Áslákr. Él comentó:

—No creo que afecte llegar un día después.

—¿Nos retrasó una tormenta? —le pregunté como excusa.

—Nos retrasó una tormenta —me afirmó con complicidad.

Mi madre aplaudió alegremente —Comenzaré a preparar la cena —dijo emocionada y partió.

—Más bien lo harán las sirvientas —sonriendo comentó mi hermana, que después fue hacia mí, me tomó de la mano y me acarrió—. Y tú me contarás todo lo que has hecho estos años.

Después de un rato en el que le conté a mi hermana todas mis andanzas con los jomsvikings, desde mi combate con Sigvaldi para poder ser admitido, mi pelea con el oso frenético y en general cómo era mi vida allí, mi abuelo Vesete por fin había llegado. Esperaba un saludo más cálido de su parte, pero la verdad es que fue bastante frío; al parecer aún no me perdonaba que me fugara de casa y me uniera a los Jomsvikings.

La cena estaba lista y todos nos sentamos a comer, incluido Áslákr, que no era de muchas palabras. Fue mi madre la que rompió el silencio.

—¿Y hacia dónde se dirigen? —preguntó—, ¿de qué es su misión?

—Vamos a Odense, en Fionia —le respondí—. Al parecer hay una serie de asesinatos paganos y aún no dan con el culpable.

Mi abuelo volteó a verme interesado en el tema —¿Paganos? Eso es serio. ¿Acaso la autoridad de Odense no puede hacerse cargo? El paganismo debe ser erradicado de estas tierras.

—Al parecer no, abuelo. No nos hubieran enviado de ser así —le respondí.

—¿Y tú te has vuelto bueno para estas cosas? —volvió a preguntar—, recuerdo que lo tuyo era la espada, y mírate, tienes buena espalda y brazos anchos, pero esa misión en Odense va más allá de la habilidad con la espada, es habilidad mental.

—No es la primera vez que estoy involucrado en un contrato que va más enfocado a la investigación que a la batalla —le repliqué—. El verano pasado Bjorn el Galés y yo encontramos al responsable del robo de unas mercancías en un importante puerto comercial. No es la misma gravedad, pero tuvimos que investigar, hacer entrevistas y atar muchos cabos para dar con el culpable.

—Ya veo —mi abuelo no habló más del tema y me hizo una pregunta diferente—: ¿Por qué no habías venido a visitarnos?

—De verdad que he querido hacerlo —los miré a todos—, pero todos los contratos que tenía eran en Pomerania, no había posibilidad de venir aquí. De hecho, hacía mucho tiempo que no navegaba en barco; pero ahora tendré contratos mayores y más disponibilidad de moverme. Espero tener un rango más alto en la hermandad, lo que me permitirá salir sin pedir permisos, así que vendré más seguido, lo prometo.

—Dicen que la promesa de un jomsvikingo es inquebrantable. Así que creeré en ti, Vagn —dijo mi abuelo, que después me miró a los ojos—. Lo que hiciste hace tantos años, fugarte, dejarnos preocupados y sin saber de ti en mucho tiempo ya está hecho y no se puede cambiar. Elegiste tu camino de vida y solo te perdono por una cosa.

—¿Cuál es?

—Por haber vencido y humillado a Sigvaldi Strut-Haraldsson en combate —me respondió.

—Pensé que tu conflicto con los Strut ya había quedado en el pasado —le comenté.

Mi abuelo negó con la cabeza —Esa familia saqueó mis tierras. Algo así nunca se olvida; por lo que te lo agradezco, Vagn. Pero te advierto, cuídate de Sigvaldi y sus intrigas, pues es alguien en quien nunca podrás confiar.

—No tienes que decírmelo, abuelo. Lo sé.

La cena continuó con una plática más amena, en dónde mi madre y hermana contaron todo tipo de historias que habían sucedido los últimos años en Bornholm.

Al amanecer del día siguiente, me despedí tanto de mi abuelo como de mi madre, con la promesa de que regresaría pronto y los visitaría más seguido; extrañamente mi hermana Hilda no se encontraba por ninguna parte, lo que me hizo sospechar.

Sin más demora, Áslákr y yo regresamos al barco, pero antes de zarpar, fui hacia los barriles de madera y los abrí; lo que me encontré en uno de ellos era lo que había previsto. Mi hermana Hilda estaba escondida ahí.

—¿Creíste que podías usar mi propia artimaña? —le pregunté—. Fuiste muy evidente al desaparecerte toda la mañana y no acudir a mi despedida.

—Vagn. Tienes que dejarme ir contigo —apenas pudiendo salir del barril, me pidió.

Yo negué rotundamente —Por supuesto que no. No iré a pasear, voy por un contrato de trabajo y la situación allí es peligrosa.

—No sabes cómo es mi vida aquí —siguió insistiendo—. Por lo menos tengo que ver algo diferente.

—Tu vida aquí es segura —le repliqué—. A dónde voy han asesinado mujeres. No puedo arriesgarte al llevarte.

—Desde que te fuiste mi vida aquí es miserable y monótona. Cada día es el mismo, conozco cada casa, cada roca y cada árbol de esta isla; no he visto nada más —Hilda fue más convincente—. Ahora nuestro abuelo me está buscando un prometido, y antes de que mi vida sea aún peor, debes de dejarme ver algo diferente; ver un poco de mundo, navegar y estar en otra ciudad.

Yo me crucé de brazos y volteeé a ver a Áslákr; él alzó las manos y dijo:

—Esto es algo familiar. No me meteré.

Regresé la mirada a Hilda, moví los labios y después asentí sin estar tan seguro. Hilda me abrazó y me agradeció.

—Cuando regresemos vas a estar metida en un buen lío —le dije.

—Habrá valido la pena —me respondió.

Entonces alistamos todo en el navío y sin más demora zarpamos hacia el oeste.

Fionia, Dinamarca. Finales del siglo X.

Después de un asqueroso trayecto, en el que mi hermana Hilda se la había pasado vomitando por la borda del barco, por fin habíamos llegado al puerto de Odense. Una vez que bajamos a los

muelles, ella se puso a observar todo el lugar como una niña; y no la culpo, era la primera vez que estaba en un lugar diferente a su isla natal.

—¿Sabes a dónde hay que ir? —me preguntó Áslákr.

—Supongo que con el jarl —le respondí, sin saberlo realmente. Era mi primer contrato solo, así que esto era también algo nuevo para mí.

En ese momento se nos acercó un hombre con armadura y de espesa barba negra.

—¿Ustedes son los jomsvikings? —nos preguntó.

Afirmamos y le dijimos nuestro nombre.

—Los esperaba desde ayer —señaló.

—Una tormenta nos retrasó —me excusé, tal y como lo habíamos planeado.

El hombre vio hacia el cielo del horizonte —Que extraño, no hay ninguna nube. Está despejado y hermoso.

—Eso mismo dije yo cuando zarpamos —repliqué—. ¿Quién eres tú?

—Soy el staller Birger, la autoridad y el encargado de la seguridad de Odense —se presentó—. El jarl y su consejero partieron de urgencia a la corte del rey Sveinn. Por lo que yo seré su contacto y todo lo relacionado a la investigación lo verán conmigo. ¿Quién es ella? —distráido volteó a ver a mi hermana, lo cual era normal al ser una mujer atractiva.

—Es una ayudante del barco —respondí.

—Pensé que los jomsvikings no admitían mujeres —comentó.

—Y no lo hacemos —le reafirmé—. Pero tenemos ayudantes que viven fuera de la fortaleza.

—Ojalá aquí tuviéramos ayudantes tan hermosas —dijo viéndola a los ojos.

Mi hermana se sonrojó y sonrió.

—Regresando a la investigación —me interpose—. ¿Hay alguna novedad?

—Ninguna. Hasta ahora han aparecido tres mujeres muertas y dos que están desaparecidas.

—¿Cómo fueron estas muertes? —volví a preguntar.

El staller Birger fue descriptivo:

—Muy violentas. La primera apareció colgada de un árbol; cada una de sus extremidades era agarrada por una cuerda distinta que hacían estirar a la pobre mujer por los aires como si de un ave se tratase; fue degollada, pues la sangre escurría desde su garganta hasta el cuello; en todo el alrededor, tallados en la madera de los árboles, la roca y la tierra, había extraños símbolos y emblemas que recuerdan a la antigua fe. La segunda mujer apareció incinerada en un poste de madera que estaba encima de una hoguera; todo el alrededor también estaba lleno de símbolos y objetos paganos. La tercera mujer, que fue hallada hace pocos días, la encontramos enterrada; sus manos amarradas sobresalían por encima de la tierra y presentaba cortadas en las muñecas; al parecer se desangró; a su alrededor había lo mismo, objetos paganos. Las tres muertes fueron horrendas, y temo que las dos mujeres desaparecidas tengan el mismo destino; por lo que debemos actuar rápido.

—¿Se sabe si estas mujeres estaban dentro de algún culto a la antigua fe? —pregunté.

El staller negó —Por lo que me contaron sus familiares, no.

—Tendré que hablar con ellos, y con los familiares de las dos desaparecidas también —le indiqué—. También necesito detalles sobre algunos de los remanentes creyentes a la antigua fe. Sé que se han esforzado por cristianizar estas tierras, y estoy seguro que tienen a los renuentes bien identificados.

—Un par de ellos, pero realmente no creo que estén involucrados en estos asesinatos. Aun así, te los presentaré —me dijo—. Y sobre los familiares de las dos desaparecidas, el padre de una de ellas es el entrenador de caballos; te puedo llevar con él. Pero el otro es un invitado especial del

jarl que viene de incógnito, va a ser un poco más difícil.

—Ahora entiendo porque la urgencia —entrecerré los ojos—. La hija de alguien importante es una de las desaparecidas.

El staller Birger asintió —Tenemos que movernos rápido.

—Así será —le afirmé—. Dime dónde nos alojaremos, para dejar nuestras pertenencias y comenzar de inmediato la investigación.

—En la taberna que está frente a la plaza. Su habitación ya está pagada —aclaró—. Yo tengo que arreglar unas cosas; así que vayan, acomódense y nos vemos aquí en un rato.

Le asentí y partí junto a Áslákr y Hilda.

—Ojalá tuviéramos ayudantes hermosas —arremedando me burlé de mi hermana—. Con razón abuelo te busca marido.

—Yo no hice nada —me replicó.

Simplemente sonreí.

Caminamos por Odense hasta llegar a la plaza, allí nos metimos en la única taberna que había; no era de mala muerte, pero tampoco era una finura; la estancia ya estaba pagada, así que me daba igual. La habitación era subterránea; bajamos a la estancia inferior, la cual era iluminada por velas. Allí se encontraban varias habitaciones cerradas, pero nosotros solo entramos a la nuestra; era un solo cuarto el que estaba pagado con una única cama; imagino que pensaron que los jomsvikings dormían juntos o algo así. Pero no me importaba, no es que fuéramos a estar mucho tiempo ahí.

—¿Qué harán ahora? —preguntó mi hermana Hilda.

—Trabajar —le respondí.

—Supongo que no puedo ir contigo —anticipó.

Yo alcé las manos —¿Acaso escuchaste lo de esas pobres mujeres muertas y las dos que están desaparecidas? Es inseguro que andes allá afuera. Te quedarás aquí.

—¿Por lo menos puedo ir por comida? —preguntó.

—La pediré por ti —le señalé—. Tú no puedes salir de esta habitación. ¿Entendiste? Allá arriba está lleno de borrachos. Y digamos que tú no eres... fea.

—Gracias por el halago.

—No me hagas caras. Dijiste que vendrías con la promesa de acatar mis reglas —le recordé—. Pero para que estés más tranquila, cuando el contrato esté resuelto, te llevaré a ver la propiedad del abuelo Palnatoke. Me dijo que hacía mucho que no venía a verla y quería que yo la visitara y mirara su estado.

Mi hermana aplaudió de felicidad —Por fin dices algo que me alegra.

Tras esto la dejé ahí, pedí al tabernero que le llevarán comida y partí junto a Áslákr para vernos nuevamente con el staller Birger.

Una vez que estábamos con el staller, le pedí que nos llevara con los familiares de las víctimas fallecidas. En el caso de la primera, su familiar era su madre, una mujer que trabajaba en la cocina del jarl; su padre había muerto durante una incursión a Inglaterra unos años atrás. No nos contó mucha información valiosa; simplemente que su hija era buena, que le había enseñado a cocinar y que no se mereció ese horrible destino.

Con la segunda la suerte seguía sin acompañarnos. En este caso sus familiares eran ambos padres y dos hermanos; uno mayor que servía en el leidang, la leva del condado; y otro hermano

menor que apenas era un niño. Sus padres no nos contaron nada de provecho, de hecho, apenas y conocían a su hija, pues no sabían ni a que se dedicaba ni con quién se juntaba. Cuando apareció muerta se sorprendieron, pero dudo mucho que lloraran.

En el caso de la tercera fue algo diferente. Llegamos a casa de su único familiar, su tía; una mujer ya mayor que era conocida por sus remedios herbolarios, muy hábil para curar borracheras. Nos hizo pasar a su pequeña choza y nos preguntó que si queríamos una bebida caliente hecha con hiervas. Áslákr y Birger negaron, pero yo le dije que sí y la probé; el sabor era un poco amargo, aunque estaba endulzado con miel, pero no sabía desagradable. Tras dar un sorbo, le hice la primera pregunta.

—Antes que nada, lamento su pérdida. Espero no molestarla con estas preguntas y revivir su recuerdo, pero lo que nos responda puede ser valioso para encontrar al culpable —le hablé con tacto—. ¿Su sobrina tenía alguna relación con las otras dos víctimas?

—No que yo sepa —respondió.

—¿Alguna relación con la antigua fe? Le hablaba del tema... o usted aún es creyente —dije mientras observaba las hiervas de su choza—. ¿Algún conocido que lo sea?

—No porque se herbolaria significa que sea pagana —fue contundente—. No sé si ella tenía relación con la antigua religión, no hablábamos del tema. Lo único que les puedo decir es que, antes de que desapareciera y la hallaran muerta de esa cruel manera, se veía con alguien.

—¿Sabe con quién se veía? —pregunté.

—No, pero sí sé que era un hombre y ella le tenía interés. Se iba de aquí contenta para verlo y regresaba de la misma forma.

—¿No le dijo qué lugares frecuentaban? —continué preguntando.

—Me pareció escuchar una vez que se veían en la taberna de la plaza, aunque no estoy muy segura.

—La taberna es un lugar frecuentado por decenas de personas al día —interfirió el staller Birger—. No llegaremos a nada.

—Muchas gracias por su tiempo —me levanté y me despedí.

—Espero que encuentren al mal nacido y lo hagan pagar —me dijo.

Le asentí y salimos.

El staller Birger creyó que no había obtenido información valiosa, pero lo cierto es que sí lo hice. Ya sabía que el sospechoso era hombre y que al parecer era elocuente con las mujeres; era probable que las enamorara, hacía que confiaran en él y así las raptaba. También supe que frecuentaba la taberna de la plaza, y, aunque allí entraban y salían decenas de personas, era un lugar indicado para investigar; afortunadamente nos hospedábamos ahí, así que teníamos tiempo para observar de cerca.

Ya era bien entrada la noche, por lo que decidimos que continuaríamos la investigación en la mañana. Nos despedimos del staller y regresé junto a Áslákr a la taberna.

El lugar tenía más movimiento de noche; había borrachos por todas partes, música y gritos. Lo bueno era que la habitación estaba en el piso subterráneo, de lo contrario iba a ser imposible conciliar el sueño. Bajé a ver a mi hermana, pero ya estaba durmiendo y no quise despertarla. Yo no tenía sueño, así que aproveché para darme una vuelta en la taberna y hacer algunas preguntas; Áslákr hizo lo mismo y así ahorraríamos tiempo.

Con el escándalo era muy difícil hablar y los borrachos estaban a lo suyo, por lo que fui a lo básico, ir con el tabernero.

—¿Noche movida? —le pregunté.

El tabernero, que estaba limpiando un tarro de madera, me afirmó con la cabeza.

Le pedí un tarro de cerveza; me lo dio, di un sorbo y dije:

—Es una pena lo que está pasando con las mujeres raptadas y asesinadas, ¿no lo crees?

—Sí, terrible —me respondió. Al parecer no era de muchas palabras.

—Escuché que una de ellas frecuentaba este lugar —fui más directo—. Creo que se veía con un hombre.

—Por aquí pasan muchas personas —dijo cortantemente.

—Tal vez esto te ayude a recordar —puse una moneda sobre la barra.

El tabernero la tomó y contó: —No sé si se trate de una de ellas, pero una chica, de buen parecer, venía todos los días a la misma hora, al atardecer. Se veía siempre con un sujeto en esa mesa de allá —apuntó.

—¿Cómo era él? —pregunté.

—No recuerdo bien —titubeó.

Puse otra moneda sobre la barra y hablé:

—Siempre venía encapuchado, pero una vez logré distinguir una cicatriz en su mejilla. Tenía una forma extraña, como ovalada.

—¿Algo más que hayas visto?

—Aunque sacaras más monedas no podría decirte nada más. Es todo lo que vi —respondió.

Le di el último sorbo al tarro de cerveza —Que esto quede entre nosotros —le arrojé otra moneda y partí.

Cuando iba caminando hacia el piso subterráneo, Áslákr se acercó a mí.

—¿Averiguaste algo? —le pregunté.

—No. Los que estaban sobrios no recuerdan haber visto algo —respondió.

Áslákr era bueno con el hacha, pero no era buen hablador ni elocuente, así que no tenías muchas esperanzas en que fuera a hallar algo por la vía verbal.

—No importa. El tabernero me dijo que los vio aquí; el sujeto tiene una extraña cicatriz en la mejilla. Pero eso es todo, no sé más —le detallé—. Hay que descansar. Mañana continuaremos la investigación.

Fuimos a la habitación a dormir, aunque no tan cómodamente, pues mi hermana durmió en la cama, mientras que nosotros tuvimos que dormir en el piso con unas mantas y pieles.

Al día siguiente, Áslákr y yo continuamos con la investigación. El staller Birger nos llevó con el padre de una de las desaparecidas; era entrenador de caballos en las cuadras. El hombre era un alma en vida, su cara estaba demacrada y parecía que no había dormido en días; estaba allí parado cepillando a uno de los caballos cuando hablamos con él. No nos contó mucho, apenas y hablaba, pero lo poco que dijo fue que su hija salía mucho durante el día, cosa que no hacía antes; ella le decía que se veía con sus amigas, pero él lo dudaba, pues empezó a sospechar que en realidad se veía con un hombre. Pocos días después desapareció, y ahora, dado el resultado de las últimas desapariciones, teme lo peor. No quise prometerle que encontraríamos a su hija, no podía darle esa esperanza, pero sí le prometí que no descansaría hasta dar con el culpable.

Se nos acababan las opciones, ya nos quedaban pocas personas para entrevistar. Tal y como nos había dicho el staller Birger, el padre de la otra mujer desaparecida era un invitado de honor incógnito del jarl, y por extraño que pareciera, no podíamos ir a hablar con él. Así que solo nos quedaban los líderes remanentes al culto de la antigua fe, los cuales vivían a las afueras de Odense. El staller no podía acompañarnos tan lejos, pues por sus obligaciones debía quedarse

dentro de la ciudad; así que nos hizo el favor de prestarnos un caballo y nos indicó el camino. Áslákr y yo montamos y partimos hacia el lugar.

El lugar no estaba tan lejos, era como una comunidad en las afueras; había casas de madera y chozas mal hechas, también se podían ver algunas estatuillas de los antiguos dioses, similares a las que teníamos en Jomsborg. Cuando cruzábamos por el lugar, los locales nos veían con rechazo y mala cara; nosotros seguimos hacia la casa principal, la más grande, que era tal cual como nos la describió el staller Birger: con un tejado medio derrumbado y columnas talladas con nudos entrelazados. Allí vivían los dos líderes de los remanentes a la antigua fe; según el staller era una pareja, pero solo nos recibió el esposo.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué asuntos traen? —nos preguntó el hombre, que tenía todo el aspecto de ser un goði, un antiguo sacerdote de la vieja fe.

—Venimos a hacerles algunas preguntas con respecto a los últimos asesinatos —le respondí una vez que bajé del caballo.

—No porque seamos creyentes de la antigua fe significa que tengamos que ver con esas mujeres asesinadas —replicó el goði—. Se lo dije al staller y se lo digo a usted también. No hablaré más del tema, y menos con un cristiano.

—Nosotros no somos cristianos —le aclaré.

El goði se sorprendió —¿Qué? ¿Quiénes son ustedes?

—Somos jomsvikings, y al igual que usted y su comunidad, aún somos creyentes de la antigua fe. En nuestro templo tenemos una estatuilla de Odín igual a esa, solo que más grande —le señalé—. ¿Podemos entrar y hablar más tranquilamente?

El goði abrió la puerta y nos indicó que pasáramos, después nos preguntó:

—¿Qué hacen dos jomsvikings preguntando sobre estas mujeres asesinadas?

Nos sentamos y le respondí:

—El jarl de Odense nos contrató. Al parecer su personal no ha estado a la altura de la situación.

—No me extraña. Son unos ineptos —me dijo—. Pero vayamos al grano. No tengo mucho conocimiento de lo que sucede, ¿qué información necesitan?

—No sé si esté enterado de que los asesinatos parecen ser rituales que recuerdan a la antigua fe; bastante brutales y con símbolos por todas partes —le conté—. Mi primera sospecha es que se trata de algún tipo de protesta. ¿Conoce a alguien de su comunidad que pudiera estar relacionado con eso?

—No conozco a nadie así —negó—. Y te seré sincero, si lo conociera, no te lo diría. En esta comunidad nos protegemos todos; haríamos justicia aquí mismo y no lo entregaría a esos cristianos traidores.

Áslákr y yo nos volteamos a ver. Después hablé:

—Comprendo su unión, pero independientemente de la religión, estamos hablando de la vida de varias personas. Dos de ellas están desaparecidas; en la mañana conocí al padre de una, estaba desolado. No lo deseo ese pesar a nadie.

—Ni yo tampoco se lo deseo, pero como te dije, nuestra comunidad no tiene nada que ver con estos terribles sucesos —volvió a recalcar.

—Tiene que darnos algo —volví a insistir—. Alguien con quien hablar... algo que haya escuchado. Se nos acaban las pistas —golpeé la mesa—. La vida de esas mujeres corre peligro.

—Lo siento, muchacho. No puedo ayudarte —se levantó—. Tienen que irse.

En ese momento, se escuchó una voz proveniente del sótano: —Has que baje.

—¿Quién dijo eso? —pregunté.

—Mi esposa —respondió—. Es una völva; querías algo, ella te dará algo.

—¿Por qué haría eso?

—Los dioses le hablan... ellos querrán que te hable a ti —me apuntó con su mano el camino.

Le dije a Áslákr que se quedara allí; yo bajé solo. Era un camino profundo con escaleras de madera, había poca iluminación; al llegar al final, un velo colgaba del marco de una puerta. Al entrar, sentada por detrás de una mesa de piedra, había una mujer completamente vestida de negro; su piel era blanca casi pálida y sobre su cabeza sobresalía un llamativo plumaje. Al alrededor había todo tipo de hierbas y recipientes con polvos.

—Siéntate, joven Vagn —me dijo.

—¿Cómo sabes mi nombre? —le pregunté.

—Tienes preguntas más importantes que hacer. No las malgastes.

—El asesino es practicante de la antigua fe. ¿Hace esto para encontentar a los dioses? —pregunté.

—Los dioses no lo favorecen. Los dioses están molestos —respondió.

—¿Cómo lo encuentro?

—Abre tus sentidos, Vagn —la volva aventó unas hojas al centro de la mesa y comenzó a prenderlas—. Los asesinatos, mira los asesinatos.

Respiré profundamente, absorbiendo todo el humo de las hojas.

—Una fue ahorcada, otra quemada y la otra enterrada —dijo.

—Ahorcada no —corrigió la volva.

—Suspendida en el... aire —abrí los ojos—. Una fue asesinada en el aire, la otra en el fuego y la última en la tierra.

—¿Qué sigue, Vagn? —preguntó.

—Agua —abrí más los ojos, todo me daba vueltas a mi alrededor—. El siguiente asesinato será en agua. ¿Los asesinatos se realizaron en lugares sagrados?

—En el antiguo roble, en la hoguera de Hodr y en tierra de los álfar.

—¿Hay un lago o estanque sagrado cerca de aquí?

—La Fuente de Mimir. Hacia el este, cruzando el campo de amapolas —me señaló—. Date prisa.

Salí corriendo inmediatamente de allí y volví a la estancia superior.

—Regresa con el staller Birger. Tendrás que ir a pie —le dije a Áslákr con prisa; y sin dejar que él hablara, agarré el caballo y me dirigí hacia aquella dirección.

Cabalgué lo más rápido que pude hacia el estanque que llamaban la Fuente de Mimir; crucé el campo de amapolas y continué hacia el este hasta que llegué a un claro rodeado por pinos. Allí estaba el estanque, y desde la distancia pude observar la silueta de una persona; frente a esta, hundida en el estanque, se veía otra silueta a la cual estaban sumergiéndola a la fuerza.

Le di rienda al caballo, pero éste no pudo correr más y me tiró por el cansancio; tampoco yo era muy buen jinete, pues no solía montar a menudo. Cuando caí rodando por el suelo, el sujeto me volteó a ver, dejó a la persona que ahogaba en el estanque y se dio a la fuga; yo pude haberlo seguido y alcanzado, pero preferí ir a salvar a la mujer sumergida.

Me lancé dentro del estanque y la saqué; no respiraba. La volteé, le golpeé el pecho, pero seguía sin respirar. Maldecí al cielo por llegar tarde; había muerto. Ya no podía hacer nada, y lamentarme no iba a solucionar la situación. Simplemente subí al caballo el empapado cuerpo sin vida de la mujer y me dirigí de regreso a Odense.

Ya estaba anocheciendo cuando entré y caminé por las calles de la ciudad; todos me veían con pasmo, pues traía el cadáver de una mujer en los lomos del caballo. Antes de llegar a la plaza, el staller Birger y Áslákr se me acercaron a toda prisa.

—Ya íbamos a ir a buscarte —me dijo el staller—. Por Dios, ¿esa es?

—No pude salvarla —agaché la mirada—. ¿Cuál de las dos desaparecidas es?

—La hija del instructor de caballos —se lamentó el staller—. Lo va a destrozar al ver a su hija muerta.

—En la mañana hablamos con él. Le prometí que hallaría al culpable y lo que traigo es el cadáver de su hija —resoplé.

—Pero, ¿qué sucedió? ¿Cómo la hallaste? —preguntó el staller—, Áslákr me contó lo sucedido en la comunidad pagana. Saliste corriendo sin decir nada.

—No tenía tiempo para explicar y aun así llegué tarde —conté—. Aire, fuego y tierra; representando a los elementos se llevaron a cabo los asesinatos, cada uno realizado en un lugar sagrado de la antigua fe. Solo faltaba un elemento, el agua; así que fui a todo galope al lugar que llaman Fuente de Mimir. El asesino ya estaba allí ahogando a la víctima, pero en vez de ir tras él, preferí arrojarme al estanque para salvar a la mujer... fallé.

—No te martirices. No sabías que ya estaba muerta —Áslákr puso su mano sobre mi hombro—. Hiciste lo correcto.

—Tiene razón. Has estado más cerca del asesino que nosotros desde que inició la investigación —animó el staller—. Ahora dime, con estas pistas de los elementos, ¿puedes anticipar su próximo asesinato? Todavía hay otra mujer desaparecida.

—No lo creo. Se acabaron los elementos —le respondí—. El próximo asesinato que vaya a hacer representará alguna otra cosa.

—Madera y metal —comentó Áslákr.

—¿Qué dijiste? —le pregunté.

—No se acabaron los elementos. Aún quedan la madera y el metal —respondió.

—Esos no son elementos. ¿Dónde escuchaste eso? —volví a preguntar.

—En el templo de Jomsborg —contestó.

Yo me quedé pensando. El staller Birger habló:

—En ese caso aún quedan dos asesinatos más, pero hay una mujer desaparecida; eso significa que tendrá que raptar a otra —analizó—. Hay que tener los ojos bien abiertos. Por ahora yo le llevaré el cuerpo de su hija al instructor y le daré mis condolencias; y tú deberías descansar. Mañana averiguaremos qué sacrificio pagano se puede hacer con madera y metal, así lo anticiparemos.

Le afirmé. El staller partió y Áslákr y yo regresamos a la taberna.

En la habitación de la taberna comimos y estuve hablando con mi hermana de los hechos recientes; a pesar de que le conté todo lo ocurrido, ella estaba inusualmente callada, lo cual se me hizo extraño, pues normalmente era ella la que se la pasaba hablando todo el tiempo.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué tan callada? —le pregunté.

—¿Callada yo? Para nada —me respondió nerviosamente.

La miré a los ojos —Algo te preocupa, ¿qué es?

—Está bien. Te diré, pero no te vayas a enojar —dijo—. En la mañana, justo después de que te fuiste, subí a que me diera un poco el aire; estar encerrada aquí abajo ya me provocaba mareos. Aproveché también para comer algo, y en ese momento, un hombre se me acercó a hablarme. Era bastante elocuente y hasta me hizo sonrojar con sus palabras.

Al oír eso, inmediatamente le pregunté: —¿Tenía una cicatriz en el rostro?

Hilda me afirmó.

—¿Qué más te dijo? Cuéntamelo todo —le insistí.

—Solo me preguntó lo que hacía allí, pues nunca me había visto antes. Yo le dije que trabajaba en un barco mercante y que pronto me iría. Entonces él fue más directo, me dijo que nunca había visto una mujer tan hermosa como yo y que antes de que me fuera quería llevarme a ver un campo de amapolas. La verdad es que era bastante romántico al hablar, y no lo negaré, también era atractivo.

—Es él, tiene que ser él —deduje—. Le hace falta una víctima más y la está buscando. Mañana mismo te llevaré a las cuerdas para que tengas la protección del staller y sus hombres mientras continuamos la investigación —con seriedad le dije a Hilda—. Ya no puedes quedarte aquí, es muy peligroso.

—Quedé de ir con él mañana a ver las amapolas —me confesó.

Yo casi exploto del enojo —¿Qué hiciste qué?!

—No creas que soy tonta, Vagn. Quiero ayudarte en la investigación —replicó—. Así podrás atraparlo.

—Ni pensarlo, es demasiado peligroso...

—Vagn —Áslákr me interrumpió—. Ya no tenemos pistas. El asesino tiene una mujer raptada y necesita otra para completar sus rituales.

—Y esa otra es mi hermana, ¿no? —lo miré—. La quieres usar de carnada.

—¿Tienes un mejor plan? —me preguntó—. Él piensa que Hilda es una donnadie, una trabajadora de un barco que se irá pronto. Por eso quiere hacer esto rápido, para aprovechar esa oportunidad.

Lo pensé por un momento; era demasiado peligroso, sí, pero estábamos sin pistas y teníamos el tiempo en contra. Tomé una pequeña daga de mi cinto y se la di a Hilda.

—Escóndela por debajo de tu vestido. No tendrás que usarla, te lo prometo; yo estaré vigilándote a la distancia —le dije—. Pero más vale prevenir.

Hilda asintió. Yo continué:

—No podemos atraparlo en el campo de amapolas. Tienes que dejar que te lleve a su guarida; así podremos rescatar a la otra víctima también. Te seguiremos en todo momento.

—¿Le diremos al staller Birger? —preguntó Áslákr.

—De por sí el plan ya es una locura, no quiero que el staller lo complique aún más —le respondí—. Haremos esto por nuestra cuenta.

Miré tanto a Hilda como a Áslákr a los ojos. Todos estábamos de acuerdo.

Al día siguiente todos sabíamos qué hacer; Hilda partió al campo de amapolas y nosotros la seguimos a una distancia prudente. Una vez allí, nos escondimos por detrás de unos arbustos; Hilda se acostó sobre las rojas flores que la rodeaban por completo haciendo que su rojizo cabello se perdiera entre el inmenso campo de amapolas. Allí esperó hasta el mediodía, y fue hasta ese momento cuando vi a un hombre llegar a caballo; se desmontó y le besó la mano a Hilda. Acostados sobre las flores estuvieron un buen rato, inclusive, el hombre intentó besarla, pero Hilda apartó la cara; allí yo quise saltar sobre él, pero Áslákr me contuvo. Teníamos que seguir el plan.

Después de un tiempo se levantaron, subió a Hilda al caballo y él montó también. Nosotros íbamos a pie, así que tuvimos que seguirle el paso al caballo; por fortuna no iba tan rápido, pero aun así nosotros casi que teníamos que trotar para no perderlo de vista. Tras pasar el campo de

amapolas nos introdujimos en el bosque, pasamos por un terreno rocoso e incómodo que se convirtió en pantanoso; allí, en una zona rodeada por tierra firme, había una cabaña de manera que era rodeada por un cerco de madera. En todo el alrededor había símbolos y amuletos de protección.

El hombre y Hilda entraron en la cabaña; yo ya no quise esperar más y salté el cerco de madera junto con Áslákr, y, de una patada, abrí la puerta de la cabaña. Lo que se hallaba adentro era espantoso; había cráneos y huesos humanos arrumbados por todo el lugar con una peste repugnante. Al parecer el asesino quiso someter a mi hermana cuando entraron, pues ella estaba pegada en la pared apuntándole con la daga que le di. Él estaba de espaldas cuando entré azotando la puerta, pero inmediatamente se volteó.

—Eres tú, el sujeto que vi en la Fuente de Mimir —me dijo.

—Tus asesinatos terminaron —le dijo mi hermana Hilda por detrás.

—No, apenas comienzan —cuando dijo eso, le soltó un codazo al rostro de mi hermana, lo que provocó que ella cayera de espaldas. Después desenvainó su espada y nos atacó.

Áslákr se lanzó sobre él alzando su hacha, pero el asesino lo desarmó con bastante técnica y lo hizo caer al suelo de un golpe. No sé dónde había aprendido a combatir así, pero el bastardo sabía pelear bien. Yo le apunté con mi espada y él me apuntó con la suya; ambas puntas chocaron haciendo un tintineo. Tras esto, el acero de nuestras espadas chocó por el filo; el espacio dentro de la cabaña era reducido y eso hacía que hubiera poca movilidad, así que combatíamos frente con frente. Me defendía de sus ataques y estocadas al mismo tiempo que él contrarrestaba los míos; su técnica era superior a la mía y el combate se empezaba a decantar de su lado. En uno de sus contrataques, me soltó una patada frontal que hizo que me estampara contra una mesa de madera, cayendo de costado y soltando mi espada; él caminó hacia mí y me pisó la mano cuando intenté agarrar la empuñadura.

—¿Crees que puedes vencermé? Serví como mercenario en los varegos del Gran Príncipe de Kiev Vladimiro, para arrebatarle el trono a su hermano Yaropolk. Yo mismo estuve en la emboscada que le dio muerte —me dijo apuntándome con su espada—. Los dioses están conmigo, y no dejarán que caiga hoy.

—¿Por eso asesinas a las mujeres en esos rituales? —le pregunté—, ¿para encontentar a los dioses?

—La respuesta es mucho más compleja que eso, pero lamentablemente tú no estarás aquí para escucharla.

Cuando alzó su espada para darme muerte, la punta de una daga lo atravesó por el cuello, llenándole la boca de sangre y haciendo que cayera de rodillas. Mi hermana Hilda lo había apuñalado por detrás.

—Al parecer los dioses no estaban contigo, pues el que no estará aquí serás tú —con los ojos humedecidos, mi hermana le dijo con rabia.

Rápidamente Hilda soltó la ensangrentada daga y se puso a llorar por lo que acababa de hacer; la entendía, nunca antes había vivido una situación así, había matado a una persona y eso la hizo reaccionar de esa forma. Yo me levanté y la abracé para tranquilizarla.

—Ya todo pasó —le dije.

Al soltarla, fui a ver a Áslákr; al parecer le habían dado un buen golpe, pues estaba completamente inconsciente. Le di unas palmaditas en el rostro para que reaccionara.

—¿Qué? ¿Qué sucedió? —me preguntó atontado.

—El asesino está muerto —le respondí—. Era un experimentado guerrero que sirvió con los varegos en Kiev. Por eso peleaba tan bien.

—¡Vagn! —me gritó mi hermana desde el otro extremo de la cabaña—, ven a ver esto.

Se trataba de una pequeña jaula de acero, adentro había una mujer durmiendo. Abrí el candado con unas llaves que estaban en el cinto del cadáver del asesino y saqué a la mujer de allí. La inspeccioné de arriba abajo; no parecía tener alguna herida, pero seguía sin despertar.

—¿Está muerta? —me preguntó Hilda.

—No. Creo que la sedaron con alguna hierva o algo —le respondí.

—¿Será la hija del sujeto ese importante? —preguntó Áslákr, ya recuperado.

—Tiene que ser ella. No había otra desaparecida —especulé—. Tenemos que sacarla de aquí...

En ese momento, la mujer comenzó a moverse lentamente y a pestañear; de un momento a otro abrió los ojos de golpe y brincó asustada al vernos.

—¡¿Quiénes son?! —gritó alterada—, ¡aléjense de mí!

—Tranquila. Venimos a rescatarte —traté de calmarla.

—¿Dónde está él?, ¿dónde está él? —la mujer seguía conmovida.

Mi hermana Hilda se acercó lentamente a ella y la tranquilizó.

—Está muerto, ¿lo ves? Yo también fui raptada por él, pero estos dos hombres son jomsvikings que vinieron a rescatarnos. Ya estamos a salvo.

—¿Muerto dices? —la mujer comenzó a respirar con más calma—, ¿a salvo?

—Así es —le afirmó Hilda—. ¿Cuál es tu nombre? Yo soy Hilda.

—Soy... Léa.

—Ven, Léa. Te llevaremos con tu padre.

Hilda la tomó de la mano y se la llevó afuera, pero antes de salir, Léa vio el cadáver del asesino y lo pateó con rabia; tras esto, Hilda la abrazó y salieron. Áslákr y yo también salimos; no podíamos llevarnos el cuerpo del asesino ya que Hilda y Léa montaron en el caballo, mientras que nosotros las acompañamos a pie, así que el cadáver se quedó en la casa. Ya el staller se haría cargo de él.

Una vez que entramos en Odense con rumbo hacia las cuadras, un par de soldados acompañados por el staller Birger se nos acercó de inmediato.

—Vagn. Llevo buscándolos todo el día. ¿Dónde han estado?, ¿qué ha sucedido? —el staller preguntó insistentemente—. ¿Léa? —la miró con sorpresa—, estás a salvo. No puedo creerlo, ¿qué ha pasado?

—Se nos presentó una pista en la mañana. No tuvimos tiempo de avisar o la hubiéramos perdido. Ya le contaré los detalles con más calma —le respondí—. En resumen, el caso se ha resuelto, staller. El contrato se ha cumplido con éxito.

—¿Y el asesino?

—Muerto, pudriéndose en su guardia. Puede ir por su cadáver; está en una cabaña pasando el campo de amapolas, por una zona pantanosa —le indiqué.

—Conozco la zona —me afirmó—. Así que pagó con la muerte; era el mismo castigo que le iba a aguardar aquí. Por lo que estoy satisfecho con el resultado.

—Hay que llevar a Léa con su padre. Estoy seguro que estallará de alegría al verla —le dije.

—Yo la llevaré, Vagn. Recuerda que él es un invitado de incognito —me reiteró.

—¿No va a dejar que mi padre conozca a mis salvadores? —interrumpió Léa.

—Lo siento, señorita Léa —negó el staller—, pero son órdenes directas del jarl. Su padre no puede ver a nadie.

—Ellos son mis salvadores, y no me siento segura hasta que me entreguen personalmente con

mi padre. Debe de haber una excepción —replicó Léa.

—Insisto, señorita...

—Y yo insisto, staller —interrumpió Léa—, que no me moveré de aquí si mis rescatistas no me llevan a salvo con mi padre.

El staller respiró profundamente y afirmó con disgusto. Tanto Áslákr como yo nos volteamos a ver con extrañez, pues no pensábamos que Léa tuviera tanta personalidad.

El staller Birger nos guio a unas habitaciones que estaban por detrás de la residencia del jarl; al parecer era donde se alojaban sus invitados de honor. Yo estaba ansioso de conocer al padre de Léa; todo el misterio que rodeaba su anonimato había despertado mi curiosidad. Era extraño que la habitación donde nos detuvimos estaba exactamente a un lado de una fragua, rodeada de varios utensilios de herrería y demás herramientas.

El staller tocó la puerta, y quién la abrió fue un hombre de largas patillas y espeso bigote, sus antebrazos eran grandes y sus manos ásperas. En cuanto salió y vio a Léa sus ojos se humedecieron.

—Léa, mi hija —la abrazó fuertemente—. Jamás perdí la esperanza. Llevaba muchas noches sin dormir, pero ahora estás a salvo y no puedo estar más agradecido con Dios —miró al staller—. Muchas gracias por encontrarla.

—Él no me encontró, padre —rectificó Léa—. Fue Vagn y sus compañeros.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Acaso no son soldados de Odense? —preguntó el hombre.

—No, señor. Somos jomsvikings. Yo soy Vagn, él es mi compañero Aláskr y ella es Hilda, la... ayudante del barco —presenté.

—¿Jomsvikings? He escuchado de su reputación; bien merecida por lo que veo —dijo el hombre—. Tienen todo mi agradecimiento. Lo que hicieron, salvar a mi hija, mi tesoro más valioso, no se recompensa con palabras. Díganme, ¿cómo puedo pagarles?

—Nuestros servicios ya fueron pagados por el jarl, señor —le expliqué—. No debe preocuparse. Ver a Léa a salvo con su padre es nuestra recompensa.

—No puedo dejar que se vayan de aquí sin que les dé algo. ¿Qué desean? ¿Un hacha, una daga? —insistió el hombre.

Yo entrecerré los ojos sin comprender nada —¿Un hacha? No entiendo a qué se refiere, señor.

—¿A caso no sabes quién soy yo? —preguntó.

Miré al staller Birger con duda y después le respondí: —Solo sé que es un invitado de honor que viene de incógnito. Ha sido un misterio su identidad.

—Soy el mejor maestro armero de Europa. Mi familia lo ha sido desde generaciones —reveló el hombre, que miró las armas que portábamos en nuestros cintos—. Un hacha y una daga —dijo mirando a Áslákr y a Hilda.

El hombre se volteó y trajo desde su mesa de trabajo una brillante y filosa daga con un mango finamente decorado, que le entregó a Hilda. También trajo un hacha barbada con elegantes acabados, la cual entregó a Áslákr.

Ambos agradecieron y se quedaron perplejos al recibir sus obsequios.

—Y para usted, joven Vagn. Tengo justamente lo indicado —me dijo y se volteó a su mesa—. Esta la hice para un caudillo que pagó una gran fortuna; desafortunadamente murió durante un saqueo y nunca pude entregarla. Ha estado abandonada desde entonces; estoy seguro que contigo estará en buenas manos.

Me entregó una espada que venía dentro de su vaina de cuero; yo la tomé y la desenvainé. Era la mejor espada que había visto en mi vida; su metal brillaba y su doble hoja tenía un filo mortal.

La empuñadura plateada era cuadrada y tenía exquisitos grabados; el nivel de detalle era impresionante. En la hoja había una inscripción tallada legible: “+VLFBERTH+”.

—¿Ulfberth? —pregunté—, ¿ese es su nombre?

—Es más complicado que eso. Yo no soy Ulfberth, pues Ulfberth no es solo una persona, es una familia. Ulfberth somos todos, y todos somos Ulfberth —me respondió.

Yo alcé la mirada pensando en lo que me respondió, era como un trabalenguas; pero no le di más vueltas y le hice una última pregunta:

—¿Por qué vino como invitado de incógnito? Es lo que aun no comprendo.

—Mi trabajo es legal dentro del reino franco, pero no puedo exportar mis obras, y menos tan al norte. Vender espadas Ulfberth fuera de las fronteras francas es ilegal, y es por eso que hay muchos imitadores. Pero el acero y la forja Ulfberth es única e inigualable —me explicó—. El jarl de Odense solicitó mi trabajo en persona. Por eso vine de incógnito, pues nadie puede saber que estoy aquí.

—Lo entiendo. Muchas gracias por sus obsequios —le estreché la mano.

—Gracias a ustedes por salvar a mi hija. No hay fortuna en este mundo que equipare el valor de su vida —me correspondió.

Nos despedimos tanto de él como de su hija Léa y nos retiramos.

Cuando caminábamos de regreso, el staller Birger me habló:

—Las espadas Ulfberth son las mejores de Europa; una genuina vale nuestro peso en oro. Solo los jarls y reyes podrían costearse una, y, aun así, temen a que les vendan una falsa. Eres afortunado de que el propio maestro herrero te haya entregado una espada auténtica en persona. Cuídala, Vagn.

—Lo haré, con mi vida —le dije, y después le pregunté—: ¿Conoces las tierras que son propiedad de Palnatoke?

—Sí, por supuesto. Es una vasta región que está al sur de aquí; a caballo llegas en poco tiempo. ¿Por qué lo preguntas?

—Palnatoke me encargó que las visitara y le informara de su estado —le respondí—. Mañana iré a verlas, antes de partir a Jomsborg. Pero ahora vayamos para detallarte lo que sucedió con el asesino y dar por finalizado nuestro contrato.

El staller me asintió.

A la mañana del día siguiente, como lo prometí, partí junto a mi hermana Hilda a ver las tierras del abuelo Palnatoke, que estaban al sur de Odense; en lo que regresábamos, dejé a Áslákr preparando el barco para nuestra partida. El lugar no estaba tan lejos, por lo que yendo a trote de caballo llegaríamos pronto.

Pasando una colina llegamos a un valle. La zona estaba mal cuidada y la hierba era alta, lo que provocaba que el camino fuera imperceptible; los cercos de madera estaban caídos y la casa principal estaba casi derrumbada; sin contar que no había nadie ahí trabajando o siquiera cuidando.

—Las tierras del abuelo Palnatoke necesitan una buena mano de obra —me dijo Hilda en cuanto desmontamos.

—Y por lo menos una decena de trabajadores —comenté—. Pero el abuelo ya no tiene el tiempo ni la fuerza de mantener bien este lugar.

—Es una lástima, pues es una gran propiedad. Se podría sacar mucho provecho de aquí —dijo

Hilda.

—Cuando regrese le comentaré a Palnatoke el estado de este lugar. Supongo que él ya sabía que estaba así y solo quería cerciorarse. Él ya decidirá qué hacer —contemplé y monté de nuevo en el caballo—. Volvamos a Odense y partamos de una vez.

Hilda montó y nos encaminamos de regreso.

Al regresar a Odense embarcamos en el navío. El staller Birger nos despidió, me estrechó la mano y volvió a agradecerme por resolver el caso; me felicitó por cumplir el contrato con efectividad y me dijo que hablaría con el jarl para hacer uso de los jomsvikings más a menudo. Nuestra reputación estaba bien ganada y yo había contribuido en ello.

Bornholm, Dinamarca. Finales del siglo X.

Llegamos al puerto de Rønne, pero esta vez solo a dejar a mi hermana Hilda; pues yo no quería sufrir del terrible regaño de mi madre por llevármela. Además, teníamos que regresar a Jomsborg de inmediato con las buenas noticias.

—Espero que tus ganas de aventuras hayan desaparecido —sonriendo le dije a Hilda.

—Con todo lo que viví, yo creo que no necesitaré más experiencias por el resto de mi vida —rio—. Gracias, Vagn.

—No me agradezcas. Madre te va a regañar como nunca lo había hecho antes —le recalqué.

—Es mejor pedir perdón que pedir permiso —replicó sonriendo y después me preguntó—: ¿Cómo la vas a llamar?

—¿Llamar? —entrecerré los ojos.

—A tu nueva espada.

Miré la plateada empuñadura que colgaba de mi cinto —No me he decidido—le dije—. Pero, ¿recuerdas esas historias de los antiguos dioses que nos contaba nuestro mentor?

Hilda me asintió.

—El Dios Heimdall poseía una espada brillante, filosa y mortal; muy parecida a esta. Høfuð era su nombre.

—Høfuð, me gusta. Deberías llamarla así —me sugirió.

—¿Tú cómo llamarás a tu daga? —le pregunté.

—Aún no lo sé —titubeó—. Pero no tendrá un nombre tan único como tu espada.

—Pues cuando venga a visitarlos ya tiene que tener nombre —le dije y después la abracé—. Cuídate, Hilda.

—Vuelve pronto, hermano.

—Lo haré —le asentí y embarqué.

Áslákr también se despidió de Hilda. Tras esto, partimos.

Jomsborg, Isla de Wolin, Pomerania. Finales del siglo X.

Después de pasar bastantes días afuera, por fin habíamos llegado a nuestro hogar, la fortaleza de Jomsborg. El lugar estaba extrañamente en silencio, pero no me detuve a preguntar ni a hablar con nadie, sino que me dirigí directamente a la habitación de Palnatoke. Cuando llegué, afuera de su puerta había varios jomsvikings custodiando.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—El Gran Maestre Palnatoke está muy grave de salud. Se espera lo peor y el círculo interno está reunido adentro con él —me informó uno de ellos.

—Tengo que entrar —le dije.

El jomsvikingo negó —Tengo órdenes de custodiar hasta que la sesión termine.

—Y yo tengo órdenes directas de Palnatoke de ir a informarle en cuanto regresara de mi misión —le repliqué.

—Lo siento, Vagn —volvió a negar.

—No, yo lo siento.

Quise entrar a la fuerza; uno de los jomsvikingos me detuvo con su lanza, pero lo desarmé al momento, sin embargo, otros dos me agarraron por la espalda y me detuvieron. En ese momento, la puerta se abrió.

—¿Qué es este alboroto? —era Bjorn el Galés quién había salido—. Vagn, ¿qué significa esto?

—¿Vagn? ¿Es Vagn? —se escuchó la voz de mi abuelo Palnatoke provenir desde el interior. Era una voz cansada y débil—. Deja que entre.

Me sacudí los estrujados ropajes debido a la pequeña revuelta y entré por detrás de Bjorn, quien cerró la puerta. Adentro estaban los miembros del círculo interno, los maestros de los Jomsvikingos: Sigvaldi, Thorkell el Alto, mis tíos Búi y Sigurd, además del propio Bjorn.

—El destino es oportuno. Llegaste en el momento justo, Vagn —me dijo Palnatoke al verme—. ¿Completaste con éxito el contrato?

—Sí —le confirmé—. El contrato se cumplió, tenemos el agradecimiento del staller de la ciudad y del propio jarl. Desean contratarnos más seguido.

—Excelente, Vagn. Jamás dudé de ti —me felicitó y después habló en un tono más alto—. Aprovecho que todos están aquí para que escuchen este nombramiento. Por sus acciones, asciendo a Vagn al rango de capitán; por lo que ahora será parte del círculo interno.

—Pero Gran Maestre Palnatoke, Vagn es muy joven —replicó Sigvaldi—. No tiene la experiencia.

—Es mi última proclamación y nadie puede revocarla —Palnatoke habló fuertemente—. Vagn ha demostrado ser un líder jomsvikingo, y el futuro de la hermandad necesita jóvenes así. ¿Alguien tiene algo que decir?

Todas las miradas fueron hacia Sigvaldi y Thorkell, pero éstos agacharon la cabeza. Tras esto, Palnatoke sacó un anillo de su cajón y me lo colocó en el dedo; el anillo era de oro y tenía un escudo redondo grabado que simbolizaba la hermandad de los Jomsvikingos.

—¿Visitaste mi propiedad? —me preguntó.

—Lo hice, pero está bastante mal cuidada —le informé—. Necesitarás algunos trabajadores para levantarla.

—Yo no tengo la fuerza ni el tiempo para hacerlo, pero tú sí Vagn. Por lo que te heredo a ti mis tierras —sacó del cajón un papel enrollado—. Toma, es el título de la propiedad; ya está sellado a tu nombre.

—Abuelo... Gran Maestre Palnatoke, no sé qué decir —yo estaba atónito—. Tenías ya todo preparado, ¿cómo sabías que iba a cumplir con éxito el contrato?

—Porque lo llevas en la sangre. Mi sangre —con orgullo me dijo mirándome a los ojos.

Esas fueron las últimas palabras que escuché de él, pues unos pocos días después moriría, y Sigvaldi Strut-Haraldsson asumiría el cargo de Gran Maestre y Comandante General de los Jomsvikingos. Una era diferente comenzaba para la hermandad, pero yo no me preocupaba, pues mi abuelo Palnatoke se había encargado de que fuera inamovible, me había ganado ser parte del

círculo interno y ahora tenía un rol de importancia en la hermandad. Me convertí en el capitán de los jomsvikings, el más joven que jamás existió.

LOS HEREDEROS DE THOR

I

Odense, Fionia, Dinamarca. Mayo de 1079 d.C.

Después de una incómoda cena, Ragnar, Sigurd y Helgi habían pasado la noche en la residencia del jarl Håkon. A la mañana siguiente, esperaron la vuelta del capitán Aren, quién había ido en busca de noticias sobre eventos recientes que hayan involucrado algún incendio con mercenarios de por medio.

—Ya tardó demasiado —dijo Ragnar, ya desesperado—. Debí haber ido con él.

—Escuchaste lo que dijo, que solo iría a hablar con sus hombres —le recordó Sigurd—. No debe de tardar.

En ese momento, entró por la puerta principal del salón una mujer bella y de porte elegante; su cabello era dorado, sus ojos azules y su rostro fino. Helgi volteó a verla abriendo la boca.

—¿Quién es ella? —preguntó atontado.

—Es mi sobrina, Gunhilda —respondió Ragnar interponiéndose a su mirada—. Así que deja de babear, Helgi.

—Tío Ragnar, ¿eres tú? Por supuesto que lo eres, tu cabello y tatuaje son distintivos —Gunhilda se acercó—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? No sabía que ibas a venir.

—Ni yo lo sabía —Ragnar la abrazó—. No te veía desde que eras una niña. Estás hecha toda una hermosa mujer.

—Para ya. Me da pena que digas eso frente a tus compañeros —rio sonrojada.

—Ellos son Sigurd y Helgi —Ragnar presentó.

Ambos saludaron, aunque Helgi lo hizo nerviosamente.

—Me enteré que te están enseñando a ser una buena mujer cristiana para tu futuro matrimonio —sonriendo dijo Ragnar—. ¿Cómo va esa tortura?

—Ni lo menciones. Aunque no lo creas fue obra de mi madre, y no de mi padre —respondió Gunhilda—. Ya estoy por terminar, así que pronto podré hacer los votos.

—¿Es un buen hombre?

—Es un noble de Falster; no lo conozco muy bien, solo lo he visto un par de veces. Pero sí parece ser un buen hombre —contestó Gunhilda.

Ragnar se cruzó de brazos y alzó la mirada —¿Solo se han visto un par de veces?... que bellos son los matrimonios arreglados —comentó sarcásticamente.

—Ragnar —se acercó Sigurd—. El capitán Aren está entrando.

—Atiende tus asuntos, tío Ragnar —se despidió Gunhilda—. Nos vemos después.

Ragnar también se despidió de ella y de inmediato fue hacia el capitán Aren.

—¿Averiguaste algo? —preguntó.

El capitán Aren asintió y respondió:

—Corrieron con suerte de que alguien logró ver las manos quemadas de uno de los rufianes, porque hay demasiada actividad de mercenarios en toda Fionia; habrían tenido que investigarlos a todos ellos de no haber tenido esa información. Hablé con mis soldados, y al parecer, hace unas semanas atrás hubo un altercado en el poblado de Ør; fue una disputa entre dos familias. Una de las familias contrató a un grupo de mercenarios, al final, la situación se salió de control y terminó

incendiándose la casa durante la confronta. Es el único altercado que ha involucrado gente quemada; así que es la mejor pista que tienen.

—¿Sabes más acerca de estas dos familias? —preguntó Ragnar.

—No tengo los detalles —negó el capitán—. El staller de la región debe de tener toda la información.

—Hacia Ør entonces. Gracias, capitán —le dijo Ragnar, que se volteó hacia Sigurd y Helgi—. Preparen los caballos. Iré a avisarle a Thrugot para que partamos de inmediato.

Ambos asintieron y salieron.

Ragnar fue directo hacia las estancias interiores donde estaba Thrugot hablando con el jarl Håkon.

—Tenemos una pista. Hay que irnos —anunció Ragnar en cuanto entró.

—¿El capitán Aren averiguó algo? —preguntó el jarl Håkon.

—Sí —afirmó Ragnar—. Fue de mucha ayuda.

Håkon se cruzó de brazos —¿Ves? Y dijiste que no estaba siendo de ayuda.

Ragnar simplemente alzó los ojos y salió junto a Thrugot.

—Mantenme informado —el jarl Håkon volvió a decir cuando se iban.

Ør, Fionia, Dinamarca. Mayo de 1079 d.C.

Ør era un pueblo que se encontraba a pocos kilómetros al sureste de Odense; lo más llamativo del lugar era su arroyo, de nombre Ørbæk, el cual dividía el poblado en dos y lo abastecía de agua. Ragnar, Thrugot, Sigurd y Helgi entraron en el pueblo y preguntaron por el staller del lugar, que era el alguacil encargado de la seguridad y el orden de una región en específico.

Los pobladores dirigieron a Ragnar y compañía hacia el Ørbæk, donde el staller estaba supervisando la reparación del puente de madera que cruzaba el arroyo; en cuanto Ragnar y compañía se acercaron a él, dijo:

—¿Qué los trae a Ør? Por su aspecto de guerreros, supongo que nada bueno.

—Soy Ragnar. Ellos son Thrugot, Sigurd y Helgi —los presentó—. No venimos a causar problemas. Nos envía el capitán Aren de Odense; queremos hablar sobre un altercado que ocurrió hace unas semanas. Una disputa familiar que terminó en un trágico incendio.

—Trágico no sería la palabra que usaría para describirlo. Mas bien... merecido incendio, pues, cuando la codicia infesta a una familia, suceden esas cosas. Soy Kaj, por cierto —se presentó—. Conozco al capitán Aren, pero no sé para qué los envía. El caso está cerrado, no hubo cabos sueltos.

—¿Los mercenarios que contrataron no son cabos sueltos? —preguntó Thrugot.

—Contratan mercenarios todo el tiempo para resolver asuntos que ellos mismos no pueden solucionar —replicó el staller Kaj—. En esos casos la culpa es de quién los contrata, no de los mercenarios.

—No nos interesa el caso, buscamos a los mercenarios por otro altercado en el que están comprometidos —aclaró Ragnar—. Por lo que nos sería de mucha ayuda hablar con la familia que los contrató.

—¿Familia? —entre rio el staller—, ya no existe la familia, ninguna de las dos. Murieron o por el filo del hacha o durante el incendio; por fortuna para ustedes, solo quedó vivo el viejo Loke, la cabeza de familia que contrató a los mercenarios.

—¿Dónde está? —preguntó Thrugot.

—Vive lleno de remordimiento y ahogado en sus penas en el calabozo. Pasará allí encerrado lo que le queda de vida, que no será mucho, pues está medio quemado. Pueden ir a hablar con él, si es que les dice algo —señaló el staller Kaj—. Díganles a los guardias que yo los envío. Les dejarán pasar.

Ragnar y los demás agradecieron, para después partir a los calabozos.

Los calabozos de un pueblo no eran precisamente grandes, pues no solían ocurrir muchos crímenes como en una ciudad; por lo que los calabozos de Ør eran más bien un solo calabozo, que ahora estaba siendo ocupado por el viejo Loke. Los guardias abrieron la celda de hierro e hicieron pasar a Ragnar y Thrugot; Sigurd y Helgi se quedaron afuera de la celda, ya que el espacio era reducido y no cabían tantas personas, pero podían escuchar toda la conversación.

El viejo Loke era un hombre de unos setenta años, solo tenía la mitad de su cabello y de su barba ceniza, pues la otra mitad de su rostro y cuerpo tenía quemaduras. Se encontraba arrumbado en una cama de madera con unas mantas encima mirando a la pared; no volteó cuando entraron Ragnar y Thrugot, los cuales se miraron entre sí al notar que éste no los atendía.

Thrugot carraspeó la garganta.

—Váyanse de aquí. No quiero hablar con nadie, ni lo haré nunca más —dijo tajantemente.

—Solo queremos hacerle unas preguntas —habló Ragnar—, sobre los mercenarios que contrató.

—¿Crees que quiero hablar de eso? —el viejo seguía sin voltearse—. Mi vida terminó ese día. Mi mayor error fue contratar a esos miserables. Ahora déjenme hundirme en mis pecados, en mi pesar y en mi arrepentimiento.

—No puedes cambiar el pasado. Lo hecho, hecho está. Pero con su información nos puede ayudar a que esos mercenarios no hagan de nuevo lo que le hicieron a usted y su familia —Ragnar trató de razonar—. ¿Está arrepentido? Demuéstrelo ayudándonos a encontrarlos, pues usted no será la última persona que sufrirá por culpa de ellos.

El viejo Loke se volteó y dejó ver su rostro, cuya mitad estaba llena de quemaduras; su ojo era blanco, y los pocos cabellos que tenía le colgaban de su lado sano.

—¿Qué quieren saber? —preguntó.

—Todo —respondió Ragnar.

Loke dio un suspiro y comenzó a contar:

—La tragedia dio inició cuando Annika, mi única hija, se casó. Fue con un buen muchacho, su nombre era Aksel, y venía de una familia adinerada; él problema es que él era un segundo hijo, y su hermano mayor, Arne, heredaría todo. Yo adopté a Aksel como a un hijo, y como era lo previsto, cuando su padre murió, le dejó toda su fortuna a su hermano mayor y no le dejó ni una mísera moneda a su segundo hijo. Yo quise intervenir por el bien económico de mi hija, pero lo que me gané fue una paliza por parte de Arne y sus compañeros; todos eran buenos guerreros. Entonces me decidí a buscar unos mercenarios que me ayudaran en la contienda y que así mi yerno obtuviera un bien de la herencia. Contacté con varios grupos de mercenarios, pero todos me exigían un pago, el cuál yo no tenía en ese momento, entonces me contactaron con otro grupo, Los Herederos de Thor se hacían llamar. Me dijeron que podría pagarles con parte de la herencia; acepté y los contraté. Esa misma noche nos dirigimos a la residencia del hermano mayor; iba Aksel, mi hija, mi esposa, el grupo de mercenarios y yo. En la residencia estaba Arne, su esposa, hijos y sus compañeros. Entramos amenazantes a reclamar parte de la herencia, pero primero quisimos dialogar, juro que fue así; la discusión comenzó a calentarse y fue cuando uno

de los mercenarios sacó su hacha y se la incrustó en el cráneo de uno de los compañeros de Arne. Amenazó con matar a todos si no decían dónde estaba escondida la herencia; Arne y sus compañeros se negaron, y entonces comenzó un derramamiento de sangre. Durante el conflicto, unas velas que colgaban de la pared cayeron sobre la paja y rápidamente comenzó a incendiarse todo. Los mercenarios mataron a los compañeros, a los hijos y a la esposa de Arne, y solo lo perdonaron a él para que les dijera donde estaba la herencia; Arne cedió, y les dijo que era un cofre debajo de las tablas del piso. Todo estaba prácticamente ardiendo, y uno de los mercenarios rompió las tablas del piso y sacó el cofre de entre las flamas; se quemó las manos en el acto, pero no le importó y se cargó el cofre en el hombro. Tras esto salieron de la casa, y cuando intentamos ir detrás de ellos, me dijeron que no compartirían la riqueza del cofre con nadie, me patearon y nos encerraron allí. Vi a Arne, a Aksel, Annika y mi esposa morir asfixiados por el humo y sucumbir en las llamas. Yo no sé cómo pude sobrevivir, hubiera preferido no hacerlo... pero el resto es historia.

—Lo lamento —dijo Thrugot—. No podías saber que la situación iba a resultar así.

—¿Y cómo iba a resultar? Yo fui el culpable. Y ahora pago por ello —replicó Loke.

—Los Herederos de Thor. Así es como se llaman entonces —analizó Ragnar—. ¿Sabe dónde está su base? ¿Cómo los encontró?

—Sé que tienen un par de cuarteles aquí en Dinamarca y otro en Suecia, pero no sé dónde está. Los contacté por medio del tabernero del pueblo, no sé si sea su intermediario —respondió.

—¿Un par de cuarteles? Así que es un grupo grande —comentó Thrugot.

—De esa forma abarcan varios trabajos en varias regiones —dijo Ragnar—. Los Jomsvikings quisieron hacer lo mismo. Antes de la destrucción de Jomsborg había varias diligencias en distintas zonas. Terminó siendo un error, pues algunas se volvieron independientes y no se podían controlar todos los contratos; eso menguó la efectividad y por lo tanto la reputación de la hermandad.

—¿Jomsvikings? Llegué a escuchar de ellos —intervino Loke—. Ellos sí tenían honor, no como estos mercenarios.

—Gracias por su tiempo —se despidió Ragnar—. Y lamento lo ocurrido. Espero que encuentre redención.

—Y yo espero que encuentres a esos mal nacidos para que no vuelvan a arruinarle la vida a nadie —al decirlo, Loke volvió a voltearse para mirar la pared.

Una vez que Ragnar y Thrugot salieron de la celda, Sigurd y Helgi se acercaron.

—A la taberna, supongo —señaló Sigurd.

Ragnar asintió.

La taberna se encontraba a escasos metros del calabozo, así que no tuvieron que caminar mucho para llegar. El lugar estaba vacío, probablemente por la hora del día; por detrás de la barra había un hombre limpiando los estantes con una tela. En cuanto vio entrar a Ragnar y compañía, preguntó:

—¿Qué les sirvo, viajeros?

—Necesitamos información sobre unos mercenarios. Nos dijeron que tú los puedes contactar —Ragnar fue directo al grano—. Se hacen llamar Los Herederos de Thor.

El tabernero soltó el paño y, sin decir una palabra, salió corriendo por la parte trasera.

—¡Maldición! —gritó Ragnar, que salió corriendo detrás de él.

Thrugot lo siguió, mientras que Sigurd y Helgi salieron por el frente de la taberna por si daba la vuelta.

El tabernero corría bastante rápido y les llevaba una buena distancia a Ragnar y Thrugot, que se vieron enredados entre un corral de cerdos. Por un momento, el tabernero volteó hacia atrás y sonrió al pensar que los había dejado, pero cuando regresó la mirada al frente, se topó contra un Helgi que lo embistió, haciéndolo caer al suelo. Después Sigurd llegó y lo sometió.

—Nadie corre más rápido que yo —se aduló a sí mismo Helgi, una vez que se levantó.

—Es porque eres el más flaco y liviano de todos —respondió Sigurd mientras amarraba las manos del tabernero.

—¿Lo tienen? —preguntó Thrugot agitado, que acababa de llegar corriendo junto a Ragnar.

—Lo tenemos —Sigurd levantó al tabernero con las manos bien amarradas por detrás de su espalda.

—Tenemos una conversación pendiente —le dijo Ragnar al tabernero—. Los Herederos de Thor, ¿qué sabes de ellos?

—Nada. No sé quiénes son —respondió nerviosamente.

—En cuanto los mencioné en la taberna saliste corriendo. Tus acciones no corresponden a tus palabras —Ragnar lo miró fijamente—. Te sugiero que respondas con la verdad o tendré que ponerme agresivo.

—Yo solo les paso información de la zona. Si alguien tiene algún problema lo pongo en contacto con ellos —habló asustado—. No tengo nada que ver con esos mercenarios. Lo juro.

—¿Dónde está su cuartel? —preguntó Thrugot.

—¿Crees que voy a saberlo? Apenas y sé algo sobre ellos. Son un misterio —respondió.

—¿Y cómo los contactas? —preguntó Ragnar.

El tabernero miró a todos lados dudando de responder, después vio cómo el puño de Ragnar se cerraba y entonces contestó:

—Ellos vienen a mí. Regularmente es uno el que se me acerca en la taberna; le digo los rumores de la zona y sobre algunos trabajos que les podrían interesar. Es todo lo que hago y sé; deben de creerme.

—¿Qué días viene? —Ragnar volvió a preguntar.

—Casi todos los días al anochecer.

Ragnar sonrió —Pues esto es lo que haremos. Le dirás que hay un trabajo de alguien desesperado con una buena recompensa y lo llevarás con nosotros. ¿Entendido?

—Me matarán si hago eso —replicó el tabernero.

—Y yo te mataré aquí mismo si no lo haces —Ragnar puso su mano sobre su seax.

Al tabernero no le quedó más remedio que aceptar.

Unas horas más tarde, cuando la noche había caído, la taberna estaba a rebosar de gente tomando cerveza. El tabernero servía tarros sin parar cuando un hombre completamente vestido de negro y con capucha se le acercó.

—Escuché que hay unos viajeros rondando por aquí —dijo.

—Justamente de eso te iba a hablar —respondió el tabernero—. Están desesperados, necesitan unos buenos hombres con espada para resolver un conflicto; una disputa de tierras o algo así comentaron. Es mejor que ellos te den los detalles; pero sé que darán una buena recompensa

—Llévame con esos desesperados —sonrió el mercenario.

El tabernero llevó al mercenario a una de las habitaciones interiores, tenía privacidad y estaba separada del ruido. Dentro había una mesa y del otro lado estaba sentado Thrugot. El mercenario se sentó frente a él, alzó la mirada y dijo sorprendido:

—Yo te reconozco. Tú eres...

Antes de que pudiera terminar, Ragnar apareció por detrás y le cubrió la cabeza con una tela negra, inmediatamente después, Sigurd y Helgi lo amarraron bien con una soga para que no pudiera escapar.

Salieron de la taberna y llevaron al mercenario lejos del pueblo, al interior del bosque, donde lo amarraron a un árbol; fue entonces cuando le descubrieron la cabeza. El hombre estaba lleno de runas tatuadas por todo el rostro y el cuello, de donde le colgaba un collar con un dije del martillo Mjölnir hasta el pecho.

—Por fin tenemos a un infeliz de ustedes frente a nosotros —dijo Ragnar—. Son bastante difíciles de encontrar.

El mercenario rio y dijo: —Qué estés tú aquí significa que estamos haciendo bien nuestro trabajo.

—¿Dónde está mi esposa? —al grano fue Thrugot.

—Contigo desde luego que no está—con actitud burlona habló el mercenario.

Thrugot le soltó un fuerte golpe en el rostro. El mercenario giró la cabeza y de su ensangrentada boca escupió un diente, después rio.

—Thrugot —Ragnar lo contuvo—. Déjame esto a mí —después se acercó al mercenario—. Así que eres de Los Herederos de Thor. ¿Quién los contrató?

—Nadie nos contrató —respondió a secas.

—¿Por qué secuestraron a Thorgunna? No han pedido nada a cambio —Ragnar volvió a preguntar.

—Es porque no queremos nada.

—¿Qué buscan entonces?

—Justicia —respondió con una mirada fija.

Ragnar entrecerró los ojos —¿Está viva? ¿La tienen en su cuartel?

—¿Crees que soy un soplón? —el mercenario rio.

Ragnar se volteó hacia Sigurd y Helgi —No hablará aquí. Así que necesitare ciertas herramientas para que lo haga; hay que llevarlo a Odense —les dijo.

En lo que Ragnar hablaba con Sigurd y Helgi, el mercenario dirigió su palabra a Thrugot, el cual estaba bastante caliente de la cabeza.

—Viva está, eso te lo puedo asegurar. Pero, que no le hayan metido decenas de miembros por cada uno de sus orificios, eso no te lo puedo asegurar —carcajeó.

Thrugot abrió los ojos furiosamente y cerró el puño; antes de que Ragnar pudiera detenerlo, arremetió contra el mercenario y le propinó un golpe con tal fuerza desmedida, que la cabeza del mercenario quedó colgando hacia abajo.

Rápidamente Sigurd fue a revisarlo y notó que el pescuezo del mercenario estaba completamente desprendido y solo colgaba de la piel.

—Le rompió el cuello. Está muerto —anunció.

Thrugot se llevó las manos a la cabeza —Mierda, Ragnar, mierda. Lo siento... no pude controlarme.

—Pude haber hecho que hablara. Y ahora nos quedamos sin nada —Ragnar maldijo.

—Puede que no del todo —habló Helgi—. Tengo una idea.

—¿Tú? ¿Una idea? —Sigurd se cruzó de brazos.

Ragnar se acercó —Es algo serio, Helgi. No estamos para bromas.

—Por supuesto que es algo serio. Escuchen —dijo con sensatez—. Mi padre fue criador de caballos, y él siempre decía que un caballo perdido sin amo siempre era capaz de regresar a su hogar. Si el mercenario vino en caballo, lo único que tenemos que hacer es soltarlo, y el animal

nos guiará al cuartel de los mercenarios.

Sigurd rio ante la idea de Helgi, pero fue callado por Ragnar.

—Lo que Helgi dice no es una locura; he escuchado algo parecido. No tenemos un mejor plan, así que tenemos que intentarlo.

—¿Cómo sabremos cuál es el caballo del mercenario? ¿O si siquiera tiene caballo? —preguntó Thrugot.

—Debemos regresar a la taberna. El tabernero debe saberlo —indicó Ragnar—. Andando.

Antes de partir, Helgi se acercó a Sigurd.

—Di la mejor solución y tú riéndote. Te quedaste paralizado —le dijo en burla.

—Que no se te suba —replicó Sigurd.

Ragnar y compañía regresaron a la taberna; ya era bastante entrada la madrugada, así que pocos borrachos había dentro. El tabernero se encontraba arreglando las sillas y limpiando las mesas; cuando los vio entrar, preguntó:

—¿Dónde está el mercenario?

—Muerto —respondió Ragnar.

—Oh no... ellos sabrán que tuve algo que ver y acabaré como él —dijo con miedo.

Ragnar lo agarró de los hombros —No si nosotros los encontramos a ellos. Ahora respóndeme; ¿el mercenario viene en caballo?

—Sí. En un frisón negro; lo amarra aquí atrás —señaló.

Ragnar sonrió —Ya saben qué hacer —les dijo.

Dejaron ahí al tabernero y salieron por la parte trasera; y tal y como les había dicho, el robusto caballo frisón estaba allí amarrado. Helgi lo desató y después montó con Sigurd en su caballo; en otro iban Ragnar y Thrugot, dejando libre y sin montar al frisón.

—No se mueve. Está parado —apuntó Thrugot al caballo, el cual, a pesar de haberlo desamarrado, se quedó inmóvil.

Helgi alzó la mano y nalgueó fuertemente al caballo frisón, que salió despedido a todo galope de allí. Tras esto, los otros dos caballos, montados por los cuatro jinetes, salieron detrás de él.

—No lo pierdan de vista —señaló Ragnar, ya que el color negro del caballo se difuminaba entre la oscuridad de la noche.

Tras salir del pueblo, introducirse en la espesura del bosque y cruzar una buena parte del mismo, se empezaron a distinguir unas luces de antorchas en la oscuridad. Pasando la espesura de los árboles había una colina rocosa, frente a ella se erguía una pequeña empalizada de madera, cuyos troncos clavados verticalmente en la tierra terminaban en pico; a los laterales había dos atalayas de vigilancia y en medio estaba la puerta.

—Allí adelante se ve algo —apuntó Thrugot—. Parece ser que el caballo se dirige hacia allí.

—Deténgalo —ordenó Ragnar—. Lo menos que queremos es que vean al caballo llegar sin su amo y levante las alarmas.

Sigurd le dio rienda a su caballo y galopó a la par del frisón; Helgi, que estaba montado por detrás suyo, saltó al lomo del caballo frisón y lo agarró de las riendas, para después frenarlo. Una vez que se detuvieron, amarraron a los tres caballos en un árbol y comenzaron a idear un plan.

—La oscuridad de la noche y la espesura de los matorrales nos mantienen ocultos —dijo Ragnar mirando al empalizado—. Veo dos vigías en las atalayas.

—Esa empalizada está bastante alta —comentó Thrugot.

—Ragnar —Sigurd se acercó—. Se ve un cuartel bastante bien organizado. Dudo que ahí

dentro haya unos pocos tuercebotas; habrá bastantes guerreros bien adiestrados.

—¿Y qué me quieres decir con eso? —entrecerrando los ojos preguntó Ragnar.

—Que si estás pensando entrar ahí es un suicidio —respondió Sigurd—. Debemos regresar a Odense, informar a tu hermano y que nos dé algunos hombres para sitiar este lugar.

—Mi hermano lo retrasaría todo, ya lo conociste. Y ya estamos aquí, Sigurd, cada hora que pase puede ser una hora menos de vida para Thorgunna —replicó Ragnar—. Por lo que nos dijeron, estos mercenarios tienen varios cuarteles, así que no sabemos si tienen a Thorgunna aquí, pero debemos comprobarlo.

—Yo estoy contigo, Ragnar —Thrugot dio un paso al frente—. Seguiré tus órdenes, sin importar cuales sean.

Ragnar volteó a ver a Helgi.

—A mí no me vean. Yo haré lo que me digan —Helgi alzó los brazos.

Ragnar regresó su mirada a Sigurd.

—Está bien —Sigurd resopló—. Pero déjame hacer reconocimiento antes de idear un plan.

Ragnar asintió.

Sigurd partió y se acercó sigilosamente al fortificado de madera; aprovechó la oscuridad para pegar su espalda contra los troncos del empalizado y caminó lentamente sorteando a los vigías de las atalayas. Llegó hasta la orilla que colindaba con la roca de la colina; allí había una pequeña abertura entre los troncos desde donde se podía ver el interior. Tras estar un rato observando a detalle, Sigurd regresó para informar.

—¿Qué viste? —preguntó Ragnar al verlo llegar.

Sigurd detalló:

—El empalizado es insorteable; pude ver hacia dentro desde una pequeña abertura. En efecto, hay un vigía en cada atalaya; hay otros dos hombres durmiendo sobre la paja de una carreta, y otro mercenario más que caminaba por todo el patio; eso da un total de cinco hombres en el exterior, pero lo que me preocupa es el interior, pues hay una puerta que da acceso a una cueva dentro de la colina rocosa. Allí dentro puede haber muchos más.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Thrugot.

—Los de afuera no me preocupan. Pero los que están adentro... tendremos que hacerlos salir y tomarlos por sorpresa —sonriendo respondió Ragnar.

—¿Por qué sonríes? —extrañado le preguntó Thrugot.

Helgi le respondió: —Porque el maldito tiene un plan.

De entre la espesura de los árboles salió un caballo negro frisón que era montado por un hombre encapuchado; una soga amarrada a su montura llevaba como prisioneros a otros tres hombres en fila. El jinete se aproximó a las puertas de la pequeña fortificación y rápidamente se escuchó la voz de uno de los vigías.

—¡Bragi ya regresó! Al parecer trae unos prisioneros.

—¡Abran las puertas! —se escuchó desde el interior.

Las puertas se abrieron y el jinete entró con sus prisioneros. Se detuvo en medio del patio, dónde se le acercaron tres hombres.

—Ya nos estábamos preocupando, Bragi. ¿Por qué tardaste tanto? —preguntó uno de ellos—, ¿quiénes son estos prisioneros que traes?

El hombre se acercó un poco más al caballo y la luz de su antorcha iluminó mejor el rostro encapuchado del jinete.

—Tú no eres Bragi...

Antes de que el hombre terminara su frase, uno de los prisioneros, que se había liberado, incrustó un hacha en medio de su frente. Los otros dos prisioneros, también liberados, sorprendieron a ambos mercenarios y también acabaron con sus vidas. El ataque fue tan repentino, que los tres mercenarios no pudieron hacer nada.

—¡Intrusos! —gritó uno de los vigías de la atalaya.

El otro vigía sonó un cuerno, dando así la alarma.

Ragnar se quitó la capucha y desmontó del caballo frisón.

—Sigurd, Helgi. Encárguense de ellos; ya saben qué hacer —les ordenó—. Thrugot, tú conmigo.

Sigurd fue hacia una de las atalayas y Helgi hacia la otra; esquivando los virotes de ballesta que les disparaban los vigías, lograron subir a cada torre y enfrentarse a ellos. Sigurd mató al suyo con relativa facilidad, pero Helgi tuvo más complicaciones, pues era un sujeto mucho más robusto que él. El mercenario dejó su ballesta y sacó un filoso seax, mientras que Helgi se defendió con su hacha barbada; en uno de los ataques del mercenario, Helgi logró posicionarse por detrás y, de una fuerte patada, arrojó al rufián de la atalaya, el cual cayó sobre los picos de la empalizada, quedando empalado de lado a lado. Tras posicionarse en las torres, tanto Sigurd como Helgi tomaron las ballestas.

Mientras eso ocurría, ante la llamada de alerta, salieron de la puerta de la cueva de la colina diez mercenarios con sus armas en alza y listos para acribillar a los intrusos; sin embargo, no pudieron ver a nadie, pues su vista se deslumbró al presenciar un inmenso fuego que comenzó a incendiar la carreta llena de paja. Ragnar y Thrugot habían sido los orquestadores de tal acto, y, escondidos tras unos barriles, esperaron la llegada de los mercenarios, los cuales acudieron a la carreta incendiada, pero a sus espaldas, dos de ellos cayeron muertos al suelo al recibir dos disparos de ballesta.

—¡Allá están, en las atalayas! —apuntó uno de los mercenarios—, ¡vayan por ellos!

Al dar la espalda a la carreta incendiada, dos hachas arrojadizas volaron y se incrustaron en otros dos mercenarios, que cayeron al suelo. De diez que habían salido, ahora solo quedaban seis. Los mercenarios se volvieron a dar la vuelta a la carreta incendiada y vieron a dos hombres parados frente a ellos, eran Ragnar y Thrugot.

—Hemos igualado el número —dijo Ragnar al verse frente a cuatro mercenarios, pues los otros dos habían acudido a detener a Sigurd y Helgi, que habían vuelto a disparar las ballestas, pero esta vez su puntería no fue certera.

Las ballestas tardaban en recargarse y esa era su debilidad, por lo que ambos mercenarios subieron a las torres y se enfrentaron a Sigurd y Helgi cuerpo a cuerpo.

En el patio, los cuatro mercenarios se plantaron frente a Ragnar y Thrugot; ambos contendientes se veían sin hacer un movimiento. Ragnar ni siquiera había desenvainado su espada, pero Thrugot tenía su hacha lista para atacar.

—Yo me encargo de ellos —dijo Ragnar.

—¿Qué dices? —sorprendido preguntó Thrugot—, de ninguna manera.

—Dijiste que ibas a hacer todo lo que dijera. Quiero que entres y verifiques si está Thorgunna —le indicó—. Yo los mantendré ocupados.

—Pero, Ragnar. No te dejaré pelear con estos cuatro —replicó Thrugot.

—Hazlo.

No le quedó más remedio a Thrugot que hacer caso, por lo que partió a la cueva del interior de

la colina. Uno de los mercenarios quiso seguirlo, pero Ragnar lo detuvo con un silbido.

—Hey. Ustedes conmigo.

—¿Por qué no has desenvainado tu espada? —preguntó uno de ellos, al parecer el líder.

—No la he blandido en un año, y está ansiosa por probar sangre —respondió Ragnar—. Una vez que la desenvaine, no habrá vuelta atrás.

—¡Qué arrogancia, mátenlo! —ordenó el líder de los mercenarios.

Uno de ellos se lanzó sobre Ragnar y lo atacó con su lanza; Ragnar lo evadió y, tomando el palo de la lanza, desarmó al mercenario y lo golpeó con su propia arma. Los otros tres mercenarios atacaron al mismo tiempo, pero Ragnar, usando el palo largo de la lanza, evadió cada uno de sus tres ataques. Los cuatro mercenarios se quedaron mirando atónitos aquel movimiento, pues era una técnica poco vista; Ragnar dejó caer la lanza al suelo y llevó su mano al pomo de su espada, la tomó fuertemente de la empuñadura y la desenvainó. Hqfuð volvía a ver la luz exterior nuevamente.

Un mercenario atacó, después el otro y después los dos restantes en conjunto; el acero de Hqfuð chocó contra las demás armas y las contrarrestó. Los movimientos de Ragnar eran certeros, y en cada contrataque, hería a sus enemigos ya fuera en una pierna o en un brazo; si hubiera querido, ya estarían muertos, pero Ragnar quería dejarlos vivos, pues necesitaba información y muertos no le servían.

—Jamás había visto a alguien pelear así —dijo uno de los mercenarios.

—Es Ragnar el Jomsvikingo —reveló el líder—. Los rumores eran ciertos.

Dos mercenarios atacaron en conjunto, pero Ragnar, con un letal movimiento, los cortó a ambos de un tajo por las piernas, dejándolos vivos en suelo, pero sumamente adoloridos. Solo dos mercenarios quedaron en pie, el líder y uno más que estaba encapuchado y su rostro no era visible; ambos atacaron al mismo tiempo, y, en uno de los ataques que Ragnar evadió, logró ver que las manos del líder tenían quemaduras.

—Así que eres tú —dijo Ragnar, el cual dejó de usar postura defensiva e intensificó su ataque.

Dos movimientos bastaron para que, de un fuerte golpe, dejara en el suelo al mercenario encapuchado, y de otro movimiento, dejar al líder a su merced con la punta de la espada sobre su garganta.

—Están derrotados —anunció Ragnar, rosándole el cuello con la punta.

—Sé lo que quieres —dijo el líder—. Nos quieres vivos para que hablemos. Pero en esta hermandad somos como el Dios Viðarr, nuestro silencio es sagrado. Prefiero morir antes de que me tortures.

En un pestañeo, el líder mercenario tomó el filo de la espada de Ragnar y se clavó la punta por el cuello, atravesándose a sí mismo mientras le brotaba sangre por su boca.

—¡No, Einar! —gritó el mercenario encapuchado desde el suelo, que se lanzó a atacar la espalda de Ragnar, el cual, contraatacó su golpe y azotó al mercenario contra una viga de madera, colocando el filo de Hqfuð sobre su garganta.

La capucha del mercenario cayó por el golpe y un fino rostro con un cabello rojo oscuro se reveló.

—¿Una mujer? —Ragnar retiró su espada.

—¿Qué te sorprende? —preguntó la mujer, mirando fijamente con sus ojos verdes—, ¿eres de los que creen que una mujer no puede pelear?

—Todo lo contrario. Lo que me sorprendió fueron tus ágiles movimientos —Ragnar retiró su espada—. Parece que le tenías aprecio a este tal Einar; espero no sigas sus pasos.

—Si crees que hablaré, estás muy equivocado.

—Ya lo veremos —Ragnar la tomó del brazo y la llevó al medio del patio, donde estaban sus otros dos compañeros revolcándose del dolor en el suelo.

Ragnar alzó su mirada para ver a Sigurd y Helgi; ambos ya bajaban de las atalayas. En el caso de Helgi, venía solo, pero Sigurd traía acarreado a un mercenario desarmado, al cual empujó al centro, donde estaban sus demás compañeros.

—Yo no pude dejar vivo al mío. Se cayó de la torre —comentó Helgi en cuanto llegó.

—¿No habías tirado también al primero con el que te enfrentaste? —extrañado preguntó Sigurd.

Helgi se encogió de hombros —Es un movimiento que domino bastante. Tirar desgraciados de lugares altos.

—Esperen aquí y vigílenlos. En especial a esta —Ragnar apuntó a la mujer—. Iré adentro a buscar a Thrugot.

—¿Qué hace una mujer con estos mercenarios? —preguntó Helgi.

—¿Y qué hace un flacucho como tú aquí? —replicó la mujer.

Sigurd rio y Helgi contradijo:

—Este flacucho venció a tus compañeros.

Ragnar alzó los ojos y, cuando se dio la vuelta para ir en busca de Thrugot, este ya estaba saliendo la cueva. Rápidamente Ragnar fue hacia él y le preguntó:

—¿Hallaste algo?

Thrugot negó —Nada. No hay señales de Thorgunna. Lo inspeccioné todo; no hay ni mapas, ni cartas... ni siquiera oro. Estos mercenarios solo estaban alojados aquí, y al parecer lo importante lo tienen en otro lado.

—Tenemos cuatro prisioneros. Así que eso ya lo sabremos cuando los interroguemos —dijo Ragnar viendo a los mercenarios sobrevivientes—. Átenlos bien y amárrenlos en la montura de los caballos; nos los llevamos a Odense.

—Imposible. ¿Solo son ustedes cuatro? —la mujer habló con enojo—. Éramos quince miembros en este cuartel; tuvieron suerte de que nos atacaran en medio de la madrugada como unos vulgares bandidos. De día no nos habrían sorprendido.

—Parece que sabes bastante sobre ser un vulgar bandido —le contestó Ragnar de cerca, que después ordenó—: Regresemos a Odense.

II

Valle de Roltdalen, Noruega. Mayo de 1079 d.C.

Al este de la ciudad de Nidaros se encontraba un gran valle llamado Roltdalen, en donde el rey Olaf y su corte iban de caza a menudo. El lugar se caracterizaba por su gran zona boscosa llena de abetos, y también porque a la cercana distancia se alzaban a la vista las montañas Skarvan, un grupo de cordilleras nevadas.

En esta expedición de caza, que serviría para que Halfdan se relacionara más con la aristocracia noruega, iban el propio rey Olaf y sus hombres de confianza: su inseparable protector el huscarle Hans Escudo de Hierro y el hersir Borg el Roble. Al coto de caza por supuesto no podían faltar el jarl Tore Tordsson y el lendmann Egil Askjellsson; más apartado del grupo también estaba el hault Rorik Dericksson y otros nobles de menor importancia. Halfdan iba acompañado por sus leales compañeros y consejeros: Orvar, Hjalmar y Hodur; además de Svend, que, a pesar de que detestaba cazar, se ofreció a ir. El joven Iver había sido designado por Halfdan para quedarse en la capital y proteger a su esposa, lady Eyra, mientras estaba ausente.

—Recuerdo que odiabas ir de caza, Svend —comentó Halfdan—, pero el emperador te obligaba a ir.

—Ni me lo menciones —contestó Svend.

El rey Olaf, que iba cabalgando a un lado, escuchó y dijo: —De haber sabido que podría obligar a Svend a ir de caza lo hubiera hecho antes.

Svend y Halfdan rieron, el rey Olaf volvió a hablar:

—¿Cómo eran las cacerías del emperador de Constantinopla?

—Bastante exuberantes —respondió Halfdan—. Recuerdo que era una caravana de caballos y carretas. Levantábamos tiendas que parecían castillos y allí estábamos cerca de dos semanas.

—¿Levantaban tiendas de campaña así de grandes? Eso lo hacemos nosotros, pero cuando vamos a la guerra —sonrió el rey Olaf—. Aquí con suerte en una cacería de un par de días nos dormimos al aire libre alrededor de una fogata, como nuestros ancestros lo hacían.

—Supongo que los ancestros del emperador necesitaban más servidumbre que flechas y lanzas —comentó Svend—. Halfdan, ¿recuerdas cuánto sirvientes llevaba Ducas?

—Parecía un leidang armado y no la servidumbre —respondió Halfdan.

El rey Olaf rio —Es verdad que hay que estar ahí para ver la distinción de culturas —dijo—. Recuerdo cuando mi padre Harald me contaba sobre su vida allí; una vida de lujos y comodidades fuera de la imaginación de cualquier noruego.

—Y es totalmente cierto —afirmó Halfdan—. Jamás vi ni veré nada igual.

Cuando llegaron a una zona llana rodeada de abetos, con un arroyo rocoso que cruzaba justo por el medio, la pequeña expedición se detuvo y prosiguieron a desmontar de los caballos.

—Hemos llegado —indicó el rey Olaf—. Acamparemos aquí. Hagamos fogatas.

Los hombres de Olaf sacaron sus hachas y se dispusieron a cortar madera. Lo mismo hicieron los hombres del jarl Tore y del lendmann Egil. Halfdan no era de los que se quedaba de brazos

cruzados viendo a los demás trabajar, a pesar de ser un jarl, estaba acostumbrado al esfuerzo, así que sacó un hacha de talar y también se puso a cortar madera para su propia fogata; Orvar, Hjalmar y Hodur lo acompañaron.

—¿Te ayudo? —se acercó el hauld Rorik.

—Una mano extra siempre es bienvenida —respondió Halfdan.

—No nos han presentado oficialmente. Soy Rorik Dericksson, hauld de Nordmøre —se presentó.

Halfdan le estrechó la mano —Nordmøre está cerca de aquí, ¿no es así?

—Unos pocos kilómetros al sur —respondió Rorik, que agarró un hacha de trabajo y taló junto a Halfdan.

—¿Quién es el jarl de Nordmøre? —preguntó Halfdan.

—Lo estás viendo —sonrió Rorik—. Bueno, no ahora, pero próximamente lo seré.

Halfdan se detuvo —¿No hay jarl en esa región?

—Es complicado. La provincia de Møre siempre se había dividido en tres pequeños reinos independientes, que, tras la conquista del primer rey de Noruega, Harald Cabellera Hermosa, pasaron a ser tres condados. Estos son Sunnmøre, Romsdal y Nordmøre —explicó—. Los primeros dos son gobernados por la dinastía Sunnmørsættleggen, un poderoso clan familiar; son aliados de la corona, pero ansían más poder. Nordmøre ahora no tiene gobernante porque Bersi, el antiguo jarl, acaba de fallecer hace unas semanas sin dejar descendencia, pues todos sus hijos murieron en batalla. Yo, al ser el hombre con más poder dentro del condado, estoy usando mis influencias para ser elegido.

—Y esta familia, los Sunnmørsættleggen, ¿no querrán también gobernar Nordmøre y así tener el control de toda la provincia? —preguntó Halfdan.

—Es por eso que yo estoy aquí como invitado de la corte y ellos allá en sus tierras sin enterarse de nada —respondió Rorik—. Møre es una región históricamente poderosa dentro de Noruega, y el rey Olaf no quiere que los Sunnmørsættleggen tengan tanto dominio, ya que sería peligroso para su reinado. Por lo que el rey está dispuesto a nombrarme jarl a mí para tener bajo control el condado.

—Muy astuto —señaló Halfdan—. Es lo que yo haría.

—Møre también tiene influencia sobre los jarls de las islas Orkneyar, y los Sunnmørsættleggen están muy estrechamente relacionados con ellos, inclusive se rumorea que les rinden más cuentas a ellos que al propio rey. Así que ya imaginarás lo importante que es para el rey Olaf que yo sea jarl. Nuestro acuerdo es que tenga el condado bajo control de la corona y vigilar bien de cerca a los Sunnmørsættleggen.

—¿Y tú eres de confiar, Rorik? —Halfdan preguntó sin vacilar—, ¿qué te diferencia a ti de esos Sunnmørsættleggen?

—Nosotros somos parecidos, Halfdan. Yo vengo de la nada y todo me lo he ganado a base de mi esfuerzo; nadie me ha regalado ni heredado nada. No me molesta trabajar como a ti. Solo ve al jarl Tore y al lendmann Egil —les apuntó—. Están de brazos cruzados viendo a sus hombres cortar la leña; ellos nacieron en la nobleza y están acostumbrados a usar a otros, pero nosotros no, nosotros venimos desde abajo y conocemos el valor del esfuerzo y el trabajo; eso nos ha llevado a estar aquí. No nos molesta ensuciarnos las manos.

—Me agrada tu personalidad, hauld Rorik —Halfdan lo estrechó del hombro—. ¿O debo de decir jarl Rorik?

Rorik le sonrió.

—Halfdan, veo que ya conociste al hauld Rorik —se acercó el rey Olaf junto a su hijo Magnus

—, el hault ha escalado por todos los rangos y títulos. Hasta temo que llegue a ser rey —rio.

—Jamás, su alteza. Soy un fiel servidor de la corona —dijo Rorik.

—Tío Halfdan —interrumpió el pequeño Magnus—. ¿Cuándo me vas a enseñar a usar el hacha? ¿Cortas a tus enemigos como cortas la madera?

—No ha dejado de hablar de hachas y batallas desde que te conoció, Halfdan —expresó el rey Olaf—. Me tiene loco con el tema, así que te lo vengo a dejar un rato.

—Por supuesto, su alteza —asintió Halfdan—. Yo lo cuidaré.

—Todo niño siempre sueña con grandes héroes y proezas —comentó Rorik—. Me sorprende lo mucho que ha crecido el joven Magnus, a pesar de su corta edad.

—Tiene el porte de su abuelo Harald —dijo el rey Olaf—. Yo creo que será tan alto y fuerte como él.

—Y haré las mismas hazañas. Conquistaré reinos y traeré la antigua gloria vikinga a los nórdicos —con emoción habló el pequeño Magnus.

El rey Olaf alzó los ojos en señal de fastidio —Te lo dejo, Halfdan. Iré a hablar con algunos nobles sobre la cacería —dijo y partió.

—Creo que al único que le permite hablar de batallas y conquistas de otros reinos es a su hijo —comentó Rorik—. Olaf repudia la guerra y abraza la paz. Magnus y él son tan diferentes.

—Su linaje es muy antiguo; grandes conquistadores y reyes vikingos fueron sus ancestros. La sangre lo llama a realizar tales hazañas, una sangre muy fuerte —dijo Halfdan.

—Una sangre que terminó con la muerte de su abuelo Harald en Stanford Bridge, el último gran conquistador de nuestra tierra —comentó Rorik—. El rey Olaf, siendo muy joven todavía, estaba en Inglaterra cuando esa flecha atravesó el cuello de su padre Harald. Apenas pudo escapar y regresar a Noruega a salvo. No me gusta meterme en la mente de las personas, pero aquello debió haberlo dejado tocado, y por eso ahora el rey Olaf tiene un régimen pacifista y alejado de la guerra.

—Si a los reyes de antaño les dabas a elegir, ellos habrían elegido morir en batalla y que sus proezas fueran cantadas en los grandes salones. Veían más por su legado que por el bien de su pueblo —reflexionó Halfdan.

—Es verdad, y por eso apoyo la política pacifista de Olaf en el reino. Su diferente visión ha ayudado a mejorar las reformas y a tener un crecimiento económico y social —contó Rorik—. Los tratados de paz con Dinamarca y, sobre todo, con Guillermo de Inglaterra, además de apartar a Noruega de conflictos externos, nos ha ayudado a fortalecer internamente el reino.

—Puede que los escaldos prefieran escribir poemas y relatos sobre reyes bélicos y conquistadores, y no hablarán mucho de la era de paz del rey Olaf, pero actualmente toda Noruega se lo agradece —comentó Halfdan.

—Mi padre es un gran rey. Pero yo terminaré lo que mi abuelo Harald no pudo —habló el pequeño Magnus.

—¿Y qué fue? —preguntó Rorik.

—Conquistar Inglaterra.

Tanto Halfdan como Rorik se voltearon a ver con sorpresa ante la respuesta del pequeño Magnus.

—Con esa determinación, seguro que sí lo harás, valeroso Magnus —con aceptación dijo Rorik.

—Mi primo Haakon siempre me reprocha y me dice que con ese pensar no sería un buen rey. Pero está equivocado —con enojo dijo Magnus.

—¿Tu primo Haakon? —preguntó Halfdan sin saber de quién se trataba.

Rorik intervino para responder:

—Haakon Magnusson. El hijo de Magnus, el fallecido hermano del rey Olaf. Aunque su tío es el rey, el mentor de Haakon, casi como un padre adoptivo para él, es el jarl Tore; así que está bastante mal influenciado por sus enseñanzas.

Tanto Halfdan como Rorik voltearon a ver al otro lado del campamento, allí estaba el jarl Tore junto a un muchacho varios años mayor que Magnus. Haakon era alto y también había heredado el porte de su abuelo Harald Hardrada.

Halfdan regresó la mirada al pequeño Magnus, y, sin prestarle más atención al tema, le dijo:

—Vamos, te enseñaré a blandir un hacha de guerra —le entregó un hacha barbada a Magnus, la cual tomó con ambas manos—. Lo más importante es la postura y la versatilidad del agarre con tus manos. Puedes atacar el lado izquierdo del enemigo agarrando el hacha con la mano derecha arriba, y puedes atacar el lado derecho del enemigo haciendo lo contrario, agarrando el hacha con la mano izquierda. Eso te da mucha movilidad a la hora del combate, puedes sorprender a tu contrario al atacar por distintas zonas de su cuerpo, ya sea que tenga escudo o no.

Halfdan dejó que Magnus atacara y se moviera con el hacha de un lado a otro.

—¿Lo estoy haciendo bien? —preguntó Magnus al moverse y atacar.

—Sube un poco más tus brazos —indicó Halfdan.

—Me duelen los hombros —dijo Magnus—. No puedo mantenerlos tanto tiempo arriba.

—Ese dolor te hará más fuerte, y ya verás que con el tiempo y la practica lograrás mantenerlos arriba —explicó Halfdan.

Ante las buenas enseñanzas de combate que daba Halfdan, Rorik comentó:

—Ojalá de niño hubiera tenido un maestro como tú.

—¿Sabes combatir? —preguntó Halfdan.

—Sé blandir un arma, pero nunca fui dado al arte bélico —respondió Rorik—. Mi habilidad está en la política.

—Y yo detesto la política —Halfdan rio.

Las clases de combate al joven Magnus continuaron durante el resto del día; mientras eso ocurría, un pequeño campamento se levantó en el lugar con varias fogatas que servirían para calentarse durante la noche, también armaron algunas mesas rústicas y tendales en donde irían los animales cazados.

Un par de días pasaron en el coto de caza, en donde se habían cazado varios animales de la zona; entre ellos un par de zorros, un lince, un alce y un reno. Ya se estaba empezando a levantar el campamento cuando los exploradores informaron que un enorme jabalí andaba surcando el área. El propio rey Olaf quiso darse a la tarea de ir a cazarlo, y fue acompañado por el jarl Halfdan, el hauld Rorik y el lendmann Egil; y por supuesto no podía faltar su inseparable protector, el huscarle Hans Escudo de Hierro.

La zona boscosa y llena de hierba alta hacía que fuera imposible ir a caballo, por lo que exploraron la zona a pie. Por un lado, el rey Olaf iba acompañado por el huscarle Hans, mientras que, por el otro, vigilaban Egil, Rorik y Halfdan.

—No sé por qué nos acompañas, Rorik —dijo de mala forma el lendmann Egil—. Tú no sabes usar una lanza. Solo nos vas a retrasar.

—Te equivocas, Egil. Tengo muy buena vista, y puedo ver muy bien entre toda esta maleza —replicó Rorik—. Mientras que tú, realmente no te he visto arrojar una lanza certeramente.

Egil bufó y no dijo nada. Volteó a ver a Halfdan y comentó:

—Y tú, Hacha de Tiburón. ¿Piensas cazar un jabalí con eso?

—No creo que se me acerque tanto. Pero podría rematarlo —respondió Halfdan.

—No sabes lo que es un jabalí enfurecido. Podría embestirnos y dejarnos tendidos en la tierra a todos nosotros juntos —dijo Egil—. Lo más probable es que...

—Calla —interrumpió Rorik—. Veo algo ahí, entre los matorrales.

Tanto Halfdan como Egil fijaron su vista hacia allí.

—Su majestad —en voz baja llamó Rorik—. Creo que...

En ese momento, se escuchó un berrido y un enorme jabalí salió corriendo de los matorrales con dirección a la compañía. El huscarle Hans retiró su escudo de hierro de su espalda y protegió al rey; Halfdan puso en guardia su hacha Fauces, y tanto Egil como Rorik apuntaron sus lanzas en dirección al jabalí, el cual, corriendo y chillando pasó exactamente en medio de ambos, los cuales tuvieron que esquivarlo para que no los golpeará.

—Sus colmillos son enormes —apuntó Rorik.

—Mira el tamaño de su cabeza. Su piel es gruesa y resistente. Tenemos que clavarlo con fuerza —señaló Egil.

El jabalí se puso en medio de la compañía, al cual rodearon y apuntalaron con sus armas. Por un momento se quedó quieto, pero de pronto comenzó a berrear y patalear.

—Son muy territoriales y agresivos —dijo Hans, que cubría al rey con su escudo—. Tengan cuidado.

Egil alzó su lanza y la arrojó, pero esta se clavó en la tierra, justo al lado del jabalí, el cual miró al desarmado Egil y corrió hacia él para embestirlo.

—¡Mierda! —Egil giró por el piso para evadirlo, y, como un remolino, el jabalí pasó justo por al lado de él.

Rorik alzó su lanza y la arrojó hacia el jabalí cuando éste se daba la vuelta para reanudar su ataque; la lanza que Rorik arrojó ni siquiera pasó cerca del animal y fue a dar hacia los arbustos de atrás. El jabalí corrió con todas sus fuerzas para embestir a Rorik, pero justo en ese momento, Egil, que había tomado nuevamente su lanza, saltó frente a Rorik y, clavando la base de su lanza en el suelo con la punta hacia el frente, perforó al jabalí en el pecho cuando estaba a punto de impactarlos. En el mismo movimiento, Halfdan alzó su enorme hacha Fauces y de un solo tajó decapitó al animal, cuya cabeza cayó justo en medio de las piernas de Egil.

—Yo lo clavé primero —anunció Egil—. Por lo que la muerte es mía y reclamo su cabeza como premio.

Halfdan alzó los ojos sin darle importancia y ayudó a que Rorik se levantara, pues había caído de espaldas ante la casi embestida del jabalí.

—Una caza fenomenal. Buen trabajo a todos —aplaudió el rey Olaf, que siempre se mantuvo por detrás del escudo de Hans—. Hacía tiempo no veía con mis propios ojos una lucha tan frenética. Que emocionante; hasta se me erizó la piel.

—Gracias, su majestad —Egil agarró la cabeza del jabalí—. Sí que es enorme. Creo que la colgaré encima de mi comedor.

—Esta noche cenaremos jabalí en el palacio. Hay que apresurarse para regresar a tiempo —señaló el rey.

Amarraron las patas del decapitado jabalí a un palo y tanto Halfdan como Hans se lo llevaron a hombros de regreso al coto de caza.

Cuando llegaron al campamento, el rey Olaf fue recibido entre aplausos y ovaciones por los nobles y demás hombres. Egil levantó la enorme cabeza de jabalí y anunció su victoriosa hazaña. Mientras tanto, Halfdan y Hans depositaron el cuerpo del animal sobre una mesa.

—Al parecer fue una magnífica cacería —dijo el jarl Tore, acercándose al cuerpo del jabalí—. Lástima que estoy mal de una rodilla y no puedo caminar por esos lugares, si no, habría ido.

—Ya te contaré a detalle cómo fue la proeza —habló Egil, que tenía la cabeza del animal sobre su hombro.

—Fue una buena cacería —Halfdan le estrechó la mano a Egil.

—Yo no le doy la mano a asesinos impunes —Egil se dio la vuelta y se fue con el jarl Tore, dejando a Halfdan con la mano estirada.

Rorik vio tal feo gesto desde una corta distancia y se acercó a hablar con Halfdan.

—No les des importancia.

—¿Crees que me importan? —Halfdan resopló sonriendo—. Solo quise ser educado y confirmar lo que ya sabía. Yo ofrezco mi mano una vez; esta fue la primer y última vez que lo hago.

—Dejemos atrás a esas víboras y hablemos de mejores temas. Quiero hacerte una invitación a mi propiedad, Halfdan, para que conozcas Nordmøre, la tierra que pronto gobernaré. Como te dije, está a pocos kilómetros de Nidaros, así que el trayecto es muy corto —propuso Rorik—. Allí podemos hablar de una futura alianza entre nuestros condados. Y no solo como algo político, también espero que sea el comienzo de una buena amistad. Sé que tu esposa está en cinta; puede ir también, y la proveeré de todas las comodidades necesarias.

—Por supuesto que acepto la invitación, Rorik. Será un placer, y el sentir es mutuo —Halfdan lo estrujó del hombro—. Soy invitado del rey, así que tendré que hablar con él.

Rorik le asintió con la cabeza y partió. Desde la distancia, el rey Olaf vio la buena relación que había entre Halfdan y Rorik.

—Puedes que no te hayas amistado con el jarl Tore o el lendmann Egil, pero veo que te llevas bien con el hault Rorik —acercándole le comentó el rey—. Eso es bueno. Rorik es un astuto político y estoy seguro que llegará a ser uno de los hombres más influyentes de Noruega. Sigue así, Halfdan.

Sin más que decir, el rey Olaf partió y dejó a Halfdan ahí, viendo al decapitado jabalí. Orvar, Hjalmar y Hodur se acercaron.

—¿Está todo bien? —preguntó Orvar.

—Política, política y más política —resopló Halfdan—. No sabes las ganas que tengo de que ya estemos reunidos todos en Kristiansand. Con Ragnar sirviendo los tarros de la competencia de bebida, con Helgi cayéndose de borracho, con Pallig haciendo comentarios religiosos... contigo viendo cómo te comes toda la comida.

Orvar rio —Ahora mismo puedo comerme todo este jabalí, si quieres.

Tanto Halfdan como Hjalmar y Hodur rieron a más no poder.

III

Odense, Fionia, Dinamarca. Junio de 1079 d.C.

Era de mediodía; Ragnar, Thrugot, Sigurd y Helgi entraron en la ciudad de Odense acarreando los cuatro prisioneros. Desde que salieron del cuartel de los mercenarios en la madrugada no habían dormido nada en todo un día. Sin descansar se dirigieron a los calabozos para interrogarlos y allí dieron aviso para que informaran al jarl Håkon.

Los calabozos de Odense, que, a diferencia de los del poblado de Ør, eran bastante más grandes y alojaban a muchos más prisioneros en sus celdas, tenía un área cerrada exclusiva para interrogatorios. Solo el jarl o el capitán podían dar permiso para usar esa sala, por lo que los cuatro prisioneros fueron remitidos a una espaciosa celda.

Allí Ragnar y compañía esperaron la llegada del jarl o del capitán; ese tiempo lo aprovecharon para cerrar los ojos y echarse una incómoda siesta en las bancas del lugar. Al pasar un rato, tanto el jarl Håkon como el capitán Aren llegaron.

—Ragnar. Ya me han informado que trajiste cuatro prisioneros que están relacionados con el secuestro de Thorgunna —dijo el jarl Håkon, nada más llegar.

—Son mercenarios de una hermandad llamada Los Herederos de Thor. Ellos fueron los que secuestraron a Thorgunna —contó Ragnar—. No han hablado, y por ahora no sabemos si precisamente estos cuatro participaron en el secuestro, pues al parecer es una hermandad de mercenarios bastante grande y con varios cuarteles.

—¿Los Herederos de Thor? —el capitán Aren sospechó—. Conozco a esos mercenarios. Tienen actividad por toda Dinamarca; jamás pensé que fueran los obradores de este acto.

—Pido permiso para interrogarlos —dijo Ragnar—. Dada la experiencia que ya tuvimos con uno, sé que no hablarán con facilidad, así que tendré que usar métodos más prácticos.

—¿Tortura? —previó el jarl—. No soy partidario de tales técnicas salvajes. Así que el capitán Aren supervisará el interrogatorio.

—Ellos son unos salvajes, y no tenemos tiempo —replicó Ragnar.

—Es mi decisión. Puedes ser parte de esto o quedarte fuera; tú eliges —con contundencia habló el jarl Håkon; Ragnar no respondió, así que el jarl dijo—: Lo imaginé. El capitán Aren se queda a cargo; avísenme cuando hayan terminado.

El jarl partió y Sigurd se acercó a Ragnar quejándose.

—¿Puedes creerlo? Hicimos todo el trabajo de traerlos con vida y nos amenaza con excluarnos.

—Yo ya me cansé de discutir con mi hermano. Haré el interrogatorio con el capitán Aren y espero que todo salga bien.

—Tú los harías hablar en un pestaño —comentó Helgi—. En el bastión de Constantinopla te vi hacer hablar a uno de los traidores con tan solo mostrar los instrumentos de tortura.

—Pues aquí ni siquiera tenemos instrumentos de tortura —interfirió el capitán Aren—. ¿Empezamos ya?

Ragnar asintió.

—Traigan a uno de los prisioneros —ordenó el capitán.

Dos guardias trajeron de la celda a uno de los mercenarios. Era un hombre robusto, con una cicatriz en medio de su blanco ojo. Extendieron sus amarrados brazos y lo colgaron de una cadena que caía del techo.

—Con razón pudiste con él. Está medio ciego —burlándose dijo Helgi.

—Por lo menos yo sí pude dejarlo con vida —replicó Sigurd.

Thrugot calló: —¿Jamás dejan de molestarse el uno al otro?

Ambos se encogieron de hombros sin responder.

—¿Cómo vamos a proceder? —preguntó Ragnar.

—Tú haces las preguntas y yo presiono —respondió el capitán Aren.

Ragnar se acercó al mercenario y comenzó el interrogatorio.

—¿Tú formaste parte de la comitiva que secuestró a Thorgunna?

El mercenario no respondió. El capitán Aren le soltó un puñetazo en el costado.

—Responde.

El mercenario tensó la quijada. El capitán Aren le soltó otro puñetazo en el costado; esta vez con más fuerza. El mercenario pujó y se retorció, pero no abrió la boca para hablar. Ragnar continuó haciendo preguntas, y el mercenario, a pesar de que era golpeado por el capitán Aren, no habló.

—Si continuó golpeándolo, lo mataré —advirtió el capitán—. Traigan a otro.

El mancillado mercenario fue retirado de allí por los guardias y trajeron a otro de ellos; este era más delgado, de cabello corto y barba de candado. Lo colgaron de la cadena de la misma manera, con los brazos extendidos hacia arriba.

—Thorgunna. ¿Por qué la secuestraron? —preguntó Ragnar.

—¿Quién es Thorgunna? —este sí habló.

A pesar de hablar, fue golpeado por el capitán. El mercenario soltó una risa.

—Sabes perfectamente de quién hablo —dijo Ragnar.

—No, ni idea —respondió cínicamente.

El capitán Aren lo golpeó, pero esta vez en el rostro, haciendo que sangrara de los dientes. El mercenario rio y dijo:

—Puedes golpearme todo lo que quieras. Pero no hará que sepa quién es esa.

Tanto Ragnar como el capitán Aren se voltearon a ver.

—Llévenselo. Traigan a otro —ordenó el capitán.

Ragnar se cruzó de brazos y Thrugot comentó:

—Esto no está funcionando. No estamos presionando lo suficiente.

Los guardias trajeron al tercer prisionero. Este era calvo, pero con una abundante barba rojiza trenzada que le llegaba hasta el pecho. También fue colgado de la cadena con los brazos extendidos hacia arriba.

—Thorgunna. ¿Qué quieren de ella? ¿Por qué no han pedido rescate?

El mercenario abrió la boca, pero, en vez de hacerlo para hablar, usó sus dientes para apretar tan duro su lengua que se la cortó por la mitad; después la escupió. La ensangrentada lengua cayó entre los pies de Ragnar y el capitán Aren, los cuales miraron cómo el mercenario sangraba a chorros de la boca, dejando el piso empapado de rojo.

—¿Pero, ¿qué locura es esta?! —Thrugot se llevó las manos a la cabeza.

—Jamás había presenciado algo así —asombrado dijo el capitán Aren—. Parece ser que estos sujetos están muy comprometidos con su hermandad. No creo que hablen.

—Queda uno... o, mejor dicho, una —señaló Ragnar.

—Tal vez ella sea más blanda —comentó el capitán—. Me va a costar pegarle.

—Déjamela a mí —pidió Ragnar.

—¿Qué? Ya escuchaste las órdenes del jarl. No puedo dejarte hacer tus tácticas de tortura —negó el capitán.

—Si algo aprendí en Miklagård es que no siempre es necesario el dolor físico para sacar información. No usaré la tortura ni la violencia. Tienes mi palabra —prometió Ragnar—. Deben de dejarme a solas con ella.

El capitán Aren resopló con inconformidad —¿Puedo confiar en ti?

Ragnar afirmó con la cabeza.

—No hagas que me arrepiente —dijo el capitán, que después ordenó—: Llévense a este y traigan a la chica.

Los guardias retiraron al ensangrentado mercenario sin lengua y trajeron a la mujer de cabello rojo oscuro y ojos verdes, la cual, observó con temblor la sala llena de sangre; ella no sabía que su propio compañero se había arrancado la lengua, así que pensó que esa sangre había sido producto de la tortura. Ragnar pidió que a ella no la colgaran de los brazos, así que solo la sentaron en la silla con las manos amarradas. Todos salieron de la sala, y solo Ragnar y ella se quedaron ahí; antes de salir, Sigurd y Helgi miraron a Ragnar con complicidad, sabiendo que él era el mejor interrogador que conocían.

—¿Cuál es tu nombre? —calmadamente preguntó Ragnar.

La mujer volteó su cara y no respondió.

—¿Te vas a poner difícil con una pregunta tan sencilla y que no compromete en nada a tu hermandad?

La mujer miró hacia abajo, un charco de sangre estaba por debajo de sus botas.

—Alfhild —respondió.

—¿Tienes miedo, Alfhild? —preguntó Ragnar.

—No —negó—. ¿Debería tenerlo?

—Estás temblando.

—Hace frío —se excusó.

—Ya veo —Ragnar se recargó en la mesa y se cruzó de brazos—. No tengas miedo, Alfhild. No te torturaré.

—¿Es porque soy una mujer?

Ragnar negó sonriendo y contó:

—Serví en la Guardia Varega de Constantinopla, fui guardaespaldas personal del emperador y también el encargado de los interrogatorios. Verás, en Miklagård había muchos traidores, muchos altos mando que querían muerto al emperador, y uno de los trabajos de los varegos era capturar a estos traidores e interrogarlos con cualquier método que fuera necesario para hacerlos hablar. Yo me destacaba en esa función; habré interrogado a decenas de prisioneros, y vaya que los hacía hablar; en algunos casos hablaban en el momento y en otros me tardaba un poco más, pero siempre terminaban confesando. Usaba todo tipo de herramientas que se salen de la imaginación; es probable que aquí ni siquiera un herrero podría fabricar tales objetos si se lo pidiera; y cuando las usaba, ni en las peores pesadillas uno podría encarnar semejante sufrimiento. Pero ese no es el punto, con el tiempo aprendí a distinguir dos tipos de interrogados, los que requieren del dolor para hablar y los que no. Yo te veo y observo a alguien que no requiere sufrimiento para hablar.

Alfhild tragó saliva con nerviosismo. Ragnar era muy bueno en lo que hacía, pues, sin

infringir dolor físico, usaba su astucia para hacer un interrogatorio psicológico y que la interrogada hablara.

—¿Me quieres dar miedo para que hable? —preguntó, haciéndose la dura.

—¿Sabes quién tiene miedo? ¿Quién está asustada? —Ragnar se acercó a ella y la miró fijamente a los ojos—, mi hermana Thorgunna.

Alfhild apartó la mirada.

—Tu mirada no es de asesina, tus ojos te delatan —Ragnar continuó—. ¿Cómo terminaste con esos matones?

—Le debo la vida... o más bien le debía —respondió.

—¿Le debías?

—A Einar... y tú lo mataste —Alfhild con enfado le apuntó con el dedo.

—Yo no lo maté, él se clavó la punta de mi espada en su cuello; pero lo hecho, hecho está. Veo que le tenías aprecio. ¿Era algo tuyo? ¿Él te metió con esos mercenarios? —Ragnar hacía preguntas más personales para que ella se abriera al dialogo.

—Era como mi padre; él me enseñó todo lo que sé. Me protegía de cualquiera allí dentro —respondió—. Le debía mi vida porque me salvó cuando era una niña huérfana, con hambre y sin hogar. Einar me alimentó, me vistió y me entrenó; y cuando ya era una mujer abogó para que me aceptaran con la hermandad.

—Así que te protegía de cualquiera allí dentro... eso significa que alguien quiso hacerte algo —inquirió Ragnar.

—Uno que otro quiso pasarse de listo conmigo.

Ragnar la tenía justo donde quería.

—Eso significa que tu lealtad estaba con Einar y no con Los Herederos de Thor.

Alfhild pensó por un momento y después dijo: —Sé lo que estás haciendo.

—Sé una cosa —replicó Ragnar—. Einar pudo haber sido bueno contigo, pero no lo era con los demás. En Ør conocí a un viejo agobiado, Loke era su nombre; él me contó sobre el contrato para disputar la herencia de su yerno. Al parecer salió mal, ¿no es así? Einar sacó el cofre y fue cuando se quemó las manos, sus hombres masacraron a parte de la familia con el hacha y al resto los encerraron para que se asfixiaran dentro de la residencia. Ese era el verdadero Einar.

—Tenía sus fallos, como cualquier persona —excusó Alfhild.

—¿Tú fuiste parte de esa masacre?

—Estuve ahí, pero eso no significa que estuviera de acuerdo con la decisión —Alfhild bajó la mirada—. Intenté detenerlos, pero los hombres estaban ebrios de sangre. Einar me sacó de ahí a rastras o yo también hubiera sucumbido en las llamas. Afuera los reprimí, y solo recibí una bofetada. Jamás quise esto.

—¿Y por qué seguías con ellos?

—Por Einar, por mi deuda con él... además no tengo a dónde ir.

—No le debes ninguna lealtad a Los Herederos de Thor. Einar está muerto y tu deuda está saldada. Eres una mujer libre —señaló Ragnar.

—¿Lo soy?

—Lo serás si me dices lo que quiero saber. Necesito tu sinceridad.

Alfhild suspiró —No sabes cómo funciona la hermandad; la información solo la tienen los comandantes. Pero, si tengo tu palabra de que saldré de aquí ilesa y me das pasaje a Irlanda con algo de oro para empezar de cero, te contaré todo lo que sé.

—¿Por qué a Irlanda?

—Es lo más lejos que se me ocurre. Si Los Herederos de Thor se enteran que hablé, estoy

muerta —respondió—. ¿Tengo tu palabra?

—La tienes.

—Haz tus preguntas entonces.

Ragnar comenzó: —Thorgunna. ¿Tú estuviste en la partida que la secuestró?

—No. Solo fueron miembros de confianza; entre ellos estaba Einar.

—¿Te dijo por qué la secuestraron? ¿Alguien los contrató para eso? Nunca dieron condiciones ni pidieron un rescate.

—Einar no me contó mucho, tampoco porque no pregunté; solo sé que su secuestro tenía que ver con algo personal hacia tu familia entera. Después de secuestrarla, trajeron a Thorgunna al cuartel que está cerca de Ør, que es el único que hay en Fionia; allí estuvo tres días. Después se la llevaron, seguramente al cuartel principal.

—¿Cuántos cuarteles hay?

—Que yo sepa son tres. El de Ør, que fue en el que siempre estuve, y otros dos que no sé dónde están, pues nunca fui. Solo puedo decirte que muchas veces escuché a Einar hablar sobre el cuartel principal; decía que estaba construido sobre una isla y que sus murallas eran infranqueables.

—¿Cuántos comandantes son?

—Tres también, uno por cada cuartel. Einar era uno, el otro se llama Harekr el Gigante; el tercero es el comandante general y fundador de Los Herederos de Thor, su nombre es Njál el Huérfano.

—Supongo que él está en la fortaleza infranqueable de la isla que dices, donde seguro tienen a Thorgunna —indagó Ragnar.

Alfhild asintió.

—Tu información es útil, pero tengo mucho que pensar. Con esto no estoy más cerca de encontrar a Thorgunna, pero tengo varias pistas para investigar.

—Tienes que saber algo más —dijo Alfhild.

Ragnar prestó atención.

—Hace unos días escuché hablar a Einar sobre una emboscada importante que hay planeada en el estrecho de Storebælt. Tiene que ver con otro miembro de tu familia, un tal Bjorn que viene de ver al rey o algo así.

—¿Qué dices? —Ragnar abrió los ojos—, tengo que irme.

—¿Qué hay de mi libertad?

—Si lo que dices es cierto, no tengo tiempo que perder —respondió Ragnar—. Darte el pasaje a Irlanda y el oro que necesitas me llevará unos días. Lo tendrás cuando regrese; lo prometo.

Ragnar salió de la habitación con rapidez, y enseguida todos se le acercaron para averiguar que había descubierto.

—Te tardaste un buen rato ahí dentro. No escuché ningún grito así que imaginé que estaba hablando por voluntad propia —dijo el capitán Aren.

—Bjorn y Agne. ¿Cuándo regresan? —preguntó Ragnar, sin atender otro tema.

El capitán Aren respondió extrañado: —Me parece que mañana temprano. Así que su barco debió zarpar hoy de Roskilde.

—Los mercenarios los van a emboscar en el estrecho de Storebælt. Tenemos que darnos prisa. El capitán se puso perplejo —Vayamos con el jarl, de inmediato.

Ragnar, el capitán Aren, Sigurd, Helgi y Thrugot salieron de los calabozos y se dirigieron con prisa a la residencia del jarl. En el camino, Thrugot se acercó a Ragnar y le preguntó con

preocupación.

—¿Qué hay de Thorgunna? ¿Dijo algo de su paradero?

—No sabía mucho, pero la tuvieron unos días en el cuartel al que fuimos; luego la trasladaron a otro, al parecer al principal —respondió Ragnar.

—Eso no nos dice mucho.

—Lo sé —Ragnar entendió la inquietud de Thrugot—. Ahora resolvamos el problema de Bjorn, y veamos si podemos capturar a alguno de sus altos mandos.

Una vez que llegaron a la residencia del jarl, se dirigieron a los aposentos interiores; ya era bastante tarde, y el jarl Håkon salió de su habitación medio adormilado.

—Es tan urgente que no puede esperar a mañana —dijo bostezando.

—Van tras Bjorn y Agne —al grano informó Ragnar.

—¿¿Qué?! —sorprendido exclamó el jarl—, ¿te lo dijeron los prisioneros?

—La prisionera en realidad; no sabía mucho, pues el modo de operar de estos mercenarios es algo confidencial que mantienen entre los comandantes, pero ella era cercana a uno de ellos. Me contó que hay una situación personal en contra de nuestra familia, es por ello que no pidieron rescate por Thorgunna. Y ahora van tras Bjorn y Agne —explicó Ragnar.

—¿Y tú le crees? —sospechó el jarl—, ¿no será una trampa?

—La lógica me dicta que no. Para empezar, saben con certeza que Bjorn y Agne están en camino, cosa que solo sabes tú y unos pocos aquí, por lo que podrían tener informantes en Roskilde —argumentó Ragnar—. Y aparte de eso, todo ha empezado a tener sentido para mí. Siempre tuve la duda del por qué habían dejado vivo a Thrugot; al principio pensé que era para que pagara el rescate, pero nunca hubo condiciones. Y ahora, al revelarme que este asunto tiene que ver con algo personal hacia nuestra familia, sé que lo dejaron vivo porque sabían que él iba a ir por mí y así tenernos a todos reunidos en un solo lugar. Están buscando nuestras vulnerabilidades para atacarnos; y es lógico. Yo en Noruega, rodeado de varegos, soy intocable. También tú Håkon, aquí estás rodeado de tus hombres, no pueden venir por ti. Así que empezaron con el miembro más débil, nuestra hermana, que vive en su residencia en el campo con su esposo y pocos hombres protectores. Van por todos nosotros, y ahora aprovecharán la oportunidad de que Bjorn y Agne vienen de Roskilde para emboscarlos.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué tienen contra nuestra familia? —sin parar preguntó el jarl—, ¿qué les hicimos?

—Eso es lo que quiero averiguar —respondió Ragnar—. Tenemos que movernos rápido si queremos salvar a Bjorn y Agne. Necesito un barco y algunos hombres.

—El capitán Aren irá contigo —anunció el jarl Håkon.

—Mi jarl —intervino el capitán Aren—. Con todo lo que sabemos, no puedo dejarlo aquí solo. Estos rufianes vienen tras su familia. Tengo que resguardar su puerta, y mis mejores hombres resguardarán la de su hija Gunhilda.

—Ire con Thrugot, Sigurd y Helgi. Solo necesitaré veinte buenos hombres y un barco rápido —pidió Ragnar.

—Llévate mi drakkar, es el más rápido de estos mares —señaló el jarl—. El capitán Aren te dará treinta hombres.

—Vamos, Ragnar. No hay tiempo que perder —dijo el capitán Aren.

Antes de que salieran, el jarl Håkon se dirigió a Ragnar.

—Tráelos con vida.

Ragnar le asintió con la cabeza y salió junto al capitán Aren; detrás iban Thrugot, Sigurd y Helgi.

Estrecho de Storebælt, Dinamarca. Junio de 1079 d.C.

El drakkar que capitaneaba Ragnar cruzó el fiordo de Odense hasta introducirse en el estrecho de Storebælt, un canal de mar que separaba las islas de Fionia en el oeste y Selandia en el este. Era ya casi de madrugada, por lo que la visión al exterior del barco era prácticamente nula y todo el alrededor era oscuridad absoluta.

—Parece que el mar te va a tragar con esta oscuridad —comentó Thrugot.

—Va a ser imposible verlos —dijo Sigurd.

—Solo hay una ruta marítima para llegar a Roskilde y es esta —replicó Ragnar desde la proa—. Tenemos que dar con ellos.

—Allá, a lo lejos se ven unas luces —apuntó Helgi.

Ragnar rápidamente fijó su mirada —Esa no es la costa. Son luces en el mar... antorchas en un barco. ¡Remen hacia allá! —ordenó.

Los treinta hombres remaron con fuerza y rapidez hacia las luces; a medida que se acercaban, gritos de batalla y choque de espadas se apreciaron ante el silencio nocturno.

—Están bajo ataque —advirtió Sigurd.

—¡Vamos por ellos! —Ragnar desenvainó su espada Høfuð y la apuntó hacia los barcos enemigos.

En la oscuridad del mar había un pequeño barco que había sido interceptado por otros dos más grandes, uno por el frente y otro por detrás; en medio se libraba una batalla. Los mercenarios enemigos los tenían rodeados, así que la batalla se decantaba para ellos. Sin embargo, una brecha se abrió en su retaguardia; cuando los mercenarios voltearon, vieron un rápido drakkar que embistió uno de sus buques, dejándolo inutilizable.

Ragnar, Thrugot, Sigurd, Helgi, acompañados de los treinta guerreros, saltaron de un barco a otro y sorprendieron la retaguardia enemiga. Las fuerzas se habían equilibrado. Ragnar y sus hombres se abrieron paso a golpe de espada y hacha; los mercenarios enemigos sucumbieron ante sus ataques, haciendo que la sangre emanara por la cubierta del barco, e inclusive, con la fuerza de la acometida de los escudos, algunos cayeron en las oscuras aguas.

—¡Protejan a los supervivientes! —ordenó Ragnar.

Los guerreros formaron un muro de escudos en medio de los pocos hombres que estaban con vida, entre ellos, Bjorn y Agne.

—Ragnar, ¿qué haces aquí? —Bjorn, que se defendía como podía, preguntó sorprendido. Bjorn era un hombre corpulento que rondaba los cincuenta años, de cabello rojizo, pero ya canoso.

—Salvándote el trasero —respondió Ragnar.

Bjorn rio a carcajadas mientras clavaba su espada en el pecho de un enemigo.

—Tío Ragnar. Llegas en el momento oportuno —blandiendo su largo mandoble habló Agne, que era un fuerte guerrero pocos años menor que Ragnar. Era muy parecido a su padre Håkon; su cabello era rubio, largo de arriba y rapado de los costados; su barba tupida tenía dos trenzas con horquillas de oro.

—¿Cómo sabías que nos atacarían estos piratas, Ragnar? —preguntó Bjorn—, porque no es casualidad que estés aquí. No creo que justo en este momento estuvieras de camino a Roskilde.

—No son piratas —Ragnar respondió evadiendo un ataque enemigo y contratándolo—. Son mercenarios, Los Herederos de Thor. Ellos secuestraron a Thorgunna; vienen por todos nosotros.

—¡Malditos! —bufó Bjorn—, ahora sí que estoy furioso.

Bjorn alzó su espada y le dio muerte a dos mercenarios que tenía enfrente.

El ataque sorpresivo de los hombres de Ragnar había hecho bien su trabajo dispersando a los mercenarios en dos bloques; el muro de escudos que protegió a los sobrevivientes fue eficaz. Thrugot, Sigurd y Helgi mantuvieron la posición junto a los demás hombres, mientras que Ragnar, Bjorn y Agne resguardaron a los pocos supervivientes del barco.

—Se están retirando —anunció Agne.

Los hombres dieron un grito de júbilo, sin embargo, en ese momento, los escudos de una parte de la formación volaron por los aires y sus portadores o cayeron al suelo o cayeron por la borda, pues una enorme hacha danesa barrió con todos ellos, y de entre la oscuridad, un pertrechado guerrero, que medía más de dos metros, atacó tanto a Ragnar como a Bjorn y Agne; su armadura era de acero con bordes de cuero en los que sobresalía un pelaje gris; su yelmo era cerrado y no se le veía el rostro, pero una espesa y larga barba grisácea le brotaba al exterior; sus brazos eran grandes y fuertes, y el hacha que portaba pesaba lo de un hombre completo. Detrás de él salieron un puñado de mercenarios más, pero estos estaban mejor armados; parecían ser tropas de élite.

—¿Quién es ese monstruo? —Agne abrió los ojos de la impresión—, nunca había visto un hombre tan grande.

Ragnar, Bjorn y Agne enfrentaron al enorme guerrero; mientras que Thrugot, Sigurd y Helgi, junto con el resto de los hombres, mantenían a raya a esas tropas enemigas especiales.

La enorme hacha del gigantesco mercenario pasó entre los tres y se clavó en la madera de la cubierta, cuando la sacó con fuerza, todo el piso quedó astillado; allá donde su devastadora hacha contactaba, lo rompía todo. Ragnar y Agne lo atacaron en conjunto con sus espadas, pero su armadura era tan gruesa que apenas y le hicieron algo.

El formidable mercenario le soltó una patada frontal a Agne, el cual azotó de espaldas contra la borda del barco. Después Ragnar lo atacó, evadió el primer hachazo y, cuando quiso estocarlo con su espada, el gigantesco hombre detuvo el golpe con su hombrera, para después agarrar con su brazo la mano de Ragnar que sostenía su espada y proseguir a arrojarlo con fuerza contra el mástil.

Bjorn aprovechó que el enorme guerrero enemigo estaba volteado y lo atacó por sorpresa, pero al saltar sobre él, el mercenario giró su hacha y clavó la ancha hoja en el pecho de Bjorn, donde estaban sus protecciones de cuero.

—¡Bjorn! —gritó Ragnar, que apenas se levantaba.

El gigantesco enemigo volteó a sus costados, y, viendo que la batalla estaba perdida, saltó hacia su barco junto con algunos de sus tropas especiales; una vez allí, cortó las ataduras y liberó su barco que estaba anclado al otro. Cuando el barco se alejaba entre las oscuras aguas, clamó a los cielos:

—¡Ragnar el Jomsvikingo! Si quieres volver a ver a Thorgunna con vida, ven a enfrentarme al antiguo Bastión de Ivar Vidfamne.

Viendo al barco enemigo desaparecer en las aguas nocturnas, Ragnar escuchó el desafío con claridad mientras sujetaba al herido Bjorn en el suelo. Agne y Thrugot corrieron hacia él para asistirlo.

A pesar de que la hoja del hacha golpeó las protecciones de cuero, el golpe fue tan fuerte y la hoja estaba tan filosa que perforó el grueso cuero de la armadura e impactó en el esternón de

Bjorn, el cual sangraba por la boca y por su herida del pecho; apenas y podía hablar y respirar. Agne le sujetó la cabeza y Thrugot trató de vendar la herida.

—Tenemos que regresar de inmediato a Odense. Necesita ser atendido urgentemente — comentó Sigurd.

—Carguémoslo —ordenó Ragnar—. Todos al drakkar, de prisa.

Bjorn fue elevado sobre un escudo que sirvió como camilla que cargaron entre Ragnar, Thrugot, Sigurd y Helgi en sus hombros. El resto de los hombres se acomodó en el drakkar y remaron velozmente con las fuerzas que les quedaban de regreso a Odense.

MEMORIAS DE VAGN III

I

Jomsborg, Isla de Wolin, Pomerania. Finales del siglo X.

Pocos meses habían pasado desde la muerte de Palnatoke y ya su ausencia se hacía notar en la fortaleza de Jomsborg. Aunque las antiguas reglas disciplinarias de la hermandad se mantenían, el mando de Sigvaldi como Comandante General y Gran Maestro de los Jomsvikings no tenía el puño de hierro de Palnatoke, y la obediencia dentro de los muros comenzaba a deteriorarse.

A pesar de que las mujeres no eran permitidas en la fortaleza, éstas iban y venían durante las noches para satisfacer las necesidades de los guerreros; también los hombres se ausentaban de la ciudad por más tiempo del que era permitido. De igual modo, cada cierto tiempo se infringían altercados entre los guerreros; peleas tontas dejaban algunos heridos, y, en contadas ocasiones, disputas más fuertes llegaron a dejar asesinatos aislados. Todas estas faltas disciplinarias hubieran sido impensables mientras Palnatoke estaba con vida.

Estaba anocheciendo y yo, que venía del patio de entrenamiento, escuché gritos provenientes de la taberna, al parecer había un tumulto y dos guerreros se estaban peleando a puño limpio; yo, al ser capitán, debía imponer el orden en la fortaleza, así que me dirigí hacia allí para separarlos.

Los dos hombres, rodeados de un grupo de guerreros que los incitaban a continuar peleando, se golpeaban y azotaban contra las paredes; en ese momento llegué yo, que, a pesar de ser años menor que esos guerreros, me interpuse en la contienda y golpeé a uno, para después, evadir el ataque de otro y contraatacarlo con un golpe en el mentón. El otro guerrero quiso levantarse, pero le solté un rodillazo en el estómago, dejándolo en el suelo.

—Si alguien tiene un problema con otro miembro de la hermandad y quiere pelearse con él, van a tener que pelear conmigo primero —los reprendí—. ¿De acuerdo?

El silencio fue absoluto; el círculo de hombres que incitaban la pelea calló, y los dos golpeados hombres se levantaron agitados y ensangrentados; ambos asintieron con la cabeza. Después hice que se dieran la mano.

Una vez que salí de ahí, Bjorn el Galés estaba afuera recargado en un poste, viéndome con admiración y orgullo.

—Los guerreros comienzan a respetarte —me dijo.

—De nada servirá si este lugar se convierte en una anarquía —respondí—. Desde que Sigvaldi asumió el mando, el número de incidencias e indisciplinas se ha triplicado.

—Sabíamos que esto podría pasar; pero ya resolveremos eso después. Tenemos una enmienda —informó Bjorn.

—¿De qué se trata?

—El jarl de Lade, Haakon Sigurdsson de Noruega, ha citado a los comandantes de los Jomsvikings. No sabemos el motivo, pero es una invitación personal, así que debemos de acudir.

—¿Haakon Jarl? —me sorprendí—, es uno de los gobernantes más importantes de Noruega.

—Desde la muerte del rey Harald Eiriksson, prácticamente Haakon Jarl, sin ser rey, gobierna Noruega; así que es importante que vayamos a ver qué motivos tiene —explicó Bjorn—. El círculo interno parte mañana con la primera luz del sol, para que estés preparado.

Yo le asentí con la cabeza.

Melhus, Noruega. Finales del siglo X.

Haakon Sigurdsson era el Jarl de Lade, una región al norte de Noruega; los Jarls de Lade, que siempre afirmaron ser descendientes del mismo Odín, fueron una de las dinastías gobernantes más poderosas de Noruega. Haakon se convirtió en jarl después de que su padre fuera asesinado por los hombres del rey Harald Eiriksson. Durante algún tiempo luchó contra el rey Harald, pero se vio obligado a huir a Dinamarca, donde conspiró para el asesinato del rey.

Cuando el rey Harald falleció, Haakon gobernó Noruega como regente y vasallo del reino de Dinamarca, aunque poco tiempo después, por cuestiones religiosas según cuentan, Haakon Jarl rompió relaciones con el rey Sveinn Barba Partida y gobernó Noruega con total independencia.

Nuestro barco había desembarcado en Melhus, donde Haakon tenía su residencia. Sus hombres nos recibieron en el puerto y nos trasladaron hacia su salón. Sigvaldi, Thorkell el Alto, mis tíos Búi y Sigurd, además de Bjorn el Galés y yo, entramos en su residencia y fuimos bienvenidos con un espléndido banquete en la mesa.

Haakon Jarl nos recibió cálidamente a todos, pero en especial abrazó a Sigvaldi y a Thorkell, a quienes parecía conocer más. Haakon era un hombre fuerte, de cabello y barba larga; vestía una fina túnica azulada con bordes de seda. Iba acompañado de su esposa, una mujer de gran belleza, además de sus tres hijos.

—Sigvaldi, Thorkell. Hace tiempo no los veía —dijo Haakon—. ¿Cómo está su padre? El viejo Strut-Harald.

—Tú lo has dicho, viejo. Aún está con vida, pero soy realista en cuanto a su edad avanzada —con frialdad respondió Sigvaldi.

—Frío y astuto. Ese es el Sigvaldi que conozco —comentó Haakon Jarl—. ¿Conoces a mi esposa Tora? —presentó.

—Solo por la fama de su belleza. Un placer —saludó Sigvaldi.

—Y estos son mis hijos —apuntó Haakon—. Eirík, Sven y la pequeña Aud.

Eirík era muy parecido a su padre, tenía porte de guerrero y era unos diez años mayor que yo; Sven era algo menor que él, como de mi edad, y Aud era todavía una niña.

—Eirík y Sven son fuertes como su padre, y Aud bella como su madre —comentó Sigvaldi, que se le daba bien dar halagos.

—Eirík es un buen guerrero, ya ha hecho varias incursiones con éxito, y su hermano menor lo sigue de cerca —señaló Haakon—. Y qué me dices de tus hombres, ¿todos ellos son comandantes de los Jomsvikings?

—Lo son. Él es Búi el Fuerte y su hermano Sigurd Kápa, hijos del Jarl Vesete de Bornholm; y él es Bjorn el Galés —presentó Sigvaldi, que, intencionadamente, omitió presentarme.

—Ah de todos he escuchado hablar. Muy buenos guerreros —comentó Haakon Jarl, que volteó a verme—. ¿Y este muchacho quién es?

—Él es Vagn Åkesson, nieto del fallecido Palnatoke —forzadamente me presentó Sigvaldi.

—Oh, lamentable el deceso del gran Palnatoke, un buen hombre que mantenía en alto la verdadera fe, la de nuestros ancestros —dijo Haakon, que después me habló a mí—. Y dime Vagn, ¿qué rango ocupas dentro de los prestigiosos jomsvikings?

—Soy capitán —le respondí.

—¿Capitán a tu corta edad? —Haakon se sorprendió—, debes de ser un hábil guerrero.

—Lo soy —respondí tajantemente.

Haakon río —Dicen que la arrogancia y la juventud van de la mano. Espero que algún día luchemos codo con codo y así comprobar que tus palabras correspondan con tu habilidad en batalla.

En ese momento, Haakon Jarl nos iba a invitar a sentarnos en la mesa cuando un hombre robusto entró por la puerta; por detrás de él iba una muchacha joven, como de mi edad.

—¿Iban a empezar sin mí? —habló el hombre, haciendo un escándalo.

—Thorkel Leira —Haakon lo saludó con afecto—. Pensé que no llegarías.

—Tuve un pequeño retraso —se excusó.

—Él es Thorkel Leira, caudillo de Viken y aliado mío —presentó Haakon—. Nos va a acompañar en la cena.

—Ingeborg, hija. Ayuda a servir las bebidas —Thorkel le dijo a su hija, que era la muchacha con la que venía.

Cuando ella pasó por mi lado quedé maravillado, pues nunca había visto a una mujer tan hermosa; no sé si eran sus rubios cabellos, sus ojos grandes y azules o sus rosadas mejillas, pero, mi reacción fue tan obvia, que Bjorn me dio un ligero golpe en el costado para que desviara la mirada. Afortunadamente su padre no llegó a darse cuenta.

—Cenemos —anunció Haakon Jarl—. Y ahí hablemos de cuestiones más importantes.

Todos nos sentamos en la larga mesa, con Haakon Jarl a la cabeza. El cerdo asado se veía delicioso y nos sirvieron una porción a cada uno. La hija de Thorkel Leira, Ingeborg, sirvió el hidromiel a cada quien, y cuando llegó conmigo nos miramos fijamente a los ojos; ella se puso un poco nerviosa y llenó de más mi tarro, provocando que se desbordara un poco y mojara mi manga.

—Una disculpa —me dijo apenada.

—No te disculpes, es solo hidromiel —le dije, pero sin dejarla de ver a los ojos.

Ella sonrió y ruborizada se retiró.

—Yo también tuve tu edad, Vagn —de cerca me habló Bjorn—. Pero este no es el lugar ni el momento.

Yo me enderecé y puse atención a las palabras de Sigvaldi, que comenzó a hablar:

—La comida es exquisita, jarl Haakon, pero no creo que nos haya invitado aquí para hablar de su buen cerdo asado. ¿Acaso tiene un contrato importante para los Jomsvikings?

—Eres directo, como un líder debe ser —señaló Haakon, que después reveló sus intenciones —: He oído rumores de un tal Olaf Tryggvason que podría ser el hijo de Tryggve Olafsson, antiguo rey de Viken y descendiente del mismísimo Harald Cabellera Hermosa, el primer rey de Noruega.

Sigvaldi sonrió, y anticipando la situación, intervino: —Y crees que este Olaf podría reivindicar su linaje y reclamar el trono de Noruega, ¿no es así?

—No quiero especular todavía. Solo estoy tanteando el terreno —respondió Haakon.

—¿Es un buen guerrero? —preguntó mi tío Búi.

—Estuvo vagando en Garðaríki con los Rus de Nóvgorod, y después estuvo al servicio del Gran Príncipe de Kiev Vladimiro; sabemos que esos varegos forman buenos guerreros. Tras

regresar, se dedicó al saqueo por Austmarr; y en esas andanzas terminó casándose con Geira, la hija menor del rey Burisleif de los Wendos, el cual Sigvaldi conoce bastante bien —le apuntó Haakon.

—Es mi suegro, sí, pero no tenía idea de que su hija menor se había casado con este tal Olaf —refutó Sigvaldi.

—Tiene poco de eso, pero da igual. Lo que importa es que este Olaf es bueno para relacionarse y ha escalado bastante rápido; inclusive, me dijeron que combatió en el ejército del emperador germánico Otón, al cual yo mismo me enfrenté cuando querían imponernos el cristianismo —contó Haakon.

—¿Entonces quieres que nos encarguemos de este Olaf? —Sigvaldi fue al grano.

—Me han llegado informes de que Olaf ha estado contratando mercenarios y hombres diestros con la espada, por lo que es probable que, por su fama, los llegue a contactar a ustedes. Lo que quiero es que, si eso llega a pasar, recuerden que cualquier suma que él ofrezca, yo la doblaré —reveló Haakon Jarl—. Puede que él esté contratando hombres solo para el saqueo, o puede que no. Quiero estar preparado para lo que sea.

—Cualquier suma que él ofrezca por nuestros servicios, ¿tú la doblarás? —Sigvaldi sonrió levantando su cuerno—. Me agrada esa propuesta.

—¡Skål! —alzando su tarro brindó Haakon.

Todos brindamos y bebimos hasta no dejar ni una gota. Después de recuperar el aire, el Jarl Haakon volvió a hablar:

—Ahora que nos entendemos, ¿cómo está tú relación con el rey Sveinn de Dinamarca?

—A veces bien y a veces mal, pero es mi primo, mi familia. Aunque peleemos, siempre llegaremos a un acuerdo —respondió Sigvaldi—. ¿Por qué lo preguntas?

—Creo que sabes la respuesta.

Sigvaldi entrecerró los ojos —Desde que cortaste la alianza con mi tío, el fallecido rey Harald Blåtand, porque quería imponerte el cristianismo, has gobernado Noruega sin depender de Dinamarca, pero temes que eso llegue a su fin.

—Sé que tu primo, el rey Sveinn, tiene sed de conquista, y sus ojos están puestos en Noruega. Quiere que vuelva a ser un reino vasallo de Dinamarca, imponernos el cristianismo y que abandonemos nuestra antigua fe nórdica. Eso no lo voy a permitir —Haakon cerró el puño.

—Pues eso es entre tú y Sveinn —aclaró Sigvaldi—. Ni yo ni los Jomsvikings tenemos algo que ver con eso.

—Lo sé, lo sé. Los Jomsvikings fueron fundados en bases sólidas a la creencia de los antiguos dioses, nosotros compartimos religión y somos más cercanos de lo que puedes ser con Dinamarca y el dios cristiano. Así que vuelvo a hacerte la misma propuesta; cualquier suma que Sveinn te dé para enfrentarme, yo la doblaré —recalcó Haakon Jarl.

—Salen ganando los Jomsvikings. Sería un tonto si la rechazara —Sigvaldi volvió a alzar su cuerno.

Haakon Jarl volvió a brindar y dijo: —Con todos los temas aclarados, que empiece la diversión. Continuemos bebiendo y disfrutando de la noche. ¡Qué suene la música!

La noche transcurrió aménamente, buena música sonó y la bebida nunca faltó en nuestros tarros. Todos estaban separados y divirtiéndose a su manera; Sigvaldi y su hermano Thorkell el Alto reían y contaban historias de batallas junto a Haakon Jarl y Thorkel Leira; mis tíos Búi y Sigurd bebían con algunas doncellas de rudo aspecto; por su parte, mi tutor Bjorn el Galés estaba ebrio y roncando en una esquina. En mi caso, yo me hallaba recargado en un decorado pilar de madera bebiendo tranquilamente de mi cuerno, bebía mientras veía a la bella Ingeborg danzar

con la música.

—Es muy hermosa, ¿no es así? —Eirík, el hijo de Haakon Jarl, se interpuso en mi mirada.

—Sí, lo es —yo rápidamente miré hacia otro lado.

—Tranquilo —Eirík rio y me tomó del hombro—. No es mi mujer ni tampoco la deseo.

—¿Está con alguien? —le pregunté.

Eirík negó.

—Es extraño. Una joven mujer así de bella siempre tiene a alguien —dudé.

—Ya te digo yo que no es así. Su padre es muy sobreprotector con ella. A todos sus pretendientes los ha hecho volar —comentó Eirík.

—¿Cómo es eso?

—Thorkel quiere que su hija se case con un gran guerrero que sea capaz de derrotarlo en un duelo —contó Eirík—. Al parecer ninguno ha estado a su altura.

—Ya veo —me entrecrucé de brazos.

—Conozco bien a Thorkel. Hemos luchado juntos codo con codo —me dijo—. Si quieres puedo decirle que te deje conocer a su hija.

—¿Por qué harías eso? —extrañado pregunté.

—¿Es verdad lo que se dice? —Eirík me miró—. ¿Tú venciste en un holmgang a Sigvaldi cuando apenas tenías doce años?

—Fue más como un empate... pero supongo que sí —le respondí.

—Siempre es bueno tener a un buen guerrero como aliado; es por eso que te ayudaré. Espero algún día compartamos campo de batalla —sonriendo me dio un golpecito en el brazo y partió.

Yo me quedé un poco paralizado.

No volví a ver a Eirík en toda la noche hasta el día siguiente, cuando nos embarcamos de regreso. En los muelles se despidió de mí guiñándome el ojo. El barco zarpó y lo único que escuché fue a mi tío Búi decir:

—Fue un buen negocio para los Jomsvikings.

Sin embargo, Sigvaldi estaba un poco serio, muy diferente a cómo lo estaba durante el festejo de anoche; era como si algo le preocupara, como si no estuviera del todo conforme con el trato que acababa de hacer.

Roskilde, Dinamarca. Finales del siglo X.

Al regresar a la fortaleza de Jomsborg, pocos días estuvimos ahí. Pues un urgente mensaje había recibido Sigvaldi y Thorkell el Alto: su padre Strut-Harald había fallecido. El mensaje había sido enviado por el rey Sveinn Barba Partida, sobrino de Strut-Harald y primo de Sigvaldi y Thorkell, en el que decía que había trasladado el cuerpo de Strut-Harald desde Escania hasta Roskilde, la capital del reino danés, para hacerle los ritos funerarios oportunos; por lo que requerían la presencia de sus dos hijos mayores.

Entonces Sigvaldi convocó al círculo interno de los Jomsvikings y nos hizo acompañarlo al funeral de su padre. Zarpamos de Jomsborg hasta llegar a Roskilde, la capital del reino; yo no la conocía, pero todos hablaban muy bien de esa ciudad, que se decía tenía un buen sistema administrativo.

Al desembarcar en Roskilde allí estaba Hemming, el hermano menor de Sigvaldi y Thorkell,

el cual todavía era un niño; a un lado de él se encontraba Ástrid, la esposa de Sigvaldi, que lo recibió abrazándolo con pena. También le dieron las condolencias a Thorkell el Alto, que se acercó y abrazó con afecto a su pequeño hermano.

Por detrás de ellos había algunos nobles de la corte y otros invitados, y parado en medio estaba el rey Sveinn, el cual yo nunca había visto en persona, pero vaya que le quedaba su sobrenombre Barba Partida, pues estaba entrelazada en dos gruesas trenzas que colgaban hasta su pecho. El rey Sveinn tenía una presencia diferente a la de cualquier otro gobernante que haya conocido; imponía bastante con el simple hecho de estar parado. Todos nos acercamos hacia el rey y nos inclinamos ante él.

—Su alteza —dijo Sigvaldi.

—Levántate, pariente mío —Sveinn lo abrazó—. Strut-Harald fue un gran hombre. Estaba en Jelling cuando me enteré, y rápidamente hice trasladar su cuerpo a Roskilde, donde descansará con su familia; junto a mi padre Harald y al abuelo Gorm.

—Gracias, su majestad —agachando la cabeza correspondió Sigvaldi.

El rey Sveinn caminó y nos dijo: —Vayamos a la ceremonia.

Tanto nosotros como los demás invitados y nobles presenciábamos el rito funerario, en donde los familiares de Strut-Harald le brindaron respetos. El cuerpo de Strut-Harald reposaba sobre una base de madera con forma de drakkar que estaba afuera de la cripta familiar del rey Sveinn, un linaje ancestral que se decía se remontaba hasta Sigurd Ojo de Serpiente, el hijo menor del legendario rey Ragnar Lodbrók.

Todos hicimos el honor de honrarlo, inclusive mis tíos Búi y Sigurd, los cuales habían tenido conflictos con él en el pasado. Después de la ceremonia, y que casi todos abandonaran la cripta para dirigirse al banquete del salón del rey, solo quedaron allí viendo el cuerpo de Strut-Harald tanto Sigvaldi como el propio rey Sveinn. Yo ya me estaba retirando, pero alcancé a escuchar lo que se dijeron antes de salir.

—Supe que estuviste en Noruega, en la corte de Haakon Jarl —le dijo el rey Sveinn.

—Los chismes viajan rápido —contestó Sigvaldi.

—Espero no te hayas amistado con él —señaló Sveinn.

—¿Quieres que Noruega vuelva a ser un reino vasallo de Dinamarca? —preguntó Sigvaldi.

—Noruega, Suecia, e inclusive, Inglaterra. Quiero que todos sean reinos vasallos de Dinamarca.

—Es grande tu ambición —apuntó Sigvaldi.

—¿Y la tuya no? —Sveinn entrecerró los ojos—. Recuerdo lo que decíamos cuando éramos jóvenes. Yo quería tomar Inglaterra y tú Noruega. ¿Acaso has renunciado a ese sueño?

—No tengo los recursos para hacerlo —replicó Sigvaldi.

—Yo puedo dártelos —el rey Sveinn sonrió—. Vamos, los invitados nos esperan en el salón.

Sigvaldi se quedó con el rostro perplejo; pude notar su incertidumbre a la distancia.

Al salir, me dirigí al salón del rey, en donde esperaban la llegada del monarca para dar comienzo al banquete y que la bebida rodara por las mesas. Una vez que Sveinn y Sigvaldi aparecieron, el festín dio comienzo y todos brindamos en memoria de Strut-Harald. La cerveza que nos sirvieron era oscura como la noche, y su sabor era tan fuerte que de un solo sorbo ya te dejaba mareado.

No sé si habrá sido intención del rey Sveinn, pero, cuando ya todos llevábamos unos cuantos

tarros de esa cerveza y estábamos hablando de más, nos propuso un juego de juramentos, los cuales eran populares entre la nobleza y los grandes clanes familiares para aumentar la reputación. Sin embargo, no era un mero juego que se tomara a la ligera, pues quien juraba, debía cumplirlo o su reputación quedaría manchada.

Todos nos sentamos en la mesa del rey agarrando con fuerza nuestros cuernos llenos de cerveza, y con él propio rey Sveinn a la cabeza, iniciamos el juego de los juramentos.

—Dado que ustedes los Jomsvikings son famosos en todo el mundo, los juramentos que han de hacer deberán superar a todos los demás. Yo comenzaré —indicó el rey Sveinn—. Juro que antes de que pasen tres años, arrebataré a Etelredo, rey de Inglaterra, todo su reino, y tomaré posesión de todos sus dominios —hizo su voto levantando su cuerno, y dirigió su mirada a Sigvaldi—. Ahora es tu turno, Sigvaldi; ambos tenemos sueños similares. Que tu juramento sea tan ambicioso como el mío.

—Juro que antes de que pasen tres años saquearé Noruega con cuantos hombres pueda convocar, y echaré al jarl Haakon de sus tierras. De lo contrario, mi cuerpo sin vida permanecerá en Noruega —Sigvaldi hizo su juramento levantando su cuerno.

Todos nos volteamos a ver con extrañez y sorpresa, pues hacía escasas semanas que Sigvaldi había acordado un trato con Haakon Jarl, y ahora había jurado que tomaría sus tierras. El rey Sveinn sonrió con complacencia y le dio un sorbo a su bebida, después dijo:

—Un voto que no se queda detrás del mío; bien hecho Sigvaldi. Y quiero que sepas, y lo digo enfrente de todos, que como eres mi pariente tendrás mi apoyo militar para que así sea —el rey Sveinn dirigió su mirada a Thorkell el Alto—. Es tu turno, primo. Piensa noblemente tu voto.

—He pensado en mi juramento. Seguiré a mi hermano Sigvaldi, y no me iré hasta ver la popa de su barco partir de Noruega con éxito —Thorkell el Alto hizo su juramento alzando su cuerno.

—Muy valiente, Thorkell. Es un voto noble —dijo el rey Sveinn, que miró a Búi—. Es tu turno, Búi el Fuerte. Debes de jurar algo acorde.

—Juro —dijo Búi alzando su cuerno—, que seguiré a Sigvaldi en este viaje con todo mi coraje, y que he de permanecer en batalla tanto tiempo como éste lo haga.

—Tu voto fue valiente, y resultó como pensé que lo haría, dijo el rey, que miró a Sigurd—. Ahora, Sigurd Kápa, es tu turno.

—Seguiré a mi hermano y no me retiraré hasta que él lo haga o hasta que él muera —Sigurd hizo su juramento y alzó su cuerno.

—Eso era de esperarse, viniendo de un guerrero como tú —dijo el rey, que por fin me vio a mí—. Ahora es tu turno, joven Vagn. Y lo cierto es que tengo curiosidad por escuchar tu voto, pues me han hablado muy bien de ti. Recuerda que un juramento es irrompible, y a tu corta edad, romperlo podría significar una gran deshonra.

No sé si haya sido por la cerveza y la borrachera, o porque el propio rey Sveinn nos guio astutamente a todos para que hiciéramos un juramento en el que estaban involucrados sus propios intereses en Noruega. Yo no solo le seguí la corriente a mis compañeros haciendo un juramento semejante, sino que fui más allá e introduje intereses personales.

—Mi voto es que, si viajan a Noruega, he de seguir en esta expedición a Búi y Sigurd, mis tíos, y que he de permanecer tanto como Búi lo haga. Pero eso no es todo, la segunda parte de mi voto es que, si llego al final de la batalla, he de enfrentarme a Thorkel Leira, vencerlo y tomar la mano de su hija Ingeborg, con la que tendré a mi descendencia —las palabras del juramento fluyeron solas desde mi interior, y, alzando mi cuerno, sellé mi voto.

—Magnífico juramento, Vagn. Tendrás una fuerte descendencia si lo consigues —me dijo el rey Sveinn, que miró a Bjorn el Galés—. Eres el último. ¿Cuál es tu voto, Bjorn?

—He de seguir a Vagn, mi hijo adoptivo, con todo el coraje que tengo. Lo protegeré con mi vida en esta nueva confronta que nos espera —Bjorn alzó su cuerno al terminar su juramento.

El rey Sveinn aplaudió y nos felicitó a todos por hacer juramentos que estaban a la altura de lo que dictaba estar en un banquete de ese honor. Lo último que recuerdo es que continuamos bebiendo un poco más hasta que el cansancio y el sueño nos abrazó.

A la mañana del día siguiente escuché que todo estaba muy movilizado afuera; el ruido y el alboroto nos despertó de una resaca terrible. Esa cerveza estaba demasiado fuerte, pero aún peor fue el despertar al siguiente día con semejante dolor de cabeza y la boca seca. Cuando salí del salón, había decenas de hombres armados y movilizados que se subían a sus barcos.

—¿Qué está sucediendo? —le pregunté a Bjorn, quien fue al primero que vi.

—Al parecer vamos a la guerra contra Noruega —con seriedad me respondió Bjorn.

—¿Qué dices?! —abrí los ojos con asombro—. ¿Cuándo pasó esto?

—Ayer, cuando hicimos nuestros juramentos. ¿Lo recuerdas?

—Por supuesto que lo recuerdo... a medias —respondí—. Pero no pensé que fuéramos a ir a la batalla tan rápido.

—El rey Sveinn es un monarca astuto. Nos engañó, Vagn; uso el efecto de la bebida y el juego de los juramentos para involucrarnos en este conflicto. En su conquista personal.

—Y qué hay de Sigvaldi, ¿no puede hacer nada?

Bjorn negó y contó: —En cuanto Sigvaldi despertó, Sveinn le preguntó que si recordaba su juramento; Sigvaldi le afirmó, y entonces el rey le dijo que ya le tenía preparado sesenta grandes navíos repletos de fuertes daneses para hacer honrar su voto. Ahora Sigvaldi tendrá que disponer de todos los jomsvikings y todos nuestros barcos para realizar esta conquista.

—Pero no entiendo por qué la prisa.

Bjorn explicó: —Acabábamos de regresar de Noruega con un acuerdo. El Jarl Haakon cree que nos tiene de su lado, está tranquilo y no se esperará este repentino ataque. Lo tomaremos por sorpresa. Como dije, Sveinn es sumamente astuto y usó todo esto a su favor para actuar rápido.

—Eso no es ser honrado —apelé a mi sentido del honor—. Los Jomsvikings nos destacamos por nuestra palabra, por respetar nuestros contratos y no romperlos. Hacer eso es fatal para nuestra fama.

—Ya no hay nada que podamos hacer. La guerra ha comenzado.

II

Tønsberg, Viken, Noruega. Finales del siglo X.

Ciento veinte barcos, la mitad cargados de guerreros daneses y la otra mitad de jomsvikings, zarparon desde Dinamarca hacia el norte, hacia Noruega. Ese no sería el número total de barcos con el que conquistaríamos aquella tierra, pues nos alcanzarían más barcos venidos de Jomsborg, pero, por la urgencia de atacar rápido y por sorpresa, partimos con los que teníamos en Roskilde.

Yo iba en uno de los tres drakkar que lideraban la flota, y junto a mí estaban Bjorn el Galés y mi compañero Áslákr; en el segundo drakkar iban mis tíos, Búi y Sigurd, además de Hávard el Herrador, compañero de mi tío; y en el drakkar principal, a la cabeza de la flota, iban Sigvaldi y su hermano Thorkell el Alto.

Esa noche llegamos al poblado de Tønsberg y desembarcamos mientras todos dormían. Primero acabamos rápidamente con los vigías y seguimos adelante mientras los demás hombres asaltaban las casas y lo saqueaban todo. En poco tiempo, el pacífico silencio nocturno del pueblo se convirtió en un bullicio de trágicos gritos. Un grupo de soldados, que ni siquiera estaban equipados adecuadamente debido al repentino ataque, salió en defensa de su pueblo, pero fue inútil, nosotros estábamos pertrechados y bien armados; en cuestión de minutos dejamos manchado el suelo con su sangre.

Seguimos adelante hasta la residencia principal, sin embargo, allí los guerreros enemigos que nos avistaron se guarnecieron en dicha morada y trancaron bien las puertas. Sigvaldi nos ordenó rodear la residencia y destruirla. Los hombres sacaron sus antorchas y comenzaron a prenderle fuego, otros usaron sus grandes hachas para derribar las puertas.

Yo, que estaba con mi grupo en la parte posterior de la casa, vi a un hombre de melena blanca saltar del tejado hasta un carruaje de estiércol; solo yo lo vi, y le dije a Áslákr que me acompañara para someterlo. El hombre salió de entre el estiércol y trató de huir al bosque, pero lo detuvimos a tiempo; éste quiso atacarme con un seax, pero yo lo esquivé y le corté la mano de un solo tajo con mi espada. El hombre cayó al suelo agarrándose su ensangrentado brazo sin mano y yo le coloqué la punta de mi espada en el cuello.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—Geirmundr el Blanco. Soy staller de Thorkel Leira, quien gobierna esta región —me respondió.

—¿Sabes dónde está Haakon Jarl?

Geirmundr asintió —En Skuggi, dándose un banquete con mi señor y sus hombres.

—Pues vas a ir allá y le dirás que los Jomsvikings han roto el pacto. Dile que nos hemos aliado con los daneses... vamos por él y conquistaremos sus tierras —le indiqué que se levantara y lo dejé ir.

El hombre de melena blanca corrió hacia el bosque sin mirar atrás. Áslákr se me acercó y me

preguntó:

—¿Por qué le dijiste eso? Se supone que este ataque es sorpresa. Ahora va a dar la alarma y los noruegos sabrán que estamos aquí.

—Yo aún mantengo el código de honor de los Jomsvikings. Si hemos de romper un trato ya pactado con alguien que lo sepa primero antes de que lo atacemos; no caeré en traiciones. No soy de los que apuñalan por la espalda.

Al explicarle mis motivos, levanté del suelo la mano cortada de Geirmundr; en uno de los dedos había un fino anillo de oro con una enorme joya roja. Lo tomé y lo miré a detalle. En ese momento se acercó a nosotros Bjorn el Galés.

—¿Qué están haciendo aquí? —nos preguntó—, hemos derribado la morada y los hombres han saqueado todo.

—Somos unos héroes —comenté sarcásticamente.

—Así es la vida, Vagn. Mira el buen botín que te has encontrado; ese anillo debe de valer una fortuna. Consévalo —me dijo apuntando el anillo—. Ahora vámonos, que Sigvaldi quiere que zarpe al norte para reunirnos con el resto de la flota.

Bahía de Hjörungavágr, isla de Hoð, Noruega. Finales del siglo X.

Jamás pensamos que en esa bahía se desataría una de las batallas más cruentas y renombradas de nuestra era; con el tiempo pasó a llamarse la Batalla de Hjörungavágr, pero para nosotros en ese momento solo fueron dos flotas enemigas que se habían encontrado frente con frente.

Habíamos sorteado toda la costa noruega con más de trescientos barcos, saqueamos cuantos puertos y villas nos encontramos en el camino hasta llegar a las islas Herøy. Allí anclamos y mandamos exploradores a hacer reconocimiento de la zona, pues en todo el camino no nos habíamos encontrado con ningún barco ni tropa enemiga, y Sigvaldi sospechó que el jarl Haakon ya estaba al tanto del ataque y había reunido a todos sus aliados para contrarrestar la invasión.

Yo fui parte de esa cuadrilla de exploradores que nos adentramos en el grupo de islas, pero fue en la isla de Hoð donde vi que estaba anclada la flota de Haakon Jarl, en una bahía llamada Hjörungavágr. Las sospechas de Sigvaldi se confirmaron, y, a pesar de que Haakon Jarl estaba preparado para una batalla, contaba con menos barcos y hombres que nosotros, así que Sigvaldi confió en nuestro número y ordenó avanzar; por lo que preparamos los barcos en formación de batalla.

Sigvaldi y Thorkell el Alto posicionaron su drakkar en el centro de la línea. Mis tíos Búi y Sigurd estaban en el flanco norte; mientras que yo y Bjorn el Galés estábamos en el flanco Sur. La bahía de Hjörungavágr tenía un pequeño arrecife situado en la mitad de la costa que nos dividía de la flota enemiga; el espacio era tan cercano que vimos la formación que Haakon Jarl dispuso, pues cuando nuestra flota avanzó para enfrentarlos, sus navíos también avanzaron hacia nosotros y vimos claramente quiénes eran los comandantes de sus barcos y contra quiénes de nosotros se dirigían.

El segundo hijo del jarl Haakon, Sven Hákonarson, junto a los caudillos Gudbrandr de Dalir, Styrkárr de Gimsar, Yrjar-Skeggi, Steiklingr de Hålogaland y Thorir Hjort, se dirigieron hacia la línea frontal con sus demás hombres para enfrentarse a Sigvaldi y su hermano Thorkell el Alto;

por el flanco norte remó Thorkel Leira y sus comandantes Midlangr y Hallsteinn Kerling, que era acompañado por el jarl Arnmódr y sus dos hijos, Árni y Fidr, quienes embistieron sus barcos contra los de mis tíos Búi y Sigurd; por último, el hijo mayor del jarl Haakon, Eirík Hákonarson, y los caudillos Erling de Skuggi, Einarr el Pequeño y Hávardr de Flydrunes, a quienes acompañaba Geirmundr el Blanco, quien ahora era el Manco porque yo le había cortado la mano, sortearon la costa por el sur y se enfrentaron a mi tripulación y a la de Bjorn el Galés. Haakon Jarl no era parte de la línea de ataque noruega, pero vimos su barco atrás en la reserva, donde le iba a dar apoyo a todos los destacamentos.

Comenzamos la batalla a distancia mientras ambas flotas se acercaban; lanzamos rocas, lanzas y disparamos flechas; algunas de ellas dieron en el blanco, otras se clavaron en la madera de sus barcos y algunas otras cayeron en el mar; los noruegos también nos dispararon a nosotros, pero nos cubrimos con los escudos y pocas bajas tuvimos. Tras esto, las dos líneas chocaron y los barcos se engancharon entre sí. La batalla cuerpo a cuerpo había dado inicio y una feroz lucha se desencadenó.

El drakkar de Eirík, que llevaba por nombre Járnbarðinn, era uno de los mejores navíos que había en la batalla, pues no solo era grande y hermoso, sino que veloz y fuerte; lo vi frente a mí, pero no se enganchó a mi buque, pues pasó de largo hacia el flanco donde combatía mis tíos Búi y Sigurd, que al parecer habían roto la línea enemiga y avanzaban con fuerza; por lo que Eirík se dirigió allá para dar apoyo.

Esto fue un error, pues, aunque logró enderezar su línea, yo aproveché para romper el flanco sur, abriendo una brecha en su formación y ocasionando estragos en los barcos enemigos. Mis hombres lograron capturar unos cuantos de ellos, y yo, que iba a saltar para ayudarlos, vi que Járnbarðinn, el drakkar de Eirík, se posicionó al lado de mi buque; entonces, tanto Áslákr como yo saltamos junto a varios jomsvikingos para capturarlo.

Se dice que este fue el enfrentamiento más brutal de la batalla. Áslákr y yo aterrizamos en la proa del barco y matamos a cuantos noruegos pudimos, despejando la zona para que nuestros compañeros pudieran abordar. Los hombres de Eirík luchaban vigorosamente y defendían su barco como lobos rabiosos. Un islandés, de nombre Vígfúss Víga-Glúmsson, el cual blandía un enorme martillo, comenzó a atacar a nuestros hombres, abriendo una brecha en nuestra defensa; yo tenía a Eirík frente a mí y no podía abandonar la vanguardia, así que le ordené a Áslákr que se encargara del islandés. Mientras tanto, yo me posicioné frente con frente a Eirík, y, sin decirnos una palabra, el acero de nuestras espadas chocó. Eirík era un buen guerrero, probablemente el mejor que tenía Noruega; contrarrestaba sus ataques con mi escudo al mismo tiempo que lo contrataba con mi espada. Ninguno de los dos cedíamos terreno, y fue entonces cuando nos miramos a los ojos.

—Tienes una buena espada —Eirík apuntó a Hqfuð y después me dijo—: Hace apenas unas semanas te dije que quería compartir campo de batalla contigo, pero jamás imaginé que sería como enemigos.

—Yo nunca quise esto —le contesté.

Ya no hubo más tiempo para mediar palabras, pues, en ese instante, vi que Vígfúss el islandés, el cual blandía su martillo como ningún otro hombre, peleaba con arrebatos contra Áslákr; tras unos cuantos golpes, le había destrozado el escudo a mi compañero jomsvikingo, y, tras dejarlo desarmado, hundió su martillo en el cráneo de Áslákr, reventándolo como una calzaba y

haciendo que cayera muerto de inmediato. Yo grité de furia al ver a uno de mis pocos amigos morir de semejante manera y corrí hacia el islandés con mi espada en alza. Vígfúss blandió su martillo hacia mí, logré evadir el primer ataque y le hice un tajo en la pierna con mi espada; tras esto, el islandés me dio un golpe con la parte baja de su matillo para así guardar distancia conmigo, después giró su martillo por los aires y, a pesar de que yo era ágil, logró darme en la cabeza; aunque afortunadamente traía el yelmo puesto, logró abrirlo, dejándome un poco mareado y tambaleante. Mis hombres me rodearon y protegieron con un muro de escudos; cuando recuperé la razón y vi la pelea perdida, ordené abandonar el barco y regresar al nuestro. Agarré una cuerda y salté a mi navío, dejando el cuerpo de Áslákr atrás.

A pesar de que no pudimos capturar Járnbardinn, Eirík había perdido muchos hombres y se retiró de mi flanco. Observé cómo las demás líneas enemigas también se retiraban también, pues los demás compañeros jomsvikings habían hecho bien su trabajo al destrozarse la vanguardia noruega. Haakon Jarl dejó una pequeña avanzadilla de protección, pero el resto de barcos noruegos regresó a la costa y vimos cómo sus comandantes desembarcaron en la playa; al parecer a reorganizarse, pues la batalla se había inclinado de nuestro lado. Durante ese tiempo el enfrentamiento se pausó y Sigvaldi nos convocó en su barco para organizar el ataque final.

—Que buen combate, capitán Vagn —mi tío Sigurd me felicitó en cuanto me vio—. Hiciste retroceder a Járnbardinn, el magnífico barco de Eirík.

—A costa de la vida de Áslákr —le dije.

—Murió como un guerrero debe hacerlo, en batalla y con honor —me reanimó Bjorn—. No debemos sentir lástima por él.

—Dejemos las historias para cuando hayamos vencido —interrumpió Sigvaldi—. Ahora hablemos de nuestro siguiente movimiento.

—Los tenemos justo donde los queremos —comentó Thorkell el Alto—. La conquista de Noruega nunca estuvo tan cerca.

—No cantemos victoria aún. Esos noruegos son fuertes —dijo mi tío Búi.

—Tan fuertes que huyeron despavoridos ante tus gritos —rio Sigurd.

—Dejemos las risas —Sigvaldi se tornó serio—. Me han informado que el jarl Haakon ha desembarcado en Prímsign y se adentró en un sagrado bosque para pedirle a los dioses su favor en esta batalla. Dejó a cargo de su flota a su hijo Eirík, que tiene todo el ejército en la bahía. Es momento de atacar, vencerlos y revindicar que los dioses ya no apoyan a Haakon, y que sus suplicas no serán escuchadas.

Entonces Sigvaldi ordenó que nos pusieramos en formación y que avanzáramos hacia la costa para dar el golpe definitivo al enemigo. Mientras los barcos avanzaban, el cielo comenzó a tornarse oscuro, pues negras nubes lo taparon todo. Poco a poco el mar comenzó a moverse con más fuerza a medida que una ligera llovizna, que fue aumentando la intensidad, nos privaba de la visión.

—Es solo una pequeña tormenta. Sigán avanzando —ordenó Sigvaldi.

El mar se agitó con más fuerza, y, tras la caída de un relámpago, se desató una fuerte granizada que nos congeló las manos. No se veía nada al frente, pero, de entre el granizo que golpeaba con fuerza nuestros cuerpos, pronto comenzaron a volar flechas y lanzas hacia nosotros.

—¡Nos atacan! —advirtió Búi.

Muchos de nuestros hombres sucumbieron al ataque enemigo; nosotros contrarrestamos con la misma fuerza, pero nuestras flechas y lanzas se perdían en la tormenta sin saber si dimos en el

blanco o no.

Hávard el Herrador, que, extrañamente estaba parado en la proa recibiendo el helado viento y viendo al frente, le habló a mi tío Búi en el oído, y después ambos se dirigieron a Sigvaldi.

—Hávard tiene algo que decirte —dijo Búi.

—Que hable —contestó Sigvaldi.

—Esta tormenta no es natural. Veo la silueta de una mujer en el aire, un espíritu maligno —contó Hávard.

—No creo que estemos luchando sólo contra hombres. Pero no importa, todos deben seguir combatiendo tanto como puedan —anunció Sigvaldi.

Sigvaldi tomó en serio las palabras de Hávard, pues él era un Ófreskr, un hombre que podía ver espíritus que no son visibles para un ojo normal. Sin embargo, a pesar de que la tormenta nos envolvía y los enemigos nos atacaban a la distancia, Sigvaldi ordenó que siguiéramos adelante.

La tormenta no cedía, más bien todo lo contrario, el granizo caía con más fuerza, el mar azotaba nuestros barcos y el estruendo de los truenos era apabullador; jamás había vivido semejante tempestad. Pero ya estábamos aquí, y en lo que respectaba a mí y mis hombres, no teníamos la intención de retroceder.

En la proa, Hávard extendió sus manos y recibió toda la fuerza del mar y la tempestad; temblaba por el granizo, pero aun así continuó observando hacia el frente, entre los velos del viento; tras esto, volvió con Sigvaldi y le dijo:

—Hay más espíritus malignos en el viento. Esto es brujería. Haakon hizo un sacrificio.

—No juramos ningún voto para pelear contra brujas. Debemos retirarnos y reanudar la batalla cuando nos enfrentemos a mortales —anunció Sigvaldi, que después nos ordenó—. Búi, Vagn, Bjorn. Retiren a sus hombres. Regresemos a la isla de Hoð.

En cuanto Sigvaldi nos ordenó eso, la sangre me hirvió; muchos buenos hombres habían muerto por esta expedición traicionera y ahora quería abandonarla. Yo no era tan supersticioso como él, así que le reproché su decisión.

—Eres el más despreciable de los hombres por huir.

Sigvaldi no se esperó mi reacción, y, cuando me iba a reprender, entre la confusión y la tormenta, un barco enemigo embistió de frente contra nosotros y destrozó toda la borda izquierda del navío. En ese momento varios noruegos nos abordaron y atacaron; entre ellos estaba el jarl Arnmódr, el comandante Midlangr y un hábil guerrero de nombre Sigmundr Brestisson. En un abrir y cerrar de ojos, Midlangr saltó desde su barco y le dio un repentino golpe a mi tío Búi, cortándole su labio hasta el mentón.

—Ahora las mujeres de Bornholm no querrán besarme —Búi soltó un rugido y se enfrentó a Midlangr.

Sigvaldi no quiso saber nada más de la batalla y saltó al barco de al lado para huir; su hermano Thorkell el Alto lo acompañó.

—Cobarde —grité al mismo tiempo que esquivé la espada de Arnmódr.

Nuestros aceros chocaron, y se veía que el jarl era un experimentado guerrero, pero el suelo estaba resbaladizo y el agua marina corría por nuestros pies. Arnmódr volvió a atacarme, pero esta vez repelí su ataque con mi escudo, haciendo que las gotas de lluvia salpicaran todo; tras hacerle un corte en su hombro, el jarl Arnmódr quiso darme una estocada, pero doblegué su espada y, tras un giro, corté su cabeza de un solo tajo. Cuando alcé la vista vi a Bjorn el Galés pelear contra varios guerreros noruegos, a Búi pelear contra Midlangr y a Sigurd contra

Sigmundr.

Mi tío Búi tenía a Midlangr contra la borda del barco, y, al tratar de saltar hacia un lado, el comandante noruego resbaló por lo mojado que estaba en la madera y cayó de costado en la cubierta. Para cuando Midlangr trató de levantarse, mi tío Búi ya había usado su hacha ancha para cercenarle la cintura y partirlo en dos.

La pelea entre Sigmundr y mi tío Sigurd se declinaba hacia el noruego, pues era un guerrero más hábil. Búi acudió en ayuda de su hermano y Sigmundr luchó contra ambos; sin embargo, en uno de sus ataques, el noruego cortó ambas manos de Búi a la altura de sus muñecas y de una patada lo arrojó contra Sigurd en dirección a la borda del barco; ambos cayeron hacia el mar, pero Sigurd logró engancharse de uno de los remos que flotaban a la deriva, y, sujetando con fuerza a su moribundo hermano, nadó hacia uno de los barcos que huían de la batalla.

En seguida yo le planté cara a Sigmundr, pero este, al ver que Bjorn y los demás jomsvikings del navío habían acabado con todos sus aliados noruegos, huyó de ahí saltando del barco hacia el mar. Bjorn el Galés y yo nos miramos, pues éramos los únicos comandantes que quedábamos allí, plantando cara al enemigo, pues prácticamente todos los demás hombres huían en sus barcos por detrás de Sigvaldi. Entonces yo grité al cielo y clamé hacia el navío donde Sigvaldi iba:

—Sigvaldi nos llevó al peligro, pero ha huido con la cola entre las patas y ahora se dirige a salvaguardarse. El astuto hombre quiere el abrazo de su esposa. Yo lo maldigo por ser un cobarde y traidor, por romper la palabra de honor de los Jomsvikings. Un hombre así no debería liderarnos.

Tras desahogarme en palabras, en un ataque de rabia tomé una lanza y la arrojé hacia Sigvaldi, sin embargo, aunque la lancé con fuerza, su barco ya iba bastante lejos y mi puntería no fue certera; la lanza se clavó en la madera, justo al lado de los pies Sigvaldi, el cual me miró con odio y desprecio.

El barco estaba en muy malas condiciones para navegar y la mayoría de los remos habían caído al mar, por lo que yo, Bjorn el Galés y ochenta jomsvikings estábamos a la deriva y a la merced del mar. Tras unas pocas horas la tormenta se había calmado, pero dejó paso a la oscuridad de la noche; veíamos las luces de los barcos noruegos merodear a los alrededores, buscando sobrevivientes para matarlos. Afortunadamente nosotros, al estar en un navío que apenas flotaba y que no tenía ni una sola antorcha prendida, no podían vernos, y tampoco hicimos un solo ruido.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunté a Bjorn—, estamos a la deriva, sin remos y sin ver en qué dirección está la costa.

—Por lo menos los noruegos no pueden vernos —dijo Bjorn.

—Sí, pero eso no durará mucho —razoné—. En cuanto amanezca y el sol brille sobre nosotros se acabó, nos verán y vendrán a masacrarnos.

—O puede que cuando amanezca ya no estén y podremos nadar hacia la costa —Bjorn era más optimista—. Sea como sea, no nos queda de otra salvo estar aquí y esperar.

—Si es que el frío de la madrugada no nos mata antes —yo era más pesimista—. Estamos mojados y helados.

—Tenemos que resistir.

Pues en medio del mar pasamos la noche, en un barco que flotaba a medias y con el agua en

nuestros pies. Estábamos empapados y recibiendo el frío helado de la madrugada; temblando sobre la madera mojada ni siquiera podíamos cerrar los ojos para descansar. Algunos de los hombres estaban heridos, pero nada pudimos hacer y murieron al poco tiempo, otros no resistieron y fallecieron congelados. De los ochenta que éramos, setenta pudimos ver el amanecer; sonreímos cuando recibimos el calor del sol, pero nuestra sonrisa se desvaneció al ver en el horizonte la proa de Járnbardinn acercarse hacia nosotros. Cuando el drakkar se posicionó justo a un lado, Eirík se asomó por la borda y nos miró.

—Más que la muerte, vieron mi barco como una salvación. Mírense, están congelados —nos dijo—. Si no ponen oposición, los llevaré a la costa donde les daremos una muerte rápida, lo prometo.

No teníamos las fuerzas para defendernos, pues apenas y podíamos cerrar las manos. Los noruegos nos amarraron los brazos y nos subieron al drakkar de Eirík, el cual me miró sin decirme una palabra una vez que estábamos arriba. En la cubierta vi el cuerpo muerto y sin pies de Hávard el Herrador.

—Pobre bastardo, ni sus dioses pudieron protegerlo —le dije a Bjorn.

—Él ya está descansando en la otra vida. Y nosotros lo seguiremos —me respondió.

En ese momento, Eirík se acercó a nosotros y nos contó:

—Lo encontramos así sin pies flotando a la deriva en un trozo de madera, aún estaba con vida e intentó matarme con una flecha, pero falló. Mis hombres querían dejarlo sufrir, pero yo hice que lo subieran al barco para darle una muerte rápida.

—Eres el héroe de las muertes rápidas, por lo que veo —sarcásticamente le hablé.

—Ayer, durante la batalla, me dijiste que tú no quisiste esto. ¿Fue verdad? —preguntó.

—¿Faltar a mi palabra de honor?, ¿romper un acuerdo ya pactado?, ¿apuñalar por la espalda? Ese no soy yo ni está en el código jomsvikingo —le respondí.

—Supuse que habías sido tú.

Cuando me dijo eso yo entrecerré los ojos sin comprender, Eirík continuó:

—Yo estaba en el banquete de Skuggi cuando Geirmundr el Blanco llegó azotando las puertas y desangrándose sin mano; nos dijo que los daneses, acompañados de los jomsvikingos, estaban atacando Noruega. Pero también nos contó que quien le había cortado la mano era un joven guerrero de cabellos rubios y ojos azules; extrañamente ese guerrero lo dejó ir con vida para que informara de la sorpresiva invasión. Ese joven guerrero fuiste tú, Vagn. ¿No es así?

—Ya nada de eso importa —contesté.

—Sí importa —Eirík me miró a los ojos—. Gracias a tu acción fue que pudimos alistarnos y reunir un ejército, de lo contrario el ataque sorpresa nos hubiera agarrado desprevenidos y las cosas habrían sido muy diferentes. Puedo mediar para que te perdonen la vida; eres alguien de honor. No mereces morir así.

—¿Qué hay de mis hombres?

—La traición se paga con la muerte en estas tierras. Mi padre está furioso con los Jomsvikingos; puedo mediar por ti, pero no por tus hombres —me advirtió.

—En ese caso moriré junto a ellos —contesté tajantemente.

Eirík tensó la quijada, y, sin decirme una palabra más, se fue hacia la proa del barco. Nosotros simplemente presenciamos cómo el navío nos acercaba hacia la costa, a nuestro inminente final.

III

Isla de Hođ, Noruega. Finales del siglo X.

Al llegar a la costa nos bajaron del drakkar y con una sogá nos amarraron en fila; nos hicieron arrodillarnos en la arena de la playa y allí esperamos la decisión del jarl Haakon, que hablaba con su hijo Eirík y Sven. Mientras tanto, los hombres del jarl desempacaron sus provisiones y comieron, fanfarroneándose y jactándose todo el tiempo de nosotros.

Cuando terminaron de comer, Haakon Jarl designó a Thorkel Leira como nuestro verdugo. Colocaron una base de madera en el centro y primero hicieron que pasaran tres hombres que estaban gravemente heridos. Entonces Thorkel Leira tomó una enorme hacha de hoja ancha, los inclinó uno por uno sobre la base de madera y les cortó la cabeza a los tres sin vacilar.

—¿Creen que he cambiado de color a causa de esto? Pues muchos dicen que esto sucede a quien decapita a tres hombres —riendo habló Thorkel.

—Yo te veo igual —sonriendo le respondió Eirík.

Un cuarto hombre, también herido de gravedad, fue traído al frente. Thorkel hizo que se agachara y dijo:

—Será muy aburrido si solo los mato a todos. Tengo curiosidad de saber qué piensan acerca de morir. Tú, jomsvikingo, dime, ¿qué piensas acerca de morir?

—Estoy contento de morir. He de sufrir el mismo destino que mi padre.

Entonces Thorkel sonrió y cortó su cabeza. El quinto hombre fue traído al frente y Thorkel le hizo la misma pregunta.

—Renunciaría a las leyes de los jomsvikingos si tuviera miedo de morir o de pronunciar palabras de miedo. Nadie puede escapar a la muerte —respondió el guerrero.

Thorkel cortó su cabeza.

—¿Vas a hacerle la misma pregunta a todos? —preguntó Sven.

Thorkel asintió —Tengo curiosidad de comprobar la valentía de los Jomsvikingos. Veremos si ninguno pronuncia palabras de miedo, o si de lo contrario, alguno se caga encima.

Un sexto hombre fue traído al frente. Thorkel le hizo la misma pregunta.

—Moriré con mi reputación, pero tú vivirás en la deshonra —respondió el jomsvikingo.

Thorkel cortó su cabeza. Entonces un séptimo hombre fue traído al frente, y Thorkel le preguntó tal y como venía haciéndolo. El guerrero contestó:

—Estoy muy feliz de morir, pero dame un golpe rápido. Aquí tengo una daga. Nosotros los jomsvikingos hemos discutido a menudo sobre si un hombre sabrá algo después de que haya perdido su cabeza debido a un corte que se realizase lo suficientemente rápido. Hagamos el siguiente acuerdo. En caso de que sepa algo, sostendré la daga. De lo contrario, se caerá.

Thorkel lo golpeó y la cabeza del jomsvikingo salió desprendida de su cuerpo, pero la daga cayó. Todos los noruegos allí rieron.

—Este sí me hizo reír. Cada vez se está haciendo más divertido mi juego —dijo Thorkel—. Traigan al siguiente.

Traieron a un octavo hombre y Thorkel le hizo la pregunta usual.

—Estoy feliz de morir —dijo, pero cuando sintió que la hoja del hacha estaba casi sobre él, volvió a decir—: Carnero.

Thorkel detuvo su mano y le preguntó:

—¿Qué dijiste?

—Carneros. No tendrán muchos por esas ovejas que, ustedes noruegos, llamaban ayer cada vez que recibían un golpe. Pobre de ti.

Thorkel dejó caer su hacha sobre él y le cortó la cabeza. Después dijo:

—No entendí una mierda.

Un noveno hombre fue traído y Thorkel le preguntó qué pensaba acerca de morir. El jomsvikingo respondió:

—Estoy contento de morir, tal como todos nuestros compañeros. Sin embargo, no dejaré que me ejecuten como a una oveja. Prefiero encarar el golpe de pie. Golpéame directamente a mi rostro y mira cuidadosamente si mis ojos sostienen tu mirada.

Thorkel le asintió e hizo que se levantara, después le incrustó el hacha en medio de la frente. El jomsvikingo no palideció, pero sus ojos se cerraron a medida que una hilera de sangre escurría por su rostro. El décimo hombre fue traído y Thorkel hizo su pregunta.

—Muchas cosas resultan de manera diferente a como uno espera. Había pensado en acostarme con Tora Skagadóttir, la esposa del jarl —el jomsvikingo se arrancó los pantalones y se sacó el pene, sacudiéndolo frente a todos

—Corta su cabeza y su miembro —ordenó Haakon Jarl—. Este hombre es un enfermo.

Thorkel hizo lo ordenado. Entonces el onceavo hombre fue traído al frente, este tenía un largo y cuidado cabello de color dorado como la seda.

—Este parece mujer —rio Thorkel—. Ahora dime, ¿qué piensas acerca de morir?

—He disfrutado la mejor parte de mi vida y no estoy interesado en vivir más que aquellos que acaban de caer. Sin embargo, no quiero ser conducido a mi muerte por thralls, sino por un guerrero como tú. Sé que no será difícil encontrar a uno. Permítanle sostener mi cabello lejos de mi cabeza y halarlo rápidamente para que éste no se manche de sangre; es lo más valioso y sagrado que tengo.

Thorkel asintió y uno de los hirdmen noruegos dio un paso al frente, tomó el cabello y lo enrolló en sus manos. Cuando Thorkel dejó caer su hacha, el jomsvikingo jaló su cabeza rápidamente para que el tajo cayera sobre el hombre que estaba sosteniendo la cabellera, provocando que le cortaran ambos brazos a la altura de los codos.

—¿De quién son las manos que están en mi cabello? —riendo preguntó el jomsvikingo.

Todos los prisioneros jomsvikingos rieron, incluyéndome, que mi carcajada fue la más escandalosa.

El jarl Haakon ordenó con molestia: —Se acabó el juego. Mátenlo a él y a todos los que quedan sin demora alguna, pues estos hombres son demasiado incontrolables.

El doceavo hombre que seguía en la fila era yo, así que me hicieron pasar al frente. En ese momento, vi como Eirík se acercó a su padre y le dijo:

—Padre, acerca de Vagn.

—No podemos dejar libre a quienes nos han hecho tanto daño. La traición se paga con la muerte; eso ya los sabes, hijo —le replicó Haakon Jarl.

Thorkel me miró a los ojos y me habló:

—A ti te recuerdo, estabas en Melhus, en el banquete donde Sigvaldi acordó el pacto que luego rompió a traición. Recuerdo que no dejabas de ver a mi hija Ingeborg, ni ella te dejaba de ver a ti. Qué lástima, de haber sido un guerrero honorable te habría dejado combatir contra mí

para ganarte su mano. Pero los Jomsvikings demostraron ser unos traidores que quebrantan su palabra y rompen sus pactos. Pero míralos ahora, humillados y vencidos; su fama de ser los mejores guerreros era puro aire.

—Tuvieron suerte.

—¿Qué dijiste?

—Desde que Sigvaldi asumió el mando la hermandad no se ha adiestrado como se debe. Los guerreros se han venido a menos, y la cobardía de su Comandante General los contagio en el campo de batalla para que ellos también huyeran. Con mi abuelo Palnatoke esto jamás hubiera pasado; de cien batallas que nos enfrentáramos, en cien habríamos salido victoriosos.

Thorkel rio —Este sí que tiene una bocaza. Vive de sueños y fantasías.

—Por lo menos nosotros luchamos sin la ayuda de brujas.

—¿Insinúas que no luchamos honorablemente? Te voy a cortar en dos —con rabia Thorkel alzó su hacha.

—La muerte no me preocupa, lo que lamento es irme de este mundo sin haber cumplido mi juramento.

Thorkel bajó su hacha y preguntó: —¿De qué juramento hablas?

—El de matarte, casarme con tu hija Ingeborg y tener mi descendencia con ella.

—Siento que te vayas de este mundo tan joven y sin poder haber cumplido un juramento. Estoy feliz de que sea yo quien lo evite.

Cuando Thorkel dijo eso, alzó su hacha para cortarme la cabeza, pero, en ese instante, Bjorn el Galés tomó a todos por sorpresa y, empleando las fuerzas que le quedaban, corrió desde donde estaba arrodillado y me empujó hacia un lado; la hoja del hacha pasó justo por mi costado y cortó la sogá que amarraba mis pies. Entonces yo me levanté y rápidamente tomé el hacha, después golpeé a Thorkel en el pecho y, una vez que estaba tirado boca arriba, le incrusté la filosa hoja del hacha en medio de su nariz, partiendo su cara en dos.

—Ahora he cumplido con una parte de mi juramento. Creo que ya puedo morir más en paz.

Todavía no había acabado de hablar y ya estaba rodeado de noruegos con sus lanzas apuntándome a mí y a Bjorn.

—Ejecútenlos de inmediato —ordenó el jarl Haakon.

Eirík se puso en medio y refutó:

—Vagn no va a morir.

—No interfieras en esto, Eirík. ¿Qué te ha nublado el juicio? —le preguntó Haakon Jarl.

—Vagn acaba de demostrar que es alguien que sí cumple con sus juramentos, es un hombre honorable —Eirík abogó por mí—. Además, es un gran guerrero, el mejor que he visto combatir frente a mí, y estoy seguro que necesitaremos a alguien como él en las batallas venideras. Y si en este momento jura que nos servirá, deberás perdonarle la vida y la de sus hombres, pues si ellos lo siguen a él, entonces son igual de honorables.

—¿Vas a hacer ese juramento, Vagn? —me preguntó Haakon Jarl.

—Solo si todos mis compañeros son perdonados pensaré si es mejor vivir que morir. De lo contrario, compartiremos el mismo destino —respondí a como dictaba mi honor—. Y si cumple con su palabra, también le prometeré que mi primogénito llevará su nombre como muestra de su nobleza.

—¿Tú lo sigues, Bjorn el Galés? —le preguntó el jarl Haakon.

—Vagn es como un hijo para mí, y es el guerrero más honorable que conozco. Y todos sus hombres lo siguen no por que deban hacerlo, sino porque lo respetan y admiran. Si Vagn jura ante ti, debes de saber que su palabra nunca será quebrantada.

Cuando Haakon Jarl escuchó las palabras de Bjorn miró al cielo, resopló y asintió con la cabeza. En ese momento todos mis compañeros jomsvikingos sonrieron y celebraron por sus vidas.

—No sé si yo pueda perdonarlos, me será difícil ver jomsvikingos frente a mí sin recordar lo que le han hecho a Noruega; pero mi hijo Eirík, mi heredero, piensa diferente y cree que ustedes son valiosos. Es por ello que sus vidas pasarán a sus manos, estarán a su servicio y conformarán las filas de su séquito; él será su caudillo y solo responderán ante él.

El jarl Haakon decretó y dio por zanjado el asunto. Entonces yo, Bjorn y los demás jomsvikingos pusimos una rodilla en el suelo y juramos servirle a Eirík. Nuestro juramento se selló con un fuerte apretón de antebrazos entre Eirík y yo.

Viken, Noruega. Finales del Siglo X.

Járnbarðinn, el barco de Eirík, se aproximaba a las costas de Viken, una región al sur de Noruega, la cual había sido gobernada por el fallecido Thorkel Leira, pero que ahora estaba sin regidor, pues su hija Ingeborg no estaba preparada para asumir tal responsabilidad. Eirík me llevó hasta allí para cumplir con la otra parte de mi juramento, tomar la mano de Ingeborg; pero yo, a pesar de que deseaba hacerlo, pues no existía mujer más hermosa que ella, no tenía cara para presentarme ahí y que me viera a los ojos, al que asesinó a su padre.

—¿Y si me odia?, ¿qué tal si me rechaza y no quiere nada conmigo? —me movía de un lado al otro del barco preguntando sin parar.

—Yo creo que estás exagerando —me dijo Eirík.

—Nunca había tenido el estómago tan revuelto, ni siquiera en una batalla —me senté por un momento.

—Las mujeres provocan más nerviosismo que la guerra —Eirík se sentó al lado mío—. Verás que todo saldrá bien.

Yo respiré profundamente e imaginé que estaba a punto de desembarcar en una batalla para enfrentarme a decenas de guerreros, pero cuando abrí los ojos, habíamos atracado en el puerto.

Eirík y yo bajamos del barco y caminamos hasta la residencia del fallecido Thorkel Leira. Una vez allí, su criada nos atendió y nos dijo que Ingeborg saldría en un momento. Al pasar unos pocos minutos, la vi llegar; vi esos cabellos dorados y esos ojos azules que me maravillaron desde la primera vez que la conocí.

—Mi lady Ingeborg, lamento su pérdida —Eirík dio sus condolencias—. Y debo decirle que su padre Thorkel fue un gran guerrero, que siempre fue un fiel aliado de mi padre Haakon.

—Gracias por tus palabras —dijo Ingeborg, que después me miró.

—Mi lady, también le ofrezco mi pésame...

—Vagn, ¿es verdad lo que se cuenta? —Ingeborg me interrumpió—, ¿qué tú fuiste quién le dio muerte?

Me puse pálido por un momento, pero recobré la razón y respondí con sinceridad:

—Es verdad, lady Ingeborg. Thorkel Leira murió por mi mano.

—Mi padre siempre dijo que debía de casarme con el guerrero que lo venciera en batalla; supongo que, si usted lo desea, puede pedir mi mano.

—La deseo con toda mi alma —me incliné y le tomé la mano—. Y le prometo que, si acepta tomarme como esposo, jamás le faltará el techo, la comida y la protección. Y vivirá tan bien como merece una doncella como usted.

Ingeborg me sonrió y me levanto, después dijo:

—Acepto ser tu esposa, Vagn Ákesson.

Yo sonreí y Eirík aplaudió, después nos tomó a ambos por la espalda y nos dijo:

—Ahora tenemos una boda que preparar. Organicemos el banquete, la música y que corra el hidromiel por el salón.

Pasé ese invierno en Viken, en donde Ingeborg y yo nos casamos celebrando un gran festín. Al llegar la primavera, Eirík me dio permiso de ir a Fionia, en Dinamarca, a la propiedad que me había heredado mi abuelo Palnatoke; allí me establecí junto a mi esposa, y juntos, con la ayuda de algunos trabajadores, reconstruimos poco a poco la hacienda. Erigimos una gran residencia central y varias cabañas alrededor para los ayudantes, también construimos corrales y un establo para los animales que fuimos adquiriendo con el tiempo. Obviamente yo seguía al servicio de Eirík, y de tanto en tanto viajaba a Noruega para acompañarlo en sus expediciones y campañas.

Por su edad, Eirík liberó de su servicio a mi mentor Bjorn, quien regresó a sus tierras en Gales y gobernó como un gran caudillo hasta su muerte; su legado fue su propia historia y fue reconocido como un poderoso guerrero. Después me enteraría que mi tío Búi no sobrevivió a sus heridas provocadas en la batalla, lo cual dejó un gran vacío en el alma de su hermano Sigurd, quien, tras la muerte de mi abuelo Vesete, heredó el trono de Bornholm y se convirtió en su jarl, gobernando con justicia junto a su esposa Tóva.

Thorkell el Alto se separaría de su hermano y de los Jomsvikings para inmiscuirse más en la corte danesa; se hizo muy cercano a su primo, el rey Sveinn Barba Partida, e instruyó en combate a uno de sus hijos, el joven Canuto. Y en el caso de Sigvaldi, tras la batalla regresó a los brazos de su esposa Ástrid y continuó liderando a los Jomsvikings hasta llevarlos a la decadencia, pues las conspiraciones y traiciones se hicieron algo común entre su mandato. No iba a ser la última vez que nos veríamos, pues nuestros caminos se iban a cruzar por lo menos un par de veces más.

En mi caso, yo había dejado de ser un jomsvikingo, pero continuaba llevando una vida honrada como guerrero, seguía sus códigos de honor tal y como me instruyó la hermandad cuando mi abuelo Palnatoke la lideraba. Aún me quedaban muchas batallas más por librar, y muchas importantes decisiones que cambiarían mi futuro y el de mi descendencia.

EL BASTIÓN DE IVAR VIDFAMNE

I

Odense, Fionia, Dinamarca. Junio de 1079 d.C.

La residencia del jarl Håkon estaba hecha un caos, pues en esa misma madrugada llegó Ragnar y compañía cargando el cuerpo estremecido de su hermano Bjorn, que apenas y podía respirar. Despejaron todo el camino y colocaron a Bjorn en la cama más grande y cómoda de la propiedad, la del mismo jarl. El capitán Aren había traído al mejor curandero de la ciudad, el cual ya atendía las heridas de Bjorn.

—El impacto perforó el esternón —habló el curandero—. Esto es muy difícil de sanar. El hueso ha penetrado en el pulmón y está provocando su falta de aire e imposibilidad para respirar.

—¿Qué me estás diciendo con esto? —el jarl Håkon agarró al curandero de sus ropajes.

Tanto su hijo Agne como Ragnar lo separaron.

—Él no tiene la culpa, padre —dijo Agne—. Esto lo hizo ese enorme hombre con su hacha.

—Håkon, Ragnar —Bjorn alzó la voz con el poco aire que le quedaba.

El jarl Håkon se arrodilló y agarró la mano de su hermano —Aquí estoy, hermano mío. No te abandonaré.

—Thorgunna. Tienen que rescatarla de esos malditos —habló casi agonizando.

Ragnar también se arrodilló a un lado de su hermano y le dijo: —Te prometo que la encontraré, y haré que Los Herederos de Thor paguen por lo que le han hecho a nuestra familia.

—Thorgunna... Thorgunna —Bjorn continuó repitiendo su nombre hasta que dijo una última frase levantando su mano—: Vagn, padre. Voy hacia ti —su mano cayó y la vida se le escapó del cuerpo.

Håkon soltó un grito y golpeó el estante de madera de al lado. Ragnar apretó los puños y Agne maldijo al cielo. Todos los demás en la habitación, Thrugot, Sigurd, Helgi y el capitán Aren, agacharon la cabeza con pena.

—Nosotros éramos su única familia, sus hijos fallecieron en aquella fatídica tormenta y no dejó más descendencia. El linaje de Bjorn murió con él —lamentándose comentó Håkon.

—Por eso es nuestro deber honrar sus últimas palabras. Debemos encontrar a Thorgunna y vengar a Bjorn —le dijo Ragnar.

—¿Y qué pistas tienes? ¿Sabes dónde están esos criminales? —preguntó Håkon.

—No precisamente, pero...

—La mujer prisionera debe de saber algo más. Hazla hablar —interrumpió Håkon—. No me importa los métodos que uses esta vez. Haz que cuente todo.

—Pensé que estabas en desacuerdo con esas prácticas —contradijo Ragnar.

—Ellos son unos salvajes, así que merecen medidas salvajes.

—No existe ser en este mundo que desee hacerle daño a los rufianes esos tanto como yo —señaló Ragnar—, pero Alfild no sabe nada más. Te lo aseguro.

—Ah, ya hasta por su nombre la llamas. ¿Algo más que deba saber? —entrecerrando los ojos preguntó Håkon—. ¿Acaso tú adquiriste alguna habilidad que te hace saber quién dice la verdad?

—Sí, la adquirí en Constantinopla, al torturar decenas de personas mientras los veía fijamente a los ojos —Ragnar lo miró fijamente.

El jarl Håkon respiró y se tranquilizó —Si no hay a quién interrogar. Entonces, ¿qué sugieres? ¿Qué más pistas tenemos?

—El Bastión de Ivar Vidfamne —fue Agne quien respondió.

—¿Qué? ¿De qué hablas, hijo? —sin entender preguntó Håkon.

—Allí fue donde el guerrero gigante convocó a Ragnar a un duelo —respondió—. Dijo que si quería volver a ver a Thorgunna tendría que enfrentarlo allí.

—¿Es verdad eso? —Håkon miró a Ragnar.

—Sí. Aún lo estoy reflexionando —confirmó.

Håkon se cruzó de brazos —Espero no tengas planeado ir. Es una trampa; lo sabes, ¿verdad?

—Dije que aún lo estoy reflexionando.

—No tenemos otra opción —Thrugot dio un paso al frente—. Ese sujeto fue muy claro en sus palabras. Si queremos rescatar a Thorgunna, tenemos que ir allí.

—Sea como sea. No vamos a discutir esto sobre el cadáver frío de mi hermano —el jarl Håkon sacudió las manos en el aire—. Mañana haremos los ritos funerarios y lo enterraremos junto a nuestro padre Vagn en su propiedad. Después discutiremos sobre este bastión y ese guerrero del que hablan.

A Ragnar y al resto no le quedó más remedio que aceptar. Cuando el jarl Håkon abrió la puerta para salir, afuera estaba parada su hija Gunhilda.

—¿El tío Bjorn ya se ha recuperado? —al asomarse y ver que había fallecido, Gunhilda gritó de la impresión y comenzó a llorar.

Rápidamente su hermano Agne fue con ella y la abrazó para tranquilizarla.

—Sácala de aquí, Agne. Después hablaré con ella —le ordenó Håkon.

Ragnar se acercó a Gunhilda y le reprochó a su hermano Håkon: —A veces olvido la falta de tacto que tienes.

Gunhilda fue llevada por Agne y Ragnar lejos de allí para tranquilizarla.

—No puedo creer que esté muerto. Apenas hace unas semanas que lo había visto; sonreía y bromeaba como siempre —Gunhilda sollozaba sin parar.

—Somos guerreros, hermana mía. Nuestra vida corre ese peligro constante y aceptamos ese destino —Agne razonó con ella—. Algunos corren la fortuna de vivir sus últimos días con su familia, pero otros mueren en batalla. No puedo decirte cual es mejor o peor, pero estamos listos para el camino que nos toque. No hay que sentir lástima por Bjorn, pues te aseguro que él abrazó su final con aceptación.

Ragnar miró a su sobrino y sonrió con admiración; se sintió orgulloso de sus palabras. Sabía que alguien que razonara de esa manera y tuviera ese tacto para hablar sería un buen gobernante.

—Has madurado mucho desde la última vez que te vi, Agne. Eres muy diferente a tu padre —comentó Ragnar y se dio la vuelta para salir—. Estás en buenas manos, Gunhilda. Los veré en un rato.

—¿A dónde vas? —preguntó Agne.

—A los calabozos. Tengo cosas que aclarar con la prisionera —respondió y partió.

Cuando Ragnar salía de la residencia del jarl Håkon para dirigirse a los calabozos de la ciudad, afuera estaban esperándolo Sigurd, Helgi y Thrugot, quienes se le acercaron para hablarle.

—Ragnar, tenemos que decirte algo —fui Sigurd quien habló primero.

—Creo saber lo que me vas a decir, pero dilo —anticipó Ragnar.

—La situación se está saliendo un poco de control, ¿no lo crees? —preocupado dijo Sigurd.

Helgi continuó: —Veníamos a rescatar a tu hermana y ahora nos estamos metiendo en casi

una guerra.

—¿Y qué me quieren decir con eso? —preguntó Ragnar—, ¿se quieren marchar?

—Eso mismo les dije yo, Ragnar —defendió Thrugot—. Tenemos que llegar hasta el final de este conflicto.

—Retirarse y abandonarte jamás. Llegaremos hasta el final y rescataremos a Thorgunna, cueste lo que cueste —aclaró Sigurd—. Pero puede que vaya siendo hora de considerar las palabras de Halfdan.

Ragnar se cruzó de brazos.

—Él lo dijo, Ragnar. Salió de su boca. Si la situación se complicara y llegáramos a necesitar su ayuda, que no dudáramos en buscarlo —recordó Sigurd.

—Unos cuantos varegos curtidos no nos vendrían mal en este momento —comentó Helgi.

—Y si tienes pensado ir a ese bastión, más que nunca necesitaremos hombres experimentados —continuó Sigurd—. Tú los viste luchar, ya no se trataban de mercenarios cualquiera. Eran tropas especializadas.

—Aún no sé cuál será nuestro próximo movimiento. Pero ahora estoy tranquilo con el tema de los refuerzos; mi hermano Håkon está más comprometido con la causa y estoy seguro que, de ser necesario, nos dará a sus hombres —les dijo Ragnar—. No molestemos a Halfdan, que estoy seguro tiene sus propios problemas.

Tanto Sigurd como Helgi se miraron y asintieron.

—¿Qué haremos ahora? —Thrugot preguntó.

—Ustedes vayan a descansar, ha sido una noche dura. Yo los alcanzaré en un rato, primero tengo cosas que aclarar con Alfild —respondió Ragnar.

—¿La prisionera? —preguntó Sigurd—, no se supone que ya te había dicho todo.

—Quiero saber más sobre este guerrero, el sujeto enorme que mató a Bjorn. Es la única que podría saber algo sobre él. Vayan y descansen, los alcanzaré en un rato —dijo Ragnar y partió.

Era ya tan entrada la madrugada, que en los calabozos los guardias estaban dormidos. Ragnar pasó a un lado de ellos y ni siquiera los despertó, solo tomó las llaves de la celda que colgaban en la pared; siguió de largo y caminó hasta la celda de Alfild, la cual, al escuchar unos pasos acercarse a ella, abrió los ojos y levantó la cabeza.

—Regresaste a salvo —dijo.

Ragnar abrió la celda y entró.

—No todos conseguimos hacerlo. Mi hermano Bjorn murió.

—Lamento escuchar eso —expresó Alfild.

—¿Lo lamentas? —Ragnar se sentó a su lado.

—Por supuesto que sí, ya te dije que yo no tengo nada en contra de ti ni de tu familia. No sé por qué ellos hacen esto. Nunca compartí sus métodos, y solo estaba ahí por Einar —se explicó Alfild—. Creí que teníamos un acuerdo. ¿O ya no piensas honrarlo?

—Soy un hombre de palabra. Mañana, después del funeral de mi hermano, hablaré con el jarl para que te libere, te daré una bolsa de plata y un pasaje seguro a Dublín, tal y como acordamos.

—Gracias, Ragnar —Alfild puso su mano en su pecho como señal de agradecimiento.

—Hay algo que necesito saber. El ataque fue dirigido por un hombre enorme que blandía un hacha danesa; su armadura era gruesa y su rostro estaba oculto bajo su yelmo, solo una abundante y larga barba grisácea sobresalía hasta su pecho. Él fue quién mató a mi hermano Bjorn.

—Harekr el Gigante. Dicen que es descendiente del berserker Harald Colmillo de Guerra —

contó Alfhild—. Lo vi un par de veces; recuerdo que jamás se quitaba su yelmo y su sola presencia intimidaba. También lo vi una vez pelear; le desprendió la cabeza del cuerpo a un hombre con sus propias manos. Einar decía que era el mejor guerrero vivo del mundo. Es todo lo que sé sobre él; sabes que si supiera más te lo diría.

—¿El Gigante? Le queda bien el nombre. ¿Qué sabes del Bastión de Ivar Vidfamne? —preguntó Ragnar.

—Nunca he oído hablar sobre ese lugar. ¿Por qué?

—Allí me convocó Harekr a un holmgang. Al parecer tienen allí a Thorgunna —respondió Ragnar.

—Si tienen allí a tu hermana puede que ese bastión sea el segundo cuartel de la hermandad, el que lidera Harekr —dedujo Alfhild—. Pero escucha, Ragnar, si él te convocó allí es porque una trampa te espera. Si vas allí, morirás.

—¿Te preocupo tanto? —Ragnar sonrió viéndola a los ojos.

Sonrojada, Alfhild desvió la mirada —Eres un hombre de honor, eso es todo.

—¿No crees que pueda vencerlo en combate?

—Eres un gran guerrero, Ragnar. Yo misma te enfrenté y jamás vi a nadie combatir así en mi vida. Pero Harekr es diferente, es un ser sin alma; no siente dolor ni tiene piedad. Si vas a ese bastión, puede que no regreses —Alfhild le contestó con franqueza.

—Gracias por tu sinceridad, Alfhild —Ragnar se levantó—. Te veré mañana entonces, para honrar nuestro trato.

—Ragnar... —Alfhild lo miró a los ojos, se quedó en silencio por un momento y se arrepintió de hablarle, entonces solo dijo—: Descansa.

Ragnar le sonrió —Te diría que pases buena noche, pero ya casi amanece. Así que buenos días —bromeó y salió.

Al atardecer del día siguiente, el funeral de Bjorn ya estaba en marcha. Su cuerpo había sido trasladado a la iglesia de Odense y el obispo de la ciudad llevaba a cabo la ceremonia. Todos estaban allí presentes, y, después de que el obispo dijera unas palabras acerca de Dios y la muerte, unos cánticos de lamento resonaron por todo el interior.

Ragnar estaba con los brazos cruzados, pues ese tipo de ceremonias cristianas le aburrían, pero daba su mejor cara para honrar a su hermano fallecido. Una vez que el protocolo religioso terminó, pasaron uno por uno a dar sus respetos al cuerpo.

—Enterraré a Bjorn en el túmulo de mi padre Vagn —el jarl Håkon se acercó a Thrugot—. Te pido permiso ya que está en tu propiedad y en la de Thorgunna.

—Sabes que no tienes que pedirme permiso para eso —correspondió Thrugot—. Es lo que querría Thorgunna también.

Ragnar se aproximó a su hermano y le habló:

—Håkon. Necesito que me ayudes con algo.

—¿Qué sucede?

—Es acerca de la prisionera. Hice un trato con ella y esperaba que pudieran liberarla —pidió Ragnar.

El jarl Håkon se cruzó de brazos —¿Liberar a uno de esos mercenarios que tanto daño le han hecho a nuestra familia? Bjorn está muerto y Thorgunna sigue en sus manos. Hacer que se pudran en los calabozos es mi piedad.

—Ella es diferente, Håkon. No hay maldad en su corazón; solo tuvo una vida difícil —explicó

Ragnar—. Le prometí que la liberaría si hablaba.

—No debiste hacer eso sin consultarme primero.

—¿Consultarte? —Ragnar entrecerró los ojos—, ¿sabes qué es por ella que supimos del ataque? Pudo haber sido mucho peor. Agne está vivo gracias a su información.

—Está bien, está bien. Me da igual esa mujer —Håkon revoloteó las manos—. No voy a discutir contigo en el funeral de Bjorn. Arréglalo con el capitán Aren.

El jarl Håkon se volteó a continuar recibiendo pésames y condolencias de los otros nobles. Ragnar, por su parte, fue con el capitán Aren para que lo acompañara a liberar a Alfhild.

—¿No puede esperar a mañana, Ragnar? —le preguntó el capitán—, ya está anocheciendo.

—Nunca has pasado una noche en un calabozo, ¿no es así? —Ragnar se cruzó de brazos—, ella ya ha pasado un par. Déjala dormir por lo menos esta noche en la posada.

—He visto calabozos más incómodos —el capitán Aren alzó los ojos—. Está bien, vamos.

Ya estaba completamente oscuro cuando Ragnar y el capitán Aren entraron en los calabozos; extrañamente, las antorchas de la entrada estaban apagadas y tampoco había luz en el interior. Ragnar y Aren se miraron, un extraño silencio rodeaba el lugar; al prender una de las antorchas vieron que el piso estaba manchado de sangre, tras ésta, los dos guardias estaban muertos, tendidos en el suelo. De pronto, un grito se escuchó en el interior, el grito de una mujer.

—¡Alfhild! —Ragnar estaba desarmado, pues venía del funeral y solo portaba en su cinto su pequeño seax. Así que lo desenvainó y corrió al interior de los calabozos.

El capitán Aren, que sí portaba su espada, la desenvainó y corrió por detrás de Ragnar.

Al llegar, había dos sujetos encapuchados vestidos de negro en la celda de Alfhild, misma que se defendía a uñas y dientes. Los dos encapuchados hombres, al ver a Ragnar y al capitán Aren llegar, de inmediato se voltearon para atacarlos, dejando a Alfhild herida en el suelo.

El primero de ellos atacó a Ragnar con un hacha corta; Ragnar evadió todos los golpes y contrarrestó atacando rápidamente con su seax, haciendo pequeños cortes en piernas, brazos y tórax; el malhechor, que ya tenía los ropajes llenos de sangre, volvió a atacar, pero esta vez Ragnar lo tomó del interior brazo y, en un certero movimiento, deslizó la afilada hoja del seax por su garganta, degollándolo en el acto.

El capitán Aren tuvo un poco más de problemas al combatir con el segundo encapuchado, pues el espacio de combate era reducido y no podía moverse libremente con su espada; así que optó por hacer pequeñas fintas y, una vez que el rufián lo atacó y desprotegió su defensa, Aren usó la punta de su espada para atravesarle el estómago.

—¿Y estos quiénes eran? —preguntó el capitán Aren, una vez que ambos rufianes estaban muertos.

—Miembros de Los Herederos de Thor, los reconozco —respondió Alfhild, que se había recuperado—. Vinieron a encargarse de los prisioneros.

—¿Estás bien? —Ragnar se acercó a preguntarle—. ¿Te lastimaron?

—Solo son golpes y pequeños cortes en el brazo —respondió Alfhild—. Me estaban interrogando. Querían saber lo que había dicho.

—¿Cómo supieron que habías hablado? —preguntó el capitán.

—No lo sabían. Nos buscaban a todos —contestó Alfhild—. Imagino que, al intervenir oportunamente en el ataque de ayer, supieron que tenían prisioneros y que alguien había hablado.

Mandaron a estos matones a hacerse cargo.

—Tenemos que ir con el jarl, Ragnar. Esta situación está desbordada, han sorteado nuestras defensas, mataron a dos guardias y atacaron a los prisioneros del calabozo. Cualquiera corre peligro —dijo Aren.

Ragnar le asintió —Acompáñanos, Alfhild —le dijo, y los tres partieron.

Una vez que los tres entraron en la residencia del jarl, Sigurd, Helgi y Thrugot, que estaban en el salón principal, los vieron llegar ensangrentados y rápidamente se acercaron a preguntar.

—Pero, ¿qué ha pasado? —Sigurd estaba sorprendido.

—Atacaron los calabozos. Ya nos encargamos de ellos —respondió Ragnar—. Vayamos con el jarl. ¿Saben dónde está?

—Está adentro, hablando con Agne —apuntó Thrugot.

—Esto es muy importante. Debemos interrumpirlo —señaló el capitán Aren.

Todos se dirigieron a las estancias interiores y entraron en el despacho del jarl; éste, que se encontraba hablando con su hijo Agne, vio a los ensangrentados Ragnar y Aren junto con la prisionera, y de inmediato dejó a su hijo para atender aquella situación.

—Capitán Aren, Ragnar. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué están cubiertos de sangre? —preguntó.

—Los Herederos de Thor entraron en los calabozos, mataron a dos guardias y tenían a la intención de acabar con los prisioneros. Ragnar y yo llegamos a tiempo y lo impedimos; eran un par de ellos. Ya les dimos muerte —informó el capitán Aren.

—Al parecer que intervinieramos en el ataque de ayer los hizo levantar sospechas, así que querían saber lo que los prisioneros habían dicho, en este caso Alfhild —continuó Ragnar.

El jarl Håkon estaba perplejo y sin palabras. El capitán Aren volvió a decir:

—Esto ya es un ataque directo a la ciudad, mi jarl. Ya no se tratan de simples delincuentes; han matado a dos buenos hombres que hacían su trabajo. Y si entraron tan fácilmente, pueden atacarlo directamente a usted.

Ante el pasmo de su padre, Agne alzó la voz:

—Esto ya va más allá, padre. Tienen a mi tía Thorgunna, mataron a mi tío Bjorn, entraron en la ciudad y atacaron los calabozos; han asesinado a nuestros soldados sin escrúpulos. Estamos en una guerra directa contra esos mercenarios; hay que responder con toda la fuerza que tengamos.

—¿Y responder a dónde? No me voy a embarcar en una batalla ciega —reaccionó el jarl Håkon.

—Tenemos una ubicación —replicó Agne—. Y tú no te vas a embarcar a nada, todos sabemos que no eres un guerrero... y ya estás pasado de años. Yo lideraré la expedición.

—¿Te has vuelto loco? Ir a ese lugar es ceder a su plan. Es una trampa, no te das cuenta —las palabras de su hijo calaron en el orgullo del jarl.

Ragnar interfirió: —Aunque estoy de acuerdo que este holmgang es parte de alguna estrategia maliciosa, no tenemos otra pista. No podemos quedarnos de brazos cruzados.

—¿Alguien sabe dónde queda este bastión? —preguntó el jarl.

—Me di a la tarea de investigarlo —el capitán Aren sacó un mapa y lo colocó sobre la mesa—. El Bastión de Ivar Vidfamne está en la costa sur de Escania, a un par de días de aquí. Fue una importante fortaleza del rey Ivar en Suecia.

—Ivar el del Largo Brazo, ¿no es así? —preguntó Helgi.

Todos voltearon a verlo con sorpresa.

—Sí, así lo llamaron por sus conquistas, que se extendieron al este, en Suecia —reveló Helgi.

El capitán Aren confirmó: —Sí, tiene razón.

—A veces me sorprendes, Helgi —lo palmeó Sigurd.

—Y el guerrero este, el grandote que mató a mi tío. ¿Qué tiene que ver con ese lugar? —preguntó Agne.

—Harekr es su nombre. Alfild dice que es descendiente de Harald Colmillo de Guerra —contó Ragnar.

—¿Colmillo de Guerra? He escuchado sobre él —comentó el jarl Håkon—. Fue un berserker que nunca fue derrotado en combate. Luchó en la Batalla de Brávellir contra Sigurd Ring, el padre de Ragnar Lodbrók.

—Colmillo de Guerra era nieto de Ivar Vidfamne —Helgi volvió a sorprender a todos con su comentario.

—Por lo que me contaron es así —asintió el capitán Aren—. Es por ello que, si Harekr es descendiente de Colmillo de Guerra, ya sabemos la conexión que hay entre él y el bastión. Prácticamente es su herencia.

—Pues no lo será más; tenemos que reducir ese lugar hasta las cenizas. Vengaremos a mi tío Bjorn y rescataremos a mi tía Thorgunna —tajantemente habló Agne.

—No te voy a poner en riesgo en una incursión tan insegura. No voy a perderte a ti también, hijo —con seriedad dijo el jarl Håkon.

—Padre...

—He hablado, Agne —no lo dejó terminar—. Si acepto esto es porque no hay más remedio. Solo otorgaré cincuenta hombres, pero serán los mejores guerreros que tengo —Håkon se dirigió a Ragnar—. Si estás de acuerdo, puedes acudir a ese bastión, pues fuiste tú quién fue convocado al holmgang. No arriesgaré a mi hijo.

Ragnar le asintió.

—¿Estás de broma? Yo no me quedaré aquí —replicó Agne.

—Vas a obedecer a tu jarl, o tendré que encadenarte —Håkon se puso recio.

—Tranquilo, Agne —Ragnar puso la mano en su hombro—. Ya vendrán más batallas. Tu padre tiene razón. Esta campaña es un riesgo, pero es mejor ir que no hacer nada.

Agne se cruzó de brazos en señal de inconformidad.

—Duplicaré la guardia en la residencia y la vigilancia en Odense —comentó el capitán Aren—. Puedes ayudarme a reorganizar las tropas, Agne.

Agne le asintió.

—Entonces está decidido —zanjó el jarl Håkon—. Y por Dios espero que pongas fin a este conflicto y Thorgunna regrese a salvo.

—Zarparemos en la mañana —señaló Ragnar mirando a Sigurd, Helgi y Thrugot.

Cuando salieron, Ragnar se acercó a Alfild y le dijo:

—Vayamos afuera.

Alfild le asintió y Ragnar continuó hablando mientras caminaban:

—No sé qué tan largo sea el brazo de Los Herederos de Thor, pero ahora sé que son bastante vengativos. Ahora entiendo por qué quieres irte lo más lejos de aquí que te sea posible, pero no sé si Dublín sea un lugar seguro para ti.

—¿No vas a honrar el trato? —con sospecha preguntó Alfild.

Ragnar desató una bolsa de su cinto y se la dio —Aquí hay suficiente oro y plata como para que comiences de nuevo. Puedes irte a Irlanda si lo deseas, pero si de verdad lo que quieres es una vida segura en la que no tengas que cuidarte la espalda, sé a dónde puedes ir.

—¿Adónde?

—A Kristiansand, en Noruega —ya habían salido de la residencia del jarl, entonces Ragnar apuntó hacia el puerto—. Los barcos de ese muelle salen hacia allá.

—¿Qué tiene de especial ese lugar? ¿Por qué me protegería?

—Porque nadie sería tan tonto como para atacarlo —Ragnar respondió sonriendo, después apuntó en otra dirección—. En el otro astillero salen los barcos hacia Dublín. La decisión es tuya; pero si decides ir a Kristiansand, pregunta por Pallig o por Bjarni, diles que Ragnar te envía y cuéntales todo. Ellos te ayudarán a establecerte.

—Aún no sé lo que haré, pero gracias, Ragnar, por cumplir tu palabra —Alfhild lo miró a los ojos—. Te aconsejaría que no vayas a enfrentar a Harekr mañana, pero sé que lo harás de todas formas. Así que ten cuidado, y que los dioses te protejan.

Ragnar sonrió —Gracias por tu preocupación, Alfhild. La valoro mucho.

La miró fijamente a los ojos, después desvió su mirada y se despidió.

II

Nordmøre, Noruega. Junio de 1079 d.C.

Una comitiva de jinetes a caballo, que iban por delante de un carruaje, llegaba a la propiedad del hauld Rorik Dericksson; era una vasta extensión de tierra que se extendía hasta las costas del fiordo, la cual se podía apreciar desde la colina.

—¿Toda esta tierra es tuya? —preguntó Halfdan, que iba en uno de los caballos.

—Lo es —afirmó Rorik, que iba en otro—. Con trabajo y esfuerzo me he ido extendiendo.

En los otros caballos iban Orvar, Hjalmar y Hodur, además de los hombres de Rorik; y por detrás, dentro del carruaje, iba lady Eyra y su protector Iver.

En medio de la tierra se alzaba una gran residencia de madera, alrededor de esta había otras pequeñas casas y varios cercos de madera; y más adelante se extendían unas grandes caballerizas. En la costa del fiordo había un pequeño muelle con un barco pesquero; prácticamente el hauld Rorik lo tenía todo a su disposición en su propiedad.

—Lo primero que te enseñaré serán mis caballos, Halfdan —apuntó Rorik—. Soy un apasionado de montar. Mi tesoro más valioso es un Pura Sangre que hice traer desde Miklagård, ciudad que conoces muy bien.

—Y también es un corcel que conozco muy bien. El emperador tenía unos veinte de esos Pura Sangre. Veía cómo se los cepillaban a diario —comentó Halfdan.

—¿Veinte? No lo puedo creer —Rorik abrió los ojos—. A mí uno solo me costó casi la mitad del valor de mi propiedad.

—Lo sé, lo sé. Pero cuando hablamos de emperadores las cifras son inimaginables. Con decirte que le traían un vino especial solo reservado para el emperador, que valía lo de todos los salarios de un año en mi ducado.

—¿Probaste ese vino? —interesado preguntó Rorik.

Halfdan asintió —El emperador me lo dio a probar en persona. Según sus palabras, me convertí en uno de los pocos mortales que lo han probado.

—¿Y qué tal?

—No estaba mal, pero prefiero el hidromiel de mi tierra —rio.

—Creo que estás siendo modesto —sonrió Rorik.

—Ha sido la mejor bebida que he probado —Halfdan se sinceró.

—No lo dudo —señaló Rorik, que detuvo el caballo—. Hemos llegado.

Rorik y compañía desmontaron frente a su gran residencia, pero notó que varios hombres estaban movilizados en las caballerizas y algunos corrían de un lado a otro, como si algo hubiera pasado.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —se preguntó Rorik.

—¿Todo está bien? —Halfdan se le acercó.

—No lo sé, tengo que hablar con el staller. Discúlpame un momento, Halfdan. Regreso enseguida —preocupado le dijo Rorik, que partió a las caballerizas.

En ese momento, Eyra bajó del carruaje ayudada por Iver; se agarraba su panza que poco a

poco iba creciendo más.

—Ya no aguantaba estar un minuto más sentada en ese carruaje —estirándose comentó Eyra—. Me duele la espalda baja.

—Cada día crece más, mi amor. Será un bebé fuerte —dándole un beso le dijo Halfdan—. Le pediré a Rorik que te acomode en el interior de la residencia, para que puedas recostarte.

Eyra le asintió —Es lo que más necesito ahora.

—Fue a las caballerizas, así que ya vuelvo —le dijo Halfdan y partió.

Rorik entró en las amplias caballerizas, las cuales estaban bien ordenadas y divididas con vallas de madera; en cada espacio había un caballo bien cuidado, y en medio se encontraba una elevada zanja llena de agua que servía como bebedero. Aquellos establos estaban mejor hechos y organizados que muchos de cualquier ciudad.

—¿Por qué esta movilización, Garth? —Rorik le preguntó al staller, el cual estaba dando indicaciones a los trabajadores.

—Hauld Rorik, no pensé que fuera a regresar tan rápido —con nerviosismo habló el staller Garth, que era un hombre de baja estatura, cabello negro y grueso bigote.

—Pues aquí estoy, ¿qué ha ocurrido?

—Lo siento, hauld. Ocurrió anoche y fue muy repentino. Se lo han robado —el staller trató de explicar.

—¿A quién? ¿A quién se han robado? —Rorik saltó.

—A Breggo —respondió el staller.

Rorik bramó y soltó un puñetazo a uno de los tablones.

—Pero ya los hemos localizado, mi señor —aplacó el staller Garth—. Solo que no contamos con los hombres necesarios.

En ese momento Halfdan entró en las caballerizas, y, al ver el estado alterado de Rorik, rápidamente preguntó:

—¿Está todo bien? ¿Qué ha ocurrido?

—Se han robado a Breggo.

—¿Quién es Breggo?

—Mi Pura Sangre —Rorik resopló—. Sabía que no debía dejarlo aquí. Algo me decía que debía llevarlo conmigo, pero en Nidaros no iba a tener los mismos cuidados.

—De verdad que lo siento, Rorik. Si hay algo que pudiera hacer...

Rorik rápidamente interrumpió: —De hecho, ¿crees que es muy pronto para pedirte un favor?

—Para nada. Dime qué tienes en mente.

—El staller tiene localizados a los ladrones, pero nos hacen falta hombres para ir por ellos. Si pudieras ayudarnos te lo agradeceré eternamente —pidió Rorik.

—Por supuesto, les diré a mis hombres. Solo dime adónde hay que ir y te acompañaré —confirmó Halfdan.

—Staller Garth —llamó Rorik.

El staller dio un paso al frente y habló: —Están en un campamento al sur de aquí, serán cerca de quince rufianes. Herimos a un par de ellos durante el atraco y por eso se guarnecieron bien ahí. Ellos no saben que los localizamos, así que los tomaremos por sorpresa.

—Alistaré a mis hombres y partiremos a darles caza en cuanto me digas —señaló Halfdan—. Solamente déjame acomodar a mi esposa Eyra dentro de tu residencia, necesita descansar.

—Por supuesto, mi morada es tu morada, Halfdan. Le diré a la servidumbre que la acomode en el mejor cuarto —le dijo Rorik, que se volteó al staller—. Alista a los hombres que tengas, partiremos de inmediato.

El staller Garth asintió y partió. Por su parte, Rorik y Halfdan regresaron a la residencia.

Halfdan se dirigió con su esposa Eyra, que estaba junto a Iver, Orvar, Hjalmar y Hodur. En cuanto lo vieron, se acercaron a preguntar sobre la situación.

—¿Qué ha ocurrido, Halfdan? Todo el lugar parece muy movilizado —preguntó Orvar.

—Le robaron un caballo a Rorik, pero no cualquier caballo; es un Pura Sangre —respondió Halfdan—. Como los que tenía el emperador, ¿los recuerdan?

—Como no recordarlos, cuando les daba el sol su pelaje brillaba como el oro —comentó Hjalmar.

—Pues el staller del lugar los ha localizado, así que Rorik requiere de nuestra ayuda —contó Halfdan—. Solo vinimos nosotros, pero estoy seguro que haremos la diferencia.

—Una pelea... ya era hora —con entusiasmo dijo Hodur.

—Tiene más de un año que no combato, Halfdan. No sé si estaré en condición —tocándose la barriga habló Orvar—. No quiero ser un lastre.

—Tranquilo, no creas que no pensé en ello. Tú te quedarás con Eyra —le indicó Halfdan, que después miró a Iver—. Y tú vendrás conmigo.

—Mis hachas están impacientes —sonrió Iver.

Eyra se acercó a Halfdan —Supongo que nunca estarás exento de la batalla —le dijo tocándole el rostro—. Ten mucho cuidado.

—Lo tendré, mi cielo.

En ese momento, Rorik se acercó junto a una mujer.

—Halfdan, ella es Anja, la encargada doméstica de la residencia. Ella se ocupará de lady Eyra y estará a su disposición en todo lo que necesite; ahora la llevará a su cuarto.

Halfdan le agradeció a Rorik y se despidió de Eyra con un beso. Después ella partió junto a Anja y Orvar a la residencia, mientras que Halfdan, Rorik, Iver, Hjalmar y Hodur acompañaron al staller Garth y a otros seis hombres hacia el sur.

Estaba anocheciendo, Halfdan y compañía ya llevaban caminando un buen rato en los espesos bosques de Møre. Eran un total de doce guerreros, y, a pesar de que los informes del staller decían que los bandidos eran por lo menos quince, se sabía que un par de ellos estaban heridos, así que los números de ambos eran igualados. Halfdan había experimentado en varias ocasiones que los números no ganan batallas, sin embargo, sabía que él y sus compañeros eran bastante superiores en habilidad al resto, así que esta confronta no le preocupaba en absoluto.

A la distancia, entre los árboles y arbustos, se empezaron a ver unas luces; cuando se aproximaron más, distinguieron algunas carpas y siluetas de hombres. Los rufianes tenían un pequeño campamento bien montado. Halfdan envió a Hjalmar y Hodur para que hicieran reconocimiento e informaran bien de la situación. Tras pasar un breve rato explorando, regresaron para contar lo que habían visto.

—¿Vieron a Breggo? —el hauld Rorik rápidamente preguntó.

—Vimos a un par de caballos amarrados en la parte de atrás. Podría ser alguno de ellos —respondió Hodur.

—¿Cuántos son y qué defensas tienen?

—Hay unos diez afuera, despistados y cocinando. Es probable que el resto esté dentro de las tiendas —respondió Hjalmar—. Y sobre sus defensas, no hay ninguna. Terminaremos con esto en un pestaño.

—Hagámoslo entonces —señaló Halfdan.

—Espera, hay algo que debo decir —habló Rorik—. Si no les queda más remedio que matar, háganlo, pero si pueden herir o inutilizar sin cobrar sus vidas, será lo mejor. Son ladrones, y quiero hacer de esta región un condado que se rige bajo la ley. ¿De acuerdo?

Todos voltearon a ver a Halfdan, el cuál respondió asintiendo:

—No creo que haya ningún problema.

—Ataquemos —Rorik apuntó hacia el campamento.

Hjalmar y Hodur se posicionaron por detrás de unos arbustos; el primero sacó su arco y el segundo su ballesta.

—¿Aún recuerdas como disparar? —bromeando preguntó Hodur.

—Hasta con los ojos cerrados —Hjalmar cerró los ojos y disparó una flecha, la cual se incrustó en la pierna de uno de los bandidos despistados.

Hodur rio y disparó el virote de su ballesta, acertando en el hombro de otro ladrón.

—¡Nos atacan! —se escuchó provenir del campamento.

Halfdan, Rorik y compañía entraron en el campamento con sus armas en alza y haciendo un gran escándalo para desorientar a sus adversarios. Dos de ellos atacaron en conjunto a Halfdan, el cual, alzando su hacha Fauces, le dio un fuerte golpe al escudo de uno de ellos, desbaratándoselo por completo; el segundo quiso atacarlo, pero Halfdan se agachó y provocó que el golpe pasara de largo. Después atacó al rufián sin escudo y lo golpeó con el palo de su hacha hasta que quedó inconsciente, sin embargo, el segundo ladrón iba a atacarlo por la espalda cuando Iver intervino con sus dos hachas barbadadas y lo cortó por los brazos y las piernas, para después rematarlo en el suelo.

Halfdan volteó y vio al ensangrentado Iver —Hay que dejarlos con vida —le dijo.

—Lo siento, mi jarl. Pero él no iba a dejarte con vida a ti —replicó Iver.

—Lo tenía controlado —le sonrió Halfdan.

El hauld Rorik y el staller Garth combatían en conjunto con un par de bandidos, mientras que el resto de los hombres se encargaban de los demás; algunos de los rufianes murieron por el fragor de la batalla, pero a la mayoría lograron herirlos e inutilizarlos. Hjalmar y Hodur, con disparos certeros en las piernas de los ladrones, casi se habían encargado de la mitad de ellos, y, cuando la batalla estaba completamente inclinada a favor, los malhechores restantes tiraron sus armas al suelo y alzaron las manos en señal de rendición.

—Aprisionémoslos —ordenó Rorik—. Serán juzgados por sus crímenes conforme a la ley. No se olviden de aprehender también a los heridos de las tiendas.

—Hauld —el staller Garth se acercó corriendo—. Lo hemos encontrado.

Dos hombres trajeron a un hermoso corcel plateado cuyo pelaje resplandecía con la luz de la luna; el semental era de hocico fino y patas delgadas, con cabeza erguida y buena envergadura.

—¡Breggo! —Rorik expresó con alivio y acarició a su caballo.

—Es un ejemplar excelente —se acercó Halfdan.

—Jamás olvidaré tu ayuda, Halfdan —agradeció Rorik—. Te debo una.

—No hay de qué, Rorik. Fue bastante sencillo.

Rorik miró a los hombres de Halfdan —Es lo que veo. Todos ustedes son excelentes guerreros —los elogió y después caminó agarrando a su caballo—. Regresemos y tengamos una buena cena en mi residencia. El staller Garth y sus hombres se harán cargo de los prisioneros.

Después de que regresaron a la propiedad de Rorik, Halfdan y sus compañeros se asearon y se vistieron para la cena. La mesa ya estaba servida con Rorik a la cabeza y Halfdan a un lado de él, después estaba su esposa Eyra, y del otro lado Iver y Orvar, seguido por Hjalmar y Hodur. Los tarros se llenaron de hidromiel y cerveza, entonces Rorik levantó su bebida para hacer un brindis.

—Por una alianza y una amistad duradera. ¡Skål!

Halfdan y los demás alzaron sus tarros y también brindaron.

—¡Skål!

Después del brindis, comenzaron a comer.

—Me sorprende que aún no estés casado, hault Rorik —comentó Eyra—. Un hombre de su posición debería tener una buena mujer a su lado con hijos en el camino para que continúen su legado.

—No es que no haya tenido pretendientas, simplemente me he enfocado más en mi trabajo y éxito que en el amor —explicó Rorik—. Y he tenido mis amoríos, claro, pero un hombre como yo siempre busca escalar de posición, y si llego a casarme, será con alguien que complementa mi ambición.

—Palabras sinceras. No todos hablan tan abiertamente de sí —señaló Eyra.

—Estamos en confianza, ¿no es así?

Eyra asintió —Y dime, ¿ya encontraste a una mujer que te haga escalar de posición? —preguntó.

—La tengo, sí —afirmó Rorik—. Su nombre es Thyra, hija del jarl Ragnvald de Sunnmøre; de hecho, es prima de tu hermana, Halfdan.

—¿De Tora? —Halfdan se extrañó—, no sabía que mi hermana estaba relacionada con los Sunnmørsættleggen.

—La madre de Tora era hermana del jarl Ragnvald. Creo que no terminaron en buenos términos cuando se casó con tu padre, pero bueno, eso no quita que tu hermana Tora pertenezca al clan Sunnmørsættleggen; es por ello que el rey Olaf los tenía muy de cerca, pero esa fraternidad se ha distanciado —contó Rorik.

—Y ahora tú vas a revivir esa unión casándote con la hija del jarl y heredera de la dinastía, ¿no es así? —dedujo Eyra.

—Soy un servidor de la corona —le afirmó Rorik—. Y como le dije a Halfdan en la cacería, mi acuerdo con el rey Olaf es que tenga el condado bajo control de la corona y vigilar bien de cerca a los Sunnmørsættleggen, y la mejor manera de conseguirlo es casándome con Thyra.

—¿Y esto solo lo haces por el rey o hay alguna ambición extra? —volvió a preguntar Eyra, que sabía manejar bien las cuestiones políticas.

—Mi principal motivo es servirle al rey, pero también quiero que toda la ancestral región de Møre, que está en decadencia, regrese a su antigua gloria. Recuperar el control, el orden y la ley para que sea nuevamente el condado más poderoso de Noruega.

—Kristiansand se beneficiará de tener una alianza con un condado así —Eyra alzó su copa.

—Yo lo veo de la misma forma —Rorik alzó su tarro—. Y hoy me di más cuenta que nunca. Yo tengo recursos que Kristiansand no tiene, pero Halfdan tiene una habilidad única y una fuerza bélica que yo no poseo; juntos podemos lograr grandes cosas.

Todos volvieron a alzar sus tarros y brindaron:

—¡Skål!

III

Escania, Suecia. Junio de 1079 d.C.

El cielo estaba nublado y una ligera lluvia caía sobre el barco que Ragnar capitaneaba; a la distancia, en la costa, se lograba apreciar cómo las olas chocaban contra las rocas de un acantilado, arriba de este, un enorme muro de piedra se alzaba a lo alto y ancho. Ese era el Bastión de Ivar Vidfamne, una imponente construcción que, a pesar de que no se encontraba en su mejor estado, pues algunos de sus muros estaban derruidos, continuaba impresionando desde la distancia.

—¿Cómo vamos a entrar ahí? —le preguntó Sigurd a un Ragnar que observaba desde la proa.

Ragnar no respondió, pues se encontraba analizando la situación.

—Podríamos llegar por el frente —comentó Helgi.

—Ese acantilado se extiende por kilómetros. Tendríamos que dejar el barco en alguna costa y rodear caminando todo por tierra —replicó Sigurd—. No sé si sea tan viable. Además, si llegamos por el frente, no creo que nos reciban con los brazos abiertos.

—¿Y qué quieres? ¿Escalar eso? —Helgi apuntó al acantilado.

—Ragnar ya escaló una distancia parecida junto a Halfdan, en la torre de Constantinopla —recordó Sigurd.

—No es lo mismo —Ragnar por fin habló—. La torre estaba seca y no había viento. Aquí tenemos la lluvia marina y las ráfagas de aire; nos tiraría o nos caeríamos a media escalada.

—¿Entonces cuál es el plan? —se unió Thrugot—, no podemos demorarnos aquí o las olas nos harán encallar contra las rocas.

—¿Eso de allí es un muelle? —fijando la vista, Helgi señaló.

Todos voltearon a ver a dónde Helgi apuntaba, y sí, efectivamente, frente a una parte del acantilado, había un pequeño muelle que daba hacia una entrada que parecía una cueva; claramente había sido hecha a propósito.

—Es probable que sea una ruta de escape o donde descargan provisiones para abastecer el bastión desde el mar —dedujo Ragnar.

—¿Crees que lleve hasta el interior del fuerte? —preguntó Sigurd.

—Solo hay una forma de saberlo —respondió Ragnar, que ordenó que el barco se dirigiera hasta ahí.

Cuando el barco aparejó en el pequeño muelle, Ragnar, Sigurd, Thrugot y Helgi bajaron y exploraron aquella entrada. En efecto, no se trataba de una construcción natural, sino que había sido hecha por alguien. Sin embargo, al adentrarse y caminar por el oscuro pasillo de piedra, se toparon con una oxidada y gruesa reja elevadiza de hierro, la cual impedía seguir.

—¡Mierda! Era demasiado bueno para ser verdad —maldijo Thrugot.

—Casi no se ve, pero hay unas escaleras más adelante —Sigurd alumbró un poco con su antorcha—. Creo que este sendero lleva al bastión.

—Esas bisagras se ven bastante oxidadas, puede que con algo de fuerza podamos echar abajo la reja —indicó Ragnar.

Los cuatro comenzaron a patear la reja elevadiza con todas sus fuerzas, pero ésta no cedió. Después fueron al barco por un remo y volvieron a golpear; a pesar de que la reja vibraba debido a los fuertes golpes, ésta no se rompía.

—No va a caer —con pesimismo dijo Thrugot—. Por la forma en la que está construida, en vez de golpearla debemos jalarla, así las bisagras cederán.

—No tenemos la fuerza para jalar esta cosa —comentó Helgi.

De pronto, Ragnar miró hacia atrás, hacia el barco, entonces dijo:

—Nosotros no, pero el barco sí. Traigamos unas sogas.

Desde el barco amarraron cuatro sogas en la reja, dos en la parte de arriba y dos en la de abajo; después salieron hacia el muelle y se guarnecieron en los costados de las puertas. Posteriormente, Ragnar ordenó:

—¡Remen!

Los cincuenta guerreros del barco remaron hacia atrás con todas sus fuerzas, las sogas se tensionaron y la reja hizo un sonido atronador. A medida que los guerreros remaban con más fuerza, un chillido en el interior se escuchó; de pronto, un estruendoso sonido, provocado por el hierro chocando con el interior de las paredes, retumbó por el interior; la reja salió disparada hacia afuera, estampándose contra el mar y pasando por un lado de Ragnar, Sigurd, Helgi y Thrugot, que estaban protegidos en los bordes laterales de la entrada; de haber ellos estado en el interior del pasillo, la reja se los habría llevado consigo.

Los hombres remaron de regreso al muelle y volvieron a aparejar. Ragnar se asomó en la polvorienta entrada y dijo:

—Ahora el camino está libre. Entremos.

Los cuatro caminaron hacia el interior, seguidos por los cincuenta guerreros daneses; iban a paso lento y tranquilo. Después de pasar la zona donde estaba antes la reja, subieron por una serie de escaleras de piedra interminables; parecía que hacía tiempo nadie transitaba por allí, pues la zona estaba polvorienta y llena de telarañas. Cuando llegaron arriba se encontraron con una puerta de madera; Ragnar notó que su cerradura estaba rota y simplemente la empujó lentamente, se asomó y no vio a nadie en el exterior, solo había un pasillo con columnas que daban hacia un patio.

—Este lugar es enorme —comentó Helgi.

—Pero parece abandonado. Nadie le ha dado mantenimiento en décadas —habló Thrugot.

Caminaron cuidadosamente por el interior de los muros del bastión, no sabían hacia dónde se dirigían, pero desde el patio Ragnar logró ver una luz en el interior de un ventanal de piedra. Un extraño silencio evocaba en el lugar; en toda esa gran fortaleza no había ni un solo ruido, pero se sentía como si mil ojos los vieran desde todas direcciones.

—Es imposible que no haya nadie aquí y que todos estén ahí dentro —habló Sigurd—. Claramente nos están esperando.

—Eso lo teníamos presente desde que zarpamos —replicó Ragnar.

De pronto, una familiar voz hizo eco entre los muros de piedra:

—¡Ragnar! —era la voz de Thorgunna.

—¡Thorgunna! —rápidamente gritó Thrugot.

—Proviene de adentro —señaló Ragnar.

Frente a ellos había unas pequeñas escaleras, seguidas por dos enormes portones de madera vieja; al abrirlos había un gran salón en el interior. Todo allí, tanto mesas, como cortinas y estantes estaban rotos, viejos y llenos de polvo. En formación caminaron cautelosamente por en

medio del salón cuando una serie de atronadores gritos se escucharon, seguidos de un gran número de guerreros que salieron de los laterales, impactándolos por ambos lados.

—¡Muro de escudos! —ordenó Ragnar.

Los mercenarios embistieron por ambos flancos a Ragnar y sus hombres, encerrándolos en un compacto círculo; la cerrada formación de escudos aguantó el acero enemigo, y, cuando la carga rival perdió fuerza, Ragnar ordenó contraatacar solo por uno de los flancos. La primera línea abrió la formación golpeando con sus escudos a los mercenarios, para que después, la segunda línea atacara con espadas, hachas y lanzas. Repitieron la táctica un par de veces hasta que ese flanco estuvo asegurado, entonces, lograron retroceder hasta posicionar al enemigo de frente, sin estar rodeados y sin comprometer los flancos.

—Los malditos son fuertes —habló Helgi, que acaba de incrustar su hacha en medio de la frente de su rival.

—Solo fue el sorpresivo ataque. La balanza se ha equilibrado —le dijo Sigurd, que se protegía con su escudo mientras daba estocadas con su espada.

Mientras las dos líneas de guerreros combatían con fiereza, Thrugot, que estaba en la segunda línea dando hachazos por encima de las cabezas, logró distinguir a su esposa a la distancia, parada al final de unas escaleras; portada el mismo vestido azul que tenía puesto la última vez que la vio.

—¡Thorgunna! —apuntó Thrugot.

Ragnar rápidamente volteó y la vio. Allí estaba su hermana, ilesa, tan cerca de él, pero con una hilera de enemigos que le impedían llegar hasta a ella.

—Tenemos que ir por ella, Ragnar —le dijo Thrugot.

—Es una trampa, lo sabes, ¿no? —intervino Sigurd.

—Ya estamos en la trampa —replicó Ragnar, que después ordenó—. Necesitamos abrir una brecha para que Thrugot y yo pasemos. Formación en cuña. ¡Svinfylking!

Mientras la primera línea de guerreros mantuvo el muro de escudos, la segunda línea, con Ragnar y Thrugot a la cabeza, se pusieron en formación en cuña caminando unos pasos hacia atrás, y, cuando la primera línea se abrió, cargaron con todas sus fuerzas contra los mercenarios y embistieron todo su frente rompiendo su formación por el centro. Ragnar y Thrugot lograron llegar hasta el otro lado, pero algunos otros se quedaron en el camino enfrentándose a los enemigos.

—¡Sigan! Nosotros los detendremos —les dijo Sigurd.

—No dejaremos que pasen —siguió Helgi.

Ragnar y Thrugot corrieron hasta el final del salón mientras sus hombres se volvieron a colocar en formación cerrada para cubrir sus espaldas. Cuando llegaron hasta el final y subieron las escaleras Thorgunna ya no estaba, pero volvieron a escuchar sus gritos.

—Por aquí —Ragnar apuntó hacia el corredor izquierdo.

Continuaron corriendo por los pasillos guiándose con los gritos de Thorgunna hasta que llegaron a un área cerrada, que parecía ser un cuarto amplio de entrenamiento; allí estaba Thorgunna, parada en medio del lugar. El área estaba rodeada de muros de piedra y era sostenida por cuatro columnas, en los costados había estantes con armas de todo tipo, maniqués de entrenamiento y antorchas colgadas que iluminaban ciertas zonas. Thorgunna temblaba y lloraba del miedo.

—Thorgunna, esposa mía. Estás viva —Thrugot dio un paso, pero fue detenido por Ragnar, que le colocó la mano sobre el pecho.

—Él está ahí. Puedo oír su respiración —Ragnar le dijo en voz baja—. La seguridad de

Thorgunna es lo primero; en cuanto yo ataque, quiero que vayas por ella y te la lleves de aquí. Ve al barco y regresen a Odense sin mirar atrás.

Thrugot asintió.

En la oscura parte de atrás una risa se escuchó, y de pronto, una enorme silueta fue lentamente iluminada a medida que los lentos y pesados pasos se hacían eco en la habitación. Un pelaje grisáceo resaltó entre la oscuridad y una gruesa armadura relumbró ante la luz de las antorchas; Harekr se posicionó por detrás de Thorgunna, la cual, en comparación de tamaño, parecía un pequeño gato frente a un enorme oso.

—Sabías lo que te aguardaba, jomsvikingo, y aun así decidiste venir. Acudiste a mi holmgang. Valoro tu valentía —con su grave voz habló Harekr el Gigante—. Como ves, soy hombre de palabra. Tu hermana está a salvo. Te dije que, si querías volver a verla, tenías que venir. Así que yo ya he cumplido, la has vuelto a ver... por última vez.

En ese momento, Harekr levantó su hacha ancha con intención de cortar a Thorgunna en dos, pero Ragnar fue más rápido y le arrojó su seax con dirección a la cabeza; Harekr tuvo que usar el filo de su hacha para poder bloquear el seax o este se hubiera incrustado en su cuello; cuando el enorme guerrero volvió a mirar al frente, ya tenía a Ragnar sobre él atacándolo con su espada Høfuð. En esa distracción, Thrugot había corrido hacia Thorgunna y, cargándosela a los hombros, se la llevó hacia la puerta. Cuando miró atrás, vio Ragnar evadir la gigantesca hacha de Harekr.

—¡Ragnar! —le llamó.

—Vete de aquí. Vinimos por Thorgunna, es todo lo que importa. Yo me las arreglaré para regresar —le ordenó Ragnar.

—No puedes irte y dejarlo aquí con él. ¡Es un monstruo! —con desesperación gritó Thorgunna.

Thrugot no hizo caso a los gritos de su esposa, y, sin mirar atrás, salió de allí con ella a hombros.

Ragnar se quedó peleando con Harekr y evadía los fuertes golpes de su hacha, los cuales impactaban en el suelo y las paredes rompiendo roca y madera con su filo. Al mismo tiempo que el enorme guerrero alzaba su pesada hacha para volver a atacar, Ragnar le daba rápidos golpes con su espada, pero la armadura que portaba era tan gruesa, que ninguna estocada lograba penetrarlo. Ragnar tenía que optar por otra estrategia, él era claramente más ágil, pero sabía que un solo golpe que Harekr le diera lo dejaría en el suelo.

El gigantesco hombre continuó atacando con una furia incansable, rompiendo todo a su paso con los golpes de su hacha, Ragnar no hacía otra cosa más que saltar y moverse de un lado a otro; pero allá donde parara, se desbarataba una mesa, un estante o un maniquí de entrenamiento. Por donde pasaba el hacha de Harekr era destrucción absoluta.

—Deja de huir y pelea —bramó Harekr—. Así te enseñaron a combatir los valerosos jomsvikingos. O debo decir, ¿los extintos jomsvikingos?

Cuando Harekr clavó su hacha en el suelo, Ragnar saltó sobre ella y le dio un fuerte golpe con su espada en el rostro; el grueso yelmo de Harekr detuvo que no se le cortara la cara en dos, pero sí le quedó el tajo marcado en el acero del casco.

Harekr dio un pequeño paso hacia atrás y sonrió, volvió a alzar su hacha y dio una serie de ataques en giro que sorprendieron a Ragnar. En una de esas acometidas, el enorme guerrero logró darle una patada al jomsvikingo, arrojándolo contra el suelo; después lo tomó de los brazos

y lo azotó con fuerza contra una de las columnas de piedra que sostenían el techo. Ragnar se quedó sin aire y escupió sangre; de no haber traído su armadura de cuero y láminas puesta, el golpe le habría roto las costillas.

—Estás acabado, jomsvikingo. Y ni siquiera me he esforzado —dijo Harekr, que lo dejó levantarse.

Ragnar tomó la empuñadura de su espada y, colocando la punta en el suelo, se ayudó de ella para ponerse de pie. Tras esto, alzó su espada y dio una serie de ataques que Harekr repeló con su hacha y con las protecciones de su armadura. El enorme guerrero atrajo a Ragnar hasta que logró atraparlo entre su pecho y su hacha, aprensándolo sin dejarlo escapar; lo apretó tan fuerte que Ragnar sintió que le iba a desbaratar todos sus huesos. Después, Harekr le soltó un fuerte cabezazo que dejó a Ragnar casi sin conciencia y con el rostro ensangrentado.

Ragnar aflojó el cuerpo y la empuñadura de su espada se deslizó de su mano hasta caer en el suelo; tras esto, Harekr lo tomó del cuello y lo alzó.

—Podría matarte ahora mismo. Pero tu muerte no depende de mí —le dijo a un Ragnar que tenía la mirada casi perdida.

Acto seguido, Harekr lo cargó en su hombro y se lo llevó.

El frenético combate del salón ya estaba decantado para Sigurd, Helgi y el resto de los guerreros daneses, quienes ya tenían contra el suelo a un puñado de mercenarios enemigos que pronto comenzaron a huir. En ese momento, Sigurd vio a Thrugot correr de regreso con Thorgunna a sus hombros, así que rápidamente lo interceptó.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Ragnar? —le preguntó.

—Sé quedó peleando con el gigantesco guerrero para que pudiera llevarme a Thorgunna y ponerla a salvo. Fueron sus órdenes, Sigurd; tengo que salvaguardar a mi esposa y aquí no está segura —con prisa respondió Thrugot, que no se quedó a hablar y siguió corriendo de vuelta al barco.

—No pueden dejarlo atrás. Ese monstruo lo matará —desde los hombros de su esposo Thorgunna alcanzó a gritar.

Sigurd y Helgi se miraron con preocupación y complicidad; ambos, sin decirse una palabra, coincidieron en que no podían dejar solo a Ragnar, tenían que ir por él. Así que Sigurd le ordenó a la mitad de guerreros daneses que regresaran al barco con Thrugot, y a la otra mitad que los acompañaran al interior del bastión.

Recorrieron los pasillos interiores abriendo cada puerta y explorando cada vieja habitación hasta llegar a lo que parecía ser una sala de entrenamiento, pero en ningún lugar había rastro de Ragnar ni de Harekr el Gigante.

—Sigurd, mira —apuntó Helgi.

Se trataba de Høfuð, la legendaria espada de Ragnar estaba tirada en el piso de ese cuarto de entrenamiento; todo el lugar estaba desbaratado, como si un intenso combate hubiera tomado lugar en el interior.

—¿Qué ha pasado, Sigurd? Es obvio que pelearon aquí —volvió hablar Helgi—. ¿A dónde han ido?

—Ragnar jamás dejaría a Høfuð atrás —Sigurd la recogió—. Se lo han llevado.

Helgi volteó a verlo con preocupación.

—No deben estar lejos —volvió a decir Sigurd—. Debemos darnos prisa.

Sigurd y Helgi, acompañados por los guerreros daneses, salieron del cuarto de entrenamiento y continuaron recorriendo el interior del castillo, pero no había ningún rastro de ellos.

—Si estuvieran aquí ya los habríamos encontrado —dijo Helgi—. Lo más seguro es que se lo llevó de aquí.

Sigurd alzó la mirada —Si salieron de aquí, podríamos verlos si miramos desde arriba. Helgi asintió.

Subieron las escaleras y llegaron hasta el punto más alto, una azotea que daba hacia el exterior y en el que se podía ver toda la región. La lluvia caía con más fuerza y parecía que una tormenta se avecinaba; Sigurd y Helgi se pararon en el borde para ver todo el bastión y sus alrededores hacia abajo en busca de Harekr y Ragnar.

—¡Allá! —Helgi apuntó.

Del otro lado de la fortaleza, en una bajada oculta hacia el acantilado, se hallaba un pequeño puerto. Harekr era tan grande que se podía ver cómo llevaba el cuerpo de Ragnar hacia un drakkar que ya se preparaba para zarpar.

—Tenemos que regresar al barco —señaló Sigurd—. No podemos dejar que escapen.

Corrieron de regreso al navío, el mar estaba más agitado que antes, provocando que las olas chocaran con más fuerza contra las rocas y contra el propio barco. Cuando Sigurd, Helgi y el resto de hombres llegó, el lǫngskip estaba ya listo para salir.

—¿Dónde está Ragnar? —rápidamente preguntó Thorgunna en cuanto los vio.

—Harekr lo tiene. Se lo llevará de aquí en barco —respondió Sigurd—. Tenemos que interceptarlo.

—¿Ya viste la tormenta que se avecina? —apuntó Thrugot—. No voy a poner la vida de Thorgunna en riesgo.

—Tú ya tienes a tu esposa. ¿No recuerdas quién arriesgó su vida en todo momento para salvarla? —replicó Sigurd—. No voy a dejar a Ragnar atrás.

Todos los hombres se acomodaron en el barco y Sigurd ordenó rodear el acantilado hacia el puerto que se escondía detrás. El mar estaba cada vez más rabioso y las negras nubes dejaban caer una lluvia que aumentaba la intensidad con el pasar del tiempo. Cuando llegaron al lugar, vieron un drakkar que ya había salido del puerto y se alejaba al horizonte, hacia la tormenta.

—¡Allá está! —señaló Helgi.

—Síguenlo —ordenó Sigurd.

—Va hacia la tormenta. Nos matarás —se quejó Thrugot.

Thorgunna intervino: —No regresaremos. O Ragnar viene con nosotros o moriremos en el intento.

El viento soplaba con fuerza y el mástil crujía como si se fuera a desprender con todo y la vela.

—Debemos de bajar la vela, Sigurd —dijo Helgi.

Sigurd miró hacia el frente —Ellos no la han bajado; saben que los seguimos. Si bajamos la vela ahora, los perderemos.

—Perderemos el mástil querrás decir —volvió a hablar Helgi.

—Mi padre me enseñó a navegar bien; sé que aguantará —con confianza contestó Sigurd.

La persecución continuó a través de la tormenta. Enormes olas alzaban ambos barcos al mismo tiempo que el cielo resplandecía por la luz de los relámpagos. La lluvia caía como flechas en la cubierta y los hombres se agarraban de donde podían para no caer en el enrabietado mar. De pronto, cuando Sigurd ya estaba cerca del drakkar de Harekr, una enorme ola se empezó a

formar en el frente, la cresta levantó a ambos barcos por el aire, pero, el drakkar de Harekr, al estar enfrente, logró pasarla por encima, y el otro barco quedó por detrás.

—Ellos pasaron. Nosotros también pasaremos —dijo Sigurd mirando al frente desde la proa.

—Creo que no —Thrugot abrió los ojos al ver sobre el barco.

Cuando Sigurd vio que la punta de la ola la tenía encima, gritó:

—¡Agárrense!

La ola embistió el barco por completo, casi volteándolo y llenándolo de agua por todos lados. Algunos de los guerreros, los que no estaban bien sujetos, salieron desprendidos y se perdieron en las profundidades del mar. La terrible sacudida los dejó aturcidos, y cuando Sigurd alzó la cabeza, ya no vio el drakkar de Harekr por ninguna parte.

—Los hemos perdido... lo he perdido —dijo lamentándose y golpeando la cubierta con su puño.

—¡Tenemos que salir de esta tormenta o nos perderás a nosotros también! —gritó Thrugot.

Sigurd asimiló la delicada situación y le asintió a Thrugot, después ordenó regresar. Helgi se le acercó y le dijo:

—No sientas que abandonamos a Ragnar. Así como encontramos a Thorgunna, lo encontraremos a él también.

MEMORIAS DE VAGN IV

I

Fionia, Dinamarca. Principios del Siglo XI.

La situación no era la más estable, pues el ascenso al trono de Noruega por parte de Olaf Tryggvason lo había cambiado todo, y, por supuesto, eso afectaba a Dinamarca. Todo comenzó cuando Haakon Jarl, gobernante de Noruega, enfrentó una revuelta en su reino. Haakon se había vuelto bastante impopular debido al constante enfrentamiento militar y religioso con el rey Sveinn Barba Partida. Ahí fue cuando Olaf, que era descendiente de Harald Cabellera Hermosa, el primer rey de Noruega, desembarcó y, reivindicando su linaje real y herencia al trono, consiguió que la población lo aceptase como rey.

Olaf consiguió que Haakon huyera y se escondiera, pero le dio caza y ofreció una recompensa por su cabeza. Se dice que Haakon se escondió en una pocilga junto con sus esclavos, pero que éstos, al enterarse de la recompensa, mataron y decapitaron a Haakon, llevándole su cabeza al nuevo rey.

Olaf entonces comenzó una sangrienta campaña militar por toda Noruega, y no sólo sometió a las regiones a su gobierno, sino que también estableció, a punta de espada, que todos los noruegos debían ser bautizados. Aunque la mayoría aceptó, aquellos que no lo hicieron fueron torturados o asesinados. Las völvas fueron abandonadas a su suerte, atadas en rocas en el mar, donde se ahogaron al subir la marea. La conversión forzada al cristianismo tenía disgustada a mucha de la población y a importantes condes de Noruega. ¿En qué afectaba esto a Dinamarca? Pues que la mano de Olaf fue tan larga que alcanzó a la hermana del rey Sveinn Barba Partida, con quien se casó sin la autorización de su hermano, y peor aún, haciendo que abandonara a su anterior marido, Burisleif, quien era aliado del rey Sveinn, de quien se rumoreaba ya preparaba un enfrentamiento con el rey Olaf.

¿Esto en qué me afectaba a mí? Relativamente en nada, ya que actualmente tenía una vida tranquila en mi propiedad; vivía con mi esposa Ingeborg y poco a poco tanto mis tierras como mi ganado iban mejorando. Sin embargo, desde la muerte del jarl Haakon, no había sabido nada de su hijo, mi buen amigo Eirík, a quien todavía le debía mi lealtad. Todo este conflicto fue tan repentino que en ningún momento pude hacer algo para ayudar.

Ese día yo había salido temprano a buscar herrajes para los caballos, y cuando regresé en la tarde a mi propiedad, me encontré una sorpresiva visita en mi residencia. Al entrar por la puerta vi sentado a Eirík, estaba comiendo un plato de estofado que había preparado mi esposa.

—Vagn, mira quién vino a visitarnos —rápidamente me dijo Ingeborg en cuanto me vio entrar.

—¿Eirík? —abrí los ojos con sorpresa.

—Parece como si estuvieras viendo un fantasma —Eirík me sonrió.

—Los rumores que han llegado desde noruega eran preocupantes, temía lo peor. ¿Dónde has

estado?

Nos dimos un fraternal abrazo, y después Eirík me contó:

—Rumores no, más bien los hechos —se sentó—. Tras la rebelión liderada por Olaf Tryggvason, mi padre nos envió a mi hermano y a mí con su aliado sueco, el rey Olof Skötkonung, con la esperanza de traer refuerzos para hacerle frente al invasor. Mi padre se quedó en Noruega, pues no quería ceder a los insurrectos, pero Olaf lo venció, así que huyó y se escondió en una pocilga con uno de sus esclavos, Tormod Kark, al cual yo conocía desde que era un niño. Olaf ofreció una sustanciosa recompensa por la cabeza de mi padre; entonces Tormod no dudó en traicionarlo mientras dormía y lo decapitó, llevándole la cabeza a Olaf. Maldito Tormod, lo habría estrangulado con mis propias manos, pero me enteré que Olaf lo decapitó a él también cuando le exigió la recompensa.

—Lamento lo de tu padre, era un hombre honorable —le di mis condolencias—. Pero me reconforta que tú estés con vida.

—Mi hermano y yo habríamos muerto igual que mi padre si no nos hubiéramos refugiado en Suecia, con el rey Skötkonung. No pude hacer nada por mi padre en ese momento, pero ahora sí que puedo vengarlo —me dijo apretando el puño.

—¿Qué planeas hacer?

—Olaf se está ganando muchos enemigos en Noruega, su sangrienta campaña de cristianización tiene enfurecidos a varios condes de importancia —me reveló—. Pero no solo en su tierra se ha ganado rivalidades, en Suecia también, ya que insultó al rey Skötkonung al rechazar la mano de su hija, diciéndole que jamás se casaría con una pagana. Sin embargo, el enemigo más importante que se ha ganado es aquí, en Dinamarca, pues se acaba de casar con Tyra, la hermana del rey Sveinn Barba Partida, sin su consentimiento. Sveinn está furioso, y quiere quitarse ese enemigo del medio. Hemos hablado él y yo; Sveinn está dispuesto a ponerme a mí en el trono de Noruega si le juro lealtad.

—¿Lo harás?

—No me queda de otra, es la memoria de mi padre; además, no solo Sveinn está conmigo en la causa, sino también algunos condes de Noruega y el rey sueco Olof Skötkonung —me respondió—. Juntos podremos vencer a Olaf, su flota y su imponente barco.

—El Ormen Lange. He escuchado de él —afirmé.

Eirík me asintió —El drakkar más grande y poderoso jamás hecho.

—¿Cuándo atacarán?

—Lo emboscaremos; ya todo está planeado. Olaf fue con su flota a la tierra de los wendos para recoger la dote de su esposa. Sigvaldi le aconseja, está con él y lo hará venir con una parte de sus barcos.

—¿Sigvaldi? —me pregunté con sospecha.

—Sí, los Jomsvikings están involucrados con Olaf, pero no por mucho tiempo. Convencimos a Sigvaldi de unirse a nuestro bando.

—El maldito volvió a romper un acuerdo. No existe un hombre con menos honor que él —hablé con desprecio.

—No, pero en este momento nos conviene —señaló—. Sé que estás peleado a muerte con él, Vagn, pero te necesito en esta batalla. Olaf y sus hombres son grandes guerreros y tenemos que igualar sus fuerzas; así que necesitaré a mi mejor guerrero.

—Te hice un juramento de por vida. Si me necesitas en esta batalla, pelearé.

—Eres un hombre de honor, Vagn, y un amigo leal —Eirík puso su mano en mi hombro—. Has construido una magnífica propiedad y sé que quieres tener una familia. Tu juramento ya no

será de por vida; una vez que salgamos victoriosos de esta batalla y mi padre sea vengado, te liberaré de tu voto.

Lo miré a los ojos con estima y le asentí con la cabeza.

II

Isla de Svolder, Estrecho de Øresund, Noruega. Principios del Siglo XI.

Ya había sido partícipe de una batalla legendaria que pasó a la historia y era cantada en todos los salones del norte, la Batalla de Hjörungavágr; pero jamás imaginé que volvería a ser partícipe de otra batalla de mismas o superiores dimensiones, y que marcaría un antes y un después para nuestro pueblo. Pasaría a la historia como la Batalla de Svolder, una de las más famosas y épicas batallas navales de nuestro tiempo.

En las aguas del Estrecho de Øresund, cerca de la isla de Svolder, el jarl Eirík de Noruega, el rey Sveinn Barba Partida de Dinamarca y el rey Olof Skötkonung de Suecia habían reunido una flota de más de setenta barcos que bloqueaban el paso por el estrecho marino. Yo me encontraba en el barco de Eirík, el magnífico Járnbarðinn, junto a su hermano, Sven Hakonarsson, a la espera de la llegada de Sigvaldi y sus jomsvikings, quienes darían aviso de la llegada del rey Olaf Tryggvason. Realmente yo no tenía nada de ganas de ver a Sigvaldi, pues estaba peleado a muerte con él, así que trataría de ni siquiera cruzar miradas.

Pasado un tiempo, vimos en el horizonte la llegada de un pequeño navío, se trataba del propio Sigvaldi, que se emparejó al drakkar del rey Sveinn y abordó en su nave. Tras esto, Eirík nos indicó a mí y a su hermano que lo acompañáramos al barco del rey Sveinn para informarnos de la situación.

Al abordar en el navío de Sveinn Barba Partida, allí ya estaban el rey Olof Skötkonung y el propio Sigvaldi contando los eventos recientes. Hacía casi la misma cantidad de años que no veía ni al rey Sveinn ni a Sigvaldi, así que de un primer vistazo no me reconocieron, pero pronto eso iba a cambiar.

—¿De qué me perdí? —preguntó Eirík en cuanto llegamos.

—Olaf picó el anzuelo y se dirige hacia acá —respondió el rey Sveinn.

—Y no solo eso, sino que viene con una pequeña parte de su flota —completó Sigvaldi—. Así que esta batalla será pan comido.

—Olaf Tryggvason es un gran estratega y uno de los mejores guerreros que ha dado Noruega; sus hombres son fuertes y le son leales —replicó Eirík—. Esta batalla será todo menos pan comido. No hay que confiarse.

Cuando Sigvaldi le iba a contestar, sus ojos se desviaron hacia mí, y reconociéndome, sorprendido preguntó:

—¿Vagn? ¿Qué haces aquí maldito traidor?

—¿Traidor? ¿Me llamas a mí traidor? —lo confronté—, yo no soy el que rompe contratos y acuerdos todo el tiempo, el que apuñala por la espalda a sus aliados y el que convirtió a los Jomsvikings en un nido de bandidos sin honor, traicionando así la memoria de Palnatoke.

—Eres un bocón y hablador —me replicó.

—¿Lo soy? —lo miré a los ojos—, ¿acaso no lo acabas de volver a hacer? Eras consejero del

rey Olaf y lo acabas de traicionar, llevándolo a una emboscada.

—Parece que conoces muy bien a Olaf, ¿no será que estás de su lado? —Sigvaldi alzó la cabeza y habló a lo alto—. ¿Cómo sabremos que no te pondrás en nuestra contra cuando Olaf llegue?

—Tus palabras astutas no te salvarán esta vez como lo hicieron en Hjörungavágr.

—No te atrevas a mencionar ese suceso. Aún no olvido que intentaste matarme con una lanza —me apuntó con el dedo—. Nunca resolvimos eso.

—¿Quieres resolverlo ahora? Esta vez no fallaré el tiro —me aproximé a él extendiéndome de manos.

Sigvaldi quiso aprovechar la sorpresa para lanzarme un golpe, pero mis reflejos fueron más rápidos y logré esquivarlo, para después, soltarle un puñetazo en medio del rostro, provocando que sangrara intensamente por la nariz.

—¡Maldito! —Sigvaldi se agarró su chorreante nariz—, creo que me la rompiste.

—¡Sepárenlos! —ordenó el rey Sveinn—. Jarl Eirík, llévatelo de aquí. Y mantenlo alejado de Sigvaldi.

Eirík me tomó y me llevó hacia su barco; sonriendo me dijo:

—Que buen golpe le diste al bastardo.

Ambos nos reímos y regresamos a Járnbardinn.

El sol resplandecía fuertemente sobre las azules aguas cuando vimos en el horizonte un pequeño grupo de once navíos que lentamente se acercaban a nosotros. En medio de esa flotilla se distinguía un enorme drakkar, el más grande que jamás había visto; tenía más de sesenta remeros y su altura era como la de tres barcos superpuestos, ese era el legendario Ormen Lange. Al parecer el rey Olaf aún no se percataba de la emboscada, pues continuó su trayecto hacia nosotros sin detenerse, sin embargo, cuando nos avistó y sospechó lo que estaba sucediendo, vimos cómo los once barcos se detuvieron. Al parecer no perdieron ni un solo segundo en analizar la situación, era una emboscada, ellos lo sabían; en seguida los barcos giraron horizontalmente, usaron los remos y los mástiles para sujetarse unos con otros, y en medio de ese pequeño amurallado de barcos se encontraba el Ormen Lange.

—¿Qué hacen esos desquiciados? —preguntó el rey Sveinn, que había aparejado su barco a un lado del nuestro.

—Lo mejor que pueden hacer viendo el panorama, atrincherarse —respondió Eirík.

—¿Atrincherarse sobre el mar? —rió el rey sueco Olof Skötkonung—. Jamás había escuchado tal cosa.

—Puedes verlo con tus propios ojos —señaló Eirík—. Recuerda que no están frente a simples guerreros, son noruegos, mi pueblo. Yo estoy familiarizado con estas estrategias. Y lo que está haciendo Olaf es un fuerte sobre el mar; ha juntado todos sus barcos unos con otros para formar una muralla, ha usado remos y mástiles como una barrera y el Ormen Lange está en medio como un inexpugnable castillo.

—Tonterías —dijo Sveinn—. Son solo once navíos y nosotros tenemos setenta. Los superamos por mucho en número; lo que hace no le servirá de nada.

—Yo digo que atacemos de una vez —apoyó Sigvaldi.

—Hay que evaluar bien la situación —Eirík fue prudente—. No es lo mismo un ataque naval normal que un ataque a un fuerte de barcos bien estructurado. Olaf lo sabe y espera que demos ese paso, por eso lo hizo así. Sabe a la perfección que lo superamos en número y defenderse como si estuviera dentro de una fortaleza es lo mejor que puede hacer. Nuestro número no vale

nada ante una defensa así.

—No voy a perder una ventaja como la que tengo ahora. Olaf está ahí, los superamos en número y no esperaré a que lleguen sus refuerzos y la batalla se complique de verdad. Atacaremos ahora —zanjando el tema ordenó el rey Sveinn.

A Eirík no lo quedó más remedio que acatar. Los daneses y suecos, que tenían la mayoría de barcos, se lanzaron al ataque y remararon con todas sus fuerzas contra la defensa flotante del rey Olaf. Eirík siguió de cerca el navío del rey Sveinn con Járnbardinn, pero se mantuvo a una distancia prudente, pues ya anticipaba lo que iba a acontecer.

Cuando los barcos daneses y suecos impactaron contra los barcos noruegos del rey Olaf, se dieron cuenta de que no podían abordar con facilidad, pues, como si de una muralla se tratase, tenían que escalar y pasar por una serie de barreras hechas con remos para lograr capturar las naves enemigas, así que con facilidad los noruegos los empujaban desde el otro extremo, haciéndolos caer en el mar. El Ormen Lange era el navío más largo y también el más alto, lo que representaba una ventaja para los defensores, desde allí hicieron llover flechas y lanzas hacia abajo, mientras que nosotros debíamos disparar hacia arriba, siendo más difícil dar en el blanco. Olaf, en efecto, transformó sus once naves en un fortín flotante.

Tal y como Eirík había anticipado, los daneses y los suecos se precipitaron al atacar la cabecera de la línea naval del rey Olaf y su ataque fue repelido, causando numerosas bajas y pérdidas de barcos para nuestros aliados. Sorprendentemente estábamos perdiendo.

—¿No haremos nada? —le pregunté a Eirík mientras me cubría de las flechas con mi escudo y veía a los daneses y suecos caer en desbandada.

—Olaf nos tiene justo donde nos quiere —me respondió Eirík cubriéndose en la borda—. Podemos hacer algo, pero es arriesgado. Y es seguro que tendremos que hacerlo nosotros solos.

—Estamos perdiendo, y yo solo veo al rey Sveinn y a Olof gritarles a sus hombres que salten la defensa enemiga y aborden sus barcos —le dije—. ¿Qué hay que hacer?

—El fuerte flotante es muy difícil de atravesarlo de frente, pero pierde fortaleza en el flanco. Eso es lo que trataba de decirle a Sveinn —me explicó—. El problema es que tenemos que ser rápidos y contundentes. No deben de vernos venir.

—Járnbardinn es el barco más rápido del Mar del Norte. Rápidos seremos, y contundentes también —alcé mi espada Hqfuð.

Eirík asintió y les ordenó a sus remeros retroceder. Nos apartamos de la línea de ataque y retrocedimos hasta la retaguardia; después remamos con rapidez por detrás, rodeamos todos nuestros barcos y nos posicionamos en el flanco enemigo. La mayoría de noruegos estaban tan ocupados repeliendo el frente, que no se percataron de nuestra rápida y repentina llegada.

Había unos cuantos arqueros y lanceros que nos vieron venir y nos arrojaron sus proyectiles, nos cubrimos con nuestros escudos y contraatacamos con nuestras lanzas, hachas y flechas; yo mismo maté a uno de ellos con mi lanza. Tras esto, sorteamos los remos y los mástiles, después abordamos el primer navío enemigo. Éramos unos cincuenta guerreros contándome a mí, a Eirík y a su hermano Sven; los que estaban en ese barco eran un poco menos, así que los atacamos con todo lo que teníamos.

Blandiendo mi espada Hqfuð me enfrenté a un par de noruegos, ya hacía algún tiempo que no combatía frente con frente en una intensa batalla, pero lo que bien se aprende jamás se olvida, y pronto mis adversarios sucumbieron ante mi técnica con la espada. Primero bloqueé los ataques

de sus hachas con mi escudo, para después estocar a uno de ellos y atravesarle el pecho; con un giro de muñeca sorprendí al segundo y lo rebané por el cuello. En poco tiempo ya habíamos capturado ese navío y nos preparamos para saltar al siguiente.

Asaltamos uno por uno cada barco de la defensa del rey Olaf, y por cada navío que capturábamos, nuestros aliados daneses y suecos lograban subir y sumarse a nuestras filas para reforzar el ataque.

—Funcionó, Eirík. Los guerreros de Olaf se retiran al Ormen Lange —le dije al ver cómo los noruegos huían hacia el buque insignia.

—Todos los hombres se están atrincherando en el barco de su rey y lo protegerán con sus vidas. Es su último esfuerzo —respondió Eirík—. Será una dura batalla.

En ese momento, una flecha voló velozmente y pasó justo por un lado de la cabeza de Eirík, incrustándose en el mástil de atrás. Eirík se agarró el costado de su cabeza con sus dedos y vio unas manchas de sangre; la flecha lo había rozado.

—¡Estuvo a punto de matarme! —bramó Eirík—, ¿quién disparó esa flecha?

—Allá —apunté hacia un arquero en el mástil del Ormen Lange.

—Sven, mata a ese hombre del mástil —Eirík le ordenó a su hermano.

Sven fijó su ojo, tensó la cuerda de su arco y disparó la flecha, misma que se incrustó en el medio del arco del hombre del mástil justo cuando éste lo estaba levantando, provocando que su arco se partiera en dos. Aquel arquero del mástil no murió, pero, al igual que Eirík, estuvo cerca de estarlo. Tras esto, el arquero enemigo bajó del mástil y se perdió entre la multitud de guerreros.

—Jarl Eirík —por fin el rey Sveinn Barba Partida hacía acto de presencia—. Se estaba complicando la captura de los barcos, pero tu estrategia funcionó. Bien hecho.

—¿Cuál es la situación? —preguntó el rey Olof Skötkonung.

—Se han acuartelado en el Ormen Lange. Todos protegen al rey —le respondió Eirík.

—Atrincherados o no, están solos en un barco, los tenemos rodeados y ahora sí haremos valer nuestro número —Sveinn alzó su espada y les gritó a sus guerreros—: ¡Acabemos con ellos!

Los daneses y suecos rugieron al cielo y saltaron al Ormen Lange, escalaron los bordes del alto navío y se introdujeron en la cubierta, para después enfrentarse a los atrincherados noruegos que mantenían un compacto muro de escudos.

Yo volteeé a ver a Eirík mientras veía a los daneses y suecos subir al Ormen Lange, y le pregunté:

—¿Atacaremos?

—Ahora ya no hay una estrategia oculta, la batalla definitiva se librará en la cubierta del Ormen Lange —me respondió y después les ordenó a sus hombres—: ¡Ataquemos!

Me encaramé en los finos y grabados bordes del Ormen Lange y me introduje en la cubierta. Si por fuera el navío era impresionante, por dentro lo era aún más; jamás había visto un barco tan amplio y que tuviera tantos decorados por doquier. El enfrentamiento se libraba en la cubierta como si fuera un campo de batalla; los daneses y suecos empujaban hacia la popa del barco a los fieros guerreros noruegos que se defendían hasta con uñas y dientes, protegían al rey Olaf, el cual estaba pertrechado con una fina armadura de malla y láminas, portando una brillante espada.

A pesar de que teníamos casi desbaratada la vanguardia enemiga, no podíamos llegar al rey Olaf, pues frente a él se interponía un enorme guerrero noruego que arrojaba a nuestros hombres al mar con sus devastadores ataques. Este guerrero luchaba con el torso descubierto y solo lo

protegía una gruesa piel de oso, cuya cabeza del animal sobresalía por su frente; portaba un pesado y largo martillo de guerra con el que desbarataba escudos y rompía cráneos. Sabía de qué tipo de guerrero se trataba, pero jamás me había enfrentado a uno en batalla.

—Es un berserker —señaló Eirík—. Si queremos llegar al rey Olaf, tenemos que vencerlo.

—Cuando era un niño me enfrenté a un enorme oso frenético que me recuerda mucho a la forma de actuar de este berserker —le dije a Eirík—. Si pude con ese animal, podré con este también.

Entonces enfilé mi espada Hqfuð y me lancé hacia el berserker, el cual, en cuanto me vio, blandió con ambas manos su martillo y me dio un fuerte golpe que apenas logré evadir; el impacto fue tan brutal que abrió todos los tablones de madera de la cubierta del barco. Tras su ataque, salté entre los huecos de la madera y comencé a darle espadazos sin detenerme, sin embargo, el berserker bloqueó todos mis ataques con su martillo y me contraatacó dándome una patada frontal que me arrojó hacia la borda, donde estuve a punto de ser arrojado al mar.

Cuando el berserker iba a volver a atacarme, Eirík se colgó de su espalda y logró hacerlo retroceder, pero el frenético guerrero, que ya echaba espuma por la boca, tomó a Eirík con sus brazos y lo arrojó al frente, justo al lado de mí.

—Es más fuerte que nosotros —pujando por el fuerte golpe me dijo Eirík.

En ese momento, recordé las palabras que me dijo Bjorn el Galés hace tantos años atrás después de nuestra batalla con el oso drogado de la cueva: “Si alguna vez te llegas a enfrentar a un berserker de verdad, recuerda, Vagn, jamás le ganarás empleando la fuerza bruta; ese es su terreno, ellos tienen más fuerza, más brutalidad y no sienten dolor. A un berserker se le gana con la cabeza, no con el brazo. Mientras están en trance frenético los berserker no piensan, solo aplastan a quien tienen en frente. Recuerda eso”.

—No lo venceremos si peleamos como él; si lo enfrentamos a su par, siempre tendrá la ventaja. Debemos pelear con astucia, no atacar a lo loco ni bruto —le comenté a Eirík.

—¿Qué propones? —me preguntó.

—Tú ataca por un lado y yo por el otro, dejemos que su martillo se hunda en la madera, te subes para que no pueda sacarlo y yo me encargo del resto —le dije.

—Estás bromeando, ¿cierto?

—¿Tienes un mejor plan? —le repliqué.

Eirík volteó a ver cómo el berserker hacía volar tanto a daneses como suecos con su martillo; nadie le podía hacer frente, no tenía rival. Los masacraba como si de insectos se trataran.

—Hagámoslo —me asintió.

Eirík y yo nos erguimos y enfilamos nuestras espadas hacia el berserker; atacamos al mismo tiempo, él por la izquierda y yo por la derecha. Cuando el enrabiado berserker nos percibió llegar, desbarató el escudo de un guerrero sueco con el que estaba luchando y le reventó el cráneo con la punta de su martillo, tomó el cuerpo sin cabeza del sueco y lo arrojó hacia Eirík, golpeándolo y tirándolo al suelo. Al parecer el plan se había complicado, pues me hallé de nuevo yo solo enfrentándome al fiero berserker.

Ataque tras ataque, martillazo tras martillazo, el berserker me arremetió sin cansarse; sus ojos estaban blancos, su barba llena de espuma que salía por su boca y su torso desnudo empapado de la sangre de nuestros guerreros. Era una bestia frenética, era un animal salvaje, era como ese oso al que me enfrenté hace tantos años atrás; no pensaba, no distinguía aliados de enemigos, solo

quería masacrar a quién tenía en frente, y ese era yo.

Yo logré evadir cada uno de sus ataques, pero no pude contrarrestar ninguno, pues sabía que, si fallaba el golpe y lograba agarrarme, era hombre muerto. El furioso berserker bramó al cielo y alzó ese pesado martillo como si fuera una delgada rama, quiso darme un golpe fulminante que apenas y logré esquivar; el golpe fue tan fuerte que la cabeza del martillo se hundió hasta el fondo de la madera de la cubierta. En ese momento, Eirík saltó y se colocó encima del martillo para que el berserker no pudiera sacarlo; ahora era mi turno, así que aproveché ese pequeño instante para alzar mi espada Hqfuð y, con su atroz filo, rebané ambas manos del berserker por encima del antebrazo.

El berserker rugió al cielo, pero no de dolor, pues parecía como si hubiera sentido un pequeño corte, sino de furia. Eirík y yo nos miramos a los ojos, asentimos con la cabeza y estocamos con nuestras espadas al berserker, incrustando ambas puntas a la altura del pecho. Al retirar las espadas, increíblemente el rabioso berserker continuaba rugiendo y soltando golpes al aire con sus brazos mocos, sin embargo, tras dar unos pocos pasos, por fin cayó al suelo y exhaló su último aliento.

—Jamás me había enfrentado a alguien así —me dijo Eirík.

—Si estamos hablando de una persona, ya somos dos —le respondí sonriendo.

Tanto Eirík y yo miramos hacia la popa, donde estaba el rey Olaf; su ejército estaba vencido, sus hombres sobrevivientes ya habían sido desarmados por los daneses y suecos, quienes los tenían arrodillados. Por detrás de nosotros llegó el rey Sveinn Barba Partida y el rey Olof Skötkonung; poco tiempo después nos alcanzó Sigvaldi. Cuando el rey Olaf lo vio y supo quién fue el artífice de la traicionera emboscada, apretó la quijada; pero no pudo hacer nada, estaba rodeado y solo tenía dos opciones: morir peleando o ser capturado.

—Estás derrotado, Olaf. Enfrenta la justicia por el asesinato de mi padre Haakon, o puedes luchar conmigo aquí mismo y daré mi venganza por sentada —le gritó Eirík.

—¡No dejaré que ustedes, seres paganos, me capturen o me asesinen! ¡Mi vida me pertenece y solo yo decido cuál es mi destino! —tras clamar tales palabras, el rey Olaf se arrojó por la borda hacia el fondo del mar, hundiéndose en las profundidades.

Rápidamente todos nos asomamos por la borda, pero no hubo rastro de él.

—Pudo haber escapado —dijo Sigvaldi.

—Imposible —replicó el rey Sveinn—. Tenía su armadura puesta, el peso lo habrá llevado al fondo del mar. Seguramente se ahogó.

—Tenemos que estar seguros —también dijo el rey Olof.

—La isla más cercana es Svolder, y está a unos kilómetros de aquí. Si es que puede nadar hasta ahí con todo y el peso de la armadura, nosotros llegaremos primero a sus costas para aprehenderlo —analizó Eirík.

—Estoy de acuerdo —confirmó Sveinn—. Aun así, dejaré una guarnición de hombres aquí por si Olaf logró agarrarse de alguna de las tablas flotantes.

Eirík le asintió.

III

Isla de Svolder, Noruega. Principios del Siglo XI.

Había pasado un día desde la batalla y todavía no había rastro del rey Olaf. Los hombres del rey Sveinn lo buscaron en los alrededores de la batalla, en los barcos capturados y en cada tablón y remo que flotaban en el mar; a su vez nosotros llegamos rápidamente a las costas de la isla de Svolder, acampamos allí y vigilamos toda la noche, pero el desaparecido rey jamás fue avistado, y lo más seguro era que estuviéramos buscando a su fantasma.

—Olaf está muerto, Eirík —me acerqué a él, pues no despegaba su vista del horizonte marino—. Se hundió en las profundidades del mar y se ahogó. Tu padre fue vengado.

—Lo sé. Es solo que, al no ver su cuerpo sin vida, siento un vacío en mi interior. No me siento satisfecho... yo debí haberle dado muerte —me confesó.

—Tú le diste muerte, Eirík —lo reanimé—. Tú le diste la vuelta a la batalla con tu estrategia, tú capturaste los barcos y lo rodeaste. Tú hiciste que se arrojara al mar y muriera; ese mérito es tuyo.

—Ese mérito es de ambos —me sonrió—. Sin tu ayuda jamás lo habría logrado. Y soy un hombre de palabra; como te dije en Fionia, ya no me debes lealtad. Estás libre de mi servicio.

—Eres honorable —lo tomé del hombro—. No tengo que estar a tu servicio para acudir al llamado de un amigo. Cuando necesites de mi ayuda, cuenta conmigo.

Me asintió y nos dimos un fuerte apretón de antebrazos.

Ese mismo día al anochecer ya todos nos preparábamos para partir de Svolder; yo cargaba las provisiones del campamento en el barco cuando escuché un festejo cerca de mí. Al parecer algunos guerreros estaban celebrando la victoria y bebían a más no poder; yo solo me acerqué por curiosidad y vi a Sigvaldi borracho y bebiendo hasta el fondo. Alcé la mirada y caminé de regreso para terminar lo que estaba haciendo, y fue en ese momento cuando lo escuché hablar:

—En mis tiempos los guerreros tenían honor, y cuando se comprometían a una hermandad era de por vida. Si Palnatoke hubiera estado con vida habría sentido la mayor vergüenza por los desertores que lideró Vagn.

Al oír eso, sentí un fuego ardiendo recorrer mi cuerpo; apreté los puños y la quijada, me volteé y le respondí:

—Si Palnatoke hubiera estado con vida te habría matado con sus propias manos por deshonorar a los Jomsvikings de la manera que lo has hecho. Eres un rompe juramentos y un traidor; has llevado a la hermandad a la absoluta ruina y probablemente ningún rey quiera volver contratarlos, pues no sabrá si le serán leales o lo apuñalarán por la espalda. Solo hizo falta ver la mirada de Olaf cuando te vio de nuestro lado.

—¡Eres un desgraciado!

—¡Y tú eres un cobarde! Solo te vi en el Ormen Lange una vez que la batalla había finalizado. Típico de un hombre sin honor —le repliqué.

Sigvaldi encolerizó y arrojó directo a mi rostro su tarro de madera con el que bebía; el golpe

fue tan fuerte que me cortó el pómulos. Estallé de furia, y, sin pensar y con la vista nublada, agarré a Sigvaldi por el cuello y comencé a golpearlo sin detenerme; los hombres trataron de pararme y me echaron hacia un lado. Sigvaldi, que tenía todo el rostro magullado, aprovechó ese momento para levantarse y tomar un hacha, tras esto, trató de atacarme con ella, sin embargo, antes de que su filo me tocara, tomé el mango del hacha con mi mano y, dando un giro, desarmé a Sigvaldi.

—No volverás a tocarme —le dije y lo golpeé con el hacha.

Por fortuna para él, logró poner su brazo frente al filo, lo que provocó que solo le cercenara la mitad de su mano. Sigvaldi cayó al suelo agarrándose su ensangrentada mano.

—Eres un maldito. Me has dejado sin poder blandir un arma. ¡Me vengaré, juro que me vengaré por esto!

Mis ojos estaban llenos de odio y furor. Todos los hombres me vieron, pero ninguno se atrevió a dar un paso. Entonces dejé caer el hacha hacia un lado y me retiré caminando mientras Sigvaldi repetía las mismas palabras de venganza.

A la mañana siguiente partí hacia Fionia, mi hogar, y ya no volví a saber de Sigvaldi, por lo menos en unos cuantos años. Tras la Batalla de Svolder, Eirík y yo continuamos teniendo una estrecha relación de amistad y nos visitábamos a menudo. Los cambios para Noruega vinieron poco tiempo después, pues los líderes victoriosos de la batalla se repartieron el territorio y Sveinn cumplió con su promesa de poner en el trono a Eirík, quien gobernó con justicia y prosperidad; él se mantuvo como fiel creyente a la antigua fe, pero permitió el culto a la religión cristiana, que poco a poco iba teniendo más adeptos; incluso, años después, Eirík declararía a los berserkers fuera de la ley, al parecer, la batalla que libramos contra uno lo hizo reflexionar sobre que estos temibles guerreros eran un problema para la sociedad que él intentaba reconstruir. Esto poco me importaba a mí, pues ahora yo me iba a enfocar en mis tierras, mi esposa y en el legado que le iba a dejar a mis futuros hijos.

HOMBRES DE HONOR

I

Odense, Fionia, Dinamarca. Junio de 1079 d.C.

El desbaratado drakkar que capitaneaba Sigurd había arribado al puerto de Odense después de casi sucumbir a la devastadora tormenta. Los hombres bajaron a los muelles con el rostro desconsolado y derruido; habían perdido a Ragnar, sin embargo, Sigurd y Helgi tenían la intención de rescatarlo, pero no podían hacerlo solos, necesitaban la ayuda del jarl Håkon para que los proveyeran de buenos hombres. Al no saber hacia dónde se lo llevaron, tenían que aclarar sus ideas y el capitán Aren era bueno para estar atento a los rumores externos y localizar lugares probables en el mapa.

Cuando Sigurd, Helgi, Thrugot y Thorgunna llegaron a la residencia del jarl, el primero que los vio fue el mismo capitán Aren, que se acercó a ellos de inmediato.

—Parece que les cayó un huracán encima, ¿qué ha pasado? —les preguntó—, ¿Thorgunna? —sorprendido dijo cuando la distinguió—. No puedo creerlo, estás sana y salva. El jarl se alegrará de saber que el plan funcionó. ¿Dónde está Ragnar?

Todos se miraron entre sí sin responder.

—No puede ser, no me digan que...

—No, no. Ragnar no está muerto —lo interrumpió Sigurd—. Se lo han llevado.

—¿Llevado? —el capitán Aren se preocupó—, ¿llevado a dónde?

—No lo sabemos. Debemos hablar con el jarl —respondió Sigurd.

El capitán Aren asintió y los llevó al interior, a la habitación del jarl Håkon. Allí dentro se encontraba el mismo jarl con sus dos hijos, Agne y Gunhilda, los cuáles, en cuanto los vieron entrar, rápidamente se acercaron a Thorgunna con felicidad y alivio.

—Tía Thorgunna, estás a salvo —Gunhilda la abrazó con ímpetu—. Que alegría me da verte.

—Sabía que mi tío Ragnar no nos defraudaría —dijo Agne—. Ya estás en casa, tía. Debemos celebrar este momento.

—¿Estás bien? ¿No te lastimaron? —el jarl Håkon era menos efusivo.

—Sí, estoy bien, hermano. Pero yo no soy la que importa ahora; y nada de celebraciones. Tenemos un tema más importante que atender —Thorgunna fue tajante.

—¿De qué hablas? —el jarl Håkon entrecerró los ojos.

—Espera, ¿dónde está mi tío Ragnar? —Agne sospechó.

—Se lo llevó el guerrero gigantesco —reveló Sigurd—. Fuimos tras él, pero lo perdimos en la tormenta.

—¿Harekr? El maldito que mató a mi tío Bjorn —Agne cerró el puño con enojo.

—¿Bjorn está muerto? —Thorgunna se llevó las manos a la boca con aflicción.

Thrugot se acercó a ella y la abrazó —No tuve la oportunidad de decirlo. Lo siento, esposa mía.

Gunhilda también se acercó para consolarla.

—Bjorn tuvo su funeral, y ya tendrás tiempo de llorar su muerte en su sepulcro. Ahora enfoquémonos en Ragnar —el jarl Håkon le habló fríamente y después se dirigió a Sigurd—.

Dices que lo perdiste en el mar, así que no sabes dónde está. ¿O sí?

Sigurd negó —No sé dónde está, pero tengo mis sospechas.

—¿Qué sospechas?

—Mi padre fue un excelente marinero y todos sus conocimientos de alta mar me los transfirió a mí. Si algo sé sobre tormentas, es que no entras en dirección a una sin saber que hay tierra cerca —Sigurd explicó—. Harekr se dirigió hacia el oeste, así que el tercer y último cuartel de Los Herederos de Thor debe de estar en esa zona, y debe de ser una isla, pues con una tormenta así es imposible que llegara a tierra firme.

—Capitán Aren —llamó Håkon.

Aren, sabiendo lo que quería el jarl, sacó un mapa de la zona y lo extendió en la mesa.

—Al oeste del Bastión de Ivar Vidfamne se extiende el estrecho de Øresund; es verdad que hay bastantes islas, pero la zona sigue siendo muy amplia. Ese cuartel podría estar en cualquiera de ellas —señaló el capitán.

—Hay que reducir la búsqueda. ¿Cuántas de esas islas tienen alguna fortificación o ha sido empleada para fines militares? —preguntó Sigurd.

—Hay muchas islas pequeñas que tienen fuertes. Están Grytet, Fyr... —Aren apuntaba con el dedo cada isla—. Bilskírnir, Svart...

—Es esa —anunció Thorgunna.

—¿Svart? —preguntó el capitán Aren.

—No, la otra.

—¿Bilskírnir? —señaló Aren.

Thorgunna asintió.

—¿De dónde me suena ese lugar? —preguntó Helgi.

—Es el nombre de la morada de Thor en los relatos de la antigua fe —le respondió Thrugot.

—Exacto —confirmó Thorgunna—. Yo estuve un tiempo ahí y escuchaba a los mercenarios hablar sobre la morada de Thor, que ellos honraban a su dios habitándola.

—Con que Los Herederos de Thor tienen su cuartel principal en la morada de su dios, ¿eh? Tiene bastante lógica para mí —comentó Sigurd.

—¿Qué me puedes decir de ese lugar? —preguntó el jarl Håkon—, ¿qué tan protegido está?

—Era una antigua fortaleza de los Jomsvikings, fue propiedad de Sigvaldi Strut-Haraldsson —contó Aren—. ¿No es ese Sigvaldi el que...

—Sí —el jarl Håkon lo interrumpió—. El que tuvo problemas con mi padre Vagn.

—Pues regresando a la fortaleza; sus muros son bastante altos y me parece que su único acceso es por mar. Así que será bastante difícil entrar ahí —explicó el capitán Aren.

—Ya veo —el jarl Håkon se acarició la barbilla.

—Podemos atacar de noche, cuando menos se lo esperan —con entusiasmo habló Sigurd—. Esta vez será diferente, pues ellos no saben que vamos. Atacaremos rápido y fuerte. Así rescataremos a Ragnar.

—Y supongo que querrás hacerlo con mis hombres —vaticinó el jarl Håkon.

Sigurd se irguió y miró al jarl sin comprender su comentario.

—¿Con quién iba a contar si no? —preguntó.

—La última vez les otorgué cincuenta de mis mejores hombres. ¿Cuántos regresaron con vida?

—La mitad —respondió Sigurd.

—Lo ves. No voy a exponer a mis hombres de nuevo, pues yo respondo por cada una de sus familias. Sus muertes son mi responsabilidad y soy yo quien carga con la culpa —replicó el jarl

Håkon.

—Estamos hablando de tu hermano Ragnar —siguió Sigurd.

—Hermano bastardo —contestó con frialdad el jarl.

—Håkon, ¿cómo puedes decir eso? Nuestro padre Vagn lo reconoció como su hijo antes de morir y le dio su nombre —lo confrontó Thorgunna—. No puedes abandonar así a Ragnar.

—Tengo escasos hombres, Thorgunna. Y un asalto a una fortaleza como esa llevará a la muerte a muchos de ellos —contestó el jarl Håkon—. No estoy pensando con sentimiento sino con raciocinio. No puedo ordenar que vayan ahí y que arriesguen sus vidas.

—¿Y qué hay de la vida de Ragnar? —Sigurd alzó la voz.

—Sigurd —Helgi trató de tranquilizarlo.

—No, Helgi. No me callaré; ya he escuchado demasiado —Sigurd explotó—. Tú, jarl Håkon, no te mereces un hermano como Ragnar, quien no dudó ni un segundo en arriesgar su vida para salvar a Thorgunna, quien no dudó en lanzarse a la mar para detener la emboscada hacia Bjorn y tu hijo Agne. No mereces ser hermano de un hombre de honor como él; pero descuida, Ragnar tiene a un hermano de verdad, alguien que no dudará en acudir en su auxilio, y su nombre es Halfdan.

—¿Cómo te atreves a alzarme la voz en mi residencia, en mi ciudad? —el jarl Håkon enfureció.

—Descuida, jarl. No me quedará mucho tiempo más, tengo que regresar de prisa a Noruega. Ragnar no puede esperar más —Sigurd se dio la vuelta—. Helgi, vamos —le dijo.

—Sigurd, espera —antes de que salieran, Thrugot se despidió de su esposa y los alcanzó—. Yo iré con ustedes. Cuento con pocos hombres, pero se lo debo a Ragnar.

Sigurd le asintió y Thrugot se unió a él y a Helgi.

Dentro de la habitación se quedaron el jarl Håkon y el capitán Aren, además de Thorgunna, Gunhilda y Agne, quiénes no estaban de acuerdo con la decisión del jarl.

—¿Cómo puedes ser tan frívolo? —le encaró Thorgunna al jarl—. La vida de Ragnar está en riesgo y tú estás tan tranquilo.

—No quiero que Ragnar muera, por supuesto que no. Pero tengo las manos atadas; he perdido demasiados hombres y no puedo arriesgar a que mueran más —replicó el jarl Håkon.

—Padre, ¿entonces qué será del tío Ragnar? —preguntó Gunhilda.

—¿Acaso no escuchaste? Irán con el tal Halfdan que tiene guerreros y lo rescatarán.

—No lo acepto, padre —Agne, que hasta ahora estaba callado, por fin habló—. Ya me obligaste a quedarme aquí cuando Ragnar fue al Bastión de Ivar a rescatar a Thorgunna, pero en esta ocasión no me quedará de brazos cruzados. Soy un hombre, un guerrero, e iré en rescate de mi tío Ragnar quieras o no.

—¿Y qué harás, hombre guerrero? —el jarl Håkon se le paró enfrente.

—Tengo hombres que me siguen, serán suficientes como para ayudar con una embarcación —Agne lo miró fijamente.

—Tú no tienes ningún barco —Håkon se cruzó de brazos.

—Eso no va a detenerme, ni estas paredes lo harán —Agne contestó—. Ponme enfrente a tu mejor guerrero y yo lo derribaré.

—Si tanto estás decidido en ir a esta arriesgada batalla, no te detendré, y si algunos hombres te siguen en tu expedición, será decisión de ellos y no voy a interferir —el jarl Håkon fue más reflexivo—. Que no digan que soy un mal padre o un mal hermano, o que no hice nada en la causa. Te daré un drakkar para ti y tus hombres, y es todo lo que puedo hacer.

—Gracias, padre —Agne asintió con la cabeza y salió.

—Por fin hiciste algo bueno —Thorgunna le dijo al jarl.
El capitán Aren se acercó —¿Cree que es buena idea dejar solo a Agne en esta expedición?
—Si no puede liderar un barco de guerreros, entonces no podrá hacerlo en una ciudad —le respondió el jarl Håkon.

Sigurd, Helgi y Thrugot ya salían de la residencia del jarl con dirección a los muelles cuando fueron detenidos por Agne, que los llamó desde atrás.

—¡Sigurd, espera!

—Agne, ¿qué ocurre? —rápidamente Sigurd volteó.

—Mi padre me dio un drakkar y permitió que me una al rescate de Ragnar con los guerreros que decidan acompañarme —informó Agne.

—Esa es una gran noticia, y habla mucho de tu valor, Agne. Eres un hombre honorable y se nota la estima que le tienes a tu tío Ragnar —Sigurd lo tomó del hombro.

—Mi tío no dudó en ayudarme a mí y a Bjorn cuando nos emboscaron, ni dudó en enfrentar a ese monstruo para rescatar a Thorgunna. No le daré la espalda cuando más lo necesita —volvió a decir Agne—. Solo una cosa.

—Dime.

—He dirigido pequeñas batallas terrestres y he liderado hombres, pero en alta mar nunca he capitaneado un barco; no sé surcar los mares —Agne se sinceró—. Yo sé que tú eres un buen navegante, Sigurd, y sería un honor que me acompañaras en mi drakkar.

—Por supuesto que te acompañaré, Agne —asintió Sigurd—. ¿En cuánto tiempo crees juntar a tus hombres?

—En lo que resta del día de hoy, máximo mañana —respondió Agne.

—No podemos esperar tanto —intervino Helgi—. Tenemos que zarpar a Nidaros ya y dar aviso a Halfdan.

—Y eso haremos, Helgi —le dijo Sigurd—. Por eso tú iras a Nidaros en busca de Halfdan, mientras que yo me quedaré a ayudar a Agne. No tienen que perder tiempo desviándose y regresando a Odense, los esperaremos en la isla de Saltholm, allí uniremos fuerzas y zarparemos juntos a Bilskírnir, que está a escasos kilómetros. ¿Crees que puedes hacerlo?

—Por supuesto que puedo hacerlo, Sigurd. ¿Qué clase de pregunta es esa? —replicó Helgi.

—No te preocupes, Helgi. Yo te acompañaré para que no vayas solo —anunció Thrugot—. Mis hombres están a tu disposición, Agne.

—Que considerado —Helgi alzó los ojos.

Agne le asintió.

—Está decidido entonces. No hay tiempo que perder —Sigurd zanjó el tema—. Que tengan buen viaje y que el viento los favorezca.

Helgi y Thrugot partieron hacia los muelles, mientras que Sigurd y Agne se internaron en la ciudad.

Cuando Helgi y Thrugot llegaron al puerto, y caminaron por los muelles en busca del primer barco que zarpase a Nidaros, una persona encapuchada se les acercó. Al descubrirse la cara se trataba de Alfild, lo cual hizo sorprender a Helgi.

—Alfild, ¿qué haces aquí? —Helgi preguntó—. Ragnar nos había dicho que habías zarpado de aquí y que la decisión de tu destino era una incógnita.

—Lo iba a hacer, pero, cuando estuve a punto de abordar, no pude irme sin saber si Ragnar

estaba bien; no podía tener esa preocupación en mi mente —respondió Alfhild—. Sé al lugar que fue, y sé a quién se enfrentó. Eres al primero que veo de esa expedición, así que dime, ¿Ragnar regresó a salvo? No lo he visto por ninguna parte. ¿Rescató a su hermana?

—Sí, rescató a su hermana, pero a él... se lo llevaron al último cuartel de los mercenarios; se lo llevó Harekr. Lo siento —Helgi reveló las malas noticias.

—Algo en mi interior me decía que no estaba bien. Le dije que no fuera a ese lugar y se enfrentara a Harekr —Alfhild se lamentó—. ¿Qué harán? No van a abandonarlo, ¿verdad?

—Por supuesto que no, es nuestro hermano. Thrugot y yo vamos hacia Nidaros, en busca de refuerzos para rescatarlo —le respondió.

—Déjame acompañarte —pidió Alfhild—. Soy buena combatiendo, tú me has visto. Déjame ser parte de esta expedición de rescate.

—¿Por qué nos ayudarías? —extrañado preguntó Helgi.

—Estoy en deuda con Ragnar, se lo debo —se sinceró Alfhild—. Quiero hacer esto por él.

—¿Segura que solo es por eso? —Helgi entrecerró los ojos sonriendo.

Alfhild se abochornó —Sí, claro. ¿Por qué otra razón sería?

—Bueno, da igual —Helgi alzó las manos sin darle importancia—. Estamos escasos de guerreros. Supongo que cada espada que se una nos ayuda.

—Gracias por la confianza —agradeció Alfhild.

Alfhild se unió a Helgi y Thrugot, los tres caminaron por los muelles y abordaron en un barco que pronto zarparía hacia Nidaros.

II

Nidaros, Noruega. Junio de 1079 d.C.

El pequeño knarr mercante en el que viajaron Helgi, Thrugot y Alfhild había arribado al puerto de Nidaros, al desembarcar, se hallaron en una ciudad nueva para ellos, pues era la primera vez que visitaban la capital de Noruega.

—Estoy de vuelta en Noruega —Helgi colocó sus manos en su cinto y contempló la ciudad.

—¿Sabes dónde encontrar a Halfdan? —preguntó Thrugot.

—No —negó Helgi—. No tengo ni idea.

—¿Halfdan no había venido a la corte del rey Olaf? Ir a buscarlo al palacio es la opción más lógica —sugirió Thrugot.

Helgi apretó los dientes —No sé si hacer eso sea lo mejor.

Thrugot entrecerró los ojos sin saber a qué se refería Helgi, el cual explicó:

—¿Recuerdas que te dije que Halfdan había venido a la corte?, pues su invitación no fue para brindar por su heroísmo, sino para responder por sus acciones al haber asesinado a un conde. Durante todas estas semanas no hemos sabido nada de él, estoy en blanco sobre si resolvió la situación con el rey o si lo metieron en los calabozos. No quiero llegar al palacio a preguntar por él y que nos encierren a nosotros también.

—¿No pensaste que era importante decirnos eso antes de partir? —Thrugot alzó los brazos.

Helgi se rascó la cabeza.

—Bueno, ¿y si preguntamos por aquí y nos quitamos de dudas? —intervino Alfhild.

—A mí no me gusta estar preguntándole a la gente —respondió Helgi.

Alfhild alzó los ojos con fastidio y se volteó hacia un pescador que cargaba su red de pesca en su bote.

—Saludos, buen hombre. Acabamos de arribar a Noruega y nos enteramos de que el rey Olaf tuvo un conflicto con un tal Halfdan que asesinó a un conde. ¿Dejaron libre a ese hombre o respondió ante la justicia?

—Saludos, bella mujer. Pocas veces he visto una dama tan hermosa —maravillado, el pescador abrió los ojos—. Y respondiendo a su pregunta, ese hombre fue perdonado. Inclusive sus guerreros andan de aquí para allá como si nada. ¿Cómo es que se llaman?... ese nombre extraño que les dan en el este. Valagos, viregos...

—Varegos —señaló Helgi.

—Sí, sí. Esos. Comen como un regimiento y todas las noches beben en los barracones —comentó el pescador.

—¿Sabe dónde están los barracones? —preguntó Alfhild.

—Pasando la plaza, dónde está la estatua del rey Olaf Tryggvason. Siguen caminando hacia la derecha y los verán —indicó el pescador.

—Muchas gracias por su ayuda. Buena suerte en la pesca —se despidió Alfhild.

—No hay de que, bella dama —se despidió el pescador.

Alfhild se volteó hacia Helgi y le dijo: —¿Lo ves? Es bueno preguntar.

—Hacia los barracones —apuntó Thrugot.

Una vez que se dirigieron en la dirección señalada por el pescador, llegaron a unas barracas de madera que eran ocupadas por un regimiento de hombres que rápidamente Helgi identificó.

—¿Reconoces a estos hombres? —preguntó Thrugot.

—Por supuesto que sí. Peleé hombro a hombro con ellos durante años —afirmó Helgi, que empezó a saludar fraternalmente a sus compañeros—. Dag, Helgar, Asgeir. Que alegría me da verlos.

Los varegos también saludaron y abrazaron con emoción a Helgi. En ese momento, un rostro todavía más familiar se acercó.

—Helgi, ¿qué haces aquí? —era Iver—. ¿Se resolvió el asunto de Ragnar?

—Tengo que hablar con Halfdan —respondió Helgi sin querer dar más detalles—. ¿Dónde está?

—Tuvieron suerte de encontrarnos. Apenas ayer regresamos de Nordmøre. Ahora está en el palacio del rey, con lady Eyra y su hermana Tora. ¿Todo está bien?

—No, no lo está.

Iver notó la preocupación de Helgi —Vamos, los llevaré al palacio —le dijo sin perder más tiempo.

En el patio de entrenamiento del palacio Halfdan instruía en el arte del combate a su sobrino Magnus, el cual estaba ya lleno de tierra de la cantidad de giros que Halfdan le hizo hacer, pues le estaba enseñando a evadir y contraatacar, además le fortalecía los brazos con flexiones y golpes de escudo. Alrededor de ellos los observaban Orvar, Hjalmar y Hodur, que corregían movimientos si el joven Magnus hacía algo mal. En la esquina del patio, viendo sentadas desde la comodidad de la sombra que proveía el techo, Eyra y Tora conversaban.

—La brutalidad de la batalla es la fascinación de los hombres. Ahora Magnus es un niño, pero veo en su mirada la ambición de guerra y conquista, todo lo contrario a su padre Olaf —viendo entrenar a Magnus dijo Tora.

—Es por eso que espero tener primero una niña —Eyra se tocó la panza—. No quiero lidiar tan rápido con eso.

—¿Qué quiere Halfdan? —preguntó Tora.

—No hemos hablado mucho del tema. Él me dice que será feliz sin importar si es varón o hembra, pero sé que muy en el fondo todo padre desea un hijo guerrero —respondió Eyra.

En ese instante, la mirada de Tora se desvió hacia la entrada —¿Y esos quiénes son? —apuntó.

Cuando Eyra volteó, vio llegar a Iver acompañado de Helgi junto con el cuñado de Ragnar y una mujer desconocida.

—Presiento que no será algo bueno —comentó Eyra—. Vayamos a ver.

En el momento en el que Orvar, Hjalmar y Hodur vieron a Helgi entrar, rápidamente fueron hacia él y lo saludaron con afecto.

—¡Helgi! —lo abrazó Orvar—, ¿qué haces aquí, bribón?

—Ahora sí nos sorprendiste —los estrujó Hjalmar.

—Ya, ya —calmó Helgi—. Yo también los extrañé.

—¿Quién es ella? —apuntando a Alfhild preguntó Hodur.

—Es la novia de Ragnar —respondió Helgi.

—¡¿Qué?! Yo no soy la novia de Rag...

—¿Ragnar tiene novia? —interrumpió Orvar—. Jamás pensé que este día llegaría.

Halfdan, que había dejado a Magnus descansar, se acercó para saludar a Helgi y enterarse de lo que ocurría, pues su llegada junto a Thrugot ya levantaba preocupación.

—Helgi, ¿qué ocurre? ¿Está todo bien? —Halfdan fue rápidamente al grano—. ¿Dónde está Ragnar?

—Ragnar necesita ayuda —respondió Helgi.

—¿Qué dices? ¿Qué sucedió? —preocupado preguntó Halfdan.

—La situación se complicó, Halfdan. Ellos lo tienen, se lo llevaron —Helgi trató de explicar.

—Helgi, respira —Halfdan lo tomó del hombro—. Cuéntamelo todo, hasta el más mínimo detalle.

Helgi inhaló profundamente y relató todo lo ocurrido. Halfdan y todos los presentes escucharon con atención las palabras de Helgi, y, una vez que éste terminó, un pequeño silencio, que evocaba preocupación, se apoderó del lugar.

—¿Qué es lo que harás, amor mío? —Eyra fue la primera en hablar.

—Partir de inmediato —Halfdan le respondió y se volteó a Helgi—. Dices que Sigurd nos esperará en la isla Saltholm, ¿no es así?

Helgi afirmó.

—Iver, Hjalmar y Hodur —Halfdan se dirigió a ellos—. Ustedes irán a los barracones y prepararán a los hombres. Zarparemos en cuanto el barco esté listo —les ordenó y después se volteó hacia Tora—. Necesito un favor. No puedo irme así sin avisarle al rey de la situación. ¿Podrías decirle que necesito hablar con él urgentemente?

—Cuenta con ello —le asintió Tora.

Sin demora, Halfdan partió junto a Tora hacia la habitación personal del rey Olaf; una vez que llegaron, Tora le indicó a Halfdan que esperase afuera; al pasar unos pocos minutos, Tora salió e hizo pasar a Halfdan.

—Halfdan. Ven, pasa. Me han dicho que tienes que hablar conmigo. ¿Qué sucede? —preguntó el rey Olaf.

—Su majestad, gracias por recibirme —Halfdan reverenció—. El motivo es para informarle que debo partir de inmediato.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué la urgencia?

—Mi más grande amigo, que es como un hermano para mí, ha sido llevado por una banda de criminales a su cuartel cerca de Dinamarca. Le di mi palabra de que, si necesitaba mi ayuda, yo acudiría. No puedo abandonarlo —Halfdan explicó.

—Qué terrible noticia, Halfdan. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar? —preguntó el rey.

—No se preocupe, su majestad —negó Halfdan—. Cuento con los hombres suficientes para este rescate. Espero no se moleste con mi repentina partida.

—Por supuesto que no. Eres un hombre de honor y de palabra, Halfdan; valoro mucho eso. Tus acciones son acordes a tu discurso. Con esto sé que puedo confiar aún más en ti, pues no abandonas a tus compañeros. Serás un gran aliado para el reino de Noruega —el rey lo tomó del hombro—. Ve y rescata a tu hermano, el tiempo apremia.

—Gracias, su majestad. Estoy a su servicio y al de Noruega —Halfdan volvió a reverenciar y salió de la habitación.

Una vez afuera, Tora y Magnus se le acercaron.

—Tío Halfdan, ¿es cierto que te vas? —preguntó el pequeño Magnus.

—Sí, pero prometo regresar... —Halfdan se arrodilló... para continuar con tu entrenamiento.

Magnus lo abrazó con afecto.

—Cuídate. Espero verte pronto —le dijo Tora, que también lo abrazó.
—Así será —Halfdan se despidió y partió.

Halfdan regresó al patio, en donde había dejado a su esposa Eyra, a Orvar, Helgi y sus acompañantes Thrugot y Alfild; al llegar, se acercó a su esposa, la cual estaba junto a Orvar.

—Ya todo está en orden con el rey Olaf —le dijo—. Orvar se quedará contigo.

—No te preocupes por mí, estaré bien. Ve y rescata a Ragnar —le respondió Eyra—. Y tú cuídate. Regresa pronto a mis brazos.

Ambos se besaron y se despidieron. Antes de partir, Halfdan vio a Orvar, el cual le asintió con complicidad.

—Ve tranquilo, amigo mío. Estará segura conmigo —le dijo.

Cuando Halfdan ya caminaba para salir, el hault Rorik lo alcanzó con prisas.

—Halfdan, me he enterado de lo ocurrido —habló agitadamente—. No quería que te fueras sin despedirme. Te ofreciera mi ayuda en esto, pero sería un estorbo más que nada.

—No te preocupes, hault Rorik —Halfdan le estrechó la mano—. Nos veremos pronto. Al fin y al cabo, ya somos aliados y buenos amigos.

—Totalmente —confirmó Rorik—. Iré pronto a tu ducado para continuar hablando del futuro de Noruega.

Halfdan le asintió con la cabeza y partió junto a Helgi, Thrugot y Alfild.

Al llegar al puerto, Iver, Hjalmar y Hodur ya habían organizado a los hombres y alistado el navío. Halfdan vio cómo sus pertrechados varegos abordaban uno a uno en el drakkar; Thrugot los vio más de cerca y se aproximó a Helgi para preguntarle:

—¿Crees que sean suficientes?

—No has visto combatir a un varego. Cada uno vale por tres hombres —respondió Helgi.

—He escuchado historias de ellos. Si son la mitad de buenos de lo que se rumorea, tenemos bastantes posibilidades de tomar el cuartel de Los Herederos de Thor —comentó Alfild.

—Aborden y tomen sus posiciones en el barco —les ordenó Halfdan; cuando Alfild pasó por al lado de él para abordar también, Halfdan le preguntó: —Tú, ¿cómo es que te llamabas?

—Alfild.

—¿Eres buena con la espada?

—Lo soy —afirmó Alfild—. Combatí contra el propio Ragnar en una ocasión.

—¿Cuánto tiempo le duraste? —sonrió Halfdan.

—No lo suficiente —rio Alfild—. Pero logré mantenerme en pie.

—Ragnar es el mejor espadachín que conozco; que te hayas probado con él ya dice mucho de ti. Toma posición en el barco, Alfild. Tenemos un pesado viaje que recorrer —le indicó Halfdan.

Alfild le asintió y abordó.

—¡Halfdan, Halfdan! —lo llamaron desde lejos.

Cuando Halfdan volteó, se dio cuenta de que era Svend, que venía corriendo hacia él.

—Svend, viejo lobo. Todo esto ha ocurrido de improvisto, no tuve tiempo de avisarte —le dijo Halfdan.

—Y la situación amerita esta rapidez —reafirmó Svend—. Pero no he venido solo a despedirme y a desearte buena suerte, he venido a acompañarte.

—¿Acompañarme? —Halfdan se sorprendió—. Creo que la última vez que te vi luchar fue en Nicomedia, si mal no recuerdo. Y de eso tiene muchísimos años.

—Sé que ya soy un hombre mayor, y sé que no he peleado en años, pero no estoy tan oxidado como crees. Aún tengo la fuerza para afrontar esta última batalla —Svend colocó su puño en el pecho—. Déjame ayudar al jomsvikingo y sentir el fragor de la batalla por una última vez.

—Sé del buen guerrero que eres, y te confiaría mi vida en un campo de batalla. Si es tu voluntad, eres bienvenido a unirnos en esta campaña —consintió Halfdan.

Svend le dio unos golpecitos a Halfdan en el pecho en señal de agradecimiento y entró en el drakkar. Adentro los varegos, que sabían de sus antiguas glorias, celebraron su llegada.

Halfdan entró en el drakkar y miró a sus hombres; después de un breve silencio, les gritó:

—¡Rescatemos a Ragnar!

Los varegos rugieron al cielo, sacaron los remos y pusieron rumbo hacia el sur.

MEMORIAS DE VAGN V

I

Fionia, Dinamarca. Enero de 1017 d.C.

Esta es la última de mis memorias; no está llena de hazañas y proezas, y probablemente sea la parte de mi vida más triste y de la que más me he arrepentido a lo largo de los años. Recuerdo muy bien esa noche, pues hacía un frío descomunal y las nevadas que habían caído los días anteriores mataron a una parte de mi ganado. Ese mismo día, lo recuerdo también, me había enterado de la victoria del rey Canuto, que ya muchos lo llamaban el Grande, en la Batalla de Assandun contra el rey Edmundo, así conquistando por fin Inglaterra y consolidado el más poderoso reino que yo recuerde en nuestras tierras del norte.

Al fin se había puesto un punto final a lo que comenzó tantos años atrás por una masacre cometida a nuestros compatriotas daneses en tierras anglosajonas; la Masacre del Día de San Bricio se le llamó, pero lo que cometió el rey Etelredo ese día fue mucho más que eso, fue incentivar al rey Sveinn Barba Partida y a sus guerreros daneses a tomar de una vez por todas Inglaterra. Durante la conquista Sveinn falleció, dejando un breve periodo de inestabilidad en Dinamarca; no agradezco su muerte, pues combatí junto a él en Svolder, pero ello conllevó a que su hijo Canuto tomara la batuta del ejército, y lo que él consiguió, no lo iba a hacer nadie más.

¿Quién lo iba a decir? Yo conocí a Canuto cuando era un niño; en ese momento jamás pensé que llegaría a convertirse en el gran rey que es ahora, gobernando sobre Dinamarca, Noruega, Suecia e Inglaterra. Todo esto lo rememoro porque esos días estuve muy pendiente de las noticias que llegaban desde Inglaterra sobre las fuerzas de Canuto, pues allí se encontraba mi gran amigo Eirík, jarl regente de Noruega y ahora, según escuché, lo habían nombrado jarl de Northumbria en Inglaterra. Hacía algún tiempo que no lo veía, pero siempre me alegré enormemente por él y sus logros.

Esa noche yo estaba cenando con mi familia; sí, ya éramos una familia, pues mi hijo Håkon había nacido hace tres inviernos atrás, y, cumpliendo mi juramento que le hice al padre de Eirík tras la Batalla de Hjörungavágr, nombré a mi primogénito como él. Haakon Jarl había muerto hace mucho, pero eso no me libraba de mi voto, y, como yo soy un hombre de honor y de palabra, lo cumplí, aunque no se enteraría de ello en vida.

Mi esposa Ingeborg ya tenía la panza ligeramente abultada nuevamente, pues estaba con pocas semanas de gestación; ella pensaba que se trataría de una niña, pero yo en mis adentros sabía que volvería a ser varón, y el nombre que le daría siempre lo tuve en mente. Quería honrar a mi gran mentor, Bjorn el Galés, poniéndole su nombre a mi segundo hijo.

Tras la cena, me puse a jugar con mi hijo Håkon dándonos volteretas y revolcones en el suelo; entre risas y jugueteos, escuché unos extraños ruidos provenir del exterior. En ese momento paré de jugar y callé las risas de mi hijo.

—¿Qué sucede? —me preguntó Ingeborg.

—Escucha, esos son sonidos de... —afuera se escucharon gritos junto al acero chocar—... batalla.

De pronto, la puerta de la entrada azotó y un grupo de hombres armados irrumpieron en mi hogar; con las puertas abiertas, pude ver hacia el exterior cómo mis trabajadores luchaban con el resto de esos bandidos, pero estaban mejor pertrechados y armados.

—¡Corre! —le grité a Ingeborg al mismo tiempo que le arrojaba al pequeño Håkon en sus brazos.

La criada la tomó de la mano para llevársela, pero un par de rufianes se le plantaron enfrente y le clavaron un hacha en la espalda. Yo estaba desarmado y solo escuchaba gritos por doquier; utilicé los muebles que tenía a mi alrededor para defenderme, salté entre la mesa y las sillas, esquivé golpes y contrarresté con patadas. Tomé un cuchillo de la mesa y apuñalé en brazos y piernas a un grandulón que se me aventó con su maza en alza; cuando cayó al suelo casi desangrado, un segundo hombre me embistió y me agarró del cuerpo, rodamos por el suelo hasta que me coloqué sobre él y lo molí a golpes. Antes de que pudiera hacer algo, me dieron un rodillazo en el rostro que me dejó casi noqueado en el piso; escuché los gritos de mi esposa y de mi hijo, los tenían agarrados.

Mareado alcé la mirada y los vi rodearme; eran cuatro de ellos, me tenían contra la pared.

—No podremos con él; mejor hagámoslo nosotros. Córtale la mano. ¡Rápido! —ordenó uno de los rufianes.

Volví a escuchar a mi esposa e hijo gritar, cerré los ojos y respiré profundamente; cuando los abrí, mis ojos miraron fijamente a cada uno de ellos. Me atacaron al mismo tiempo, evadí el primer hachazo y agarré el brazo del segundo en el momento en el que la espada de otro me atacaba; la sangre chorreó, pues el rufián había cortado la mano de su propio compañero. Al cuarto hombre lo empujé contra la mesa y usé uno de los cuernos de beber para apuñalarlo, clavando la punta en su garganta.

El hombre del hacha y el de la espada me atacaron, evadí a ambos dando un giro por el suelo y llegué hasta el malhechor que aún gritaba por su brazo cortado, me quiso atacar con su hacha, pero la tomé del mango y se la arrebaté de las manos, para después, clavarle la hoja en medio de la frente. Cuando los otros dos sujetos me quisieron atacar, de un rápido movimiento bajo corté la rodilla de uno y después el tobillo de otro; una vez que estaban arrodillados frente a mí, de un solo tajo los degollé con la hoja del hacha.

Tomé la espada del suelo con mi mano derecha y con la izquierda aún agarraba el hacha, miré hacia el frente y allí había dos bandidos más, los cuales tenían agarrados a mi esposa e hijo; ellos se vieron entre sí, soltaron a mi esposa y se lanzaron a atacarme en conjunto. Yo alcé mi espada y hacha al mismo tiempo, y, en un movimiento combinado de ambas armas, acabé rápidamente con sus vidas.

La casa ya estaba a salvo. Vi a mi esposa e hijo, estaban temblando de miedo.

—Resguárdense aquí —les dije, pues todavía el peligro no terminaba; había maleantes afuera.

Salí de la casa agarrando fuertemente la espada con la mano derecha y el hacha con la mano izquierda; ambas armas escurrían de sangre que caía en la blanca nieve, manchándolo todo de rojo. Miré hacia el frente, había tres de ellos, mismos que tenían casi vencidos a mis ayudantes de la granja; arrojé el hacha hacia uno de ellos, matándolo en el acto. Los otros dos me voltearon

a ver y corrieron hacia mí. Al primero le di una serie de estocadas y lo dejé tendido en la nieve; con el segundo me tardé más, pues lo quería con vida. Nuestros aceros chocaron una y otra vez hasta que logré herirlo en el muslo, después lo desarmé y le coloqué el filo de la espada en su garganta.

—¿Quién te envía? —le pregunté con intimidación.

—Si te digo, ¿me dejarás vivir?

—No sufrirás —le contesté.

—Sigvaldi Strut-Haraldsson.

Cuando escuché ese nombre, mi quijada se tensó al mismo tiempo que mis ojos se llenaron de furia y odio; entonces deslicé la hoja de la espada por su yugular y el rufián cayó sin sufrir como lo había prometido.

—Señor, señor. ¿Está bien? —uno de mis trabajadores se aproximó.

—Lo estoy. ¿Ustedes?

—Hay varios heridos y algunos murieron —me respondió.

—Ayuden a los heridos —le ordené—. Yo iré a ver a mi esposa.

Cuando entré a la casa rápidamente fui y abracé a mi esposa e hijo, que estaban conmocionados por los que acababa de acontecer.

—¿Están bien? ¿No están heridos? —pregunté.

—Estamos bien, amor mío. ¿Te hicieron daño? ¿Quiénes fueron esos bandidos? —Ingeborg no paraba de hacer preguntas.

—Hombres de Sigvaldi —le revelé.

Ingeborg abrió los ojos —¿Sigvaldi? ¿Cómo pudo hacer esto?

—Lo sé; ese hombre es capaz de cualquier cosa. Después de tantos años pensé que había dejado su odio hacia mí atrás, pero me equivoqué; Sigvaldi prometió que se vengaría, y al parecer está empeñado en cumplir con su palabra —le dije apretando el puño.

—¿Qué vas a hacer, Vagn? Conozco esa mirada.

—Esto no se puede quedar así. Mientras él viva seguiremos corriendo peligro. No voy a permitirlo —le respondí.

—¿Vas a matarlo? No puedes dejarme sola con Håkon —dijo con preocupación.

—No te dejaré sola, estarás en un lugar a salvo. Ingeborg, escucha —la tomé de los hombros—. Esto lo hago por la seguridad tuya, de Håkon y de nuestro otro hijo que llevas en el vientre. Esta noche sobrevivimos de milagro, otro ataque así y moriremos.

Ingeborg me abrazó —Por favor, regresa con vida —me dijo llorando.

—Lo haré. Lo prometo —la besé en la frente.

Esa misma noche partimos Ingeborg, mi hijo Håkon y yo hacia Odense; tenía buena relación con el jarl y le pedí que resguardara a mi esposa e hijo hasta que regresara. El jarl se encargó de protegerlos, y yo me encargaría de resolver esta vieja rivalidad de una vez por todas.

II

Hælsingør, Selandia, Dinamarca. Enero de 1017 d.C.

Había arribado en barco a Hælsingør, la ciudad más al norte de Selandia, que colindaba frente con frente a Escania en Suecia. No era desconocida la ubicación de la morada de Sigvaldi, pues se sabía que vivía en una gran residencia en la cima de una colina al sur de la ciudad. Ya estaba anocheciendo, así que me dirigí hacia allá sin perder más tiempo; yo iba bien pertrechado, con un yelmo de anteojos y una armadura de cota de malla; en mi cinturón portaba mi espada Hqfuð, un hacha y un seax.

A medida que caminaba hacia la colina, la oscuridad de la noche lo empezó a engullir todo al mismo tiempo que se desataba una nevada; eso era bueno para mí, pues no me verían ni me escucharían llegar. En la base de la colina había una valla de madera que cercaba todo hasta dar con una entrada; allí había dos guardias parados. Yo me cubrí por detrás de un árbol, y cuando la nevada se intensificó vi cómo los dos guardias quisieron resguardarse dentro; en ese momento corrí hacia ellos y, desenvainado mi espada Hqfuð, corté el cuello de uno y después atravesé al otro por el estómago. No se escuchó ni se vio nada.

Me metí en la propiedad y subí la colina sin tener que ocultarme por el camino, pues la fuerte nevada me hacía imperceptible; en el camino logré distinguir unas luces que provenían de una chozuela, de allí se escuchaban risas y gritos de hombres que bebían. Al parecer eran el resto de guardias de Sigvaldi; ellos no sabían que yo estaba allí y tampoco iban a saber lo que acontecería dentro de la residencia.

Llegué hasta la cima de la colina y me posicioné frente a su gran residencia, pues era de dos niveles. Apparentemente todo estaba cerrado salvo una ventana en el piso de arriba; así que me agarré de los postes y escalé hasta el tejado, me introduje por la abertura de la ventana y mi cuerpo me agradeció cuando recibió el calor del interior. Yo estaba completamente helado y cubierto de blanca nieve, pero la llama ardiente de venganza en mis adentros me mantenía caliente.

Bajé las escaleras y llegué hasta lo que parecía ser la cocina; todo estaba oscuro y solo una vela iluminaba una parte de la habitación. Entonces lo vi entrar, era Sigvaldi, su pelo y barba ya estaban repletos de canas, y la mitad de su mano derecha estaba cubierta por una cinta de cuero, producto de la amputación que le provoqué hacía tantos años atrás. Él no me había visto todavía, pues la oscuridad me cubría, pero di un paso al frente.

—Vagn —abrió los ojos al verme.

—Parece que has visto a un fantasma —le dije—. ¿Creíste que ya estaba muerto?

—No sé de qué hablas —respondió.

—¿Vas a negarlo?

En ese momento se escucharon unas palabras provenir de la sala:

—Padre, ¿todo está bien? ¿Con quién hablas?

—Todo está en orden, hijo —tranquilizó Sigvaldi.

Yo desenvainé mi espada Høfuð y coloqué la punta sobre el cuello de Sigvaldi.

—No, no lo está —le dije.

Lo apuntalé y lo hice caminar hasta la sala. Allí se encontraba su esposa Ástrid, un muchacho de unos veinte años y un niño como de dos años de edad.

—¡Oh, dios mío! —gritó Ástrid—. Sigvaldi.

—Padre, ¿qué significa esto? ¿Quién es él? —asustado preguntó el muchacho.

—Silencio, Grettir —lo calló Sigvaldi.

—Yo soy Vagn Ákesson, y vengo a reclamar justicia —hablé.

—Sigvaldi, ¿qué significa esto? —alterada preguntó Ástrid.

—Dile —apuntándole con mi espada le señalé.

—No sé de qué habla —negó Sigvaldi.

Agarré a Sigvaldi de sus ropajes y con fuerza hundí, sin llegar perforar, la punta de mi espada en su garganta.

—¡Di la verdad! —grité.

—Man, man... mandé a unos hombres a la propiedad de Vagn para que lo aprensaran y lo trajeran a mí. Yo mismo le iba a cortar la mano —casi tartamudeando confesó Sigvaldi—. Tenía que cumplir mi promesa de vengarme o acabaría mi vida en vergüenza.

—¡Hiciste qué! —Ástrid se llevó las manos a la cabeza—. Vivimos en paz, ¿por qué tuviste que resolver tus problemas del pasado?

—No lo entenderías, mujer. Allá afuera se habla de mi cobardía y traiciones en las batallas; se dice que soy un hombre sin honor que no cumple juramentos. Tenía que limpiar mi honor cumpliendo con mi promesa de venganza —explicó Sigvaldi.

—¿Por qué ahora? —lo confronté—, ¿por qué después de tanto tiempo?

—El rey Canuto ha conquistado Inglaterra y es ahora el hombre más poderoso del Mar del Norte; pronto regresará a Dinamarca. Odia a los hombres sin honor, y prometió despojar de títulos y propiedades a todo danés en quién él no confiara —contó Sigvaldi—. Yo estoy en esa lista y con esto esperaba ganarme su respeto.

—¿Su respeto? ¿Crees que te ganarás el respeto de un rey como Canuto asesinando a una familia desarmada en su propiedad? ¿A una mujer embarazada y a un niño? —lo miré con ojos de furia.

—No, Vagn. Mi intención nunca fue matarte ni lastimar a tu familia. Mis hombres tenían ordenes específicas de no tocar ni a tu esposa e hijo, y solo capturarte a ti y traerte ante mí —Sigvaldi alzó la mitad de su mano, la cual le corté hace tantos años atrás—. Así me cobraría por esto.

—Tus hombres se salieron de control. Fue una carnicería. Mi honor me dicta a tomar venganza —mirándolo fijamente le dije.

—Tu venganza es hacia mí, Vagn. Perdona a mi esposa e hijos; ellos no lo sabían, no son culpables de mis acciones —pidió Sigvaldi.

Yo le asentí con la cabeza y comencé a bajar lentamente la espada; pero en ese momento, el muchacho Grettir tomó un hacha que estaba encima de la mesa y trató de atacarme.

—¡No lastimarás a mi padre! —me gritó.

Todo fue tan rápido que mi cuerpo reaccionó por instinto; empujé a Sigvaldi con mi brazo y, cuando iba a detener el hachazo de Grettir con mi espada, Ástrid se interpuso en el medio para detener a su hijo, provocando, accidentalmente, que el filo de mi espada la atravesara de lado a

lado. Cayó al instante.

—¡No! —bramó Sigvaldi, que tomó un cuchillo y fue directo a atacarme.

Me hallé en medio de Grettir y Sigvaldi; saqué mi hacha del cinto y con una mano, blandiendo mi espada, me defendí de Grettir, y con la otra, blandiendo el hacha, me defendí de Sigvaldi. Ambos me atacaron en conjunto y yo simplemente me defendía sin contraatacar, pues mi intención no era lastimar al muchacho, sin embargo, las armas no son juguetes, y las mías estaban seriamente afiladas. En un ataque de Grettir, en el que yo intenté contrarrestar su hacha para desarmarlo, mi brazo se pasó de largo y la punta rozó su cuello, haciéndole un profundo corte. El muchacho de inmediato soltó el hacha y se agarró la herida con sus manos, cayó de espaldas y en cuestión de segundos comenzó a escupir sangre por la boca hasta que dejó de moverse; se había ahogado.

Sigvaldi, al ver eso, me atacó con más frenesí, pero yo, de un solo movimiento, le desprendí el cuchillo de su mano y le clavé mi espada con tal fuerza en el corazón, que ésta atravesó la madera de la pared que estaba por detrás de él.

—¿Has culminado tu venganza... o tu masacre? —esas fueron las últimas palabras de Sigvaldi.

Cuando retiré a Hqfuð, y el cuerpo de Sigvaldi cayó al suelo, escuché una voz desfallecida hablar:

—Njál, Njál —era Ástrid, que se arrastraba hacia su pequeño hijo.

—Mamá —el niño corrió hacia su madre y le tomó la mano.

Ástrid pudo tocar a su hijo por última vez, pues segundos después murió desangrada.

Yo miré al niño a los ojos; tenía una mirada desgarradora. ¿Qué vida iba a tener ese pobre niño huérfano? ¿Una vida de odio? ¿Viviría solo para reclamar venganza? ¿Cuál sería su futuro? Haciéndome esas preguntas alcé mi espada para terminar con su sufrimiento; lo miré a los ojos, vi su inocencia y entonces lloré. No pude hacerlo. Bajé mi espada y lo dejé ahí, solo, entre los cadáveres de su familia.

No volví a saber más de ese niño, no supe si llegó a la adultez o si murió en algún momento de su vida. No volví a saber nada de algo relacionado con Sigvaldi; todos esos recuerdos los enterré, y fue hasta el día de hoy que volvieron a salir a la luz.

Esta fue la última de mis memorias. Esta es la enseñanza que le dejo a mis hijos. Esta es la enseñanza que te dejo a ti, Ragnar, mi hijo jomsvikingo. Todas las acciones que uno hace en vida, tanto buenas como malas, tienen consecuencias. Viví arrepentido de mis actos de aquella noche, pero continué sabiendo que fueron los actos ajenos los que me llevaron a esto; así es la vida misma, un culmen de decisiones de alguien más. Por eso siempre decide por ti mismo, hijo mío. Soy un viejo ya, pero solo espero que los pecados del padre no pasen a sus hijos.

LA BATALLA DE BILSKÍRNIR

I

Fortaleza de Bilskírnir, Estrecho de Øresund. Julio de 1079 d.C.

El mar chocaba contra los muros de una fortaleza que se erguía sobre la sólida roca que rodeaba una pequeña isla; dentro de esos muros había decenas de guerreros que hacían guardia en las torres, entrenaban en el patio, bebían en el salón o dormían en los alojamientos. Pero ningún lugar era tan sombrío y macabro como los calabozos, en donde había un prisionero en particular, uno al que golpeaban noche tras noche sin ni siquiera hablarle o hacerle preguntas. Ese prisionero era Ragnar, que, amarrado con los brazos extendidos, colgaba de una cadena desde el techo; su torso estaba descubierto y lleno de golpes, y su rostro magullado chorreaba sangre de la nariz y los pómulos.

Un hombre vestido de negro, con una capucha que le ocultaba el rostro, era el que visitaba a Ragnar cada noche en su celda y lo molía a golpes sin hablarle; pero esta vez fue diferente, pues, una vez que terminó de golpearlo y notar que Ragnar no hizo ningún pujido de dolor, le habló por primera vez.

—Eres fuerte y tu físico es prodigioso, jomsvikingo. Lo admito —dijo el hombre—. Cualquiera otro ya habría sucumbido al dolor y pedido clemencia. Tú apenas y te inmutas.

—Tantos días sin hablar, tantos días en los que solo me golpeabas sin parar. ¿Por qué me hablas ahora? —Ragnar preguntó con una voz débil.

—No podía hacerlo. Eres tan parecido a él, eras su viva imagen, eres todo lo que recuerdo... el autor de mis pesadillas, de mi sufrimiento. Lo único que quería era golpearte, sacar el odio que tengo acumulado —respondió el hombre—. Y ha funcionado, porque ya puedo dirigirte la palabra sin tener la necesidad de verte sufrir.

—¿De qué hablas? —Ragnar alzó su sangrado rostro—, ¿parecido a quién? ¿recordarte a quién?

—A tu padre, Vagn.

—¿Mi padre? —Ragnar no comprendía—, ¿qué tiene que ver él?

—Todo, jomsvikingo, todo. Él es la razón de que tú estés aquí, él es la razón del secuestro de tu hermana Thorgunna, él es la razón de la muerte de tu hermano Bjorn... y él será la razón de la desaparición de su linaje; pues Håkon y sus hijos, Agne y Gunhilda, tampoco se salvarán de mi ira.

Ragnar abrió sus hinchados ojos, pues estaba sorprendido de cómo era que aquel hombre sabía tanto sobre sus parentescos familiares.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Njál —reveló el hombre, que se descubrió la capucha—. Njál el Huérfano. Soy el comandante general y fundador de Los Herederos de Thor.

Njál era un hombre ya mayor, que rondaba los sesenta años, sin embargo, su porte de guerrero lo hacía ver fuerte y bien conservado para su edad; su cabello amarrado a media coleta era negro, pero ya canoso, y tenía un fino bigote con barbilla de color ceniza.

—Ya había oído hablar de ti, escuché tu nombre con anterioridad y no le tomé mucha

importancia, pero, con todo lo que me acabas de decir, estoy seguro que he leído ese nombre en otro parte, ¿dónde? —Ragnar trató de recordar—. Las memorias de mi padre —abrió los ojos con revelación—. Eres el hijo pequeño de Sigvaldi, a quién mi padre dejó con vida.

—Con vida no. Me dejó muerto por dentro; yo solo era carne que caminó y creció en un mundo miserable —contó Njál—. Ese momento lo tengo grabado en mi ser, y cada vez que cierro los ojos puedo ver ese recuerdo vivo, así como te veo a ti. Tras haber presenciado la masacre de mi familia, los guardias de mi padre me encontraron y me acogieron; crecí con ellos, me adiestraron ellos y trabajé para ellos. Fue hasta que me convertí en un hombre que encontré mi propio camino, el de mercenario; vendí mi espada en cada rincón de las tierras del norte, pero cada vez que mataba a alguien, lo veía a él, veía su rostro con claridad, a Vagn... me atormentaba en las noches. Un día decidí que mi familia debía ser honrada y traté de reclamar justicia por mi cuenta, pero Vagn ya era alguien muy poderoso e influyente en Fionia, y yo no tenía los medios para llegar a él; entonces me decidí a crear mi propio grupo, mi propia hermandad. Seríamos los herederos del dios protector, Thor, el que vela por nosotros y honra lo justo. Me tomó años darle forma para que fuéramos la orden que somos ahora; sin embargo, me tomó demasiado tiempo, pues cuando ya estaba preparado para ajusticiar a Vagn, me enteré que el maldito había muerto. La vejez lo reclamó antes que yo; a pesar de su fallecimiento, yo aún tenía un vacío por dentro, tenía que reclamar justicia. Sus acciones no podían quedarse impunes... y el pecado del padre pasa a sus hijos.

—¿Todo esto ha sido por venganza? —preguntó Ragnar.

—Venganza no, justicia —replicó Njál—. Planeé por muchos años esto. Con tus hermanos me resultaba más fácil, pero contigo casi me di por vencido, pues desapareciste por una década y te di por muerto, pero cuando me enteré que estabas vivo y que habías regresado de Constantinopla, volví a continuar el plan.

—Utilizaste a Thorgunna para llegar a mí, ¿no es así?

—Eres un gran y astuto guerrero, además estás rodeado de otros buenos guerreros, ¿crees que no lo sé? —Njál se movía de un lado a otro—. Solo usando a tu hermana sabía que podía sacarte de tu zona, hacer que te descuidaras y que cayeras en la trampa.

—Pues aquí estoy, tu plan funcionó y caí en la trampa. Si tanto ansías justicia, ¿por qué no me has matado aún?, como hicieron con Bjorn.

—Lo de Bjorn fue un error, mi intención no era matarlo, ni a él ni a Agne. Cuando Harekr los emboscó fue para capturarlos; murió por circunstancias que suceden durante el fragor de la batalla —explicó Njál—. Pero descuida, mi plan sigue en pie. Tú eras el más difícil de capturar; tus hermanos y sobrinos estarán aquí más pronto que tarde.

—¿Y cuando sea así?

—Entonces sufrirán como yo sufrí —Njál sonrió con deleite—. Se mirarán entre sí por última vez al mismo tiempo que irán muriendo uno por uno. Juntos, así como Vagn lo hizo con mi familia.

—¡Estás demente! —gritó Ragnar—. Vagn jamás quiso eso; la muerte de tu madre fue un accidente y la situación se salió de control. Se arrepintió toda su vida por aquel suceso.

—Su arrepentimiento no me vale de nada, pero la sangre de su descendencia sí —replicó Njál.

Ragnar se sacudió con fuerza, y, estallando en furia, trató de ir hacia Njál, pero las cadenas se lo impidieron.

—Espera paciente, jomsvikingo. Pronto te reunirás aquí mismo con tu familia; no falta mucho para que los tengas a tu lado —Njál salió de la habitación mientras repetía—: El pecado del padre pasa a sus hijos.

Ragnar se quedó sacudiéndose y gritando encolerizado en ese oscuro y frío calabozo.

II

Isla de Saltholm, Estrecho de Øresund. Julio de 1079 d.C.

En la costa norte de la isla de Saltholm había montado un pequeño campamento de guerreros, allí se hallaban Sigurd y Agne, que veían hacia el horizonte cada vez que podían. Ya llevaban un par de días esperando la llegada de Halfdan, Helgi y compañía; y por fin, cuando Agne volteó nuevamente, distinguió un barco en el filo de la lejanía del mar.

—Sigurd, allá —apuntó Agne.

Sigurd afinó la vista —Ese es el drakkar de Halfdan —anunció.

—Ya era hora —dijo Agne.

El drakkar de Halfdan arribó a las costas de la isla y todos los guerreros bajaron a la playa. En cuanto Hjalmar, Hodur e Iver vieron a Sigurd, rápidamente lo saludaron y abrazaron con alegría, de igual modo lo hizo Helgi y después Halfdan, con quien se dio un fuerte apretón de antebrazos.

—¿Estás enterado de la situación? —le preguntó Sigurd.

—Lo estoy —afirmó Halfdan—. Helgi me contó todo.

—Pues ahora te informo yo —continuó Sigurd—. En lo que esperábamos tu llegada fuimos a hacer reconocimiento a la fortaleza de Bilskírnir; navegamos cerca de ella como si fuéramos un barco mercante, no pudimos observar tan a detalle para no levantar sospechas, pero vimos lo necesario.

—¿Y bien?

—Será bastante complicado entrar —detalló Sigurd—. Sus muros son altos, bien cimentados a la roca que dan al mar; hay una única entrada, una rejilla elevadiza por donde entran los barcos. Lo demás es infranqueable.

—Infranqueable, ¿eh? —Halfdan sonrió.

—¿Por qué sonríes? —extrañado preguntó Agne.

—Porque ya está formulando un plan —afirmó Sigurd.

Halfdan miró hacia la costa y observó ambos navíos —Partiremos al anochecer. La oscuridad de la noche será nuestra aliada —dijo.

Agne volteó a ver a Sigurd y éste le asintió, después Agne les ordenó a sus hombres:

—Levanten el campamento y prepárense.

Mientras todos estaban movilizados y alistándose, Thrugot se acercó a Helgi y le preguntó:

—¿Halfdan es tan buen guerrero como dicen?

—El mejor —respondió Helgi—. Jamás he visto a nadie blandir un hacha danesa como él.

—¿Mejor que Ragnar? —continuó Alfild, que se unió a la conversación.

Helgi se rascó la cabeza y contestó:

—Pues Ragnar fue su maestro, lo instruyó y le enseñó todo lo que sabe. Aún recuerdo cómo lo levantaba bien temprano para entrenarlo, y vaya que lo llevó al límite en el barco. Nunca se han enfrentado entre sí en un combate serio, y realmente no sé darte una respuesta.

Alfild ya no dijo nada y Thrugot se cruzó de brazos.

Al otro lado de ellos, Svend, que caminaba y escuchó la conversación, les comentó:

—Los he visto bien de cerca combatir en una batalla seria. Y les digo, si Halfdan y Ragnar tuvieran que enfrentarse en una pelea real entre ellos, los mismos dioses bajarían en persona para ver ese combate.

Thrugot y Alfild se miraron entre sí mientras Svend pasó de largo y se alejó sin decir nada más.

Svend caminó hacia el otro lado del campamento y vio a Sigurd cargando unas cajas llenas de provisiones, así que se le acercó.

—¿Te ayudo, varego? —le preguntó.

—Svend —Sigurd se sorprendió—. ¿Qué haces aquí? Que alegría verte de nuevo después de tantos años.

—Lo mismo digo —Svend lo estrechó del antebrazo—. Sé que ya estoy viejo para combatir, pero el jomsvikingo necesita toda la ayuda posible y yo llevo muchos años bien acomodado; es hora de estirar los brazos y desempolvar la espada.

—Tú vales por tres guerreros jóvenes. Me honra volver a luchar a tu lado —expresó Sigurd.

Svend le colocó su mano en el hombro —Tu padre estaría orgulloso de ti —le comentó.

Sigurd le asintió con la cabeza en señal de agradecimiento.

Cuando el campamento se levantó, Halfdan dio instrucciones a cada guerrero para que su plan se llevara a cabo a la perfección y sin fallo alguno; después habló con Sigurd y Agne, quienes irían en el otro barco con sus hombres.

—De ustedes depende el éxito de este plan. ¿Saben bien qué hacer? —les preguntó Halfdan.

Sigurd entre sonrió —¿No sabes con quién estás hablando? —respondió con arrogancia.

Halfdan sonrió y le estrechó el antebrazo; después hizo lo mismo con Agne.

—Mañana a esta misma hora estaremos celebrando con Ragnar —les dijo.

Sigurd y Agne abordaron en su barco, donde ya los esperaban sus guerreros; por su parte, Halfdan abordó en su drakkar, donde estaban Hjalmar, Hodur, Iver, Helgi, Svend, Alfild y Thrugot, además del resto de varegos.

Halfdan se posó en la proa agarrándose de una cuerda y les gritó a sus hombres:

—Nuestro hermano Ragnar está encerrado en aquella fortaleza, pero nosotros la hundiremos hasta sus cenizas para rescatarlo. Esos mercenarios no tienen idea de con quien se metieron, y este acto servirá de ejemplo para que todo aquel que quiera hacerle daño a cualquiera de ustedes lo piense dos veces. ¡Sin piedad!

Los guerreros del drakkar soltaron un rugido al cielo y remaron hacia la oscuridad del mar.

Fortaleza de Bilskírnir, Estrecho de Øresund. Julio de 1079 d.C.

La oscuridad de la noche había ocultado la llegada de los dos barcos a la fortaleza, la cual se erigía frente a ellos con muros y torres inexpugnables desde el mar. Todas las antorchas de los barcos estaban apagadas, y la única luz que se apreciaba era la de la luna y las que se distinguían en el interior de la misma fortaleza.

Los dos barcos avanzaron un poco más hacia una distancia donde podían distinguir bien las torres y la rejilla elevadiza.

—Estamos a una buena distancia. Si nos acercamos más, puede que los vigías de las torres nos distingan —comentó Svend.

—¿Están preparados los arqueros? —le preguntó Halfdan a Hjalmar.

—En cuanto des la orden —respondió Hjalmar.

Halfdan volteó a ver el otro barco y le asintió con la cabeza a Sigurd, entonces dio la orden:

—Cubran la llegada del otro barco, que todos los ojos estén sobre nosotros. ¡Hagan caer fuego sobre ellos!

—¡Disparen a la torre! —gritó Hodur.

Los arqueros prendieron las puntas de sus flechas y de pronto, lo que parecía ser una noche tranquila y oscura, se convirtió en un cielo que se iluminó por completo cuando una salva de flechas incendiarias voló por los aires y se incrustó en una de las torres.

—¡Nos atacan! —se escuchó provenir de la fortaleza.

—¡De nuevo! Concentren el fuego en esa torre —indicó Hjalmar.

En ese mismo instante, cuando las flechas incendiarias volaron por el aire, Sigurd les ordenó a sus hombres:

—¡Icen la vela y remen con todas sus fuerzas!

—¡Vamos, guerreros! El éxito del plan depende de nosotros. ¡Remen! —también ordenó Agne.

Todos los mercenarios en la fortaleza tenían su mirada atenta en las flechas incendiarias que no dejaban de caer sobre una de las torres, la cual ya empezaba a prenderse en llamas; esto provocó que ignoraran a un barco aproximarse velozmente hacia la reja elevadiza. El navío, que agarró tal velocidad debido a la fuerza de los remeros y del viento que empujaba la vela del mástil, estaba a punto de estamparse en la rejilla cuando Sigurd gritó:

—¡Salten!

Sigurd, Agne y el resto de guerreros se arrojaron hacia el mar y dejaron el barco surcando solo en línea recta. Unos segundos después, el navío colisionó con tanta fuerza contra la reja elevadiza que se la llevó por delante, dejando completamente abierta la entrada a la fortaleza.

Un par de minutos más tarde, el drakkar de Halfdan se acercó para ayudar a subir a Sigurd, Agne y los demás guerreros para que se pusieran a salvo en el barco.

—Eres una cabra desquiciada —el empapado Sigurd le dijo a Halfdan al subir—. Ha funcionado.

—No puedo creerlo. El plan sonaba descabellado, pero ahora la fortaleza está abierta para nosotros —también dijo Agne, que se exprimía los ropajes.

—Vayamos por Ragnar —ordenó Halfdan, que tenía los ojos puestos en la entrada.

Los mercenarios de la fortaleza no se lo iban a poner fácil; apenas el drakkar cruzó el arco de la entrada, una lluvia de flechas cayó sobre Halfdan y sus hombres.

—¡Muro de escudos! —ordenó Halfdan.

Los guerreros levantaron sus escudos y se protegieron de las flechas que caían sin parar; las puntas se incrustaron en la madera de los escudos, en los tablones del barco y algunas otras lograron perforar las piernas y los brazos de algunos hombres.

—¡Junten bien los escudos y protejan a los remeros! —gritó Sigurd

—Tenemos que llegar al muelle —dijo Helgi.

—¡Remen! —exclamó Svend.

El barco avanzó lentamente debido a que todos los hombres estaban apretados y con sus

escudos levantados, limitando así el rango de movimiento de los remeros. Al juntar más sus escudos ninguna otra flecha logró penetrar la defensa, haciendo que el drakkar pareciera un fuerte andante conformado por un muro de escudos.

Al no ver por dónde iban, pues los escudos tapaban la vista de su frente, la proa del drakkar se estrelló contra el muelle de madera, rompiendo sus cimientos y encallándose frente a la base. Debido a la fuerza del impacto, algunos hombres cayeron al suelo y otros lograron mantenerse en pie, pero nunca bajaron sus escudos.

—¡Bajen del barco y acabemos con ellos! —ordenó Halfdan.

Los guerreros saltaron del barco y atacaron a los mercenarios que ya formaban una defensa. La batalla había comenzado. Halfdan atacó la vanguardia enemiga acompañado de Sigurd, Iver y Agne; Svend se encargaría de la torre oeste, mientras que Helgi, Thrugot y Alfild de la torre este; por su parte, Hjalmar y Hodur se quedaron atrás en el barco dirigiendo al resto de arqueros.

Halfdan, blandiendo su hacha Fauces, rompió los escudos de dos mercenarios que tenía enfrente con un potente golpe; por detrás de él Iver le cuidaba las espaldas, y, por un lado, Sigurd y Agne saltaron por encima del muro de escudos enemigo para sorprenderlos por detrás. Los demás varegos chocaron sus armas contra la de los mercenarios; el acero desgarraba carne y cortaba huesos, los escudos colisionaban unos contra otros y los gritos de batalla resonaban en toda la fortaleza.

Halfdan combatía y dejaba en el suelo a tanto enemigo se le ponía enfrente; alzaba y giraba su hacha con una técnica perfecta, cada golpe que propiciaba era mortal. Los mercenarios poco a poco comenzaron a retroceder ante la supremacía bélica de los varegos.

Por el lado oeste se encontraba la torre que fue rociada por las flechas incendiarias, pero que su fuego ya había sido extinguido. Svend se dirigió hacia allí con un grupo de guerreros para asegurar la zona y evitar que los mercenarios los tomaran por sorpresa y los rodearan.

De la torre salieron un grupo de mercenarios que los atacaron en cuanto los vieron; Svend desenvainó su espada, la cual había estado sin uso desde hacía muchos años. Uno de los mercenarios lo atacó con su hacha, pero Svend evadió el golpe, para después contraatacar con su espada; el tajo de su espada logró rozar el cuello de su oponente lo suficientemente profundo como para hacer que cayera desangrado.

—Aún no he perdido el toque. ¡Svend ha vuelto! —clamó al cielo.

Acto seguido, continuó atacando a cuanto mercenario se cruzaba en su camino. Svend no se movía con rapidez, sus ataques estaban un poco oxidados, pero eran efectivos; su gran experiencia en batalla lo hacía prever en dónde atacaría el enemigo, y de esa forma anticipar el golpe. Con brascas estocadas y tajos de su espada, Svend ya había acabado con media docena de mercenarios él solo. El resto de sus guerreros se habían ocupado de los demás.

—Como extrañaba esto. Me siento vivo otra vez —Svend golpeó en el brazo a uno de sus hombres—. La zona está asegurada.

En el lado este, que era en donde más concentración de arqueros había, Helgi, Thrugot y Alfild se cubrían dentro de un muro de escudos junto a sus demás guerreros.

—¿Cómo se supone que vayamos por ellos si no dejan de dispararnos flechas? —con desesperación preguntó Thrugot.

—Se supone que Hjalmar y Hodur nos cubrirían —respondió Helgi.

—Pues yo no veo que nos ayuden —replicó Thrugot.

—Silencio. Escuchen —Alfhild calló—. Dejaron de disparar.

Helgi asomó su ojo por uno de los espacios de los escudos y distinguió cómo una salva de flechas, que venían desde el barco, caía sobre los arqueros enemigos, los cuales tuvieron que cubrirse por detrás de las paredes.

—Hjalmar y Hodur nos están cubriendo. Es nuestra oportunidad de entrar. ¡Abran el muro de escudos! —ordenó Helgi.

Helgi, Thrugot y Alfhild, seguidos por los demás guerreros, corrieron hacia el interior de la torre y se enfrentaron cuerpo a cuerpo a los mercenarios que allí se guarnecían. Para después, subir a los muros y terminar de una vez por todas con los arqueros enemigos.

Mientras Alfhild combatía, por detrás de ella un mercenario de alto rango le gritó:

—¡Traidora! Te reconozco, tú eras la perra protegida de Einar. Has roto el código más sagrado de la hermandad; mereces el peor de los castigos. Einar te protegía, pero, ahora que ya no está por aquí, nada me detendrá de violar tu cadáver—el capitán mercenario se saboreó los labios.

—Maldito degenerado —Alfhild alzó su espada y se lanzó hacia el mercenario.

Ambos chocaron el filo de sus armas; el mercenario blandía un largo seax y se movía con agilidad, pero Alfhild era más veloz. Ambos rozaban sus aceros sin hacerse daño, pues evadían cada golpe. Alfhild quiso ser más agresiva y atacó con más fuerza a su oponente, sin embargo, en un descuido, el mercenario logró darle un puñetazo en la boca; Alfhild, que retrocedió unos pasos, escupió sangre y sonrió.

—Golpeas como niña —lo provocó.

El capitán mercenario enfureció y, cuando quiso atacarla, Alfhild rodó por el suelo y le clavó la punta de su espada por debajo de los testículos, hundiéndola verticalmente de abajo hacia arriba. Cuando Alfhild se levantó y vio al mercenario desangrado, Helgi, que acaba de clavar la punta de su hacha en la frente de su oponente, fue hacia ella.

—Hasta a mí me dolió eso —le dijo sonriendo.

—Los arqueros ya no existen —informó Thrugot, que corrió desde el amurallado.

—Regresemos entonces —señaló Helgi.

Tanto Alfhild como Thrugot le asintieron.

En el centro de la fortaleza, delante de las puertas del fuerte, Halfdan y Sigurd, junto con Iver y Agne, ya tenían sometidos a la mayoría de los mercenarios, los cuales no podían hacerle frente a los experimentados varegos. Los mercenarios que restaban retrocedieron y huyeron en desbandada al interior del fuerte.

—Tenemos que ir tras ellos —entusiasmado por el fragor de la batalla dijo Agne.

—Podría ser una trampa —anticipó Sigurd—. Ya caí en una en el Bastión de Ivar, no volverá a suceder.

—Aun así, tenemos que ir por Ragnar —apuntó Halfdan, que caminó hacia un moribundo mercenario que se desangraba en el suelo—. Ragnar el Jomsvikingo, ¿dónde está? —le preguntó al mismo tiempo que le colocaba el pie en la herida—. Si me lo dices acabaré con tu sufrimiento.

El mercenario respondió pujando de dolor: —Adentro... en los calabozos.

Halfdan alzó su hacha y decapitó al mercenario de un solo tajo, acabando así con su sufrimiento.

—Supongo que eso confirma que debemos entrar —comentó Agne.

—¿Qué propones? —le preguntó Sigurd a Halfdan.

Halfdan se volteó hacia Iver y le dijo: —Has guardia aquí con un grupo de varegos y espera la llegada de Helgi y Svend. Cuando estén todos juntos serán nuestro apoyo en caso de cualquier imprevisto —después se volteó hacia Sigurd—. Mientras tanto, nosotros entraremos.

Halfdan, junto a Sigurd y Agne, acompañados del resto de varegos, entraron en el fuerte y con precaución se dirigieron a los calabozos para liberar a Ragnar.

III

Fortaleza de Bilskírnir. Pocos minutos antes del ataque.

Era una noche tranquila en la fortaleza, Njál el Huérfano regresaba de su sesión de entrenamiento de espada y se dirigía a los calabozos para torturar a Ragnar, tal y como había sido lo habitual las últimas semanas; caminaba por el interior de los pasillos cuando de repente vio desde uno de los balcones cómo el oscuro cielo se iluminaba por decenas de flechas incendiarias que caían en una de las torres.

—¿Qué está sucediendo? —extrañado se preguntó.

—¡Nos atacan! —se escuchó provenir desde los muros externos.

—¿Qué significa esto? ¿Quién se atreve a atacarnos? —Njál corrió hacia el balcón que daba al patio para poder distinguir mejor lo que estaba ocurriendo.

Cuando llegó, lo único que logró ver era cómo un barco colisionaba con la reja elevadiza de la entrada, reventando los barrotes y llevándosela por delante.

—¿Qué es esta locura? ¡Rápido, monten una defensa! —ordenó desde el balcón—. ¡Arqueros! No dejen que nadie atraviese las puertas —después se volteó a uno de sus hombres—. ¿Dónde está Harekr?

—No lo sé, señor.

—Búscalos. Lo necesito a mi lado —le ordenó, después les habló a otros dos de sus hombres—. Han venido por el jomsvikingo. Vayan a su celda y asegúrenlo.

Los dos mercenarios acataron y partieron enseguida.

Njál continuó organizando la defensa desde el balcón y viendo cómo se desarrollaba la batalla.

Los dos mercenarios llegaron a los calabozos y se dirigieron a la celda de Ragnar; preocupados, se detuvieron al ver que el prisionero estaba tirado en el suelo sin moverse y sin ni siquiera respirar. Los dos hombres se miraron entre sí con la cara llena de duda y sin saber qué hacer.

—¿Qué le sucede? ¿Estará muerto? —preguntó uno de ellos.

—Oye tú, jomsvikingo —llamó el otro—. Levántate.

No respondía.

—Njál lo torturó al extremo. Creo que no soportó más —comentó el mercenario.

—Tonterías —el otro mercenario abrió la celda y entró. Se acercó al cuerpo de Ragnar y lo tocó.

—¿Está muerto? —preguntó el que se quedó afuera.

—No lo sé. No respira —respondió—. Está frío como un...

En ese instante, Ragnar saltó y se prendió del cuello del mercenario; lo mordió con su boca en la yugular hasta que de un mordisco le arrancó su carne. El mercenario cayó desangrado en el suelo y Ragnar se levantó escurriendo de sangre desde la boca hasta el pecho. El segundo mercenario corrió para cerrar la celda, pero antes de hacerlo, Ragnar sacó sus manos de entre los barrotes y lo prendió de la ropa y la cara; tras esto, lo golpeó contra la celda una y otra vez en el

rostro hasta que cayó al suelo con la cara magullada. Ragnar entonces tomó un hacha del cinturón del mercenario muerto y salió de la celda.

Al salir de los calabozos, Ragnar se detuvo por un momento; su cuerpo estaba lleno de golpes y cortadas, su rostro hinchado apenas y era reconocible, sentía punzadas de dolor en brazos y piernas cada vez que daba un paso, sin embargo, Ragnar aplacó su sufrimiento físico con una furia incontenible y caminó por los pasillos con un único objetivo en mente: ir tras Njál. Mientras andaba sigilosamente, se dio cuenta de que no había guardias ni nadie que estuviera vigilando la zona. Era bastante sospechoso, pero su duda rápidamente fue resuelta por los innumerables gritos de batalla que provenían del exterior.

—¿Están atacando la fortaleza? —se preguntó a sí mismo.

Ragnar aprovechó la situación y continuó caminando por los pasillos del fuerte, fue entonces cuando escuchó los pasos de varios hombres que corrían hacia él. Ragnar se ocultó por detrás de una puerta y los mercenarios pasaron de largo.

—Han entrado en el fuerte. No dejemos que lo tomen —decían entre ellos.

Los mercenarios bajaron las escaleras y Ragnar las subió. Arriba escuchó una voz familiar.

—¿Harekr ya está en el puerto sur? —le preguntó Njál a sus hombres.

—Sí, comandante —afirmó uno de sus mercenarios.

—La fortaleza ha caído. No nos queda de otra... vayamos —Njál iba a salir cuando se encontró con un ensangrentado y enfurecido Ragnar de frente.

—¿Por qué no me sorprende que huyas como un cobarde ante la inminente derrota? —le dijo Ragnar.

Los cinco mercenarios en la sala se pusieron en guardia y en disposición de atacar a Ragnar.

—Esto no es una derrota. La justicia está de mi lado —replicó Njál.

—Justicia no, venganza —corrigió Ragnar—. Y hoy termina contigo.

—Thor está de mi lado y protege mi juicio; puede que no justicie a toda la descendencia de Vagn al mismo tiempo, pero el resultado será el mismo. Tú morirás aquí, jomsvikingo, y después arrebataré la vida del primogénito de Vagn y de su familia; se cree tan intocable en su ciudad, pero no sabe lo equivocado que está.

—No si yo lo permito —Ragnar alzó su hacha.

—¡Mátenlo! —ordenó Njál.

Los cinco mercenarios atacaron al mismo tiempo a Ragnar, el cual rodó por el suelo y clavó su hacha en la pierna de uno de ellos, después evadió el ataque de otro y le rompió la quijada con el filo del hacha. El tercero lo atacó con un seax, pero Ragnar le agarró el brazo y se lo volteó, clavándole su propio seax en el cuello. Ragnar tomó el seax con una mano y con la otra blandió el hacha, para después atacar al cuarto y quinto mercenario al mismo tiempo.

Njál, al ver que la batalla se inclinaba hacia Ragnar, huyó hacia las escaleras y bajó por ellas. Ragnar se dio cuenta e intensificó sus ataques, tenía a los dos mercenarios encima, pero, en un contraataque doble, clavó la punta de su seax en el estómago de uno y después la cabeza del hacha en la frente del otro. Ragnar tomó aire por un momento, se sentía débil y adolorido, pero su voluntad lo hacía continuar; se paró frente al borde de las escaleras para seguir a Njál, al cual lo había perdido de vista. De pronto, sintió un empujón por la espalda; se trataba del primer mercenario que atacó, el que había dejado herido de la pierna. Se había olvidado completamente de él.

El mercenario lo embistió por la espalda y ambos cayeron por las escaleras, rodaron cuesta abajo hasta estrellarse en la pared del piso inferior. Ragnar volteó hacia el mercenario y se dio

cuenta de que éste se había roto el cuello en la caída.

—Maldito idiota —adolorido dijo Ragnar mientras se levantaba.

Ragnar se agarraba las costillas y respiraba a pujos; alzó la cabeza para saber por dónde ir, pues había perdido por completo la pista de Njál. De acuerdo con lo que había escuchado, Njál se dirigía hacia el puerto sur; Ragnar no tenía noción de orientación, así que caminó hacia lo que él creía era la parte posterior del fuerte. A medida que caminaba, escuchó gritos de batalla y el choque de espadas y escudos; fue en ese momento cuando vio a Halfdan, Sigurd y Agne, acompañados de unos cuantos varegos, combatir contra un grupo de mercenarios. Los guerreros enemigos ya estaban siendo abatidos, pero Ragnar vio cómo uno de ellos iba a atacar a Halfdan por la espalda, así que alzó su hacha y la arrojó hacia el mercenario, clavándosela en la nuca.

Cuando Halfdan volteó y vio al mercenario caer muerto a sus espaldas, alzó la vista y abrió los ojos al ver a Ragnar de frente.

—Se supone que yo debía salvarte a ti, no tú a mí —sonriendo le dijo Halfdan.

—Ya te habías tardado demasiado y estaba un poco desesperado —respondió Ragnar.

Ambos rieron y se dieron un fraternal abrazo.

—Gracias por venir. Te debo una —agradeció Ragnar.

—Jamás abandonaría a mi hermano —le dijo Halfdan—. ¿Estás bien? Te veo lleno de sangre y en bastante... mal estado.

—La sangre no es mía. Bueno... un poco sí —entre sonriendo respondió Ragnar—. Son solo unos cuantos golpes, nada grave.

—¿Unos cuantos golpes? Yo veo tu cara bastante hinchada —Sigurd se había acercado—. Apenas y eres reconocible.

—Sigurd, supongo que ahora estarás contento de que eres más guapo que yo —Ragnar sonrió y ambos se abrazaron alegremente.

—Tío Ragnar —Agne igual lo abrazó con emoción.

—Agne, me da gusto y orgullo verte aquí. Eres un hombre honorable —le dijo Ragnar—. Gracias por venir a rescatarme, querido sobrino.

—Era lo menos que podía hacer por ti —respondió Agne—. Además, parece ser que no necesitabas rescate.

En ese momento, corriendo desde la puerta principal, Iver llegó junto a un grupo de varegos.

—Ragnar, por los dioses. Qué bueno que estés bien —recuperando el aliento dijo Iver en cuanto lo vio.

—Me da gusto verte, Iver —saludó Ragnar.

—Iver, ¿qué sucede? —al grano fue Halfdan.

—Unos cuantos mercenarios salieron de la parte posterior del fuerte. Quieren sorprender nuestra retaguardia —informó Iver—. Svend y Helgi ya están reunidos y les hacen frente.

—Que movimiento más tonto, la fortaleza está perdida —comentó Sigurd—. Solo tendrán bajas innecesarias.

—No intentan retomar el fuerte. Es Njál —aclaró Ragnar—. Se trata de una distracción para que él pueda escapar por el puerto sur —después se dirigió a Halfdan—. Tenemos que ir por él; ha perdido el juicio. Está desquiciado por vengarse de mi familia e irá por Håkon.

—¿Irás tras mi padre? —preocupado Agne preguntó.

—No si lo detengo antes —le dijo Ragnar.

—Te acompañaré —anunció Halfdan.

—Vayan. Nosotros nos ocupamos de los mercenarios —señaló Sigurd.

Tanto Halfdan como Ragnar asintieron y se dispusieron a partir.

—Ragnar, espera —Sigurd lo detuvo antes de que partiera—. Casi se me olvidaba. Vas a necesitarla —se desabrochó una funda del cinto y le entregó su espada Hqfuð.

—La recuperaste —Ragnar abrió los ojos con nostalgia y le agradeció.

—Ya no la pierdas —Sigurd sonrió.

—Nunca más —respondió Ragnar, que volteó a ver a Halfdan.

—Terminemos con esto —dijo Halfdan y ambos partieron.

Halfdan y Ragnar atravesaron el fuerte y salieron por la puerta sur hasta llegar al patio trasero, donde se hallaba el puerto de reserva. Allí se encontraba un pequeño navío donde estaba Njál y un grupo de mercenarios acomodando la vela del mástil y desaparejando los nudos del muelle. Frente a ellos estaba Harekr el Gigante, que ayudaba a desaparejar el barco.

—¡Njál! —le gritó Ragnar en cuanto lo vio—, ¡pelea cobarde!

Los mercenarios del barco sacaron sus armas y se dispusieron a saltar del barco para atacarlos, pero fueron detenidos por Harekr.

—Harekr, ¿qué haces? —le preguntó Njál.

—Los necesitas para que remen —señaló Harekr—. Ve y cumple con tu cometido. Yo detendré a estos dos. Te alcanzaré después.

Njál le asintió y Harekr se colocó su yelmo en la cabeza y tomó su enorme hacha, después empujó el barco con su pierna para que se despegara del muelle.

—Ese sujeto es gigantesco —le dijo Halfdan a Ragnar.

—Pues ese es su nombre, Harekr el Gigante. Ya me he enfrentado a él y... perdí —contó Ragnar—. Es lento, pero extremadamente fuerte y agresivo. Te lo digo, Halfdan, un movimiento en falso y se acabó. Solamente veo la victoria si tú y yo peleamos como uno, juntos.

—Bueno, como estás físicamente seremos medio más que uno —comentó Halfdan.

—Pensé que habías perdido el sentido del humor —sonrió Ragnar—. Hoy estoy perfectamente bien para luchar... mañana no estoy tan seguro.

Halfdan rio y dijo:

—Ataquémoslo al mismo tiempo entonces.

Harekr caminó hacia ellos con su hacha sobre su hombro y habló:

—Ya te enfrentaste a mí una vez y perdiste, jomsvikingo. ¿Qué te hace pensar que puedes vencerme esta vez?

—Esta vez no vengo solo —Ragnar alzó su espada Hqfuð.

Por su parte, Halfdan se colocó a un lado de él y agarró fuertemente su hacha Fauces.

—Ya veo. Entonces hoy me cobraré dos vidas más —Harekr sonrió y se puso en guardia.

—¡Juntos! —gritó Ragnar, que atacó por un lado.

Halfdan lo siguió y atacó por el otro. Harekr esquivó ambos golpes con su hacha y contraatacó con un fuerte tajo que pasó de largo, pues Ragnar giró por el suelo logrando hacerle un corte en la pierna derecha, seguido por otro corte en el brazo izquierdo que le propició Halfdan.

Harekr retrocedió dos pasos y vio sus heridas, soltó un grito de furia y los volvió a atacar, pero sus golpes fueron evadidos y contraatacados por Halfdan y Ragnar, que se movían de un lado a otro y atacaban al mismo tiempo en diferentes zonas. En dos rápidos movimientos, Ragnar pasó por debajo de las piernas de Harekr y cortó su pantorrilla al mismo tiempo que Halfdan saltó y le propició un fuerte hachazo en la cabeza; el golpe fue tan fuerte que el yelmo de Harekr salió desprendido, quedándose con la cabeza descubierta. El enorme guerrero cayó semi arrodillado; se limpió la sangre que le brotaba de la nariz y embarraba su espesa y larga barba grisácea.

Tanto Halfdan como Ragnar se voltearon a ver con confianza cuando presenciaron que el gigante estaba cediendo.

—Había pasado mucho tiempo desde que no me hacían poner mi rodilla en el suelo — clavando su hacha en la tierra, Harekr volvió a ponerse de pie—. Por fin tengo un combate digno.

Tras hablar, Harekr sacó de su cinto una pequeña bolsita de cuero. Ragnar y Halfdan se miraron con incógnita.

—Y hacía mucho tiempo que no dependía de esto. Ahora conocerán mi verdadero ser... conocerán a la bestia —Harekr sacó de la bolsita unos alargados hongos que se llevó a la boca, los masticó y se los tragó.

—No puede ser. Son amanitas —Ragnar apretó los dientes.

—Es un berserker —anunció Halfdan.

De pronto, Harekr comenzó a temblar, sus pupilas se dilataron hasta el punto de que sus ojos comenzaron a voltearse y a ponerse completamente blancos; de la boca le comenzó a brotar una espuma blanca que lo hacía ver enrabietado, todas sus venas se le resaltaron y soltaba rugidos incontrolables.

—Nada ha cambiado. Ataquémoslo de la misma forma —dijo Ragnar.

Halfdan le asintió.

Ambos volvieron a atacarlo, Ragnar por un lado y Halfdan por el otro; esta vez Harekr era más agresivo, sus ataques eran más fuertes y hacía un escándalo ensordecedor. Parecía un animal enrabietado, una bestia que solo quería aniquilar lo que tenía enfrente. Tanto Halfdan como Ragnar, usando diversos ataques con sus armas, lo lograron cortar y golpear en distintos lados, pero esta vez, a diferencia de la anterior, Harekr no retrocedía, no se inclinaba; aunque sangraba de sus heridas, éstas parecían no provocarle dolor alguno. El gigantesco berserker continuaba atacando sin cansarse, sin sentir y sin pensar.

Ragnar y Halfdan evadían los brutales hachazos de Harekr, cada golpe fallido que daba con su enorme hacha hacía temblar el suelo con cada impacto. En un contraataque, el berserker consiguió patear a Halfdan en el pecho, haciéndolo volar hacia atrás; Ragnar quiso aprovechar para dar una estocada con su espada, pero Harekr lo golpeó con el palo de su hacha, tirándolo en el suelo y haciéndolo vomitar sangre. Ragnar estaba a merced del berserker, pero Halfdan se le encaramó en la espalda antes de que éste pudiera hacer algo; entonces Harekr tomó a Halfdan con sus dos manos y lo estampó contra el suelo. El furioso berserker soltó un bramido al cielo y volvió a agarrar su hacha para volver a atacar.

—¿Cómo vamos a vencer a alguien que no siente dolor? —exhausto preguntó Halfdan, que se levantó tras el golpe—. A pesar de que le has clavado tu espada y yo lo he cortado con mi hacha una y otra vez, no cae, no cede... no se cansa.

—Mi padre Vagn se enfrentó a un berserker parecido en la Batalla de Svolder, lo leí en sus memorias. Pudo vencerlo gracias a la enseñanza que le dejó su mentor Bjorn el Galés —contó Ragnar, que se limpió la sangre de su boca—. Jamás le ganaremos empleando la fuerza bruta; ese es su terreno, ellos tienen más fuerza, más brutalidad y no sienten dolor. Mientras están en trance frenético los berserker no piensan, solo aplastan a quien tienen en frente. A un berserker se le gana con la cabeza, no con el brazo.

—¿Y qué me dices de ganarle con una soga? —preguntó Halfdan mirando hacia una gruesa cuerda enroscada en los muelles.

—¿Soga? —Ragnar se preguntó extrañado, así que volteó a ver la cuerda. Regresó la mirada a

Halfdan sabiendo a lo que se refería y le asintió con la cabeza—. Yo lo distraeré.

Entonces Ragnar se lanzó a atacar a Harekr mientras que Halfdan corrió por la cuerda, la desenredó del muelle y la ató bien a las barandillas de madera. Halfdan regresó a las espaldas de Harekr, el cuál atacaba sin detenerse a un Ragnar que solamente esquivaba sus frenéticos ataques. Halfdan entonces agarró la sog a por una de las secciones y le arrojó la otra parte a Ragnar; ambos saltaron de un lado a otro del berserker, giraron por el suelo y usaron la cuerda para amarrar cada extremidad del gigantesco guerrero, mismo que, al no razonar, no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo, solamente los atacaba y los perseguía enrabiado. Cuando Harekr quiso dar otro paso, se dio cuenta de que estaba completamente amarrado de brazos, pies y tórax al muelle; la fuerza del berserker era tal, que la sog a se tensaba y los tablones de madera se levantaban. Ragnar miró a Halfdan, anticipándole que la cuerda no lo iba a detener por mucho tiempo; entonces Halfdan vio sus manos, pues aún le sobraba un trozo de cuerda; la apretó fuertemente y brincó a la cabeza del berserker, amarrando la sog a por su cuello y utilizando el sobrante para jalar.

Harekr era incontenible, por lo que inmediatamente Ragnar corrió para ayudar a Halfdan a jalar la sog a que ahorcaba al gigante. Ambos jalaban con todas sus fuerzas, pero con todo y eso, el berserker se resistía, la cuerda se tensó hasta el punto de casi romperse, los tablones del muelle se levantaron hasta casi desprenderse de la base, pues Harekr, que ya tenía los ojos votados y la cabeza roja a punto de estallar, utilizó su último esfuerzo para liberarse; sin embargo, Halfdan y Ragnar continuaron jalando fuertemente y sin detenerse hasta que sus manos se quemaron por la fricción, y, de un momento a otro, vieron cómo la piel del cuello del berserker se desprendía junto con la carne; siguieron jalando hasta que la cervical se le desprendió completamente del cuerpo y la cabeza salió volando. El cuerpo de Harekr cayó y su cabeza giró por el suelo. Solo entonces, Halfdan y Ragnar dejaron de jalar.

—A ver si te levantas ahora —respirando agitadamente le dijo Halfdan al cadáver decapitado.

—Creo que no lo hará, pero por si acaso... —Ragnar pateó la cabeza de Harekr al mar—... su cuerpo pasaría la eternidad nadando para encontrar su cabeza.

Halfdan rio y comentó: —Inducirse en el estado frenético del berserker es una locura, liberar la bestia te da mucha fuerza y eres inmune al dolor, pero te quedas sin razonar, y en la batalla eso es fundamental. Agradezco que me haya alejado de esa senda.

—Rechazaste esa marca heredada por tu padre, y fue la mejor decisión —le dijo Ragnar.

Halfdan le asintió y después vio cómo Ragnar caminó al borde del muelle y afinó la vista hacia el horizonte.

—¿Logras verlos? —le preguntó.

—Este maldito nos detuvo por mucho tiempo. Apenas y logro distinguir la vela del barco de Njál entre la oscuridad del horizonte —respondió Ragnar asomado desde el muelle—. Nos lleva mucha ventaja.

—Aún podemos alcanzarlo. No perdamos el tiempo y regresemos al barco —señaló Halfdan.

RECONCILIACIÓN

I

Odense, Fionia, Dinamarca. Julio de 1079 d.C.

Se acercaba el amanecer, pero el cielo aún estaba oscuro y ocultó la llegada del barco de Njál al puerto de Odense. El navío atracó en uno de los desolados muelles, y los mercenarios, vestidos completamente de negro, fueron imperceptibles cuando se escabulleron sigilosamente por el puerto.

—¡Hey! ¿Ustedes quiénes son? —un vigía del muelle logró distinguirlos de entre las sombras.

El guardia no habló más, pues una flecha atravesó su garganta antes de que pudiera dar la alarma.

—De aquí a la residencia del jarl debe de haber decenas de guardias —dijo uno de los hombres de Njál—. No podremos con todos.

—No, pero sí que podemos llevarlos a todos a un solo lugar y despejar su vista del camino —Njál habló con astucia.

—¿Qué sugieres?

—Ve con el resto y quemen el arsenal del puerto. Las llamas se verán en toda la ciudad y los guardias pondrán sus ojos en el incendio —indicó Njál.

—¿Irás tú solo tras el jarl?

—Esto es personal, no arriesgaré sus vidas —respondió Njál—. Si la situación se complica, huyan. No se preocupen por mí.

—Fue un honor, señor.

—El honor fue mío —Njál le puso su mano en el hombro y partió.

Njál continuó solo por el puerto y caminó sigilosamente cuesta arriba hasta que, de un momento a otro, comenzó a ver un pequeño fuego que fue extendiéndose hasta convertirse en un incendio que provenía del arsenal de los muelles. Rápidamente las campanas sonaron y los gritos de auxilio se hicieron escuchar. Sus hombres lo habían conseguido, pues toda la atención estaba puesta en las llamas y no en lo que pasaba alrededor.

Rodeado de guardias y personas que corrían hacia el puerto, Njál caminó por las calles con total tranquilidad y se dirigió a la residencia del jarl. Una vez allí, vio a un grupo de soldados que iban a toda prisa hacia el lugar, así que se escondió por detrás del tronco de un árbol.

—Capitán Aren —uno de los soldados se acercó al capitán, el cual custodiaba personalmente la residencia del jarl desde el ataque de Los Herederos de Thor a los calabozos.

—¿Qué ha sucedido? Se puede ver el fuego desde aquí —preguntó el capitán Aren.

—El arsenal está en llamas. Ya se está apagando el fuego.

—¿Qué lo ha provocado? —volvió a preguntar.

—Unos hombres vestidos de negros fueron vistos. Ya están siendo perseguidos.

En cuanto el soldado dijo eso, el capitán Aren de inmediato supo que se trataba de los mercenarios.

—Son ellos, Los Herederos de Thor. Iré a darle aviso al jarl; necesito que dupliques la

vigilancia y que vengan más guardias a custodiar la residencia —ordenó el capitán.

—Así lo haré, señor —el soldado afirmó y partió enseguida, dejando a los otros dos soldados ahí.

Njál escuchó toda la conversación, por lo que sabía que no tenía tiempo que perder, pues la zona se iba a llenar de guardias. Así que desenvainó su espada y atacó a uno de los desprevenidos soldados; le atravesó el estómago de un lado a otro y después se lanzó a atacar al segundo, el cual apenas se volteaba cuando el filo de la espada de Njál lo degolló. Ya solo quedaba el capitán Aren, que iba a entrar en la residencia cuando vio a sus dos compañeros caer al suelo. El capitán logró desenvainar su espada antes de que Njál, que había matado de un golpe rápido a los otros dos, lo sorprendiera.

El acero de ambas espadas chocó una y otra vez, y aparentemente ninguno de los dos cedía terreno ni mostraba ninguna debilidad hasta que Njál, dando una patada frontal y después estocando con la punta de su espada, logró herir el costado del capitán Aren, cortándolo a la altura de las costillas. Aren cayó de espaldas en el suelo y se agarró su sangrante herida; Njál pudo haberlo rematado allí mismo, pero lo dejó tirado y entró con prisas en la residencia, pues no tenía tiempo que perder.

Adentro estaba todo oscuro y solo pocas velas iluminaban el interior; aparentemente no había señales de nadie y parecía que aún se encontraban dormidos en sus recámaras. Njál caminó hacia el pasillo y entró en una de las habitaciones; allí vio los dorados cabellos de una joven mujer dormida, se trataba de Gunhilda.

—Padre, ¿eres tú? —Gunhilda se despertó al escuchar los pasos—, ¿qué sucede?

Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que tenía la punta de una espada en la garganta.

—Si gritas te atravieso el pescuezo —le amenazó Njál—. Levántate lentamente y camina.

Gunhilda estaba temblando y al borde del llanto; se levantó y, a punta de espada, fue llevada al medio del salón de la residencia. Una vez ahí, Njál le volvió a poner el filo de su espada en la garganta y gritó:

—¡Håkon! Despierta y sal ahora si no quieres que degüelle a tu hija aquí mismo.

Al cabo de un momento, sin entender lo que sucedía, Håkon salió con un hacha en su mano, por detrás de él estaba su esposa Anelka.

—¿Qué significa esto? ¿Quién eres tú? —Håkon lo confrontó.

—Håkon, tiene a nuestra hija —Anelka se llevó las manos a la boca.

—Silencio y obedezcan. Caminen al centro —ordenó Njál.

Håkon alzó su hacha —¿Quién te crees que eres? ¿Sabes quién soy yo?

—¡Dije que caminaran! —Njál agarró bruscamente a Gunhilda por el cabello y le apretó más el filo de la espada contra el cuello—. Sé perfectamente quién eres Håkon, primogénito de Vagn. Ahora pon tu hacha en el suelo y obedece.

Håkon, sin tener más opción, dejó su hacha en el piso y caminó lentamente junto con su esposa al centro del salón.

—¿Por qué haces esto? —con desesperación preguntó Anelka.

—Lo hago por justicia —respondió Njál—. Lo que están viviendo ahora fue lo que yo viví. Lo que sufrirán ahora fue lo que yo sufrí. Ahora presenciarán el dolor de ver a sus seres queridos morir frente a ustedes.

—¡No! —Håkon gritó al ver que Njál iba degollar a su hija.

Antes de que Njál hiciera cualquier acción, Thorgunna, que se estaba quedando en la

residencia de su hermano tras la partida de su esposo, saltó sorprendentemente desde atrás de una pared donde se escondía y, con un palo en sus manos, golpeó al allanador en la cabeza; Njál se defendió y le dio un puñetazo a Thorgunna en el rostro, la cual cayó de espaldas sobre una mesa. En la misma distracción, Gunhilda logró zafarse y correr hacia su madre al mismo tiempo que Håkon tomó el hacha del suelo y atacó a Njál. Sin embargo, aunque Håkon era grande y fuerte, ya era un hombre mayor que no blandía un arma desde hacía tiempo, así que sus ataques fueron lentos y evadidos por Njál, que logró quitarle el hacha de sus manos y contratacarlo con un espadazo, haciéndole un corte en horizontal en la panza.

Håkon, tirado en el suelo, estaba a merced de su enemigo y solo vio cómo éste alzó su espada para darle el golpe final, por lo que cerró los ojos a la espera de su destino. Cuando Njál bajó la espada con fuerza para cortar en dos la cabeza de Håkon, su golpe fue detenido en el camino por otra espada. Håkon escuchó el choque del acero y abrió los ojos, por encima de su rostro había una espada que reconocía a la perfección; era Hqfuð, empuñada por Ragnar.

—Imposible —Njál abrió los ojos con sorpresa—. Que tú estés aquí significa que...

—Que tu berserker está muerto —lo interrumpió Ragnar, que alzó su espada para alejar la de Njál de su hermano, para después blandirla contra él—. Y ahora lo acompañarás tú en la muerte.

Ragnar atacó una y otra vez a Njál, el cual solo pudo defenderse de unos cuantos espadazos que lo hirieron en diversas partes del cuerpo; tras esa sucesión de rápidos ataques, Njál ya no pudo retroceder más, pues su espalda chocó contra la pared.

—Este momento lo he vivido, este momento lo vi con mis propios ojos —comentó Njál ante su inminente final, rememorando cómo su padre Sigvaldi fue asesinado de la misma forma.

—Y yo lo leí —replicó Ragnar, que le clavó su espada con tanta fuerza en el corazón que el filo atravesó la madera de la pared que estaba por detrás de Njál.

—Mis motivos fueron justos —agonizantes, esas fueron las últimas palabras de Njál.

Ragnar retiró su espada y el cuerpo de Njál cayó muerto en el suelo. Al voltearse, vio a Anelka y Gunhilda abrazadas y temblando de la impresión; vio a su hermana Thorgunna sangrando de la boca debido al golpe; y vio a su hermano Håkon sufriendo en el suelo, agarrándose su herida de la barriga. Todos acudieron a él para atenderlo.

—Håkon, ya todo pasó. Debemos vendar esa herida.

—Ragnar, déjala —Håkon habló con una voz doliente—. Me has salvado a mí y a mi familia. Y yo nunca he sido honorable contigo.

—Håkon, ¿qué dices? Estás delirando —Ragnar lo tomaba de la mano—. Ven, vamos a sanarte esa herida.

—Escúchame, maldición —Håkon dijo con fuerza—. Siempre te ninguneé, aprovechaba la oportunidad para decirte bastardo. Estaba molesto contigo, estaba celoso porque tú, entre todos nosotros, eras el más parecido a Vagn; él estaba tan orgulloso de ti al final de sus días que hasta te heredó su legendaria espada, pero lo hizo con justa razón, Ragnar, pues tú sacaste su casta guerrera. En un inicio no quería involucrarte en este conflicto porque sabía que tú lo resolverías, y mi orgullo no me permitía que lo hicieras, pues yo quería ser el que sacara esto adelante, pero estaba tan equivocado. Al final por mi egoísmo y orgullo casi se cobran la vida de mi hija y mi esposa, pero, a pesar de que siempre te rechacé, a pesar de mis celos, diste la cara por nosotros, por tu familia, porque eres el mejor de todos nosotros. Tú nos salvaste, tú hermano mío, que eres un verdadero hijo de Vagn... un verdadero jomsvikingo.

Todos miraron sorprendidos a Håkon, pues jamás había tenido unas palabras así con nadie. Ragnar miró a su hermano con orgullo y respeto.

¿Por qué hablas como si te estuvieras muriendo? —después de un breve silencio, sonriendo

preguntó Ragnar—. Solo fue un cortesito en la barriga. Ven, levántate y recuéstate en la silla.

—Maldición, Ragnar. Es la primera vez que te hablo con honor y te burlas —adoloridamente respondió Håkon mientras era ayudado por Ragnar y los demás a sentarse.

—No me burlo, hermano. Solo que me sorprendiste al hablarme así, y pensé que solo lo dijiste porque creías que estabas al borde de la muerte —explicó Ragnar.

—Bueno, no te acostumbres —contestó Håkon.

Ambos rieron.

Al cabo de unos segundos, Agne entró corriendo con un grupo de guerreros que tenían enfiladas sus armas.

—Padre, ¿estás bien? ¿Están todos bien? —preguntó.

Anelka corrió a abrazar a su hijo, seguida por Gunhilda y su tía Thorgunna.

—Estamos bien, hijo mío. Nos alegra verte a salvo —le dijo Anelka.

—¿Qué hay de los mercenarios del puerto? —rápidamente le preguntó Ragnar.

—Intentaron huir, pero Halfdan y los demás se hicieron cargo de ellos.

—¿Y el incendio del puerto? —Ragnar volvió a preguntar.

Håkon abrió los ojos con sorpresa y exclamó: —¡¿Qué?!, ¿el puerto está incendiado?

—Tranquilo, padre. El fuego ya fue extinguido —tranquilizó Agne.

—¿Alguna otra buena noticia que quieran darme? —sarcásticamente preguntó Håkon.

—El capitán Aren estaba herido y moribundo en el patio delantero, pero ya fue atendido y pronto se recuperará. Es un duro guerrero —contó Agne—. ¿Tienes otra pregunta, padre? —rio.

—Sí —Håkon afirmó—. ¿Quién era este maldito desquiciado que hablaba de justicia y no sé qué más?

—Yo te contaré esa historia —Ragnar le respondió.

II

Odense, Fionia, Dinamarca. Julio de 1079 d.C.

Habían pasado tres días desde la batalla, tres días en los que Ragnar había dormido sin levantarse. Su cansancio y dolor era tal, que cayó desplomado al poco tiempo de que todo terminara; su energía y fuerza le alcanzó hasta el combate final, pero, cuando ya no había nada por que pelear, su cuerpo se desplomó.

En esos tres días sus familiares, amigos y compañeros lo vigilaron día y noche, pero hubo solo una persona que no se separó de él en todo momento, esa fue Alfild, que lo cuidó y le cambió las vendas durante esos días.

De un momento a otro, mientras Alfild cambiaba los vendajes, Ragnar comenzó a dar señales de despertar; sus manos empezaron a moverse y sus pestañas a abrirse.

—Tranquilo. No despiertes tan bruscamente —le dijo.

—Alfild —Ragnar sonrió—. Me da alegría verte. ¿Cuánto tiempo dormí?

—Tres días. ¿Cómo te sientes?

—Bastante recuperado —respondió Ragnar, que después le agradeció—. Alfild, nunca tuve la oportunidad de darte las gracias por acudir a mi rescate; no tenías que hacerlo y aun así lo hiciste. Y ahora veo que me estás cuidando, aunque no sea tu deber.

—Te debo la vida —explicó Alfild.

—No me debes nada.

—Bueno, lo hago porque quiero —Alfild replicó sonriendo.

Ragnar le devolvió la sonrisa y preguntó: —¿Esto significa que tomarás la opción de ir a vivir a Kristiansand?

—Puede ser —Alfild lo tomó de la mano

—Me gustaría que fuera así —Ragnar la miró a los ojos.

Alfild se acercó a él, lo tomó del rostro y lo besó en los labios. En ese momento, la puerta se abrió, era Halfdan.

—¿Interrumpo algo? Escuché la voz de Ragnar.

—No, para nada. Voy a traer un poco de agua —ruborizada, Alfild salió.

—Me alegra que hayas despertado, amigo mío. Estaba empezando a preocuparme —le dijo Halfdan, que notó cómo Ragnar veía irse a Alfild—. No se ha parado de aquí; te ha cuidado día y noche. Será una buena compañera.

—¿Qué dices? —Ragnar desvió la mirada.

—Vamos, ¿crees que no lo sé? —Halfdan rio—. Eres un picarón.

Ragnar también rio.

La puerta volvió a abrirse y entró Helgi, que anunció en todo lo alto:

—¡Ragnar despertó!

Entonces entraron Sigurd, Hjalmar, Hodur, Iver y Svend, seguidos de Thrugot y Thorgunna, además de sus sobrinos Agne y Gunhilda. De un momento a otro, la habitación se llenó para ver a Ragnar.

—Me siento famoso —dijo Ragnar al verse rodeado—. ¿Håkon cómo está?

—También se está recuperando, aunque todavía se le dificulta levantarse por el dolor en la panza —le respondió Thorgunna—. Anelka lo está cuidando.

—¿Y tú cómo estás del golpe?

—No fue nada. Además, Thrugot me cura con sus besos —cuando Thorgunna dijo eso, Thrugot la besó.

—Ya van a empezar —Ragnar rio, al igual que los demás. Después dijo—: Se me olvidaba el capitán Aren. ¿Cómo sigue?

Agne fue el que respondió:

—El capitán es más duro que el hierro. Se llevó un buen corte en su combate contra Njál, pero ya está despierto. Lo fui a ver hace rato.

—Que gran noticia —dijo Ragnar.

La puerta volvió a abrirse y entró Alfhild, que había regresado con una jarra de agua. Entonces Halfdan bromeó:

—Ya que Alfhild volvió, sabemos que Ragnar estará en buenas manos. Así que ya podemos irnos. Dejémoslo solos.

—Pero si han estado a solas por tres días —comentó Helgi—. Yo quiero seguir hablando con Ragnar.

Sigurd le dio un golpecito en el brazo.

—Está bien. Me voy, me voy —retirándose replicó Helgi.

Todos salieron riendo de la habitación; Halfdan fue el último y miró a Ragnar antes de salir. Ambos se sonrieron y asintieron con la cabeza. Entonces Halfdan cerró la puerta.

Un par de días después, Ragnar ya estaba cerca de estar completamente recuperado, además de ansioso por salir y caminar, pues llevaba muchos días en cama, en donde le hacían casi todo; cosa que a él no le gustaba, pues era alguien muy activo e independiente.

—Si paso un día más en esta cama, ahora sí que me moriría —dijo Ragnar levantándose.

—Muy bien. Pero tómallo con calma —le sugirió Alfhild.

—Me gusta que te preocupes por mí —Ragnar se acercó a ella y la besó en los labios.

—¿A dónde irás?

—A ver a mi hermano. Hace días que no sé de él —respondió Ragnar mientras era ayudado por Alfhild a ponerse la túnica y las botas.

—Escuché que estaba bien, pero que al igual que tú, no se había levantado de la cama. Se llevó un buen corte en la barriga —comentó Alfhild.

—De esos me han hecho decenas en todo el cuerpo —rio Ragnar—. Pero mi hermano no es guerrero, nunca lo fue. No está acostumbrado al dolor, así que lo entiendo.

Ragnar caminó hacia la puerta, pero antes de salir, Alfhild le habló:

—Antes de que te vayas quiero preguntarte algo.

Ragnar puso atención y Alfhild continuó:

—Quiero que me enseñes a blandir la espada como tú.

Ragnar sonrió y la besó —Por supuesto —asintió—. Tú eres una gran espadachina, no hay mucho que pueda enseñarte, pero hay un par de movimientos que te pueden ser útiles.

Alfhild le agradeció y Ragnar salió.

Una vez afuera, Ragnar caminó por la residencia hasta la habitación de Håkon; adentro vio a su hermano acostado, y a un lado de él estaba su esposa Anelka dándole de comer.

—Cinco días han pasado y aún sigues en cama —dijo Ragnar al entrar.

—Ragnar, mírate. Ya te veo recuperado; recibiste más golpes que yo y ya andas como si nada hubiera pasado —contestó Håkon—. Sin embargo, yo aún no me puedo levantar. Cualquier esfuerzo hace que me duela la herida de la barriga.

—Yo estoy acostumbrado a esta vida. No ha sido la única golpiza que he recibido; mi cuerpo ya se adaptó al dolor —explicó Ragnar—. ¿Cómo te has sentido estos días?

—Horrible. Además, he tenido unos sueños febriles que me han hecho sobre pensar demasiado las cosas —respondió Håkon.

—¿Qué has pensado?

—En Njál y toda la situación vivida —contó Håkon—. Al final, los pecados del padre pasaron a sus hijos. Todos estos días le he estado dando vueltas al asunto. El hijo menor de Sigvaldi, el que nuestro padre dejó vivir, vino a vengarse muchos años después. ¿Cómo se puede vivir con tal rencor?

—Njál vivía en sufrimiento. Tuvo una vida difícil y le atribuyó todos sus males a Vagn, aunque nosotros sabemos que la situación se salió de control. Nuestro padre nunca quiso hacerle eso a la familia de Sigvaldi.

—Lo hecho, hecho está. Un ciclo abierto por nuestro padre que nosotros cerramos —reflexionó Håkon—. Hubo un gran coste de por medio: la vida de Bjorn; pero ese es el resultado de las decisiones y acciones de otros, que terminaron afectándonos.

—Pues sí que le has dado muchas vueltas al asunto. Mira lo reflexivo que estás —Ragnar rio—. Te dejaré descansar. Solo vine a ver cómo estabas.

Ragnar se levantó y caminó hacia la puerta; antes de que saliera, Håkon le dijo:

—Te veré en la cena. Aunque me tarde todo el día en llegar iré hasta la mesa y quiero que comamos todos juntos.

—Anelka seguro te ayudará —apuntó Ragnar.

—¿Lo dudabas? —sonriendo afirmó Anelka.

Ragnar asintió con la cabeza y salió.

Desde que cayó desplomado en la cama, Ragnar no había salido de la residencia, así que quiso ir a tomar el sol y sentir el viento en su rostro. Al salir, escuchó el choque del acero y ruidos de combate; se trataban de Halfdan y Svend, que entrenaban juntos cerca del desfiladero que daba hacia el mar. En cuanto ambos vieron que Ragnar se acercaba, interrumpieron el entrenamiento y se acercaron a él.

—Jomsvikingo, por fin sales de la cama —saludó Svend.

—Otro día más acostado y me hubiera arruinado la espalda —rio Ragnar.

Svend rio y lo tomó del hombro —Eres fuerte como un roble. Me alegra tu recuperación —después caminó y dijo—: Iré por agua, que Halfdan me tiene fatigado.

—Te estoy poniendo en forma —riendo le replicó Halfdan antes de que se fuera—. ¿Ya estás recuperado? —se volteó hacia Ragnar y le preguntó.

—Casi completamente —respondió Ragnar—. Fueron unas semanas duras.

—Lo sé —reafirmó Halfdan—. ¿Qué tienes pensado hacer?

—Me quedaré unas semanas más y esperaré a que mi hermano esté bien recuperado. Después regresaré con Alfild a Kristiansand para que conozca y se familiarice con su nuevo hogar —respondió Ragnar—. ¿Tú qué harás?

—Yo debo regresar a Noruega, dejé algunas cosas pendientes. Pero te veré en Kristiansand dentro de unas semanas —Halfdan notó que Ragnar estaba pensativo viendo el mar desde la

colina—. ¿Qué sucede? —le preguntó.

—He pasado por tanto que creo empezaré a escribir mis propias memorias, como mi padre.

Halfdan se paró a un lado de él, y, también viendo el mar, le dijo:

—Que no sean memorias, que sean tu saga... La Saga del Jomsvikingo.

Libros en esta serie

Reino Vikingo

Adéntrate en el mundo de Reino Vikingo y conoce todas sus sagas a lo largo de la Era Vikinga.

[La Saga del Varego](#)

[La Saga del Jomsvikingo](#)